

SETITA

(Colección: *"Old World of Darkness"* ~
"Viejo Mundo de Tinieblas", Grupo: «Vampiro»)

(Saga: «Clanes», vol.04)

KATHLEE RYAN

"Clan Novel: Setite" © 1999

Traducción: David Alabort

PRIMERA PARTE:

«NUEVA YORK»

_____ 1 _____

SÁBADO, 31 DE JULIO DE 1999, 12:33 AM

UN ESTUDIO EN RED HOOK, BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK

Estaba sentada en el centro exacto de su apartamento, esperando.

El cuello de su fina blusa blanca de algodón estaba abierto, tal y como él lo había dejado. La sangre del cuello se le había secado, y la suave piel le picaba bajo la costra pegajosa. Las esposas estaban quietas por fin. Había puesto a prueba las cadenas y argollas, y estaba cansada de debatirse con ellas.

Él la había atado con ellas a una vieja y pesada silla de oficina... demasiado fuerte para que ella lo destruyese aun en el caso de querer hacerlo. Y, pensó, él hubiese debido saber que no querría. Aunque las

marcas rojizas en sus muñecas eran dolorosas, el hecho de saber que sus contorsiones habían arañado la superficie de la antigüedad –*inútilmente*, por Dios – dolía casi lo mismo. Muñeca a madera a acero a madera a muñeca, aquellas malditas cosas dejaban anchas marcas de color rojo en su piel, sobre la resplandeciente madera de nogal y sobre el pilar central de su casa, y no había nada que ella pudiese hacer salvo observar, y esperar, y recordar.

Él no había dejado ninguna luz encendida en el apartamento, pero a través de las ventanas –las enormes y bellas ventanas orientadas hacia el norte por las que había alquilado el apartamento – la ciudad le daba luz suficiente para ver.

El neón, los coches y los carteles iluminaban su estudio, su taller, y le daban al apartamento su propio paisaje urbano. Allí, el caballete y su pintura a medio limpiar, alzándose sobre el distrito. Detrás, un moderno rascacielos, todo ángulos y curvas difíciles: su telón, ampliado con una bandera de caballería. El banco de trabajo, un poco alejado del mejor vecindario, era un almacén y fábrica, con el tejado lleno de pulcras filas de botellas, limpiadores, jarras, cepillos, cajas de guantes y paños de algodón. El escritorio, grande, de líneas rectas, imponente, era el...

El escritorio, enorme y oscuro bajo la luz de la calle, era de auténtico cerezo. Resplandecería como el cobre cuando la auténtica luz cayese sobre él... cuando el sol se elevase, brillando como un dios a través de las enormes y bellas ventanas orientadas hacia el norte...

Era el escritorio, pensó, recordando.

El escritorio era una ruina. Sucio, polvoriento, rayado, con la pintura saltada, descuidado, las molduras cayéndose a pedazos, y los mecanismos patentados que lo habían convertido en el "último grito" antes de que se inventase la expresión llevaban rotos varios años. En algún momento olvidado en el tiempo, la cerradura central había sido cortada y eliminada. Los tres cajones laterales conservaban sus cerraduras, pero los mecanismos estaban tan sucios que ni siquiera con las llaves correctas podrían volver a cerrarse. No era que ella tuviese las llaves correctas. De hecho, no estaba segura de que la madera en torno a las cerraduras pudiese sobrevivir al experimento. El lateral chirriaba y rascaba al abrirlo, y la mesa abatible del interior cantaba como un elefante moribundo si se atrevía a hacerla emerger.

Retorció una maltrecha camiseta de algodón hasta dejarla casi seca de agua caliente y jabón para madera, y empezó a quitar la mugre del tablero superior. Había demasiadas motas en la superficie para arriesgarse a frotarla con el trapo, incluso siguiendo el grano, así que se limitó a extender la camiseta y hacer presión sobre ella, de forma que el tejido absorbiera el polvo.

Sacó los cajones con infinito cuidado. El del centro y uno de los tres laterales se deshicieron en sus manos; tendrían que ser reconstruidos de nuevo. El reservado para los útiles de escritorio había sido reparado tiempo atrás, de forma espantosa. Ella meneó la cabeza al ver los grandes bultos de cola para madera que recorrían las juntas. Sorprendentemente, el cuarto cajón estaba en buen estado, y guardaba en su interior todas las tablas y divisiones desaparecidas en los demás. Eran las originales del mueble, y ella sonrió al ver las finas piezas de madera como un niño ante un regalo estupendo.

Abrió la tapa, levantando y sacando la mesa –esa vez con un ruido menos parecido al de un elefante y más al de un carrusel averiado– y se arrastró a medias bajo ella. Dejó a un lado por el momento el cubo y el trapo, y buscó una linterna en el bolsillo.

Una voz sonó amablemente a su espalda, aclarándose la garganta.

–¿Está eso a la venta?

Sorprendida, la mujer dejó caer la linterna sobre los polvorientos tablones. Sacó la cabeza y los hombros del escritorio y alzó sus ojos

color ámbar oscuro. El almacén estaba a oscuras, con las lámparas de trabajo enfocadas en otra dirección, y el hombre estaba entre las sombras proyectadas por la suave luz de la escalera que llevaba a la oficina del propietario.

—No. —Ella se quitó el tiznado pañuelo que le cubría el largo y lacio pelo color avellana, apurada—. Quizá. —Se frotó la cara con el lado más limpio del pañuelo y atisbó hacia el rellano—. Bueno, supongo que podría estarlo —continuó, inclinándose sobre la reconfortante masa del mueble—. Es mío. Me temo que no es precisamente de la calidad de Rutherford House...

—En realidad, no pretendo comprarlo. Sólo era curiosidad... —El tono del hombre parecía quedar abierto a la conversación.

—Fui a una venta con Amy Rutherford y lo vi en el lote de ocasión. Cuando ella regateó por las piezas que quería, lo trajimos como parte de un trato conjunto.

—¿Por qué? —preguntó él. La voz, de alguna forma, parecía genuinamente interesada, y ella se vio dando más explicaciones.

—Mmmh... en realidad no valía nada. Lo que nos interesaba de verdad eran algunos Marathi tempranos... lo siento, algunas piezas indias de bronce tempranas. Y por supuesto, si el vendedor hubiese sabido lo que buscaba Amy, hubiese doblado el precio. De esa forma, pagamos unos pocos dólares de más por el escritorio y nos llevamos esos "recuerdos" por unos centavos. Hay uno en la hornacina detrás de usted —dijo, haciendo un gesto hacia la derecha.

—¿Pero por qué todo esto? —Una elegante mano señaló el cubo, los trapos y los productos de limpieza.

Ella sonrió, jugando con el pañuelo.

—Porque me gusta.

El hombre se apartó de las escaleras, entrando en el taller. Era alto y erguido, y llevaba un traje gris antracita que hubiese hecho parecer informal a un esmoquin. Era calvo o se había afeitado la cabeza, pero los huesos de su cráneo estaban bellamente formados. No era guapo, ni tenía necesidad de ello: estaba perfectamente esculpido, y su piel oscura brillaba como ébano a la luz de una vela. Entró en el taller con la educada timidez de un invitado; cogió la lámpara más cercana y la orientó para que iluminase el viejo escritorio.

–Es bueno. No es una mala pieza. ¿Por qué dice que no vale nada?

–El abatible –contestó ella, dando unos golpecitos sobre el tablero–. Es de alrededor de 1920, construido para guardar una máquina de escribir. Patente en trámite. La propiedad pensó que podría venderlo a algún proveedor de oficinas. Pero ya casi nadie quiere escritorios sin cajones para ficheros, y nadie, absolutamente nadie, usa ya máquinas de escribir manuales. Algún idiota habría acabado sacando las tripas de este pobre y haciéndole agujeros para llevarlo a la era de la informática. –Acarició el borde biselado del tablero, murmurando: – No podía dejar que le hiciesen eso.

–¿A él?

La mujer se ruborizó a medias, y adoptó una expresión más profesional.

–Lo siento, soy un poco animista. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

–Podría honrarme con una presentación.

–Oh. –Se frotó la mano derecha, extendiéndola hacia él. Su apretón fue firme, cálido y confiado; el del hombre, fuerte, frío y seco–. Elizabeth Dimitros. Pertenezco al personal.

–Yo soy Hesha Ruhadze. Es un placer.

–Igualmente. –Ella hizo una pausa, intentando ubicarle. Los visitantes tardíos no eran raros, pero nunca había visto a aquel cliente antes–. ¿Ha venido para ver a Amy?

–A Agnes –contestó él, dando el nombre de la socia principal–. Me guardaba una figura de alabastro.

–¿El *ushabt*i del Antiguo Reino?

–Sí. ¿Lo ha visto?

Elizabeth asintió.

–Ayudé en su autenticación. Es la mejor pieza que han tenido los Rutherford a este lado del Atlántico. –Le miró con curiosidad–. ¿Está interesado en el arte egipcio? –Se quitó las zapatillas y las dejó sobre el trapo. Con el pie envuelto por el calcetín, tocó un interruptor haciendo que las lámparas del taller se encendiesen. Usó la mano limpia para ajustar los reductores que controlaban las luces de exhibición.

La planta principal de Rutherford House brilló suavemente. Las paredes de la galería eran del color y la textura de la cáscara de huevo, curvadas y moldeadas para proporcionar estantes y hornacinas a los tesoros que albergaban. Los artefactos –pocos de ellos eran lo bastante recientes como para ser meras antigüedades– estaban dispuestos con maestría. Había armonía, y tradición, y un toque de estética de clase alta inglesa. Pero también había un contraste en las agrupaciones que hablaba de una mano más moderna, una mano que entendía el impacto del Zen y el arrebató inconscientemente disciplinado de la caligrafía china. Ruhadze la siguió a través de la gruesa y suave alfombra hasta un estante tapizado en terciopelo un matiz más oscuro que las paredes: en su interior había un delicado collar de cuentas de oro y lapislázuli.

–Por supuesto, es algo muy corriente comparado con su adquisición –dijo ella–, pero el ibis grabado en el broche es la mejor obra de...

Hesha se tambaleó, repentinamente desorientado. Hubo una luz brillante en el interior de sus propios ojos, y el eco de una mente despierta, más allá de la suya... sorprendido, se dio cuenta de que creía reconocer la sensación. ¿El Ojo? ¿Activo? Se esforzó por captar todas las pistas, invirtiendo todas sus energías en el intento. Su cuerpo, olvidado, empezó a curvarse.

–¿Señor? ¡Señor!

Se encontró cayendo contra la pared, y la mujer saltó para evitar que su cabeza golpeará el estante. Él la ignoró por completo, concentrándose en seguir las emanaciones.

–¿Se encuentra bien? –Los brazos de la mujer lucharon con su peso. Le puso la rodilla a la espalda, dando la vuelta a su flácido cuerpo. Hesha tenía los ojos cerrados –. Recuéstese. –Ella le alzó las piernas y las puso sobre algo duro, y después encajó un blando cojín bajo su cabeza. Le pasó las manos por las mejillas y la frente, y Hesha pudo sentir que las apartaba. Lo prefería así: aun la menor distracción hacía que concentrarse fuera más difícil..

Por un instante, el vago y escurridizo fenómeno se mantuvo firme en su presa mental. Era el Ojo, ya no le quedaba duda. En algún lugar del mundo había sido... liberado. Él tenía la estatua consigo en

Nueva York: aquella decisión a última hora de llevársela había sido irracional, pero daba gracias a Set por las profecías que le habían movido a hacerlo. Debía moverse rápidamente.

Una manta de retales, que olía ligeramente a áticos y camiones de mudanzas, estaba extendida sobre él, y su aspirante a enfermera le buscaba el pulso en la muñeca.

Hesha hizo que se apartara.

–Estoy bien. –Se incorporó, aceptando una ayuda que no necesitaba. Exteriormente, estaba agradecido, y apenas le costó esfuerzo improvisar una mentira para explicar su caída. Su ser interior estaba bien enmascarado y haciendo preguntas a la carrera, analizando el breve destello de claridad que había obtenido.

Elizabeth le observó dubitativamente, pero los pasos del hombre eran firmes y sus maneras tan educadas como antes del "desmayo".

Hesha puso fin a sus reflexiones y consultó su reloj.

–Debo regresar a mi hotel –dijo–. Gracias de nuevo, señora Dimitros.

–Señorita –contestó ella distraídamente–. Pero puede llamarme Liz: todo el mundo lo hace.

Hesha le miró a la cara, pensativo, por un momento, la máscara quedó a un lado, y el problema del Ojo apartado. Había una cuestión por resolver, y el pequeño enigma resultaba una tentación encantadora.

–¿Le importaría ser Elizabeth para mí? Odiaría mezclarme con el vulgar tropel.

Elizabeth rió, y la expresión profesional desapareció.

–Estaré encantada.

–¿Le importaría dejar apartado ese collar para que pueda verlo la próxima vez que venga?

–Por supuesto.

–¿Y le importaría cenar conmigo el jueves?

–No me importaría en absoluto –contestó ella, riendo por la sorpresa. Y cuando el hombre se hubo ido, y la puerta delantera se hubo cerrado tras él, Elizabeth tardó un rato en recordar que el cubo, el trapo y el escritorio estaban esperándola.

Un sedán negro se detuvo junto al bordillo a la altura de Hesha. La puerta trasera derecha se abrió automáticamente, y él entró sin vacilar en el elegante compartimiento de pasajeros.

El coche había sido construido expresamente para él. Las ventanillas traseras y el panel intermedio estaban tintados; con el panel subido y teñido de negro, el asiento trasero estaba a prueba del sol de mediodía. Había un ordenador y una oficina en miniatura, con teléfono, fax, un módem y todo tipo de medidas de seguridad. Estaba blindado a causa de la insistencia del conductor: Hesha prefería evitar los tiroteos a protegerse de ellos, pero respetaba los temores de su servidor.

—A Greenwich, Thompson. Tan rápido como puedas.

Hesha cogió el teléfono y marcó el número de su aliado, Vogel. El joven Setita era su asociado menor en la búsqueda del Ojo. Estaría encantado de saber que el Ojo estaba en movimiento, y tan sorprendido como él de que alguien se hubiese hecho con el artefacto antes que ellos... el teléfono llamó por sexta vez, y Hesha empezó a preocuparse... Vogel sería necesario en Baltimore de inmediato. Hesha se alegraba de haber enviado un equipo completo a Atlanta para aquella locura Toreador; tener un Cessna esperando sería... el teléfono llamó por octava vez... novena...

La compañía telefónica le comunicó que el teléfono móvil al que había llamado no respondía; el titular podía estar separado del aparato o fuera de cobertura.

Hesha abrió el ordenador y consultó una lista de números, marcando uno de ellos en el teléfono.

–McDonough –dijo Heshu.

–¡Señor! –Había algo de temor bajo el tono seco y profesional. El chófer de Vogel había oído antes la voz del jefe, pero no con frecuencia.

–El número de Vogel no contesta. Encuéntrele. Haga que me llame.

McDonough se quedó sentado por un momento, pensando. Probó personalmente la línea de Vogel, y cuando la edulcorada voz de la compañía telefónica empezó su discurso, cortó la comunicación y salió del vehículo. Tras comprobar dos veces las alarmas del coche, cruzó el aparcamiento subterráneo hacia el ascensor. Los ojos de otros nombres y mujeres estuvieron fijos sobre él a lo largo de todo el camino: guardias, conductores, matones, juguetes y monstruos esperando a que sus amos volvieran de la fiesta de arriba. Dio un rodeo para evitar al grupo de fumadores de la salida, y las puertas del ascensor se abrieron para mostrar a un caballero robusto y de aspecto antipático vestido con un esmoquin. McDonough mantuvo las manos quietas y a la vista.

–El señor Vogel tiene una llamada importante. Debo hablar con él –dijo en tono neutro.

–Pase.

Los dos hombres subieron hasta el nivel del sótano del museo, y McDonough fue recibido por otros ocho guardias, todos vestidos de etiqueta. Recordaban a un juego de cuchillos: esbeltos, elegantes, letales.

–Espere aquí –dijo el hombre del ascensor.

Volvió a aparecer a los diez minutos, abriendo la puerta para que pasase una mujer... una mujer más elegante y letal que cualquier "cuchillo" de la sala. Sus rizos oscuros flotaban en torno a su cabeza mientras andaba hacia McDonough; su sencilla túnica blanca sin mangas ondulaba y destellaba a cada paso. La mujer le sonrió, y el resto de la estancia dejó de existir; le habló, y McDonough tuvo problemas para recordar su propio nombre.

–Lo lamento, pero Vogel parece haber dejado mi fiesta, señor...

–Mc... McDonough.

–¿Tenía un mensaje para él?

–El señor Ruhadze le ha llamado, y su teléfono no funciona.
Pensé que...

–No está aquí. Déjeme atender la llamada.

McDonough sacó un teléfono del bolsillo –demasiado fascinado por aquellos ojos verdes para reparar en el gesto automático de los guardias hacia el interior de sus chaquetas– y llamó al coche en Nueva York.

–Hola –dijo ella, caminando hacia un rincón de la estancia. Sus lacayos se mantuvieron a cierta distancia.

–¿Quién es? –dijo Hesha en tono neutro.

–Victoria. Victoria Ash.

–Es un placer hablar con usted, señorita Ash...

–Victoria...

–¿A qué debo esta inesperada delicia?

–Tengo aquí a su hombre... un tal señor McDonough, que ha venido con un recado suyo. Por supuesto, el señor McDonough no era bienvenido escaleras arriba... así que como cortesía hacia usted, he buscado yo misma a su errabundo amigo.

–¿Y?

–Nadie ha visto a Vogel desde la medianoche. Una lástima, porque es un conversador delicioso. –Hizo una pausa–. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted, Hesha?

–No –contestó él, y había tan poca emoción en aquella sílaba como seducción en las de ella–. Muchas gracias por sus esfuerzos, Victoria. Si Vogel reapareciese...

–Le diré que le llame. ¿Tiene él su número?

–Mucha gente parece tenerlo. Buenas noches, Victoria.

–Buenas noches, Hesha.

Hesha estaba sentado con las piernas cruzadas, sin chaqueta ni camisa, observando intensamente un ojo de piedra. Sostenía en la mano el cordón de un amuleto hueco de bronce. Cuando las centelleantes energías llegaron a su mente y su músculo, el peso oscilante trazó un patrón en el papel que había debajo. Un fino polvillo cayó de la punta del péndulo. Por fin, Hesha se distanció del foco y contempló su obra.

Cinco líneas salían del centro. Una fina y terriblemente corta... otro *locus* en Nueva York, quizá. Otra, a un tercio de circunferencia de la primera, era casi igual de corta, pero el polvo se había acumulado hasta formar una cresta, pues el péndulo había sido atraído con fuerza y frecuencia hacia aquel lado. Una línea igual tan fina como la primera se alargaba hacia el oeste. La línea más larga y gruesa se salía del papel hacia el este... la alfombra estropeaba el trazo final, pero sugería Asia.

La última línea, clara y definida, apuntaba al sudoeste. Más tarde mediría el trazo con cuidado, descubriendo dónde acababa la línea más larga, si podía... pero supo, con una certeza que convirtió en puños sus delicadas y elegantes manos, que representaría al menos mil quinientos kilómetros, y que el Ojo de Hazimel estaba libre en Atlanta.

Llamó a Thompson. Hablando con tanta calma como pudo –no serviría de nada ponerle ideas en la cabeza al hombre antes de conocer los hechos–, le dio una orden:

–Thompson, consígueme un informe de tu equipo en Atlanta. Sospecho... quiero saber dónde está Vogel.

McDonough oyó los disparos antes de ver nada.

Puso el motor en marcha.

Unos cuantos guardias –los fumadores– se apartaron de la salida hacia sus coches, disparando contra una amenaza invisible, y arrastrando oscuras cintas de *algo* tras ellos. Los que miraron atrás, o tropezaron, o tuvieron que buscar sus vehículos, fueron los primeros en caer... no por disparos, sino por aquellos tentáculos negros.

Las alarmas de los coches se disparaban por todas partes. Los ghouls salían de los coches de sus amos, apuntando sus armas hacia la masa oscura que bajaba por la rampa.

McDonough vio a un caballero con un traje gris perla dar un giro y lanzar algo humeante hacia las sombras. El fuego desapareció, y perdió de vista al granadero. Otras personas –cosas– empezaron a salir de la cobertura de la noche en movimiento. Vogel se había ido...

El chófer maldijo, puso el coche en marcha y salió disparado. Arrolló a una adolescente cuyos brazos no eran sino hojas de hueso, y aceleró a través de un tiroteo sin dar a ninguno de los bandos la ocasión de parpadear. La salida estaba bloqueada, lo sabía... había unas puertas de color naranja y blanco, pero por Dios, la limusina podía atravesarlas... y entonces McDonough vio un pesado camión remolque sobre la acera, cerrando por completo la salida. Iba cargado de conductos de cemento para alcantarillas y pilas de barras de hierro. Enjambres de enemigos salían reptando de los grandes capullos grises. Las luces de la calle desaparecieron cuando la sombra avanzó.

McDonough sacó su pistola con una mano mientras buscaba el teléfono con la otra. El código de emergencia: un solo botón pondría la transmisión en marcha... pero quedó atónito cuando un monstruo –un muchacho, un chico flacucho con ropas mugrientas– saltó sobre la capota, disparando una y otra vez contra el parabrisas blindado. El cristal se astilló, y el crío de puños rojos soltó una carcajada, tiró su pistola y metió la garra por la grieta.

El parabrisas se rompió en pedazos, y la otra garra bajó también.

Las garras tiraron del pelo de McDonough hasta sacarlo del coche. Los pedazos de cristal rasgaron sus ojos, sus manos y sus mejillas. Medio ciego, vació el cargador sobre el costado de la bestia

que le sujetaba. El enloquecido vampiro se sacudió como un perro, y su negra sangre roció el asfalto a su alrededor; después hundió los colmillos en el cuello del mortal, bebió hasta dejarle seco y lanzó un aullido.

Entre los restos del coche, la tenue luz azul del teléfono móvil parpadeaba una y otra y otra vez: "¿ENVIAR?"

6

*MARTES, 22 DE JUNIO DE 1999, 2:36 AM
CERCA DE ABINGDON SQUARE, GREENWICH VILLAGE,
MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK*

El Ojo estaba cerrado de nuevo, y los trazos se habían cortado. Hesha había quedado sorprendido al saber que estaba abierto y en poder de otro, pero su frustración ante el súbito silencio fue el doble de grande. Descansó la cabeza sobre el alto respaldo de su silla y escuchó mientras Thompson llamaba a un hombre tras otro. Ningún conductor ni agente del hotel, ningún piloto esperando en el avión. Llamó a la policía del condado de Foulton para dar parte del robo de la limusina, y allí le dijeron que ya había bastantes emergencias, ¿o es que no estaba viendo las noticias? Vuelva a llamar mañana.

Thompson colgó el teléfono por última vez.

—Nada, señor. Creo... creo que están muertos. —Su voz se quebró: Ronald Thompson había escogido al equipo escolta de Vogel en Atlanta. Eran sus propios agentes, y algunos incluso amigos suyos.

—No saquemos conclusiones apresuradas, Thompson. ¿Ninguno apretó el botón de pánico?

—No, señor.

—Esperemos, entonces, que se han ocultado en alguna parte.

—Con una pulsación en el teclado, Hesha hizo aparecer la página de noticias en la pantalla—. Puede que mañana tengan tiempo para ponerse en contacto con nosotros —dijo—. Quizá incluso ya estén de

camino. –Con paciencia, Hesha dejó que Thompson se quedase en la sala, dando al viejo policía algo de tiempo y... compañerismo.

El mortal necesitaría un día o dos para asumir las muertes. En la mente de Hesha, Vogel y su equipo eran ya seis cadáveres... algo que borrar y reemplazar en cuanto fuese posible.

7

*MIÉRCOLES, 23 DE JUNIO DE 1999, 2:24 AM
CERCA DE ABINGDON SQUARE, GREENWICH VILLAGE,
MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK*

Hesha conectó su ordenador y buscó una página de noticias. Al parecer, Atlanta había sufrido un ataque terrorista.

El Charleston histórico era pasto de las llamas. Los disturbios en Savannah estaban siendo relacionados con una organización paramilitar, negados por el ayuntamiento y la policía, conectados con los incidentes de Atlanta, separados de los incidentes de Atlanta... era un esquema familiar: la Mascarada. A la mañana siguiente, los informes oficiales formarían parte de la historia humana. Hesha tendría que enterarse de la verdad (o lo que pasase como tal entre los Cainitas) por radio macuto.

–Nos vamos, Thompson. En cuanto estés listo.

–¿A Baltimore, señor? –preguntó esperanzado el chófer.

–Todavía no. –El Ojo podía estar en cualquier parte, y ni siquiera las ventajas de Hesha al estar en su refugio le ayudarían a encontrarlo. No obstante, había dos trazos cortos más a mano. En algún lugar de Nueva York había una pista de Hazimel, y Hesha estaba dispuesto a encontrarla—. Tengo preguntas para unos amigos. Armas y blindaje completo, Thompson, sólo por si acaso. Y llama al Áspid. Es casi seguro que habrá mendigos a nuestras puertas: quiero que encuentre sitio para ellos. Que se reúna con nosotros mañana.

*MIÉRCOLES, 23 DE JUNIO DE 1999, 7:30 PM
RUTHERFORD HOUSE, UPPER EAST SIDE,
MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK*

–¿Señorita Dimitros? –llamó la chirriante voz de Agnes Rutherford.

Elizabeth cerró el crepitante diario, lo guardó pulcramente en su sitio y se presentó ante la puerta del taller de encuadernación.

–¿Sí, señorita Rutherford?

–Salgo hacia Londres. Llame al coche.

Elizabeth obedeció, dirigiéndose hacia el teléfono sólo para ver a su patrona todavía en la puerta.

–La secretaria del señor Ruhadze ha llamado para pedir que usted se quede y le muestre el colgante de Thoth. –Elizabeth asintió con la cabeza, y Agnes continuó–. Por lo general, no dejaría que se quedase sola para tratar con uno de nuestros clientes más apreciados, pero él parece desearlo así. Le ruego que tenga presente nuestro nivel, señorita Dimitros. Sus maneras y proceder no son siempre lo que desearíamos entre nuestro personal –dijo, mirando a la joven de arriba abajo como si fuese una estatua de origen particularmente dudoso–, aunque debo admitir que supera usted a la mayoría de los americanos a los que he empleado en el pasado. Y conserve esa ropa puesta, señorita Dimitros.

Elizabeth se sonrojó violentamente, los ojos ensanchados por la indignación.

–He visto las cintas de seguridad de anoche, y mi consejo es que no vuelva a pasearse hoy con una camiseta grasienta y unos téjanos andrajosos. Esto es Rutherford House, *no* un trastero en rebajas.

–Sí, señora. –Liz alzó los hombros bajo su vestido de seda azul marino, e intentó recordar si llevaba los zapatos limpios–. He traído un

blusón para trabajar en el taller, señorita Rutherford.

–Asegúrese de no llevarlo puesto cuando abra la puerta, señorita Dimitros.

–Sí, señora. –Elizabeth escoltó a su patrona hasta la puerta de la calle, deseó una buena noche y un vuelo sin problemas a la vieja dama de forma educada y adecuadamente servil, y conectó la alarma.

Delicadamente, con finos guantes de algodón, sacó el collar de su sitio y lo puso sobre la mesa de exhibición. Lo colocó con cuidado sobre un modelo forrado con terciopelo de unos hombros y cuello femeninos, y retrocedió un poco para ver si caía correctamente sobre el hueco de la garganta. Sacó los documentos de procedencia de los archivos del piso superior –las fotografías del lugar donde se había encontrado el colgante, copias de los informes de su descubrimiento, sus ventas, bancarrotas y herencias, la subasta final que lo llevó hasta Rutherford House– y puso el sello de la casa, en pergamino color crema, en un soporte bañado en oro junto a la pieza. En la silla del cliente dejó una lupa de joyero, calibradores, una pluma y un bloc de colores oro y crema para tomar notas. Ya preparada, apagó las luces delanteras y volvió al taller. Se puso su blusón y emprendió el trabajo en su escritorio con una sonrisa.

* * *

–Buenas noches, señor Ruhadze. Pase, por favor.

–¿Por qué no me llama Hesha?

–Como quiera. –Elizabeth cerró la puerta y se volvió hacia el cliente–. La señorita Agnes me pidió que le dijese cuánto lamenta no poder atenderle personalmente. –Hizo una pausa–. Si desea seguirme...

Una hora y media después, las afirmaciones de Rutherford House acerca del colgante habían demostrado ser genuinas, al menos hasta donde podían confirmarlo la lupa, la luz y los documentos. El precio acordado fue menor que el primero mencionado por Elizabeth, mayor que el primero sugerido por Hesha, y agradablemente por encima del que hubiese complacido a la señorita Rutherford.

Por fin habían pasado a una conversación amistosa. El mutuo

embarazo de su primer encuentro había desaparecido. Cada vez quedaba más claro que la noche sería, al menos intelectualmente interesante, y descubrieron que compartían muchos gustos.

–Dime, Elizabeth. ¿Cómo has llegado a saber tanto de todo esto?

–Oh, todo empezó con una licenciatura en historia del arte, que según mi padre no me llevaría a nada. Después de graduarme, supuse que él tenía razón, así que colgué el primer diploma en la pared y fui a por otro.

–¿Algo práctico esta vez?

–Se suponía que iba a ser un máster en administración de empresas.

–¿Pero?

–La tesina del máster se titulaba «La diseminación desde Mesopotamia de los motivos clave en la cerámica neolítica».

–Elizabeth hizo una débil mueca–. Wall Street no mostró mucho interés, y a mi padre le dio un ataque. –Se miraron por encima de la mesa de café durante un momento–. ¿Te apetece un café?
–preguntó.

–Nunca a estas horas, gracias. Me tendría despierto toda la noche. Pero no te prives por mí.

–Enseguida lo haré. Lo necesito para conducir hasta casa.

–Inclinó la cabeza y devolvió su pregunta a Hesha: – ¿Y cómo has llegado *tú* a saber tanto de todo esto?

–Simplemente crecí con ello. Mi familia tenía una colección bastante... ecléctica de enseres domésticos norteafricanos del siglo quince. No me preguntes cómo los consiguió el abuelo. –Se quedó pensando por un momento: – ¿Cómo vas con tu escritorio?

–Estupendamente –contestó ella, un tanto sorprendida–. Muy bien, de hecho estaba volviéndolo a montar cuando llegaste.

–¿Puedo verlo?

Elizabeth parpadeó, sonriendo.

–Claro.

El escritorio estaba espléndido, completo de nuevo y bruñido, allí donde servía para ocultar su marcada superficie. Ella cogió las herramientas y rociadores que quedaban junto con el blusón, mirando

cómo se acercaba su acompañante. Hesha Ruhadze pasó tres dedos por el panel del lado derecho, arrodillándose para ver la luz sobre la superficie. Frotó con el pulgar el curvado tirador de un cajón, y finalmente dejó que sus oscuras manos se deslizaran por la pulida superficie del tablero restaurado.

Elizabeth se dio cuenta, repentinamente, de que estaba frunciendo el ceño, de que no le gustaba la forma en que los ojos de Hesha recorría la madera.

—¿Por qué estás tan interesado en mi escritorio? —preguntó, casi con hostilidad. Era la primera vez que usaba la palabra "mi" en voz alta para referirse a su posesión; era una forma de defensa, y lo supo en cuanto lo dijo.

—No lo estoy —contestó él, apartando la mano—. Lo que me interesa es por qué te preocupas tanto por él. —Hesha se recostó sobre la pared, mostrando una encantadora sonrisa—. ¿Por qué hablas del escritorio como "él" y no como "ella", Elizabeth?

Ella dejó escapar algo de aire, más un suspiro que una muestra de exasperación. La tensión pasó de su cuello a sus hombros. Resignadamente, caminó hasta la esquina del armario y siguió la textura de la vieja madera con los índices de ambas manos.

—Sleipnir, quiero presentarte al señor Hesha Ruhadze. Hesha, Sleipnir —presentó en tono burlón. Después, guardó silencio.

—Sleipnir —dijo Hesha, sardónicamente.

—Este escritorio tiene ocho patas. Mira aquí —explicó ella señalando los soportes, originalmente tallados como jarrones sobre pedestales—, ocho pezuñas, marcadas por sillas con ruedas de acero y hendidas por sus usuarios. Alguien cuidó adecuadamente de él una vez. Puedes ver la diferencia entre el acabado aquí en el cajón central y en estas otras zonas: hubo un secante para proteger su piel; puedes hacerte una idea de las dimensiones por el tacto.

»Pero hubo un propietario diestro que fue patoso con su taza de café. Hubo un mecanógrafo al que le gustaba que su máquina estuviese encarada en la misma dirección que el resto del escritorio, y que no se molestó en reparar el espacio para ello: el movimiento del carro de la máquina dejó tatuadas cientos de líneas de tinta. Aquí, aquí y aquí —señaló con los nudillos las oscuras quemaduras ovoides

sobre el barniz – ha visto el fuego: son marcas de cigarrillos dejados descuidadamente para morir en su compañía.

»Los vándalos le han atacado con flechas... sólo Dios sabe por qué querrían clavar clavos y tornillos en la pobre cosa, pero aquí están los agujeros que dan fe de ello. Hay pintura roja que le mancha como si fuera sangre, y pintura blanca que parece escarcha. Ha perdido partes de sí mismo: sus cajones fueron reducidos a huesos y estaban a punto de venirse abajo en su interior. Ha sido cortado y quemado, pero resiste. Ha visto batallas y llevado al escritor a través de ellas; probablemente ha sobrevivido a más empresas que las que le sobrevivirán a él.

»Es un caballo de guerra de ocho patas. Sleipnir.

Terminó en tono desafiante, de pie entre una lámpara de trabajo y el viejo escritorio. Sus ojos pardos relucían con un llameante dorado, y su perfil era tan marcado como el de la luna.

Hesha Ruhadze se quedó contemplándola sin decir nada. El Ojo estaba en sus pensamientos, y la muerte de Vogel y su escolta, y el recuerdo de una pesadilla diurna: Thoth con una mujer a su lado que sería recordada, más tarde, como la luna en Inundación. Esperó a que Elizabeth hablara, se moviera o hiciese algo, pero el silencio no servía como arma contra ella.

–¿Aprendiste de un *skald* cuando estudiabas a los hombres del norte?

Elizabeth le miró a la cara. No parecía burlarse.

–Gracias –dijo con seriedad.

–No –repuso él, despacio–. Gracias a ti. Y te ruego que disculpes mi intrusión en tu intimidad. Yo... percibí un misterio aquí, y mi pasión particular es... es el trabajo detectivesco. ¿Querrás perdonarme?

Ella hizo un vago gesto con la mano.

–¿Por haberme mostrado increíblemente tonta y melodramática acerca de un escritorio? Claro que sí.

Pero Hesha pudo ver que aquello seguía molestándola, y pensó cuidadosamente lo siguiente que diría a la mortal. Si se lo tomaba a la ligera, el resentimiento echaría raíces, y podría perderse una herramienta potencialmente útil. Si mostraba demasiada seriedad, ella

volvería a sospechar que se burlaba. Hesha dio tres cuidadosos pasos para cerrar el vacío entre ellos y miró a los ojos de la mujer a medias iluminada.

–A pesar de todo, fue una intrusión, y lo lamento. –Hizo una pausa, como si observase los labios burlones alzados hacia los suyos–. ¿Adónde irá Sleipnir cuando salga de aquí, Elizabeth?

–preguntó apartando la mirada y recuperando el tono profesional.

–A mi casa.

–Muy bien. –Empezó a andar hacia la parte delantera, sosteniendo la puerta para que ella pasase–. Dijiste el otro día que nadie usa ya máquinas de escribir. Debo confesar que yo todavía uso una, de vez en cuando: casi he borrado la tecla del interrogante. Intentaré –dijo, mirándola a la cara por encima de la mesa del collar– no molestarte con más preguntas mañana. –Sus ojos negros mostraban preocupación en las ligeras arrugas de los párpados–. Si es que estás disponible. –Elizabeth asintió con una suave sonrisa–. ¿Nos encontramos en Charles's Fifth a las siete?

Ella dejó crecer su sonrisa.

–Allí estaré.

* * *

Hesha se retrepó en el asiento trasero de su coche, guardando el joyero en una caja fuerte oculta. Su chófer aguardaba en silencio.

–Thompson, tengo otros asuntos en Queens. –El coche negro se puso en marcha, metiéndose entre el tráfico como un tiburón en un banco de pececillos, y empezó a circular hacia el sur para salir de Manhattan–. Me dejarás junto a una casa de piedra rojiza –dijo Hesha, dándole la dirección–. Lleva el colgante a nuestra sede allí, y haz que Alex haga el envío a Baltimore esta noche.

–Sí, señor.

–Haz una llamada a la agencia. Usa uno de los nombres corporativos; quiero una comprobación de antecedentes de una tal Elizabeth A. Dimitros, residente en Nueva York o alrededores, actualmente empleada de Antigüedades Rutherford House. Más tarde enviaré una nota a Janet con algunos detalles que me gustaría que

investigase.

–Sí, señor.

–Quiero que estés de vuelta en la casa de piedra a las tres en punto. No creo que tengas que esperar mucho.

*MIÉRCOLES, 24 DE JUNIO DE 1999, 10:17 AM
RUTHERFORD HOUSE, UPPER EAST SIDE,
MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK*

Amy Rutherford entró en el taller de encuadernado sosteniendo una taza de café en una mano y el cheque por el collar egipcio en la otra.

–¿Lizzie?

–¿Sí, señora Rutherford? –respondió Elizabeth, levantando la mirada de su trabajo.

Su jefa dio un respingo y a punto estuvo de derramarse el café de la mañana sobre el vestido.

–Tía Agnes está a un océano de distancia, y *ella* también. Si vuelves a llamarme con el nombre de mi suegra, te cubriré de alquitrán y plumas. Oh, Señor. No has oído eso. ¿No entiendes que vivo en el temor a que encuentres un trabajo en alguna parte donde la familia Rutherford no exija un tratamiento de realeza por parte del maldito personal? ¿Por dónde demonios iba? El cheque... ¡el collar! ¿Liz? ¿Tienes idea de lo que has hecho?

Elizabeth se sorprendió.

–¿No es un buen precio?

–¿Un buen precio? ¿Sabes que es un veinticinco por ciento más elevado que lo que hemos conseguido sacarle jamás a Ruhadze?

–Amy meneó la cabeza–. Vas a tener que enseñarme tus técnicas de venta.

Elizabeth miró el diario por un momento.

–Me limité a seguir las instrucciones, Amy. Lo juro. Hice todo lo que me dijo la señorita Agnes al pie de la letra.

–Entonces ha dado mejor resultado contigo de lo que nunca ha hecho con Tía Agnes.

–Sólo... sólo hice un repaso rápido a la procedencia y hablé del trabajo artesanal.

–¿Te hizo preguntas?

–Sí –contestó Elizabeth con énfasis–. No fue una venta fácil, Amy. Me sentí como si estuviera defendiendo mi tesis ante la junta otra vez –dijo echándose hacia atrás en su silla–. Y después charlamos un rato sobre mi escritorio.

–Eso me recuerda algo, querida. Antonio y los chicos vana a hacer una entrega hoy por tu rincón del bosque. ¿Está el escritorio listo para el viaje?

–Perfecto. Sólido como una roca. –Elizabeth hizo una anotación en el bloc que había junto al teléfono–. Llamaré al encargado para que les deje pasar. De paso, pueden recoger las pinturas: las tres que hay al lado de la puerta están ya limpias y embaladas.

–Estupendo. El escritorio: ¿estaba Ruhadze interesado en él?

–Algo así –contestó Elizabeth, llevándose los dedos a las sienes–. Amy, ¿qué sabes de ese hombre?

–¿Por qué?

–Voy a cenar con él esta noche.

Amy Rutherford se quedó quieta, con la taza en la boca. Una mujer inferior, una que no tuviese a los Rutherford como familia política, hubiese podido atragantarse o escupir.

–Has esperado deliberadamente a que tuviese café en la boca –acusó, dando golpecitos con sus bien cuidadas uñas sobre los brazos de la silla–. ¿Quieres decir cenar... como una cita?

–No estoy segura, pero creo que sí.

–Oh, Señor. ¿Es que no te das cuenta? No, claro que no. Mira, tenemos cinco clientes en los libros por los que haríamos lo que fuera. Tía Agnes y mi dulce y encantadora suegra rodarían por el suelo y darían la patita si esa gente lo pidiera. Uno de esos clientes es de la realeza, otros tres son grandes corporaciones, y el quinto es Hesha Ruhadze. Es asquerosamente rico, está increíblemente bien

relacionado, sobre todo para... bueno, odio parecer racista... pero sobre todo para ser negro, y sabe más de antigüedades reales que... más que Madre. Creo que hizo su fortuna en el negocio.

Elizabeth asintió.

–Pero quiero saber cosas de él, no de su nivel de crédito, Amy.

–Se supone que es una especie de recluso. Al menos, no sale mucho. Hay tantas "celebridades" en pugna por los titulares que ni siquiera los herederos Ford pueden salir en las noticias sin un robo.

–Alzó las manos en el aire—. Es educado. Es encantador. Creo que es soltero.

–Siempre es bueno saberlo.

–Sí. –Amy meneó la cabeza, mirando a su empleada. Siempre había pensado en Liz como una mujer anodina en comparación con el tipo de producto de la moda que Nueva York creaba a millares y llamaba hermoso. Era culta e inteligente, rápida para aprender y con buena cabeza (a pesar de, o quizá debido a, aquella extraña imaginación suya). Pero aquel tipo de cosas raramente llevaba a invitaciones a cenar por parte de millonarios—. Cuéntamelo todo, querida. Oh, Señor. ¿Qué demonios vas a ponerte?

JUEVES, 24 DE JUNIO DE 1999, 6: 58 PM

CHARLES'S FIFTH, UPPER EAST SIDE,

MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK

El taxi se detuvo ante el toldo de Charles's Fifth, y un portero se adelantó rápidamente para atender a la pasajera. Una joven con un largo vestido de noche de satén de color acero y plata salió delicadamente del vehículo, inclinándose hacia la ventanilla para pasar un billete al conductor. El sol, que estaba convirtiendo el smog de Nueva York en algo parecido a una neblina ocre, sacó unas pocas hebras de cobre de su cabello, resaltando su ligero bronceado. El taxi se marchó.

Mientras las puertas de cristal se abrían ante ella, Elizabeth se dio una última mirada de inspección. Amy había intentado arrastrarla a una ridícula *boutique* de alta costura: ella se había negado en redondo a entrar en algo que no pudiera llamarse "tienda". El vestido gris bastaría, y aunque finalmente Amy lo había admitido, explicó a la joven que las posteriores citas con Ruhadze harían que Liz necesitase más de un vestido "de verdad".

Elizabeth entró en el salón, y tras dudar un momento, se acercó al hombre del estrado a un extremo de la estancia. Captando su vacilación, él empezó a hablar antes de que ella dijese nada.

—¿Señorita Dimitros? La secretaria del señor Ruhadze nos ha llamado: el señor Ruhadze sufre un ligero retraso, y me ha pedido personalmente que me asegure de que se encuentra usted cómoda.

El hombre guió a Elizabeth a través del atestado restaurante hasta un reservado con una pequeña mesa con un mantel de lino y dos sillas de lujoso respaldo. Un camarero apareció a su lado, con una bandeja en la que llevaba un vaso de agua y un pequeño teléfono.

—¿Le apetece beber algo, señorita Dimitros? —preguntó el patriarcal *maître*, mientras su subordinado colocaba el agua y el teléfono—. Nuestra lista de vinos...

—No, gracias. Me bastará con el agua mientras espero.

El teléfono sonó a las 8:19, y Elizabeth lo contempló durante un momento, como si hubiese olvidado para qué servían aquellos aparatos. Se tragó el resto de su agua de soda y cogió el pequeño auricular.

—¿Diga?

—¿Elizabeth? Soy Heshá. Lo siento mucho, estoy en una reunión de negocios: mis abogados acaban de encargar algo de comida a domicilio y esperan que me quede con ellos hasta cerrar el asunto. Me iría ahora mismo, sólo para verles la cara de sorpresa, pero si lo hiciera tendría que volver a reunirme con estos bufones mañana por la mañana. Me temo que tardaré al menos otra hora.

—Oh. Bueno, entonces será mejor que lo dejemos para otra ocasión.

—No, debes de estar muerta de hambre. Por favor, cena sin mí. Te recomiendo el *boeuf bourguignon*: es la especialidad de la casa.

Disfrútalo y compadécete de mí con mi comida china en envase de cartón. –Su voz se hizo más grave—. No te dejaré plantada, Elizabeth. Te lo prometo.

–Buena suerte con la reunión.

–Gracias. Te veré pronto.

–Adiós.

11

*MIÉRCOLES, 24 DE JUNIO DE 1999, 8:23 PM
CERCA DE ABINGDON SQUARE, GREENWICH VILLAGE,
MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK*

–¿Sí, Thompson?

–Una llamada de Janet, señor. La agencia ha entregado el informe sobre la señorita Dimitros –dijo el chófer mientras el coche emergía del garaje a la calle. Tenía un ojo puesto en el tráfico y el otro en una luz parpadeante en su consola.

–Pásamela.

–Buenas noches, señor. ¿Quiere que le diga los puntos principales, o le envío el informe por fax?

–Las dos cosas, por favor. Adelante.

–Nombre completo, Elizabeth Ariadne Dimitros. Nacida el 28 de septiembre de 1970, hija de Christopher y Melissa Dimitros. Un hermano mayor, Paul Theodore Dimitros. La familia es de origen mayoritariamente griego; los dos hermanos son la tercera o cuarta generación en América, dependiendo del lado materno o paterno. "Dimitros" es la versión americanizada de "Dimitrouleas". Le ahorraré el resto del árbol genealógico.

–Gracias.

–Su *curriculum* va incluido en el fax: básicamente, es una historiadora del arte con las habilidades prácticas de un restaurador de museo (trabajó varios veranos como interna en el Metropolitano), y

tiene un especial interés por la antropología, la semiótica, el simbolismo y otra media docena de cosas. Su tesina y publicaciones profesionales están también en el informe. Casi ha terminado el doctorado: su propuesta de disertación no estaba disponible para la copia. Lleva cuatro años trabajando para Rutherford House como asistente de ventas, restauradora de arte, tasadora y compradora. La generación más vieja de los Rutherford parece pensar que sigue en prácticas, pero los más jóvenes la consideran como una asociada... o lo más cerca que pueda estar de ello alguien ajeno a la familia. La agencia no profundizó demasiado en la cuestión: presenté el encargo como comprobación general para una posible empleada, de forma que no se alertase a sus patrones actuales. Espero haber hecho bien.

–Estupendo.

–Sigamos. Hay unos pocos... cabos sueltos.

–¿Cabos sueltos, Janet?

–No tiene residencia fija. Recibe el correo directamente en Rutherford House. Su permiso de conducir expiró hace dos años; la dirección que figura en el mismo es ahora la de un músico de jazz que tiene tres gatos y un problema con la bebida. Su pasaporte fue expedido más o menos por aquella época, así que la agencia supone que habrá caducado igualmente.

»Segundo: la nota que me dio mencionaba el disgusto del padre de Elizabeth Dimitros a causa de su elección de carrera, ¿verdad? Pues prepárese: *realmente* tuvo un ataque. Christopher Dimitros murió de un infarto dos meses después de que Elizabeth terminase su máster. Su viuda culpó a Elizabeth de su muerte, y se trasladó a California para vivir con la familia de su hijo casi inmediatamente después del funeral. Paul Dimitros sigue en contacto con su hermana, pero el resto de la familia no quiere saber nada de ella... incluso los parientes que siguen viviendo en Nueva York y Nueva Jersey.

–Ya veo. –Hesha estiró las piernas, mirando calculadoramente el altavoz–. ¿Otras relaciones?

Janet se aclaró la garganta, y Hesha pudo ver en su mente la expresión desaprobadora en el rostro de la mujer. Janet Lindbergh era una secretaria eficiente y un modelo de discreción, pero ya había dejado a tras la mediana edad, y pertenecía a una generación que

sencillamente no hablaba de según qué cosas por teléfono.

–No está viendo a nadie en este momento, señor.

–Siga.

–Tres novios serios; el informe incluye breves descripciones de los... asuntos. La última relación se rompió hace dos años y medio; la agencia sugiere una conexión entre la muerte de su padre y su cambio de hábitos.

–Gracias, Janet. –Pensativo, Hesha tamborileó con las uñas sobre el reposabrazos—. Felicite a la agencia por su rapidez y competencia: impresora láser con papel de cartas de la compañía, pero con la firma del presidente marioneta en persona. Y asegúrese de que detienen la investigación en este punto; quiero todos los archivos y copias fuera de sus oficinas.

–Así lo haré. –Janet hizo una pausa. Justo antes de que la conexión se interrumpiera, Hesha pudo oír un murmullo: – Que tenga una buena cita, señor.

12

*JUEVES, 24 DE JUNIO DE 1999, 9:57 PM
CHARLES'S FIFTH, UPPER EAST SIDE,
MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK*

–Buenas noches, Elizabeth. –Su voz pasó con claridad a través del refinado estrépito del restaurante... profunda como un río más cercana que los latidos de su corazón.

–Buenas noches, Hesha. –Ella dirigió una amarga sonrisa a su anfitrión—. ¿Te apetece tomar algo? Van a traer el postre.

Él se sentó en la otra silla, alejando con un gesto a un enjambre de camareros.

–Tienes un aspecto adorable.

–Gracias.

Hubo un torpe silencio roto por la llegada del *maître*, que llevaba personalmente una bandeja con un capricho de chocolate y una taza de té caliente para la dama y un pequeño y humeante vaso plateado de licor para el recién llegado.

–La cena ha sido estupenda –señaló Elizabeth cuando se hubo marchado el séquito de camareros.

–Me alegra saberlo, ojalá hubiese podido estar aquí. Espero que no te hayas aburrido demasiado.

–No. Ha sido divertido, en cierto modo –explicó ella enarcando una ceja–. Una dama cenando sola en un sirio como éste... atrae la atención. He habido cuatro intentos de rescate por parte de simpáticos caballeros sorprendidos de verme abandonada. Una fiesta familiar intentó adoptar a la pobre florecilla solitaria. Los camareros estaban *deseando* atenderme... y eso ha sido una nueva experiencia para mí. Y al verme tratada como una celebridad, media docena de turistas han pensado que yo era alguien a quien deberían reconocer, y no han dejado de asomarse desde aquella mesa para verme mejor.

Hesha soltó una risita. Dio un sorbo de su vasito de plata mientras contemplaba cómo metía Elizabeth el tenedor en el pastel de chocolate.

–Oh, es fantástico –dijo ella con los ojos cerrados, tomando otro bocado. Ofreció la cucharilla del té a su acompañante, con un floreó hacia el platillo de postre–. ¿Te apetece probarlo?

–Gracias, pero la cafeína...

–¿Incluso en el chocolate? Debe de ser terrible para ti. Yo intenté dejarlo una vez... –dijo mientras apartaba el bizcocho– pero decidí que hacer gimnasia era menos doloroso que prescindir del postre.

Hesha la miró mientras terminaba el postre. Elizabeth se relajó con su taza en las profundidades de su cómodo asiento, con aspecto de estar dispuesta a quedarse tranquilamente sentada si a él no le importaba. Su anfitrión dejó que la taza de té fuese consumida en silencio, y cuando Elizabeth hubo acabado, se puso en pie y le ofreció su brazo. Ella sabía caminar del brazo, y salieron con elegancia del restaurante. Un bajo sedán negro se detuvo junto al bordillo a los pocos segundos de que Hesha apareciese en la acera, y él sonrió a la

mujer que estaba a su lado.

–¿Puedo ofrecerte a llevarte?

Elizabeth se mordió el labio, dudando.

–No quiero hacer que te apartes de tu camino. Mi casa no está precisamente en la zona más frecuentada...

–Por favor –dijo Hesha, aguantando la puerta abierta–. Sube. Te llevaremos a casa.

La temperatura del aire de junio bastaba para dar a los dedos de Hesha una cierta calidez, calidez que pasó al hombro de Elizabeth cuando el hombre hizo que pasara al lujoso habitáculo. Thompson abrió la otra puerta para su jefe, y Hesha se unió a su invitada en el asiento trasero. Elizabeth le dio su dirección al chófer, y el vehículo se puso en marcha.

Hesha miró al conductor y pulsó un botón. Un cristal opaco se alzó suavemente para darles algo de intimidad, y el hombre miró distraídamente a su acompañante antes de hablar.

–No ha sido exactamente la noche que había planeado, Elizabeth –dijo en tono suave, confidencial... aunque en realidad sí lo había sido: había llegado en cuanto se lo había permitido el sol, apresurándose para llegar a su lado.

Ella le miró, meneando suavemente la cabeza.

–¿Qué tenías pensado cuando me invitaste?

–¿El lunes? Una recompensa por tu ayuda. Intentaste hacerme un favor. No me gusta estar en deuda con nadie, y menos con desconocidos. –Sus ojos parpadearon–. Pero después de anoche, deseaba la experiencia: eres una persona bastante inusual.

Elizabeth dejó pasar la afirmación sin hacer comentarios, aunque el tono sugería un gran cumplido. Sintió que el rubor empezaba a subir por sus hombros, y esperó que no se notase en la oscuridad del coche..

–También planeaba mostrarte un pequeño misterio propio –dijo Hesha. Elizabeth frunció un poco el ceño, sin comprenderle–. Hay una pieza con la que he estado trabajando, una estatuilla que llegó a mis manos sin muchos datos sobre su historia y procedencia. Ahora tengo una cierta idea de dónde pudo haber sido tallada, pero pensé que tú podrías decirme algo sobre ella.

–No creo que yo pueda ver nada que no hayas visto tú antes
–dudó Elizabeth–. Amy me dijo que eres una especie de experto en antigüedades.

Hesha hizo un vago gesto de modestia.

–En realidad, fue "Sleipnir" quien me convenció de que podrías descubrir algo. Puede que a ti te pareciese una tontería, pero yo... quedé impresionado. Lo que hiciste fue un profundo estudio *forense* de un escritorio común... El auténtico objetivo era plantearte un atractivo enigma del que pensé que podrías disfrutar.

–Suenaba bastante divertido. ¿De qué época es la pieza?

–Eso sería demasiado fácil, ¿no crees?

–¿No tengo pistas?

–No tengo la estatuilla conmigo –explicó Hesha con cierto desencanto–. Los abogados me entretuvieron demasiado.

–Oh.

–No creo que... Tengo más asuntos mañana, y una cena formal... ¿Sería demasiada molestia que nos encontrásemos mañana en alguna parte, sobre las diez o las once más o menos? Llevaré la estatuilla conmigo, y podremos hablar libres de todos los camareros y turistas y galantes caballeros al rescate.

–No es ninguna molestia. –Elizabeth contuvo un acceso de esperanza y recurrió a su actitud profesional para reunir coraje–. Pero esta vez –dijo mirándole a la cara con determinación– yo seré la anfitriona. No puedo decir que mi casa sea tan elegante como el Charles's, pero es tranquila, y cómoda, y parece que voy a necesitar todo mi arsenal de libros especializados para resolver tu enigma. Y si tus abogados vuelven a entretenerme –añadió con malicia–, al menos podré adelantar algo de trabajo mientras te espero.

Y Hesha, que tenía preparados varios sutiles argumentos para que ella le invitase a su casa, se dejó convencer, aceptando humildemente su sugerencia.

–¿Thompson? ¿Oíste el número de su puerta? Haz que el apartamento sea registrado. Máxima discreción: que no quede ni un rastro que pueda alertarla. De hecho, te agradecería que te ocupases personalmente.

Thompson mantuvo los ojos en la carretera, pero su atención

pasó a Hesha.

–Sí, señor –dijo, pero la réplica no tenía el vigor acostumbrado–. ¿Puedo decirle algo, señor?

–Si no apreciase tu opinión, Thompson, lo habría dejado claro desde el principio de nuestras relaciones.

–Usted sabe que nunca me meto en sus asuntos, señor, pero... parece una buena chica.

–Estoy seguro de que lo es, Thompson. –Hesha pensó un momento en el tono de la afirmación de su chófer, y siguió hablando cuidadosamente–. Vogel y todos los que le acompañaban han muerto, Thompson. Tú estás buscando sustitutos para su equipo: un chófer, un avión, un piloto y tripulación. Yo necesito un historiador del arte... así como un sustituto para otras capacidades de Vogel.

–¿Qué otras capacidades... señor?

–Todavía no estoy seguro, Thompson. Hay debilidades en ella; bajo las circunstancias adecuadas, podrían ser convertidas en... fuerzas de las que no dispone nuestra organización. Pero no es necesario que ella sepa más de nuestras verdaderas operaciones que Alex, o la agencia, o Patterson's. –Tras un rato circulando en silencio, Hesha volvió a hablar, especulativamente–. Por cierto, Thompson, puede que quieras considerar si te importaría sustituir personalmente a Vogel en esas otras capacidades. –Thompson no dijo nada–. Piénsalo bien, por supuesto. Llevas conmigo el tiempo suficiente como para saber que es una bendición un tanto especial, y has visto lo que puede hacer a otros. Obviamente, tendrías que cambiar la naturaleza de tus actividades, y sé que disfrutas de tu trabajo como jefe del equipo de seguridad. Pero piensa en ello, y dime si te gustaría y cuándo.

–Gracias, señor.

–Y pronto, Thompson. Ten presente lo ocurrido en Atlanta. Son tiempos peligrosos, y un "seguro" podría ser una buena idea.

VIERNES, 25 DE JUNIO DE 1999, 11:12 PM

UN ESTUDIO EN RED HOOK, BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK

El sedán negro se deslizó suavemente hasta detenerse a la entrada del viejo almacén. La iluminación de la calle era escasa, había poco tráfico, y aunque algunas ventanas tenían luz a ambos lados de la calle, las habitaciones no parecían tener vida: bombillas fluorescentes de matiz azulado ofrecían su fría luz a conserjes y guardias nocturnos; lámparas de escritorio iluminaban las horas extra de los esclavos corporativos.

Un hombre alto, robusto y canoso vestido con un amplio impermeable salió de las sombras bajo una escalera de incendios. Se acercó a la puerta trasera derecha del coche, esperando a que el seguro se abriese, y entró sin decir una palabra. El seguro volvió a chasquear, y parte de la tensión abandonó la roja y curtida cara del hombre.

–Buenas noches, señor –dijo Thompson. Asintió en un gesto de reconocimiento hacia el hombre al volante–. ¿Cómo te va, Áspid?

–Mejor que nunca, Ron –respondió el conductor.

–Informa, Thompson.

Ronald Thompson sacó un pequeño bloc de notas del bolsillo de su impermeable. Era un hábito de sus tiempos de policía, de un recuerdo de cómo se suponía que debía ser el policía ideal. Un Ron Thompson más joven había descubierto que, en este mundo, la realidad es menos que ideal, alejándose de un trabajo sucio en busca de algo más... limpio. Ahora estaba sentado en el asiento trasero del coche de un monstruo sin sentir ningún remordimiento mientras desnudaba el hogar de una joven ante los ojos de su amo.

–Ésta es la disposición. La puerta, un pequeño armario y la entrada. Cocina abierta, con un mostrador y taburetes aquí... pero no da la impresión de que reciba muchas visitas. La biblioteca empieza aquí. Hay una puerta corrediza de metal tras los estantes: probablemente de la época en que era un almacén, lo supongo porque tiene los libros sobre ella. La biblioteca da al despacho, que a su vez da al salón... pero hay libros por todas partes. Esta zona está elevada sobre el resto con un escalón, y llena de esas cosas tuyas... quiero

decir antigüedades, señor. Imagino que será su taller. Instalaciones sanitarias sin paredes aquí. Dormitorio sin cortinas aquí. Toda la pared exterior es una ventana, señor –añadió significativamente.

Llegó una risita desde el asiento delantero.

–Supongo que no se quedará a pasar la noche, jefe.

Thompson dirigió una mirada ceñuda al retrovisor. Hesha ignoró al Áspid por completo, y el ex-policía siguió hablando.

–Armas. El surtido habitual de cuchillos de cocina. Además, una serie de pequeñas cuchillas y punzones en el taller. Multitud de objetos pequeños y arrojadizos. No hay armas de fuego, salvo un fusil de chispa en el taller, al lado de un artículo fotocopiado sobre la estabilización de madera encontrada bajo suelo de turba: no operativo. Pero sí hay –suspiró– montones de aerosoles y líquidos inflamables. De todas formas, no es fumadora, y no he encontrado encendedores. La cocina es eléctrica. Tiene cerillas, velas y esas cosas en un estante del despacho, pero no muchas: el fuego no tendría que ser un problema.

»Ya sé por qué no tiene dirección: subarrienda el almacén a Rutherford House. Los documentos del local estaban enrollados: he sacado una foto para Janet, por si está usted interesado.

–Gracias, Thompson.

Hesha abrió los seguros, y los tres hombres salieron del coche a la vez. Mientras Thompson vigilaba la calle, el Áspid sacó del maletero una botella, un paquete y un impermeable. Hesha tomó los objetos y se dio la vuelta para encaminarse hacia el edificio.

–Por ahora estáis libres. Calculo que estaré ahí al menos dos horas, pero no más de cinco. Llamaré. Si es tu teléfono el que suena, Áspid, tendréis que venir los dos de inmediato, esperando problemas. Si suena el tuyo, Thompson, será una recogida normal.

Thompson cogió las llaves y ocupó el asiento del conductor, con el Áspid a su lado. Ninguno de los dos bajó la guardia hasta que sonó el intercomunicador, se abrió la puerta del almacén y volvió a cerrarse satisfactoriamente tras su amo.

Hesha anduvo despacio a lo largo del corredor tenuemente iluminado. Su paso se reducía ante cada puerta mientras leía los nombres grabados, pintados o pegados en ellas: Kelvin Fotografía;

Kerlin, Inc.; Importaciones Malasia; diez puertas marcadas con el nombre de una firma de abogados que conocía, el título «Archivo de expedientes, 7», y las letras A-C, D-G y así sucesivamente.

Subió las escaleras e hizo algunos giros, pasando por el resto del abecedario de la firma de abogados. Al final de una pasarela metálica desnuda había una puerta, con una desvaída nota en la pared que anunciaba que las instalaciones eran propiedad de Rutherford House y daba un número al que llamar en caso de emergencia o accidente. No había ni rastro de luz en el interior, y ningún sonido. Olfateó el aire antes de llamar: estaba rodeado de olores a óxido, trementina, pintura vieja y mugre, pero a través de los huecos en torno a la puerta pudo detectar un rastro de humo: era buen sándalo e incienso, nada barato.

Llamó a la puerta dando golpecitos con un nudillo.

Al otro lado había luz –cálida y relajante luz– y sonido –tenues indicios de algo celta–, y también estaba Elizabeth, esperándole con un vestido de tela vaquera azul oscuro y una sonrisa nerviosa.

Ella aceptó el vino entre agradecimientos y exclamaciones al ver la cosecha; siguiendo las instrucciones de Hesha, lo dejó abierto sobre el mostrador para que respirase y se asentase. Elizabeth le ofreció una bebida o algo de comer, pero él rehusó cortésmente y pasó a lo que Thompson había llamado el salón. Dejó su impermeable en un lugar estratégico –cerca del centro de la casa y fácil de alcanzar desde el sofá o el taller, pero sin estorbar– sobre una vieja silla de oficina de madera de nogal. No dejó de echar una mirada a su alrededor, para comprobar el informe de su ayudante, hacer su propio cálculo de los posibles peligros y salidas, y aparentar admiración.

Las ventanas que molestaron a Thompson durante el día estaban ocultas por la noche; las mismas cortinas desde el suelo hasta el techo que cerraban el dormitorio mantenían la ciudad a raya. Hesha hizo los cumplidos de rigor por el apartamento, aprovechando la ocasión para pedir a Elizabeth que se lo mostrase.

* * *

–No, espera –rió Hesha, describiendo un círculo con el dedo–.

Lo tienes al revés. Ahora está de espaldas. Eso es.

Elizabeth dejó el paquete sobre lo que parecía ser su base, cortando la cinta de embalar con una cuchilla. Apartó el papel y el plástico protector como si fuesen las capas de una cebolla, viéndose recompensada por un amorfo misterio envuelto todavía en terciopelo negro.

–Cierra los ojos –dijo Hesha, deshaciendo el paquete–. Muy bien, ya puedes mirar.

Era azul oscuro, y rojo, y negro mate. Mediría alrededor de medio metro, y hubiese sido más grande de haber conservado todos sus miembros, armas y adornos a lo largo de los años. Parecía feroz, como si estuviese retorciéndose de ira, y desafiaba con su monstruosa mueca a quienes lo mirasen.

Elizabeth le echó una ojeada, y Hesha contempló cómo cambiaba su rostro a medida que iba apreciando los detalles. Primero, la franca estimación de un experto en presencia de lo inusual. Las comisuras de su boca se torcieron mientras su mirada recorría la grotesca figura. Alargó la mano para tocar la punta astillada de un hacha rota, y sus cejas se arrugaron por la curiosidad. De pronto, su mano salió disparada hacia el costado del banco de trabajo. Una luz halógena destelló en los ojos de Hesha, que se apartó con un respingo.

–Lo siento –dijo ella, distraída. Colocó la lámpara y sus lentes de aumento sobre el borde del banco.

El Setita parpadeó para extinguir su rabia: la luz le atormentaba, y perdió de vista el rostro de Elizabeth en el rojo miasma que flotaba ante sus ojos.

La voz de la joven traspasó el feroz vacío.

–¿Es una pregunta con trampa?

Hesha la dejó allí y entró en la cocina. El microondas marcaba las 12:01 cuando pasó junto a él.

–No. ¿Sospechabas una falsificación?

–Quería eliminar la posibilidad. –Elizabeth cogió un cuaderno y empezó a tomar notas–. Sobre todo después de la espectacular presentación que me hiciste del "enigma". Uno de mis profesores lo intentó conmigo: se apostó un almuerzo, y le hice invitarme a filete y

cócteles.

Hesha fisgó entre los armarios.

–Bien hecho.

–Este colorido es asombroso. –Contempló frunciendo el ceño la imagen aumentada del brazo del hacha en la lente–. Me hizo pensar que se trataba de cristal, para empezar. El autor era un verdadero maestro.

–¿Y por qué dices eso?

–¿Aparte del hecho de que la superficie física de la pieza es exquisita? Los vasos de vino están debajo de la plataforma. Me temo que tienen algo de polvo. Lo digo por el rojo: mira donde escogió dejar el rojo... es como una ilusión óptica. Vista desde abajo, la figura es un guerrero que se cierne sobre el espectador. Ha vuelto a casa del campo de batalla, con sangre *goteando* de sus armas, manos y dientes. Vista desde arriba, es un demonio alzándose de entre las llamas del infierno. Sus armas están envueltas en llamas, pero la lucha no ha empezado todavía. Es fascinante. Y donde más azulado es el negro, es donde el autor diseñó adornos de metal. No puedo entender cómo...

Hesha fregó dos vasos y sirvió vino.

–¿Cuáles son las reglas, profesor Ruhadze?

–¿Las reglas? –Puso el vino ante ella y se llevó su copa a los labios–. En cuanto al enigma... dime lo que ves. Haz afirmaciones, y yo te diré, si lo sé, si son verdaderas o falsas. Piensa en preguntas que yo ya haya considerado, y te daré las respuestas. Piensa en preguntas que no se me hayan ocurrido... y tendrás un sobresaliente.

–Está tallado en una sola pieza de piedra, salvo esto –dijo Elizabeth señalando el blanco del único ojo que le quedaba a la criatura. Había tenido tres al principio; dos cuencas vacías bajo el ojo atestiguaban la existencia de sus antiguos ocupantes.

–Sí. –Hesha llevó una silla cómoda hasta el taller.

–La piedra es calcedonia. Concretamente, el tipo de ágata que los joyeros conocen como "llama apache".

–Sí.

Ella dio un sorbo al vino, y dijo con seguridad:

–No es un artefacto moderno.

–¿Cómo estás tan segura?

–Por que... –empezó a decir Elizabeth, continuando decidida. Él le dio la razón a sus argumentos, y el juego se prolongó durante horas.

* * *

–Oh, maldita sea. –Elizabeth se llevó las manos a la cabeza.

–¿Qué pasa?

–Tenía una teoría –gimió ella, dejando que volviese a llenar su copa–. Una teoría perfectamente adorable. Y entonces se me ocurrió hacer vaciados en pasta de las cuencas, y mi teoría se vino abajo. No soy una experta, Hesha. No puedo situar esa maldita cosa en una civilización, así que no hablemos de un lugar o una época concretos.

Él le pasó un brazo por los hombros, acercando su silla.

–¿Qué pasó con los vaciados?

–Mira esto –dijo ella–. Usé pasta de polímero, lo bastante estable como para tomar la forma de los agujeros y lo bastante flexible como para salir de las cuencas sin dañar aquí a tu amigo. Y no necesitaba hacerlo. –Le dio medio globo ocular de pasta. Había una pequeña clavija plástica encajada como un asa–. Míralo. –Con el pulgar y el índice, sacó el otro vaciado de su sitio–. Y te apuesto lo que quieras –continuó, tocando la tercera cuenca– a que el último... sí. –Alargó a Hesha una pequeña piedra pálida, el blanco del único ojo que le quedaba al demonio. Había un agujero en el centro para el iris, que seguía en la cabeza de la estatua–. Los blancos de los ojos se atornillan en las cuencas. Aquí están los restos de los dos iris rotos. Puedes ver los "negativos" en los vaciados. Las bases eran negras, y supongo que los "blancos" eran en realidad de color rojo. El que queda es el ojo del espíritu: blanco con el iris rojo.

Inclinó la cabeza sobre el banco de trabajo, apoyándose sobre el brazo izquierdo, y contempló al inexplicable merodeador.

–Encuéntrame una civilización casi india con la estructura de creencias para dar a esta cosa tres ojos y cuatro brazos, la belicosidad para poner este tipo de armas en sus manos, los conocimientos mecánicos incluso de tornillos primitivos como éste para actuar como *soportes*, y las herramientas necesarias para hacer este trabajo... y te

diré de dónde salió. Lo siento, Hesha. Ni siquiera pensar en civilizaciones perdidas a las que pudiera pertenecer este pobre demonio. ¿Iba el hombrecillo que te lo vendió en una nave espacial?

Hesha apagó la lámpara.

–No –apartó el cabello de Elizabeth de su rostro y tiró de ella hasta ponerla en pie.

–¿Has hecho que pase la prueba del carbono? Hay restos negros pegados a su melena y cola.

–No me creerías si te contase lo que pasó cuando lo intenté.

–¿Resultado no concluyente? –aventuró ella.

–Algo así.

Elizabeth pasó al salón, apoyándose en la columna pintada de color almendra del centro de su apartamento, y empezó a caer. Hesha la cogió, sujetándola, y la llevó al dormitorio. Por el camino, ella intentó hablar, pero él le cerró la boca con un beso. Elizabeth devolvió el beso con una especie de adormecida sorpresa, y se dejó recostar en la cama.

Hesha le quitó las sandalias y desató la faja del vestido. Ella no hizo ningún ruido; la hora y el vino drogado habían hecho efecto sobre ella. El Setita contempló el cuerpo inmóvil, estudiándolo intensamente. Tras un momento de deliberación, la levantó de nuevo, apartó la colcha y la cubrió con ella. Satisfecho con el resultado, se quitó los zapatos y caminó silenciosamente a través del apartamento.

Cogió pasta e hizo vaciados de las cuencas para él. Volvió a envolver la estatua en terciopelo, plástico y papel, y puso el paquete junto a la puerta.

Fue hasta el escritorio de Elizabeth –un mueble moderno, no la pesada antigüedad que se alzaba vacía en el estudio– y buscó entre sus papeles. Repasó sus notas para la tesis, su agenda y sus finanzas. Encontró una caja de viejas cartas, y leyó con interés las notas de pésame por la muerte de su padre, las venenosas palabras de la madre de Elizabeth y la amistosa correspondencia de su hermano Paul y su esposa, asintiendo cuando el tono pasaba a ser más forzado con el tiempo. Había también lo que pasaba por ser cartas de amor, y leyó lo que pudo de ellas.

Un pequeño reloj plateado sobre el escritorio le advirtió de la

llegada del sol, y recogió la botella y las copas, limpiando los restos de droga en el fregadero. Sacó un frasco del bolsillo y tiró el poco vino que había tenido que fingir que bebía.

Encontró un pequeño vaso azul en los armarios; una banda de goma, pluma y papel de borrador en un cajón; y plástico para envolver en un soporte de la puerta de la despensa. Dobló su índice izquierdo, y la garra oculta allí salió en su vaina escamosa. Usó la garra para abrirse una vena en la muñeca derecha, y una gota de icor rojo negruzco afloró despacio en el corte. Hesha hizo que su sangre avanzase, y la pequeña corriente llenó enseguida el vaso. La herida se cerró al instante.

Después, cortó un poco de plástico y lo usó para tapar el vaso. Con elegante y menuda caligrafía, escribió *Cura para la resaca* en un pedazo de papel que fijó al vaso con la goma elástica. Guardó la sangre en el estante superior de la nevera.

Sacó un cuadernillo de su impermeable y escribió una nota. Al terminar, arrancó la hoja y la dejó sujeta al espejo del dormitorio. Elizabeth yacía inmóvil, en la misma postura en la que él la había dejado.

Hesha se sentó al borde de la cama, cogiendo los dedos de Elizabeth, y contempló su rostro para asegurarse de que no sabía nada. Se llevó a los labios la mano de la muchacha y mordió.

Bebió de ella con bastante lentitud. Ya había cazado antes aquella misma noche para saciar su hambre, pero aquello era mejor. La sangre de Elizabeth pasó suavemente a su interior, y el calor era dulce. Cerró los ojos, disfrutando del sabor. Era una maravilla... la diferencia en el gusto entre los mortales...

La Bestia se agitó un poco, curiosamente fuerte. Hesha tenía mucha práctica en luchar con ella, y estaba bien alimentado... pudo dominarla. Pero se retorció y se volvió contra él, y por un momento la sorpresa permitió un segundo duelo; era raro en el Setita. Sabía que una tregua era esperar demasiado, pero las décadas de disciplinada atención y cuidado le habían dado un cierto dominio del asunto. Volvió a derrotarla.

Incómodo, saboreó la sangre de Elizabeth entre sus dientes, y lamió las pequeñas heridas hasta cerrarlas.

Algo ligero tocó su mejilla, y Hesha abrió los ojos como movido por un resorte: era la otra mano de Elizabeth, acariciándole. Dejó caer la muñeca, sorprendido, y la miró mientras se movía... y seguía moviéndose, a pesar del vino, la droga, el cansancio y el Beso. Estaba dormida: no era posible que siguiera consciente. Hesha se relajó cuando Elizabeth empezó a darse la vuelta. Sólo se estaba agitando en sueños, pero al hacerlo rodó hasta el rayo de luz que pasaba por entre las cortinas, y su cuello relució blanco y desnudo en contraste con su pelo oscuro.

La Bestia se debatió, rugiendo, y Hesha se apresuró a buscar sus zapatos en la oscuridad. Cogió el impermeable y la estatua, cerró la puerta a sus espaldas y corrió por el pasillo mientras marcaba un número en el teléfono.

—Thompson.

—Señor.

—Baltimore.

—Sí, señor.

SÁBADO, 26 DE JUNIO DE 1999, 1:16 PM

UN ESTUDIO EN RED HOOK, BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK

Elizabeth despertó bajo el incómodo calor de la ropa en la cama. Aturdida, apartó la colcha y se sentó. Tenía un horrible gusto en la boca, el pelo le colgaba sobre los ojos, su vestido estaba arrugado y retorcido en torno a su cuerpo, y el sujetador se le clavaba en las costillas. Puso los pies en el suelo, se irguió y anduvo hacia la ducha, quitándose el vestido y lo demás por el camino.

Treinta minutos después, volvió a sacar la cabeza del cuarto de baño... cautelosamente. No recordaba el fin de la velada: el apartamento *parecía* vacío, sonaba vacío... se arrastró hasta el borde de las cortinas y miró hacia fuera. Vio con alivio que no había señales

de Hesha. Se envolvió en una cómoda camiseta vieja y cogió una goma para el pelo del vestidor. Había una nota.

Querida Elizabeth:

Buenos días. Espero que hayas dormido bien. Parece que el vino era de una cosecha más fuerte de lo que esperábamos. Te llevé a la cama: espero que no te importe, parecías bastante incómoda en el salón. Me temo que ahora también te sentirás incómoda. El remedio secreto de mi padre para la resaca te está esperando en el frigorífico. Hagas lo que hagas, no te lo tomes a sorbitos: sabe peor de lo que huele.

Gracias por tu "consulta" sobre la estatua. Tienes el sobresaliente y te debo una cena con filetes y cócteles, si te apetece. No estoy seguro de cuánto tiempo me quedaré en la ciudad, pero podrás encontrarme en el 202--555--7831, esté donde esté.

Espero volver a verte pronto.

~ Hesha

Elizabeth pegó la nota a la puerta de la nevera con un imán. Puso un desayuno adecuado para la resaca en una bandeja, añadió el vaso azul, y lo llevó todo a través de la sala, dejándolo sobre los anchos lomos de Sleipnir.

Jugueteó distraídamente con un bollito y empezó a subir las cortinas hasta el techo. Su reflejo le devolvió la mirada desde la ventana, más pálido y fantasmal que en el espejo. Elizabeth abrió las ventanas, y la imagen desapareció, reprochando su pereza. Encendió los ventiladores, llevó un taburete al taller y se puso manos a la obra con la tarea prevista para aquel día, una pintura de la América colonial que, por desgracia, había sido barnizada varias veces como medida de protección.

Buena parte de la tarde después, pasó junto al banco de trabajo al buscar otro disolvente, y cogió los vaciados de pasta. Miró los pequeños ojos, intentando recordar dónde había visto algo así antes. Dejó el caballete para buscar en su escritorio del despacho. Era un artículo de prensa, estaba segura –algo que la estatua le había recordado– pero no sabía el número, ni siquiera el año de la revista. Pensó en el montón de viejas referencias fotocopiadas que tenía en un

estante del dormitorio: voló hacia ellas y pasó media hora eliminando posibilidades en los estantes, el revistero y la mesilla de noche.

—Maldita sea.

Entonces lo vio, una esquina saliendo de una pila de revistas... la cubierta de papel azul de la *Revista Arqueológica del Sur de California*. Elizabeth saltó al sofá, deshaciendo el montón, y cogió la revista.

El artículo, titulado *Más notas sobre el enclave funerario Sur-Amech*, era de "más notas" porque las excavaciones habían sido alteradas por guerras fronterizas y problemas para viajar hasta la nación que reclamaba el pedazo de desierto ocupado por la vieja necrópolis, y porque la tumba estudiada estaba apartada del cementerio principal. Elizabeth consultó el atlas y las fechas dadas para la investigación: el autor había tenido que volver a sus excavaciones bajo la amenaza del fuego enemigo, si sus datos eran ciertos.

Había fotografías de la tumba, y diagramas en tres ángulos de la ubicación de cada artefacto descubierto. Dos piezas merecían sus propios diagramas: una hermosa muestra completa de la cerámica nativa de la época, y una cuenta de cornalina que el cadáver había llevado en torno al cuello.

Elizabeth repasó la descripción de la joya y se acercó al banco de trabajo. Midió los vaciados de pasta con calibradores, cordel y una regla. El ojo izquierdo encajaba perfectamente. Hizo una mueca apoyando el codo sobre el banco, y se mordió el pulgar con satisfacción.

Pasó las páginas azules y grises de la revista hasta encontrar la sección de contenidos y el nombre del autor del artículo: doctor Jordan Kettridge, profesor de arqueología, Universidad de California, Berkeley.

Por supuesto. Kettridge era el tipo de hombre que prefería excavar en tiempo de guerra a hacerlo durante la paz. Había oído hablar de sus logros en Irak. También había oído quejas de los profesores y el personal del museo. Kettridge no estaba adecuadamente especializado. Kettridge no se quedaba con las expediciones, no de la forma en que los verdaderos arqueólogos

hacían el trabajo de campo. Kettridge aparecía después de que algún otro hubiera pasado diez años haciendo cuidadosas pruebas en los yacimientos y agujeros de estratificación para establecer la cultura y la línea cronológica y todo lo que era *importante*, conseguía un permiso para hacer estudios del subsuelo en el patio de algún granjero, y daba de inmediato con las habitaciones personales de los sumos sacerdotes. Algunos decían que era suerte, otros que se debía al instinto, pero todos coincidían en que era condenadamente molesto.

Elizabeth se conectó con la universidad de Berkeley en la red, buscó la dirección de correo electrónico de Kettridge y le envió una consulta.

Estimado profesor Kettridge:

He tenido recientemente ocasión de revisar su artículo sobre Sur-Amech en el número de otoño del 96 de la Revista Arqueológica del Sur de California. Estoy particularmente interesada en el patrón de las estrías encontradas en la cuenta de cornalina de la tumba d--24. ¿Se trata, tal como parece en el diagrama de la página 138, de una espiral en sentido antihorario en relación con el lado plano de la cuenta?

En tal caso, creo que tengo un cliente interesado en adquirir el artefacto. La pieza no está descrita en el artículo como perteneciente a la colección del museo de Berkeley; presumo que, tratándose de un objeto menor en comparación con la cerámica encontrada, habrá pasado a alguna colección privada. ¿Podría informarme del destino final de la cuenta? Muchas gracias por su tiempo.

Suya,

~ Elizabeth A. Dimitros

Asociada, Antigüedades Rutherford House

Acto seguido, cogió el teléfono de la cocina y marcó el número que Hesha le había dejado en su nota.

—¿Hola? —Era un contestador—. Hesha, soy Elizabeth. Es sábado por la tarde. Gracias por... hmmm... por cargar conmigo hasta la cama. Bueno, creo que he encontrado algo sobre tu estatua en una de mis revistas. Llámame cuando puedas. Cuídate. Adiós.

Colgó el teléfono y empezó a rebuscar algo de cena entre los

armarios, limpiando los restos del desayuno mientras lo hacía.

Los olvidados restos del vaso azul desaparecieron por el desagüe.

SÁBADO, 26 DE JUNIO DE 1999, 9:14 PM

GRANJA LAUREL RIDGE, CERCA DE COLUMBIA, MARYLAND

Hesha despertó a la oscuridad y el silencio de la tumba. Se quedó donde estaba, sin moverse. El sueño le abandonó, y sintió que la última luz del día dejaba la tierra. Se preguntó si el rostro del sol habría cambiado en los siglos pasados desde que él recibiese la maldición. Se preguntó si Set habría huido de la gloria de Ra mientras viajaba por el inframundo, o si el dios vampiro habría sido forzado por la maldición a atacar la barcaza de su abuelo cada día, o si Set dormía, como el propio Hesha, y luchaba contra la maldición en la tierra de los vivos.

Hesha, hijo en séptimo grado de Set, el hijo de Geb, el hijo de Ra, se removió en su cámara, y las luces ocultas en el techo brillaron suavemente a su primer movimiento, proyectando sombras en los relieves de las paredes, haciendo que sobresaliesen como esculturas. Granjeros, pescadores, cazadores, artesanos, escribas, sacerdotes, nobles y reyes realizaban sus tareas cotidianas en los frisos. Bajo el arco del cielo, marcaban las horas con rituales, trabajo, oración y placer. Eran reproducciones del más bello arte egipcio, unidas en una sola obra maestra por manos modernas. Hesha pasó sus dedos negros como la noche por la piedra pulida, siguiendo el perfil de la cartela en la pared, a su derecha: una cuerda mantenida en un lazo por cordeles más finos, llena con los signos del nombre de Set y el sencillo título «Señor de los Cielos del Norte».

El descendiente de Set se puso en pie y caminó a lo largo de las paredes, admirando el trabajo. Tocó su propia cartela, sobre el dintel

de la puerta, y avanzó. En un retorcido rincón de la cueva, llegó a la única sección inacabada. Cincel, martillo, cepillo y carbón estaban pulcramente metidos en una caja en la base de la piedra. Recogió el bastoncillo de carbón y trazó una última cartela sobre la piedra gris. Dentro del óvalo, dibujó una víbora cornuda, una tienda abierta, un buitre, un hombre y un *ankh* – VGH– Vogel, el artista. Su trabajo había terminado. Hesha despejó la piedra con el cincel y volvió a dejar las herramientas. El panel inacabado quedaría así para siempre.

–Thompson –dijo a la oscuridad.

Se encendió un pequeño altavoz entre las luces:

–¿Me ha llamado, señor?

–Conferencia. Media hora. Tú y el Áspid en persona. Que Janet y la doctora llamen por líneas seguras.

–Sí, señor.

Hesha presionó ligeramente una planta de papiro grabada en la roca, y una puerta se abrió a apartamentos más mundanos. Salió limpio y vestido con una sencilla túnica, el *gallahbeyah* de su nativo Norte de África. Los amuletos que habían estado ocultos por la ropa occidental colgaron libremente de cordones en torno a su cuello y su cintura.

Thompson le estaba esperando. La puerta a las zonas superiores de la casa se abrió cuando Hesha entraba, y el Áspid apareció en la habitación. Hesha se sentó al pie del banco de piedra sobre el que había pasado el día, y miró a los otros dos.

–¿Janet, Doctora? ¿Están con nosotros?

–Sí, señor.

–Aquí estoy, Hesha.

–Empecemos, entonces. Informes. ¿Thompson?

–Todos los cuerpos del equipo de Vogel han sido recuperados, señor. Las disposiciones para el transporte están bajo control, y hemos tomado medidas con respecto a sus familias. Me gustaría estar libre mañana y el lunes por la tarde para asistir a los servicios fúnebres. –Hesha asintió–. No quedó mucho del coche, pero la policía de Atlanta lo identificó ayer como un siniestro abandonado en Cabbagetown a primera hora de la mañana del martes. Creen que fue robado para dar una vuelta por diversión y después estrellado a

propósito.

–Probablemente sea cierto –dijo Hesha–, por lo que sabemos. ¿Áspid?

–Seis de la Familia han venido al ayuntamiento buscando refugio: tres de Richmond, y los otros tres de Charleston, Atlanta y Savannah, todos por separado y con más prisa que el demonio. Les he encontrado algo de sitio aquí y allá, y proporcionado raciones de campaña, de acuerdo con sus órdenes. Les he dado su número aquí; las llamadas se han acumulado, pero por ahora se portan como buenos chicos y chicas.

–Eso no durará mucho.

–Me temo que tiene razón, Hesha –dijo la doctora Oxenti desde su despacho–. Los hospitales de D.C. y la Cruz Roja nos pidieron tipos raros de sangre antes de los tumultos, y ahora estamos bajos en todo. El plasma se ha agotado por completo, y queda muy poca sangre.

–Ya veo. –Hesha puso las manos planas sobre la piedra bajo él–. Va a empeorar. Por ahora todos habéis supuesto que esos tumultos son asuntos de la Familia. Mi propia rama es neutral, pero eso no supondrá diferencia para ninguna de las facciones. Apoyamos a ambos bandos, y ellos aprovechan cualquier oportunidad para usarnos, para atraparnos en alianzas que no podemos permitirnos, o para acabar con nosotros en medio de la matanza general. Washington D.C. está bajo ataque en este momento. –Siguió hablando, sin hacer caso de las expresiones ante él, y del suspiro de Janet que salió del altavoz–. De acuerdo con el desarrollo de la guerra hasta ahora, podemos calcular que Baltimore no sólo es un objetivo, sino el *próximo* objetivo en una línea que asciende por la Costa Este. Nuestro local abierto y el ayuntamiento serán casi seguro saqueados o bombardeados. Empezad a sacar de allí las piezas más valiosas y fáciles de transportar, poco a poco. Falsificad compras, simulad robos, enviad artículos para reciclaje y haced pequeños envíos, pero que la retirada no sea demasiado obvia. Almacenadlo todo en el campo... supongo que los Apalaches será lo mejor. Quiero al personal fuera de los edificios mucho antes del crepúsculo todos los días hasta nueva orden. Si en otoño no tenemos más información, cambiaremos los

horarios de mañana cuando los días se hagan más cortos. Janet, vas a salir del centro de la ciudad. Coge los archivos y el equipo que quieras, pero date prisa: te trasladarás mañana al amanecer. Áspid, tú la llevarás personalmente. Después de la reunión escogeremos una zona segura, y su ubicación no saldrá de nosotros tres. ¿Doctora?

–Aquí estoy, señor.

–¿Puede dejar su investigación en este momento?

–No –dijo. Hesha pudo oír el tabaleo de las largas y cuidadas uñas de Jasmine Oxenti sobre el auricular–. Una semana. Necesito una semana por lo menos.

–Intentaremos dársela. Después quiero que se tome unas vacaciones. Janet, reserva un pasaje a Alaska para la doctora dentro de una semana a partir de mañana.

–¿Alaska?

–El sol no se pone allí. Le enviaría todo si pudiese permitirme seguir sin su ayuda, pero los bancos de sangre son objetivos prioritarios, y usted es particularmente resistente a los intentos de protegerla de la gente de Thompson.

–Pero...

–Mientras tanto, ordene los envíos habituales para el mes que viene. Que su segundo al mando coordine las emergencias de sangre con la Cruz Roja. De hecho, empezaremos desde nuestros locales abiertos. Y ponga a su personal en horarios diurnos, como los demás negocios.

–¿Cómo demonios voy a explicar eso?

–Convincentemente –respondió Hesha frunciendo el ceño–, si quiere salvarles la vida. Si el enemigo toma la clínica con el personal dentro, los matará. ¿Comprende?

Hubo una pausa.

–Sí, señor.

–Y esto va para todos: hay que mantener al mínimo las comunicaciones entre ramas de la organización, cerrar tantos canales como sea posible. Quiero nuestras propiedades todo lo ocultas que se pueda. Quiero que los cuatro hablen entre sí lo mínimo imprescindible. Thompson les ha instruido en los procedimientos de emergencia: empiecen a usarlos. ¿Alguna pregunta?

Silencio.

—¿Hay algún otro asunto?

—Sí, señor. —Thompson corrió escaleras arriba, volviendo con varios paquetes envueltos en plástico sobre una bandeja. Se había puesto guantes para tocarlos—. Cartas de la Familia para usted, y unas pocas sobre las que la señora Lindbergh ha tenido presentimientos.

—También hay mensajes esperando en la línea privada —dijo Janet—. Y una llamada desde el número de la señorita Dimitros.

El Áspid soltó una risita.

*LUNES, 28 DE JUNIO, 9:15 AM
RUTHERFORD HOUSE, UPPER EAST SIDE,
MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK*

Elizabeth se encontró con Amy Rutherford esperándola en las escaleras de la entrada del callejón: tenía dos tazas de café y muy poca paciencia.

—Buenos días, señorita Golightly. Aquí está tu café. —Amy aguardó hasta que la joven hubo tomado un buen trago del caliente y amargo brebaje, y después mostró la sonrisa del gato con el canario—. Cuéntaselo a mamá.

—¿Contar qué? —Elizabeth se escurrió, sujetando el bien envuelto paquete bajo el brazo. Se lo alargó a su jefa—. ¿Esto?

Amy corrió tras ella y mantuvo abierta con el pie la puerta de las oficinas.

—No te hagas la listilla. Sabes exactamente de qué estoy hablando. De tu *cita*.

Liz se sentó.

—El jueves por la noche no salió muy bien. Tuvo una reunión de

negocios que se alargó, y llegó con tres horas de retraso –explicó encogiéndose de hombros–. Pero la cena estaba buena. Él y su chófer me llevaron a casa, y me preguntó si podíamos vernos la noche siguiente. Así que el viernes vino a casa después de cenar, y estuvimos hablando de antigüedades y esas cosas.

La boca de Amy se quedó muy abierta.

–¿Y?

–¿Qué quieres decir?

–Por Dios, Liz. Haces que las tareas domésticas parezcan más divertidas que eso. Vendiste un brazalete romano barato a una de las hermanas Miller, y no dejaste de hablar de romances y de la historia de cómo el cristal fue pasando de mano en mano a lo largo de la ruta de la seda, y la boda para la que estaba destinado, y el... bueno, hablas y hablas, sabes que lo haces, y eso vende la cosa. Y pasas no una, sino dos noches con uno de los hombres más interesantes que jamás he conocido, y todo lo que dices es "Llegó tarde. La cena estaba buena. Me llevó a casa. Vino el viernes. Hablamos." –Soltó las frases con un sonsonete burlón–. ¿Sabes lo que hice el viernes?

–Estuviste en una venta en Massachussets. –Elizabeth se levantó y empezó a bajar por las escaleras alfombradas hasta la planta de exhibición–. ¿Qué tal fue?

–Yo... bueno, fue estupendamente. Cuatro buenas piezas de ebanistería de Filadelfia, un juego casi completo de porcelana Spode, un... maldita sea, no cambies de tema. Pasé el viernes preguntándome qué te habría pasado el jueves por la noche.

–Muy amable por tu parte, pero se portó como un caballero. Me llevó a casa sana y salva, y con mi virtud intacta.

–Liz... –Amy adoptó un tono serio. En aquel momento, un reloj en la pared junto a ella marcó la media hora, haciendo que se pusiese en movimiento–. Oh, Señor. ¿Te das cuenta de que abrimos en treinta minutos? Date prisa. Los Totiro se llevaron el floral, pero también arramblaron con todo el *Nouveau* que teníamos en la sala de exhibición. Tenemos que reorganizarlo todo antes de las diez... Llama a Antonio y los chicos para que nos ayuden con las cosas pesadas, ¿de acuerdo, Liz?

En quince minutos, la sala delantera estaba más o menos lista

para empezar la jornada. Las dos mujeres subieron a trompicones para cepillarse el polvo de la ropa, peinar el rebelde pelo de Amy y quedar, como hubiese dicho la señorita Agnes, "decentemente presentables". Robaron un momento para más café y cotilleo, hasta que sonó el teléfono. Amy atendió la llamada, pero sin apartar la mirada de Liz.

—Espera, querida... Antigüedades Rutherford House —dijo en tono insoportablemente refinado—. ¿Cómo puedo ayudarle? Sí. Sí. —Enarcó las cejas en dirección a Elizabeth, articulando un mudo "preguntan por ti"—. De hecho, ahora mismo está aquí, conmigo. ¿Quiere hablar con ella? —Hubo una pausa—. Dentro de cinco minutos... nuestro horario empieza a las diez, señor... Sí, es esa calle. A tres manzanas de... correcto: Muy bien, le veremos entonces, caballero. —Colgó el teléfono y desdeñó las preguntas con un gesto—. Otro caballero preguntando por ti, Lizzie. No dejó su nombre, ni dijo de qué se trataba. —Echó una mirada a su reloj de pulsera—. Es hora de abrir.

* * *

Las elegantes puertas de cristal ahumado y acero cromado se abrieron para dejar paso al primer cliente del día. Amy Rutherford se adelantó discretamente, sin ponerse en medio del camino del hombre, pero mostrándose atenta en caso de que estuviese buscando ayuda.

Los ojos del cliente pasaron sobre Amy, pero él no dijo nada. Dio una vuelta por la sala, examinándola en silencio. De vez en cuando, miraba a las dos mujeres, pero su atención parecía absorta en las antigüedades. Su cabello rubio ceniza había encanecido, y su rostro estaba bronceado de una forma que sugería capas de honestas quemaduras solares, no ratos en una cama de rayos UVA. Llevaba una arrugada camisa caqui con demasiados bolsillos, y unos pantalones vaqueros que parecían haber descubierto el concepto de "raído" siglos atrás, aficionándose al mismo. Ninguna de las mujeres le juzgó por sus ropas: muchos VIPS se enorgullecían de vestir con ropa informal, y podía tratarse de uno de ellos.

—¿Señora Dimitros? —dijo por fin, dirigiéndose a Amy. Visto de

cerca, no parecía tan viejo como indicaba el pelo gris. Su cara era una masa de arrugas, pero bajo las líneas se ocultaba el rostro de un joven. Podía tener treinta y cinco años, pensó Amy... o cincuenta y cinco.

–Señora Rutherford... soy Amy Rutherford –corrigió mientras entornaba los ojos, comparando aquella voz con su recuerdo.

–Buenos días, señora. Me llamo Jordan Kettridge.

–Lizzie... –Amy tiró de Elizabeth a través de la sala con el tono de su voz. Se volvió hacia Kettridge–. ¿Llamó usted hace media hora?

–Sí, señora.

–Jordan Kettridge, Elizabeth –informó Amy.

Liz asintió y ofreció su mano.

–Buenos días, profesor Kettridge. Yo... no esperaba verle aquí en Nueva York.

–¿Es usted Elizabeth Dimitros? –Él la miró con dureza, soltando su mano un momento más tarde de lo que hubiese sido completamente cómodo o educado, ladeando la cabeza mientras la estudiaba–. Su forma de escribir no coincide con su aspecto.

Elizabeth no dijo nada, pero su mirada era tan franca y abierta como grosera y suspicaz la del recién llegado. Amy observó a los dos y decidió quedarse cerca.

–Bien, señora Dimitros. La cuenta de mi artículo tiene efectivamente estrías en sentido antihorario en relación con su lado plano. –Sus ojos gris verdoso eran penetrantes, y se trabaron con los de Elizabeth. Siguió hablando en tono seco, lanzando las palabras como un desafío–. Aunque hubiera pensado, viendo el diagrama de la revista, que era imposible determinar eso a partir de un dibujo desde ese ángulo.

–No tiene importancia –dijo ella rápidamente–. Me alegra saber que el diseño, al menos, coincide con la cuenta que estoy buscando. ¿Puede decirme quién la posee actualmente, doctor?

–El artefacto pertenece a mi colección privada, señora Dimitros.

La respuesta de Kettridge tenía un inexplicable énfasis... su tono hubiese encajado mejor con una amenaza de muerte. Liz no dejó que la sorpresa se mostrase en su rostro, y se alegró de ver que Amy lucía su mejor expresión profesional Rutherford como una máscara.

–Comprendo –dijo, aunque estaba casi segura de que no era así–. ¿Estaría dispuesto a venderlo?

–Eso dependería por completo de las circunstancias, señora Dimitros. –Kettridge se frotó la barbilla, pensativo–. ¿Quién es el comprador?

–Rutherford House –dijo Elizabeth, esperando que la cara de Amy no mostrase sorpresa y apoyase su mentira.

Kettridge soltó una risita.

–Lo siento. No voy a creerme ni por un momento que elijan ustedes sus antigüedades al azar entre las revistas arqueológicas... ¿Quién se lo ha encargado?

Amy intervino.

–Doctor Kettridge –dijo lentamente–, cuando representamos a un cliente, no acostumbramos a revelar su nombre a cualquiera que nos lo pregunte. La palabra clave es confidencialidad. Y cuando el comprador nos pide específicamente que no divulguemos su identidad, para nosotros es una cuestión de honor respetar sus deseos.

–¿Honor? ¿De verdad? –repuso Kettridge, sonriendo. Sus arrugas se hicieron más marcadas alrededor de su boca y ojos: le habían salido por sonreír.

Elizabeth se sentó sobre el borde de la mesa central.

–En todo caso, es demasiado pronto para empezar a discutir las condiciones, doctor Kettridge. No sabemos con certeza si su hallazgo es la pieza que desea nuestro cliente... tendremos que ver la cuenta para comprobarlo, y comparar su datación con la del objeto buscado. Después de eso, nos pondremos en contacto con nuestro cliente. Es posible, supongo, que esté dispuesto a hacer una excepción a su confidencialidad por esta vez, como atención hacia usted.

–¿Y qué datos tiene, señora Dimitros, sobre el "objeto" que busca?

Amy le interrumpió.

–¿Está la cuenta disponible para su venta, doctor Kettridge?

Kettridge miró a las dos mujeres. Amy Rutherford, vestida de gris hierro, con los brazos cruzados y la barbilla erguida, y Elizabeth Dimitros, sentada sobre el borde de la mesa, esbelta y elegante con su

ropa color borgoña, le siguieron con la vista mientras cruzaba el local. El hombre llegó hasta la puerta sin dar la espalda a ninguna de ellas.

–Me lo pensaré –dijo antes de salir.

Elizabeth dejó escapar un suspiro, aflojando su rígida postura. Detrás de ella pudo oír a Amy, que se acercó a la mesa de exhibición para coger su taza de café y terminarla.

–Muy bien –dijo Amy–. ¿Qué demonios está pasando?

–No lo sé.

–Cuéntame otra, Lizzie.

–Te contaré toda la maldita historia. Si tú le ves más sentido del que tiene para mí... yo... supongo que me moriré de una apoplejía. Mira –dijo, contando a su jefa la historia del "enigma" planteado por Hesha. Sacó los vaciados y la revista del bolso que había llevado y la explicación terminó con Amy usando una lupa de joyero para estudiar los pedazos de pasta como si fuesen las joyas de la corona de Ruritania.

–Simplemente, no lo veo –dijo, cambiando la lupa por sus bifocales.

–Bien. Me sentía como una condenada idiota. Por otra parte, esperaba que supieses algo de la estatua, o de Kettridge, o de Ruhadze, que pudiese –hizo un desabrido gesto hacia la planta de exhibición– darle un poco de sentido a esto.

–¿Y todo lo que hiciste fue preguntarle a qué colección pertenecía la cuenta?

–Sí. Firmé como empleada de Rutherford House: dijiste que Ruhadze era un cliente importantísimo incluso para Agnes y tu...

–Ni me las menciones, por favor.

–Y para la señora Rutherford –terminó la joven de todas formas. Se miraron mutuamente por encima de la mesa de exhibición.

–Así que, ¿qué hacemos ahora?

–Esperar y ver si Kettridge vuelve –dijo Amy–, y si tenemos noticias del guapetón. Mientras tanto... haré algunas llamadas. Siempre he querido ser una detective.

–*Todo el mundo* se está volviendo detective, últimamente.

–Cuida de la tienda, cariño, y no te preocupes. No se me ocurre cómo nadie... ni siquiera Madre... podría *culparte* por nada de esto.

Puede ser un buen negocio. Y si lo sacamos adelante, me aseguraré de que tú recibas algo, aunque tenga que salir de mi parte de los beneficios.

Amy se apresuró escaleras arriba, dejando a Elizabeth sola en la tienda con sus preguntas.

—Ha llamado al 202-555-7831. Por favor, al oír la señal, deje su nombre, su número, la hora de la llamada y su mensaje.

—¿Hesha? Soy Liz. Verás... bien, de acuerdo. Para empezar, el artículo que he encontrado está en el número de otoño del 96 de la *Revista Arqueológica del Sur de California*. Si no puedes conseguir un ejemplar, te enviaré un fax... el autor del artículo se llama Kettridge, Jordan Kettridge; es profesor en Berkeley. Por lo que puedo deducir, tiene uno de los ojos que le faltan a tu estatua. Le envié un mensaje por correo electrónico para ver si estaba dispuesto a venderlo. Eso fue el sábado. Esta mañana ha aparecido en nuestro local, actuando como si estuviera a punto de... no sé, empezar una pelea, darle un puñetazo en la boca a Amy o algo así. Maldita sea, ni siquiera sé por qué te estoy llamando: se mostró hostil, así que no creo que quiera vender. ¿Quieres que Rutherford House se ocupe de ello? Llámame cuando puedas. Gracias.

Elizabeth entró tambaleándose en su apartamento. Cerró la puerta tras ella y se dejó caer, exhausta, sobre el gran sofá del salón. Pasó diez minutos vegetando en absoluto silencio y quietud. Sólo se movió cuando los dolores de su día en Rutherford House fueron sustituidos por los de estar con la cara apoyada en el sofá.

Alargó la mano hasta una luz roja parpadeante, y al apretar el botón sonó una voz.

–¿Elizabeth? Soy Hesha. He encontrado el artículo, y creo que estás en lo cierto. Eres muy rápida. Gracias por ocuparte de mí... o al menos, por deshacer mis enigmas. Por supuesto que me encantaría adquirir la pieza: pon a los Rutherford a ello. Si alguien puede sacársela, ellos lo harán. Pero ten cuidado. Me he encontrado con Kettridge una o dos veces, y es un poco... excéntrico. La escena que me has contado suena como algo típico de él. No sé si usar la palabra "inestable" para referirme a un erudito tan prominente y capaz... –La reproducción de la voz de Hesha se hizo más lenta, mostrando una nota de preocupación–. Por favor, Elizabeth, ten cuidado. Volveremos a hablar pronto.

*MIÉRCOLES, 30 DE JUNIO DE 1999, 11:58 AM
VICTOR'S AUTHENTIC MEDITERRANEAN CAFÉ, UPPER WEST SIDE,
MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK*

Elizabeth estaba sentada en un pequeño reservado de su restaurante favorito, leyendo un grueso volumen sobre la prehistoria de Persia. De vez en cuando recordaba la ensalada que tenía ante ella y daba unos pocos bocados. Pasó una página. Sin previo aviso, un hombre se sentó en la silla ante ella. Elizabeth levantó la mirada, lista para gritar pidiendo ayuda –era una cliente habitual, y los camareros cuidarían de ella– mientras cerraba la mano sobre su llavero. El aerosol irritante era una nota de confianza adicional.

Jordan Kettridge saludó con una mueca de disculpa.

–Hola.

Ella no dijo nada, pero mantuvo la mano sobre las llaves.

–Sólo quería decirle que lamento la escena de ayer en la galería.

Elizabeth esperó, inmutable.

–Acababa de llegar de Turquía, el vuelo me había dejado desorientado, debo confesar que tengo un temperamento terrible, y

que las cosas han sido muy raras con esa maldita cuenta. Han ocurrido algunas... cosas realmente extrañas en relación con ella.

Kettridge sonrió amargamente, y el efecto resultó ser bastante atractivo. Liz siguió sin decir nada, pero relajó un poco la mano que tenía sobre el aerosol.

—Ayer recibí una segunda oferta, sin ver la pieza —dijo, dando un énfasis que sugería la imposibilidad de aquello—. No tengo ni la menor idea de por qué. —Se inclinó hacia delante, con las manos abiertas como si suplicase—. ¿No puede decirme nada de todo esto?

—Profesor Kettridge, no he visto la cuenta —dijo Elizabeth en tono cansino—. Por lo que sé, usted sólo tiene una piedra con un agujero en medio.

Él asintió.

—Eso es exactamente lo que parece. No es una obra de arte, no tiene ningún significado arqueológico particular, ni siquiera está hecha de algo intrínsecamente valioso. —Miró a Elizabeth a la cara, desesperado—. Así que, ¿por qué me están ofreciendo ridículas sumas de dinero a cambio de ella?

—¿Hasta qué punto son ridículas?

Él se lo dijo. Elizabeth dejó su libro y le miró.

—¿Ve ahora por qué estoy preocupado?

Ella frunció el ceño.

—Veo por qué está preocupado hoy: es un precio imponente por una cuenta. Pero sigo sin comprender la escena que montó ayer en Rutherford House, profesor.

—Por favor, llámeme Jordan.

—No. —Liz meneó la cabeza vigorosamente—. ¿Por qué demonios habría de hacerlo?

—¡Maldita sea! —gruñó él—. Mire, he venido aquí...

—Me ha *seguido* hasta aquí... eso se llama acoso, profesor.

—He venido para decirle que estoy dispuesto a considerar la oferta de su cliente.

Elizabeth esperó a que la atención del personal y los demás comensales se hubo alejado del espectáculo.

—No puedo decir si estará dispuesto a pagar un precio tan extravagante por una piedra con un agujero en medio, profesor.

–El dinero no importa.

Elizabeth enarcó las cejas, y los ojos gris verdoso de Kettridge se encontraron con los suyos.

–El dinero no es tan importante, señora Dimitros. Pero quiero saber con quién hago el trato. No excavo para ni vendo a ladrones, coleccionistas que tratan con ladrones, idiotas que quieren "invertir" en cosas que son incapaces de apreciar, o compradores de arte que son en realidad chupasangres corporativos.

Kettridge era bueno leyendo expresiones, y observó atentamente a la mujer que tenía enfrente mientras pronunciaba cada palabra: su semblante no cambió en absoluto al oír lo de "chupasangres".

–Bien –dijo Elizabeth–. Supongo que puedo agradecerle que haya pedido disculpas por el numerito que montó delante de mi jefa. Y recordaré que sigue usted un cierto código en sus tratos: lo anotaremos en el expediente de la compañía sobre el objeto. Pero si yo fuese usted, me preocuparía menos tratar con Rutherford House, que si sabe usted algo del mercado, no puede estar más limpia, que hacerlo con alguien dispuesto a pagar tanto dinero a ciegas por su descubrimiento. Muchos de nuestros clientes son conocedores de la materia. A veces trabajamos para familias que intentan recuperar su herencia o construirse una. En cuanto a las corporaciones... bueno, los museos se corporativizan hoy en día, y las corporaciones construyen museos: espero que no considere usted el Getty un pecado. Desde luego, no tratamos con el mercado negro. Tampoco podemos comprobar si nuestros clientes lo hacen: sería una invasión de intimidad.

Kettridge escuchó sus palabras.

–Señora Dimitros, creo en su sinceridad. Pero no estoy seguro de si usted sabe de verdad a quién está sirviendo como fachada. Tenga cuidado. Tenga mucho cuidado. Hay gente *peligrosa* metida en este asunto.

–¿En las antigüedades?

–¡No! –Kettridge golpeó la mesa con el puño–. Lo siento –susurró–. En esto... relacionados con la cuenta y con lo que la acompañe. Mire. –Contempló la mesa como si el tablero de fórmica pudiese darle respuestas, apoyó la cabeza sobre las manos y adoptó

un tono más suave—. Usted leyó el artículo: la cuenta fue descubierta en una tumba. Yo excavé aquella tumba desde la superficie hasta el nivel del cementerio. A medida que cavaba, fui encontrando piezas rotas de arcilla con signos amuleto cocidos. Estaban dispersos por los alrededores, estrato tras estrato. La ubicación sugería que el pueblo de Sur-Amech puso uno o dos pedazos por década durante *generaciones* después de que el cuerpo fuese enterrado. La escritura degenera tras un siglo o dos, pero el símbolo es siempre el mismo.

»Cuando llegué a la superficie original de la tumba, encontré el mismo signo grabado en una gran roca plana puesta hacia abajo. El cuerpo estaba rodeado por el mismo tipo de piedra, con el mismo trazo tosco del signo amuleto... de nuevo, orientados hacia el cadáver. Literalmente rodeado, señora Dimitros: echado sobre un lecho de ellos, rodeado de ellos y cubierto de ellos. El cuerpo era el peor conservado de los que encontramos en la zona. Sacamos huesos desecados de la arena, pero el de aquella tumba no era más que la silueta de polvo de un esqueleto. No hay otra tumba parecida en Sur-Amech.

»Y lo más interesante de todo, señora Dimitros, es que el símbolo grabado en las piedras de aquella tumba sigue usándose como signo de protección entre los nómadas de la zona.

Kettridge sacó una pluma, cogió una servilleta del dispensador y trazó un pequeño glifo sobre el delicado papel.

—Es una protección contra el Mal de Ojo, señora Dimitros.

Elizabeth captó la mirada de la camarera, y le pidió la cuenta por señas.

—Gracias por la conferencia, profesor. ¿Qué pretende decirme?

—El pueblo de Sur-Amech no enterró a aquel cadáver con sus propios muertos. Llevaron lejos el cuerpo y las piedras para deshacerse de ello, y se protegieron contra el poder de aquel cadáver tan bien como pudieron, tanto tiempo como les fue posible. Estaban asustados, señora Dimitros. Y yo también lo estoy.

—¿Cree usted en las maldiciones, profesor? —preguntó ella, incrédula—. ¿Es que el Museo Smithsonian va a decaer y arruinarse sólo porque exhibe el diamante Hope? ¿De verdad murieron los miembros de la expedición Cáster por profanar la tumba de

Tutankamon?

Elizabeth pagó la cuenta y se puso en pie para marcharse.

—He venido para avisarla, pero puedo ver que está usted ciega a todo ello, señora Dimitros. Lo lamento mucho. Espero que siga bien.

—Gracias. —Liz cogió su libro y se volvió hacia la puerta.

Kettridge no se levantó, y ella tuvo que hablar a la parte trasera de su cabeza—. ¿Y la cuenta?

—Ya me pondré en contacto —dijo el hombre.

19

*MIÉRCOLES, 30 DE JUNIO, 12:53 PM
RUTHERFORD HOUSE, UPPER EAST SIDE,
MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK*

Amy encontró a Liz en el taller de encuadernación. La joven estaba pálida, pero no tenía los ojos rojos. Mientras trabajaba, muy lentamente pero con el cuidado y la precisión habituales, se apartó el pelo de la cara, y la mano le tembló un poco. Amy abrió la puerta.

—¿Lizzie? —preguntó suavemente—. ¿Qué te pasa?

Elizabeth dio un respingo en su silla.

—Perdona, Amy. Me has asustado.

Amy cerró la puerta a sus espaldas.

—Estabas perfectamente hace dos horas. Ahora estás más tensa que un gato con la cabeza en una bolsa. ¿Tienes problemas para dormir? No estarás andando dormida otra vez, ¿verdad? ¿Acaso te ha llamado tu madre para molestarte? —La chica meneó la cabeza, y Amy insistió—. Dime qué te ha pasado, cariño.

—Kettridge... me siguió.

—Oh, Señor. ¿Qué quieres decir?

—Estaba almorzando en Victor's, y se sentó en mi mesa.

Intentaba... advertirme, o amenazarme, o algo así. Creo que hay algo

terriblemente malo respecto a esa cuenta.

Poco a poco, Amy fue sacando toda la historia a su amiga.

–Lo primero que haremos –dijo con seriedad–, será apartarte de todo este asunto. Si Kettridge vuelve a aparecer, le dices que no estás autorizada a discutir los negocios de la firma, y que se ponga en contacto con los socios. Y después te marchas tan rápido como puedas, ¿vale?

Elizabeth asintió.

–Segundo, voy a llamar a tu señor Ruhadze y decirle que lleve él sus negocios. Pediremos un pago por el hallazgo, pero si hay algún problema, será para él. Ni para nosotros, ni desde luego, para ti, Liz.

»Tercero, vamos a tener localizado al misterioso profesor Kettridge: entra y sale de aquí sin dejar ni un teléfono de contacto, como le apetece. He estado preguntando por él entre nuestros asociados... descubriré dónde se aloja, o daré con él en Berkeley, y te lo quitaré de encima.

Elizabeth sonrió insegura, y Amy le devolvió la sonrisa.

–Estoy segura de que hay un motivo para todo esto. Pero que me condenen si puedo decir que se trata de algo lógico. Todo el mundo me dijo el lunes que Kettridge es un "tipo agradable"... lo que no quiere decir nada, por supuesto: ni "agradable" ni "bueno" tienen significado hoy en día. No se cree que esté fuera de sus cabales: quizá sea un tanto insistente sobre su teoría favorita, pero nunca he conocido a un científico que no lo fuese, al menos un poco. Nos ocuparemos de ello. –Se puso en pie y abrió la puerta–. Tú sigue trabajando con el diario, Lizzie, y yo atraparé a los malos.

Hesha se agitó en su sueño.

–¿Señor?

Se obligó a abrir los ojos. Degustó el fresco aire de la tumba, oscuro y marcado por el aroma de sus mascotas. Estaba solo... Reconoció la voz al despejarse su mente.

–¿Janet?

–Sí, señor. Lamento molestarle tan temprano, pero ha habido un desarrollo que supongo que debería conocer.

–Dame un momento. –Hesha se puso en pie y encontró sin problemas el camino hasta la puerta. Dejó que las luces se encendieran en la cámara de Vogel–. Muy bien.

–Hemos recibido una llamada de Rutherford House... a través de los canales habituales, pero innegablemente preocupada por sus proyectos allí. Parece que Kettridge ha percibido a la señorita Dimitros como potencial fuente de información. La señora Rutherford no lo expresó así, por supuesto.

–¿Qué señora Rutherford?

–Amaryllis. Me comunicó su preocupación por que hubiese usted expuesto a la señorita Dimitros a alguna especie de peligro... y francamente, dio un ultimátum: si hay algún problema entre usted y el profesor, la señorita Dimitros debe ser mantenida fuera del mismo.

–Tras una pausa, Janet comenzó a especular–. Señor, tengo la impresión de que ella piensa que su estatua es un objeto robado, y que hay fuerzas del mercado negro tras ese misterio.

–Eso es bastante inofensivo. Pero no lo fomentes. –Hesha sacó el ojo blanco de su túnica. Desde la noche en que Elizabeth descubrió cómo sacarlo, lo había llevado en un cordón en torno al cuello. Lo estudió como si lo viese por primera vez y tomó una decisión–. Janet, vamos a sacar a la señorita Dimitros del camino del profesor. Empieza a hacer los preparativos para un vuelo apropiado el viernes.

*RUTHERFORD HOUSE, UPPER EAST SIDE,
MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK*

Agnes Rutherford cruzó envaradamente las puertas delanteras de su establecimiento, y sus agudos ojos recorrieron cada centímetro de la sala sin una sola muestra de aprobación. Bajó la mirada hasta la esposa de su sobrino James... eran aproximadamente de la misma estatura, pero Agnes podía bajar la mirada sin esfuerzo hacia gente que le sacaba una cabeza en estatura.

–Buenos días, tía Agnes –dijo Amy. Se inclinó hacia delante e intercambió secos picotazos en la mejilla con su pariente–. ¿Cómo ha ido el vuelo?

–No peor de lo habitual, para esta época del año. Pero aguardo con impaciencia el fin de la temporada turística. –La socia principal se adentró unos pocos pasos en la tienda y miró a Amy desde alturas todavía mayores que antes–. ¿Tenemos alguna cita importante prevista para hoy? ¿No? Una lástima. Pero al menos eso nos dejará tiempo para revisar las cifras de la semana pasada.

Agnes se tomó un momento para contemplar la exhibición de nuevo. Su mirada se posó sobre Elizabeth... y si Amy quedaba empequeñecida por los ojos de la vieja dama, Elizabeth era menos que una hormiga.

–Señorita Dimitros.

–Bienvenida de vuelta, señora Rutherford.

–Siga ahí abajo. –Agnes empezó a subir la escalera hacia las oficinas, pero se dio la vuelta a mitad de camino–. ¿Atendió usted al señor Ruhadze el miércoles pasado? ¿Fue capaz de venderle el collar?

–Sí, señora.

Agnes no dijo nada y siguió subiendo por la escalera.

* * *

Aquella noche, Thompson detuvo el sedán perfectamente paralelo junto al bordillo. Ambos neumáticos rozaban el cemento. No podía haber menos distancia entre la puerta de su amo y las de

Rutherford House, pero se preocupó de todas maneras.

–Tenga cuidado, señor.

–Relájate un poco, Thompson. Sería demasiado esperar que el profesor tuviese la tienda vigilada.

–¿Y si fuese así?

–En tal caso, tú estás aquí, el Áspid está... esperando en las alas, y yo no carezco por completo de defensas.

Hesha se puso la chaqueta del traje, cogió una reluciente cartera negra de piel de cocodrilo y un bastón con cabeza de bronce, y salió del vehículo.

Amy Rutherford le dio la bienvenida.

–Buenas noches, señor Ruhadze.

Él la miró con expresión sincera y estrechó su mano. Amy se mostraba tan educada como siempre, pero por debajo de barniz parecía disgustada con él.

–Tía Agnes le espera en su despacho. ¿Me acompaña?

Amy guió a Hesha a través de la oscura y vacía planta de exhibición hasta la escalera. La sala de trabajo estaba a oscuras. Se detuvo al final del pasillo, llamó una vez con los nudillos, e hizo pasar a su cliente a la sala del trono, como la consideraba ella.

–El señor Ruhadze, tía Agnes.

–Tan puntual como siempre, Hesha. –Agnes Rutherford no bajó la mirada hasta él, sino que lo miró como a un igual, levantándose a medias para recibirle.

–Nunca le haría perder su tiempo a propósito, Agnes –dijo él cortésmente–. Sería un insulto tener esperando a una dama, especialmente a una con tantas responsabilidades.

Agnes sonrió un poco.

–Siéntese, Hesha, y dígame cómo podemos ayudarle hoy.

Amy cerró la puerta y se sentó respetuosamente en un rincón para contemplar el encuentro de aquellos dos gigantes. Su tía (la tía de Jim, se recordó, agradecida por el hecho de que su propia familia fuese menos... menos de todo) estaba sentada tras un enorme escritorio. Su frágil y menudo cuerpo estaba sentado sobre una silla con respaldo de cuero rojo igual de impresionante.

Por otra parte, Ruhadze encajaba en su asiento como si el

mueble hubiese sido construido a su alrededor. Era una visión monocromática: el cuero rojo, en la sombra tenía el mismo tono entre pardo y negro de su piel. Su traje –Amy reparó de pronto en el anticuado corte, casi más propio de los tiempos de su padre– era del color del carbón. El viejo tejido devoraba la luz, pero sus zapatos, su cartera, el bastón de ébano que tenía sobre las rodillas y sus ojos brillaban con ella.

–Tengo una petición bastante inusual, Agnes –dijo vacilante, como si escogiese las palabras cuidadosamente–. Me temo que, inadvertidamente, he puesto en peligro a una de sus empleados.

Agnes enarcó sus finas cejas grises.

–La señorita Dimitros –comentó en voz baja. Hesha asintió–. Por favor, Hesha, explíquese.

–Poseo cierto objeto...

–¿Una estatua? –intervino Amy.

–Sí. –Hesha se volvió a medias en su silla para incluir a Amy en la conversación–. Les aseguro que no se trata de "mercancía caliente", "mercado negro" ni nada por el estilo. Pero por otra parte, como ocurre con muchas antigüedades, su país de origen desaprueba que cualquier otra entidad la posea. Tal y como los griegos quieren que Inglaterra devuelva los tesoros de Atenas, cierta nación quiere mi pequeño tesoro de vuelta en su tierra nativa. No tengo más intención de dárselo que de llevar el collar que compré la semana pasada a El Cairo... menos, de hecho. Al menos Egipto y Grecia tienen democracias, museos y una relativa paz. Recuperan su herencia mediante tratados, fondos especiales, las Naciones Unidas... procedimientos diplomáticos.

»Pero ese gobierno en cuestión ha abandonado la diplomacia en casi todos los terrenos, y es un conocido refugio de terroristas. El partido en el poder ha dejado claro que acogerán y respaldarán hasta a las más radicales de las organizaciones, siempre que cumplan sus demandas y se adhieran a su política... lo que incluye la recuperación de "objetos culturales" a los que en realidad no tienen derecho.

»Enseñé la estatua a la señorita Dimitros como un desafío... quería poner a prueba sus habilidades. Por desgracia para todos, ella fue más inteligente de lo que yo hubiese podido esperar: no sólo

detectó algunos detalles que anteriores expertos habían pasado por alto, sino que reconoció una pieza de la estatua en un diagrama publicado en una revista profesional, y se puso en contacto con su autor.

–El profesor Kettridge –murmuró Agnes.

–Sí. Y Kettridge vino a Nueva York para encontrarla.

Amy chasqueó la lengua contra los dientes.

–He investigado los antecedentes de Jordan Kettridge: es un espléndido erudito, y no tiene de terrorista más que yo.

–No pretendo sugerir lo contrario. Sospecho que los terroristas reconocieron la cuenta e intentaron robarla. Obviamente, no tuvieron éxito. Supongo que, desde el punto de vista de Kettridge, el mensaje de Elizabeth era sólo otra táctica de los ladrones. Cuando eso falló, recurrieron a ofrecer una elevada suma por la pieza...

»No sé qué pueden intentar la próxima vez, pero Kettridge ha tenido dos contactos con Elizabeth, y es probable que los terroristas crean que sabe más del asunto, o que les puede guiar hasta el profesor. Por su propia seguridad, quiero alejarla de Nueva York, de Kettridge, de los terroristas y de Rutherford House.

Agnes entornó los ojos. Sus finos y pálidos labios se fruncieron especulativamente.

–Y por eso me pidió que la retuviera aquí esta noche. Bien, Ruhadze: ¿qué pretende hacer con nuestra señorita Dimitros?

Hesha se pasó la mano por la definida línea del pómulo.

–Mi colección particular necesita cierta labor de restauración. Por lo que he visto de su trabajo, Elizabeth podría ser la candidata ideal para ello. –Se puso la cartera sobre las rodillas, lo abrió y deslizó una pequeña pieza de papel sobre el escritorio hasta Agnes –. Por supuesto, cubriría sus pérdidas y añadiría un suplemento al salario de la señorita Dimitros mientras estuviese asignada al trabajo. –Esperó mientras la vieja dama examinaba las cifras –. Está calculado sobre una base semanal. No creo que su ausencia fuese muy prolongada... aunque desde luego hay trabajo suficiente en Baltimore para mantenerla ocupada durante meses, si es necesario.

Amy observó cómo los helados ojos azules de su tía estudiaban la línea inferior, y supo cuál sería su respuesta.

—Señor Ruhadze —preguntó—. ¿No será todo esto asunto de la policía? ¿O —continuó en tono punzante— si todo lo que usted sugiere es cierto, asunto de la CÍA y el FBI y la Interpol?

—Lo es —dijo Hesha—, y ya he recurrido a esas agencias —mintió—. Fue así como obtuve la información de que dispongo. Podríamos organizar que ellos cuidasen de la señorita Dimitros. Pero, Amy —dijo intentando captar su mirada en el sombrío rincón—, ¿sabe usted lo que significa la frase "custodia y protección"? Significa la cárcel, y aislamiento, y pequeñas habitaciones de hotel sin nadie con quien hablar salvo agentes de policía y sin nada que hacer salvo esperar. Preferiría evitarle eso a Elizabeth. Ella estará a salvo en Baltimore, y dedicándose a lo que más le gusta. A menos que uno de nosotros le hable del peligro, ni siquiera necesitará saber que éste existe hasta que haya pasado. —Volvió a apartar la mirada, bajándola hasta la gruesa alfombra persa—. Ofrecería la misma protección a Kettridge, si pudiese encontrarle.

—Hesha —dijo la señora Agnes—. Coincido en su apreciación del valor que la señorita Dimitros tiene para nosotros, pero creo que subestima los costes de restauración en que incurriríamos durante su ausencia...

Y Amy escuchó con vaga incredulidad cómo la tía de Jim empezaba a regatear por Elizabeth Dimitros como si fuese una silla provenzal francesa o un jarrón Ming. Al menos, el señor Ruhadze tenía la decencia de mostrarse embarazado: sus ojos se encontraron una vez, mientras Agnes sacaba de sus archivos una lista de especialistas en telas ajenos a la casa. Opuso muy poca resistencia: parecía genuinamente más interesado en la mercancía que en el precio. Fuese donde fuese a parar Lizzie, al menos iba a hacerlo muy apreciada. Amy se puso en pie, súbitamente incapaz de soportarlo por más tiempo, y la penetrante voz de Agnes se abrió paso entre su creciente jaqueca.

—¿Adónde vas, Amy?

—Necesito una aspirina, tía Agnes. Si me disculpan...

Amy corrió a su propio despacho, se tomó la aspirina y se hundió en su enorme y mullido sofá. Hizo un esfuerzo por pensar con claridad. Terroristas y fugitivos y contactos... Sonaba como una

película de espías, y una bastante floja. Ruhadze lo había explicado todo, pero... tenía que haber formas más sencillas de proteger a Lizzie. ¿Iba a tomarse todas aquellas molestias para protegerla porque el peligro era real y se preocupaba por ella? ¿O estaba intentando llevársela con otros propósitos ocultos? *Oh, Señor*, pensó, *Lizzie ya es mayorcita...* Pasó más o menos otra media hora discutiendo consigo misma, dando vueltas al asunto, hasta que oyó abrirse la puerta de Agnes. Las palabras salieron al pasillo.

–Me gustaría decírselo personalmente, claro está. –La voz de barítono de Hesha se oía con claridad a través de las paredes.

–Por supuesto –contestó Agnes–. Está en el taller de encuadernación... la tercera puerta a la izquierda, Hesha.

Amy se levantó y fue hacia la puerta, abriéndola justo cuando Ruhadze se acercaba.

–¿Señor Ruhadze? Tengo algunas preguntas más para usted. Hesha entró y tomó asiento.

–¿Por qué no acude Kettridge a la policía? ¿Por qué no podemos limitarnos a enviar a Elizabeth a nuestra sede en Londres durante un mes, o un año, o el tiempo que haga falta? ¿Qué le hace pensar que todo esto acabará algún día, si nuestros enemigos son terroristas? Va a trasladar a Elizabeth a Baltimore a un gran coste en dinero y en molestias. Pero si no le estaba diciendo la verdad a tía Agnes, no creo que vaya a decírmela a mí. Le ruego que me permita darle clara una cosa: quiero que cuide bien de Lizzie.

Hesha sonrió. Se puso en pie, cogió a Amy de la mano y la miró profundamente a los ojos.

–*Confíe en mí* –dijo, abrumadoramente serio, y compasivo, y seguro. Esperó a que la orden quedase fijada, y convencido de que Amy le creía, la soltó.

Ella suspiró.

–Siento haber hablado así... pero yo soy todo lo que tiene, y no puedo dejar que desaparezca sin más. Oh, Señor, ¿se da cuenta de que Lizzie lleva aquí desde las nueve? Vamos a hablar con ella y la enviaremos a hacer el equipaje. Prométame que no hará trabajar a la pobre chica más de ocho horas al día: se creará que es Navidad. Agnes es una auténtica negrera.

–Ya me he dado cuenta –dijo Hesha mientras recogía sus cosas.

Amy sonrió, guiándole hasta el taller.

Elizabeth alzó la mirada cuando vio entrar a su jefa.

–El diario está listo, Amy: Si no vuelvo a leer otra palabra sobre negocios navieros isabelinos no lo lamentaré en absoluto –dijo con un gesto despectivo hacia la mesa de trabajo–. He empezado ya con el maldito papiro... –Se interrumpió bruscamente al ver que Hesha entraba también.

Amy cogió su silla favorita y observó cómo su visitante rodeaba la mesa para examinar el trabajo de Lizzie.

–Una pieza de turista –dijo él con el mismo desprecio en su voz–. Un *souvenir* del siglo diecinueve. –Se inclinó sobre el trabajo recién comenzado y asintió aprobadoramente–. Pero sabes cómo restaurar el papiro adecuadamente. Muy bien.

–Lizzie, el señor Ruhadze ha pedido a Rutherford House que le ceda uno de nuestros recursos más preciados. ¿Qué te parecería ir a Baltimore y trabajar en la restauración de su colección privada?

Elizabeth se sentó en silencio, con las manos dobladas sobre el escritorio que tenía delante. Intentó captar la mirada de Hesha, pero no había allí nada que pudiera leer. Se volvió hacia la resplandeciente Amy, pero aunque la sonrisa de su jefa era luminosa, sus ojos mostraban preocupación. Poco a poco, los rayos de confianza se desvanecieron de aquella sonrisa, y las ansiedades de la mujer se revelaron también en las líneas en torno a su boca.

–No estás obligada a ir, por supuesto –dijo Amy–. Y no es un puesto permanente. Tu trabajo aquí está garantizado, y cuidaremos de tu apartamento. Pero el señor Ruhadze necesita a alguien para la tarea, y tía Agnes es simple pasta de modelar en sus manos. Todo está acordado... si te parece bien.

La mirada de Elizabeth apeló de nuevo a Hesha... y aunque no vio ningún indicio en su rostro, sintió que le apretaba el hombro.

–¿Cuándo?

–¿Mañana por la noche? –sugirió él–. Puedes aprovechar el fin de semana para establecerte y empezar a trabajar el lunes.

–Eso es muy rápido.

—Lo sé.

Elizabeth cubrió el papiro con su envoltura protectora. Después de aquello habría otro diario, quizá, o escrituras con "Nueva Amsterdam" en lo alto en lugar de "Nueva York", o un poemario renacentista sin más mérito que su antigüedad. La colección de Hesha sería diferente. Y el propio Hesha... pero cortó aquella línea de pensamiento.

—Iré.

* * *

En el interior del sedán negro reinaba un perturbador silencio.

Elizabeth estaba sentada con su bolsa a los pies. Tenía el billete para Baltimore metido en su cuaderno de bocetos. Contempló el paso de las luces de la ciudad, teñidas de azul purpúreo por las ventanas.

Le habían presentado a Ronald Thompson, pero el chófer no parecía muy hablador: había calles que mirar, y otros coches sospechosos de llevar al Enemigo de una u otra forma. Hesha percibió además que Thompson estaba incómodo por el "reclutamiento" de la señorita Dimitros.

El Setita contuvo su lengua. Una palabra amable dedicada a Elizabeth hubiera calmado su miedo y su aprensión... pero Thompson no estaba preparado para oír cómo su amo susurraba dulces naderías a una "buena chica". Un breve intercambio en tono profesional con ella la hubiese puesto en su lugar como conservadora y nada más que eso, y tranquilizado a Thompson... pero Hesha no estaba dispuesto a renunciar al dominio que un fingido romance podía darle sobre Elizabeth: ni siquiera estaba seguro de haber podido encarrilar a Elizabeth hacia Baltimore sin aquel cebo. Pronto hablaría con los dos, por separado. Si el paseo hasta el apartamento era tan silencioso como una tumba, tanto mejor para su concentración.

Dejaron a Elizabeth junto al viejo almacén. Ella les deseó buenas noches y se desvaneció entre las sombras de la puerta delantera. Una figura que haraganeaba por allí hizo una seña a Thompson, y el chófer confirmó las órdenes a los vigilantes. El sedán salió a la carretera principal, y Thompson buscó los ojos de Hesha en el retrovisor.

–Señor...

–Ahora no, Thompson. Volvamos a Rutherford House: Kettridge ha estado allí hace poco, y ahora sé cómo encontrarle.

* * *

–¿Conoces bien Nueva York? –preguntó Hesha inesperadamente.

Thompson lo pensó por un momento.

–Las carreteras principales, los lugares a los que va *usted*, algunos vecindarios bastante bien, y puede que un poco más.

–Vamos a seguir a Kettridge con esto –explicó Hesha, sujetando la cuenta de color blanco lechoso por el cordón–. Tiene muy poco poder, y tendré que aislarme tanto como pueda del resto del mundo mientras lo uso. Cerraré los ojos y te dirigiré lo mejor posible. Gira para seguir mis instrucciones en cuanto lo permita la carretera, y recuerda nuestra posición exacta cada vez que te hable: si perdemos la pista tendrás que volver a ese punto tan rápido como puedas para volver a intentarlo. ¿Comprendido?

–No –reconoció el chófer–, pero creo que puedo seguir las órdenes.

Hesha se recostó en el asiento trasero, sosteniendo el ojo blanco entre las manos.

–Al norte de aquí –dijo. Thompson comprobó que no hubiese polis e hizo un giro en U prohibido para avanzar calle arriba.

* * *

–Alto.

Thompson detuvo el sedán junto a una boca de agua, y esperó a que la figura inmóvil en el asiento trasero hablase de nuevo.

–Pasó bastante tiempo aquí... pero ya no se ha ido. ¿Estamos cerca de algún hotel?

El chófer parpadeó por la sorpresa.

–Estamos ante la puerta de uno bastante grande.

Hesha sintió el rastro a través de la cuenta.

–Sudoeste –ordenó. El coche se puso en marcha. Antes de avanzar media manzana, el Setita supo que aquella pista estaba más fría que la que él seguía–. Vuelve atrás. Al este desde el hotel.

–Aquella pista también era demasiado vieja. – Para. Atrás de nuevo.

–¿Señor?

–¿Qué pasa? –preguntó Hesha, cansino.

–Déjeme dar la vuelta a la manzana una cuantas veces. Cuando encuentre una buena pista, avíseme. Sus "huellas" estarán muy liadas justo en la puerta de donde se ha alojado.

–Hazlo.

* * *

–Alto. –Hesha abrió los ojos–. Está ahí. Thompson miró hacia el asiento trasero.

–Señor, creo que entonces será mejor que se dé prisa.

Hesha salió del coche y lo entendió.

Habían llegado a la estación Grand Central.

Caminó rápidamente, casi corriendo, hasta la entrada. Se lanzó entre la multitud de la planta principal, devorando con sus rápidos sentidos los rostros de los viajeros con los que se cruzaba. Observó las siluetas de los pasajeros y portaequipajes aguardando en las largas hileras de asientos mientras sus pasos le llevaban instintivamente hacia las paredes.

Kettridge no estaba comprando un billete en las ventanillas ni comiendo en ninguno de los puestos, pero había hecho ambas cosas. No había salido del edificio, aunque la búsqueda de Hesha llevaba tiempo. El Setita fue reduciendo su paso hasta detenerse: no le convenía ir corriendo por los andenes. Buscó la soledad de una cabina telefónica vacía y sacó su propio elegante aparato de la chaqueta.

A su espalda, uno de los aparatos de pago empezó a sonar. Lo ignoró y empezó a marcar el número de Thompson, pero el teléfono siguió sonando y sonando hasta que agarró el receptor, lo comprobó y se lo llevó a la oreja.

–Hola, Ruhadze. ¿Cómo le trata la muerte?

–Profesor Kettridge –contestó Hesha.

–Ha pasado mucho tiempo desde Siria, ¿verdad?

–Para usted.

–Sí –dijo Kettridge–. Para mí. Usted no ha cambiado nada, por supuesto. Ni una cicatriz de aquel último incendio en Baalbek, ya lo he notado. En cambio, supongo que yo debo de tener una pinta lamentable.

–No podría decirlo.

–No pienso dejar que pueda. –La voz del mortal se hizo un poco más cortante que antes–. Se está volviendo torpe con la edad. Usar a una chica con la que ha sido visto en público para hacer contacto... no encaja con su habitual discreción, ¿verdad? –Hesha no dijo nada–. ¿O estaba usted tras el intento de allanamiento?

–Eso se acercaría más a la verdad.

–Voy a creerme que no estaba tras aquella oferta tan elevada.

–La doblaría si eso pudiera interesarle.

–Los dos sabemos que no es así... ¿Qué le parece un intercambio, en vez de eso?

–¿Qué quiere por la cuenta?

–Hoy no me dedico al trueque de cuentas –dijo el profesor–. Intercambiaremos información.

Hesha pensó en ello.

–Le escucho.

–Yo le diré de dónde procedía la oferta, si usted me explica por qué todos los muertos del mundo parecen tan interesados por mi pequeño amuleto de la suerte.

–No es lo bastante bueno: probablemente habrá cinco o más intermediarios entre usted y ese postor.

–No, esta vez no. Alguien tenía mucha prisa.

La tentación pasó junto a Hesha, y estaba sonriendo.

–Dígame de dónde salió la oferta, y le contestaré a tres preguntas sobre su cuenta. Preguntas concretas. Lo útiles que sean las respuestas dependerá de lo bien que sepa plantear las preguntas.

La línea quedó en silencio durante casi un minuto, que Hesha pasó intentando detectar a Kettridge y su "amuleto de la suerte".

–Harlem. ¿Qué es la cuenta?

–Es el ojo de una estatua.

Kettridge dio el nombre de una calle, e hizo su siguiente pregunta:

–¿Por qué me atrae hacia Atlanta?

–Es un objeto subsidiario de otro artefacto más poderoso. Ese ojo puede localizar el artefacto principal, que está o estaba en Atlanta.

–2417A. Entrada del sótano. ¿Cómo ha podido encontrarme esta noche?

–Yo tengo otro ojo de la estatua. Puedo localizar el suyo, y seguirle allí donde vaya, Kettridge –dijo Hesha, y el mortal pudo sentir la sonrisa en su voz.

El profesor, en su propia cabina en lo más profundo del laberinto de la estación, sintió que un escalofrío recorría su columna. Sopesó el macuto que llevaba al hombro, notando los reconfortantes bultos metálicos de las armas en su interior.

–No se lo aconsejaría, Ruhadze –dijo en tono neutro—. He aprendido mucho desde Baalbek.

–Bien. Deje que yo le aconseje algo –susurró Hesha al teléfono—. Váyase de Nueva York tan pronto como pueda. Yo no voy a perseguirle... todavía... pero si la dirección que me ha dado es correcta, tiene a la mitad de los sabuesos del infierno tras su pista.

–Lo sé. Ya he chamuscado a unos cuantos. A su especie no le gustan ni el fuego ni las multitudes, ¿verdad?

–No dé nada por hecho. Y no diga que *ellos* son mi especie –siseó Hesha—. Si pretende confiar en la protección de las masas, no vaya a Atlanta y las demás zonas en estado de alerta por los disturbios.

Kettridge miró sus billetes: en el Amtrak hasta Atlanta... pasando por Washington D.C. y Raleigh. De pronto tuvo miedo.

–Maldita sea, Hesha... ¡Que usted me diga que no vaya es ya una buena razón para ir! ¿Por qué tendría que fiarme de usted? ¿Por qué me advierte? ¿A qué vienen todos estos juegos? Dios, no puedo creer que estemos teniendo esta conversación: déme una razón por la que deba creer una puta mierda de todo lo que ha dicho, desde el principio hasta el final.

–Prefiero que conserve usted la cuenta, Jordan, a que caiga en manos de ese postor. En las zonas en estado de alerta no se

preocupan por los testigos. ¿Me entiende? –Esperó—. ¿Jordan?

La línea estaba muerta, y aunque Heshia no tardó en encontrar un teléfono aún caliente por la mano de su enemigo, sintió que el ojo rojo corría alejándose hacia el sur. Al cabo de diez minutos no pudo sentirlo ya.

SEGUNDA PARTE :

«MARYLAND»

_____ 22 _____

VIERNES, 2 DE JULIO DE 1999, 6:20 PM

GRANJA LAUREL RIDGE, COLUMBIA, MARYLAND

Elizabeth se esforzó por ver a través del crepúsculo. Los bosques a su alrededor se parecían mucho a los que habían estado atravesando los últimos diez minutos, y la carretera seguía siendo la misma calzada anónima de dos carriles. Sabía que Columbia era un gran suburbio: lógicamente, debía de haber casas, tiendas, luces y calles más amplias en las proximidades, pero no había visto nada desde la última señal de *stop*.

El sedán pasó junto a un rombo amarillo con el garabato más elaborado que Elizabeth había visto en su vida. Se aferró con fuerza al reposabrazos, y el vehículo describió una serie de curvas como las de un borracho en una montaña rusa. Thompson describió un arco con las luces, y los troncos grises pasaron sucesivamente como en un borrón. El coche hizo un último giro y fueron a dar a un camino para coches que recorría la ladera de una colina y pasaba junto a un buzón de correos sin marca alguna. Rodaron suavemente sobre un camino de grava en lo alto de la colina, y Elizabeth vio por primera vez la casa

de Hesha Ruhadze.

En el centro, frente al camino, era una masa sólida, una casa de majestuosas proporciones con altas ventanas, grandes puertas dobles bajo un dintel neoclásico y perfectamente simétrica. Cuando el coche avanzó un poco más, Elizabeth vio un añadido posterior, puesto por un arquitecto inferior para una familia más grande. El ala trasera intentaba ser un eco de la fachada frontal, pero estaba llena de tejados de tamaño dispar, largos aleros, buhardillas y gabletes que se proyectaban en ángulos imposibles. Todo aquel desbarajuste estaba pintado de blanco... no recientemente, ni tampoco por primera vez. Las esquinas mostraban algo de buen ladrillo rojo, allí donde el viento había podido descascarillar la pintura. El tejado era de un cobre gris verdoso, y estaba en excelentes condiciones. Bajo un mar de heléchos y flores silvestres, Elizabeth pudo ver los viejos cimientos de piedra. Era viejo. No era lo que había esperado. Tenía encanto.

Thompson salió del camino cubierto de hierba y llevó el coche hasta un granero de aspecto ligeramente más moderno. Tocó un botón del salpicadero y las amplias puertas se abrieron. El sedán rodó suavemente hasta detenerse detrás de otro coche que hubiese podido ser su gemelo.

Elizabeth salió al despejado suelo de ladrillo, tirando de sus maletas y su bolso de mano. Thompson rodeó el coche para sacar el resto de las bolsas del maletero y soltó un gruñido.

—¿Qué lleva aquí, ladrillos?

—Son libros. Estoy trabajando en mi doctorado en Historia del Arte. Por cierto, esa bolsa tiene ruedas. Podemos poner todo lo demás encima.

—¿Cuál es su especialidad? —preguntó él, mientras ponía la maleta más ligera en su sitio.

—Es algo bastante oscuro... Podríamos llamarlo simbología comparativa.

—¿Y eso qué significa? —Thompson empezó a arrastrar el equipaje a lo largo de un camino de piedra.

—Mmmh... Imagine un toro en una pintura... una pintura de la que usted no tiene referencias porque no puede leer el texto incluido por el pueblo autor del mismo. ¿Representa la fertilidad? ¿Un

sacrificio? ¿Una cantidad de mercancías para el comercio? ¿Un dios? Y si es un dios, ¿de cuál se trata, y por qué el autor usó la alegoría de "dios como un toro"? ¿Y representaba a ese dios antes o después de una invasión por parte de otra cultura que tenía alguna relación especial con el ganado?

Thompson subió las maletas al porche.

–¿Y por qué no puede ser simplemente un toro? –preguntó, mientras marcaba un código en un teclado al lado de un avispero y abría la puerta para dejar que pasara Elizabeth.

–A veces lo es. Pero mi especialidad son los motivos muy primitivos. Cuanto más te remontas en la historia, menos simples garabatos hay, y más símbolos que *significan* algo importante para quien los hizo.

Elizabeth se dio la vuelta para mirar a su alrededor. Habían llegado a una larga y estrecha cocina. Las instalaciones eran ultramodernas, pero los armarios y la mesa parecían los originales de la casa, al menos para su experimentado ojo. Curioseó un poco las cosas, jugueteando con un tirador esmaltado en blanco.

–Dejaremos aquí sus cosas –dijo Thompson–. Puede elegir sus habitaciones, así que le mostraré la casa y dejaré que elija antes de llevar su bolsa de ladrillos a ninguna parte. Venga.

Guió a Elizabeth a través de un amplio corredor hasta la mitad más antigua de la casa, subiendo por una oscura y crujiente escalera.

–Mi habitación está bajando por ahí –dijo, señalando la parte trasera con la cabeza canosa–. Y también la del cocinero: ya le conocerá más tarde. Las habitaciones de invitados están delante.

–Thompson abrió una puerta, encendió la luz y se apartó para que Elizabeth echase una ojeada–. O, si no siente usted claustrofobia, puede venir abajo. A alguna gente no le gusta la idea de un sótano...

–No, por mí estupendo. Trabajé para el Museo Metropolitano varios veranos, y allí sientes la vibración del tráfico en las mesas.

La puerta que daba al sótano desde la cocina seguía conduciendo allí, pero donde los habitantes originales habían dejado suelos de tierra, Hessa había colocado resplandecientes planchas casi negras. Los cimientos de piedra formaban las paredes, y había pilares de medio metro de lado que atravesaban la oscura madera.

La habitación principal estaba llena de urnas de exhibición y estantes con puertas de cristal. Aquí y allá había un sofá y una mesa, una silla y un escritorio o un taburete y un banco de trabajo. Varias grandes mesas contenían repuestos, piezas de cerámica en reconstrucción y otras tentaciones para la historiadora. Pasó junto a una larga y baja mesa llena de cosas que necesitaban sus cuidados, y sólo cuando Thompson se aclaró la garganta y la llamó pudo apartarse de allí. Al otro lado del gran salón, donde ella pensaba que estaría el lado exterior de las escaleras de la casa, el chófer aguardaba al pie de un corto tramo de anchos escalones, sosteniendo una puerta del mismo estilo que el suelo.

—Ésta era la habitación del señor Vogel —dijo.

—¿El señor Vogel? —El pequeño apartamento estaba ricamente amueblado con un estilo muy masculino y Victoriano. Tres de las paredes estaban pandadas, y en la cuarta la madera llegaba sólo hasta la cintura; por encima estaba cubierta de satén blanco, y discretos alfileres plateados sujetaban papeles, fotografías y piezas de tela como si fuese un enorme tablón de anuncios.

—¿No le ha mencionado el señor Ruhadze? —preguntó Thompson. Meneó la cabeza, pero sin demostrar mucha curiosidad, y dejó estar el tema—. Hay un montón de libros y cosas —dijo innecesariamente: toda una pared estaba cubierta de estantes, no llenos al máximo, pero sí agradablemente repletos. Él y el Áspid habían tenido un día muy ocupado en el apartamento de Vogel, pues la lista de Hessa de cosas vedadas a la nueva huésped era larga, y no había muchos lugares seguros donde guardar las cosas realmente peligrosas. Después de la limpieza, las experimentadas manos de Thompson habían arreglado los huecos en los estantes. A menos que supieras lo atestado que había estado el despacho de Vogel, nunca te darías cuenta de que faltaba algo. Thompson observó la reacción de la chica ante la habitación, con los dedos pasando por las filas de raras y caras ediciones, y decidió que la suposición del jefe había sido correcta. Siempre lo era—. El señor Vogel era el anterior conservador. Vivía sobre todo aquí abajo. Por supuesto, ahora es usted la única invitada. Puede convertir esta sala en despacho, taller... lo que necesite. Las habitaciones de invitados tienen bonitas vistas, sobre

todo en verano.

–Oh, no –repuso Elizabeth, mirando el escritorio y la biblioteca–. Esto será perfecto.

–Bajaré sus cosas –dijo Thompson. Al salir, esbozó una sonrisa satisfecha: nadie mejor que Heshia para saber qué hierba gatera ofrecer a qué gatitos... marcó un código en el intercomunicador de la cocina–. ¿Señor?

–¿Sí, Thompson?

–La señorita Dimitros está aquí. Se ha quedado con la habitación del señor Vogel: bajaré sus cosas en un momento. He procurado dejar la impresión de que no estará usted disponible al menos durante una hora.

–Gracias. La veré cuando Janet y yo hayamos terminado.

Thompson cortó la conexión. Cogió las maletas de Elizabeth y sacó de un cajón un objeto que no encajaba en una cocina: un detector de metales manual. Todas las bolsas estaban limpias.

Miró desanimado el corredor. Había un montacargas disimulado en el espacio entre las paredes, pero Elizabeth no podía estar presente cuando se abriese en el primer sótano, así que usó las escaleras. La chica estaba absorta en un libro cuando él llevó el equipaje, pero sonrió y se ofreció a ayudarle.

–No, gracias –dijo Thompson.

Puso la pesada maleta en un rincón conveniente, esperando que le impidiese encontrar la puerta oculta allí, e hizo un par de viajes más para llevar todas sus cosas.

–Bueno, si me disculpa, tengo algunas cosas de las que ocuparme, y asuntos que resolver para la casa. Si necesita algo, hay un intercomunicador junto a la puerta –explicó, abriendo un panel de madera–. Apriete el botón verde y hable. –Volvió a correr el panel y salió de la habitación, cerrando suavemente la puerta tras él.

* * *

Elizabeth levantó la mirada de su equipaje a medio deshacer. ¿Habían llamado a la puerta? Cerró el cajón de los calcetines, cruzó la estancia llena de maletas abiertas y cajas de notas, y abrió la puerta.

–Buenas noches, Elizabeth.

–Hola, Hesha.

Ambos se quedaron vacilando en el umbral.

–Pasa –dijo ella con una sonrisa–. Me temo que todavía estoy en las fases caóticas de la explosión. –Retrocedió un poco, haciendo un gesto vago.

Hesha se sentó en la silla de Vogel, estirando las piernas, y contempló cómo se movía ella. Elizabeth disparó una batería de expresiones de gratitud, cumplidos para Thompson y asombro por la casa. Tenía preguntas sobre el edificio, que él contestó con su voz y actitud de conocedor... un personaje ya creado, una máscara puesta para que Elizabeth la viese mientras él la estudiaba. Estaba nerviosa, pero cómoda en aquel entorno. Era él quien hacía que los dedos de Elizabeth y los pequeños músculos de su rostro se agitasen sin parar. Cada vez que ella le miraba, había una pregunta en sus ojos, y él se aseguraba de mantener todas las respuestas fuera de los suyos.

Descubrió que se sentía aliviado de que la Bestia mantuviese la calma en presencia de Elizabeth... y se sorprendió al darse cuenta de que había estado preocupado por ello ¿Qué era lo que había dado tanta fuerza a la Bestia en el apartamento de ella? ¿La estatua? ¿Sus propias preocupaciones por los planes del Sabbat? ¿La desaparición de Vogel? Resolvió observar a la Bestia y su propia mente más de cerca... no podía permitirse la debilidad.

–¿Estás cansada? –preguntó cambiando de tema.

Elizabeth se detuvo.

–No.

–¿Tienes que pensártelo?

–Son casi las diez, ¿no? Supongo que debería estarlo: tuve que levantarme pronto para hacer el equipaje. Pero estoy demasiado excitada con el trabajo. Eché un vistazo a algunas de las piezas al bajar aquí.

Hesha asintió, comprensivo.

–¿Te gustaría ver la casa?

–Por supuesto –dijo ella. A mitad de camino hacia la puerta se detuvo para mirarle con sinceridad–. Si *tú* no estás cansado. No quiero molestarte...

—Confieso que sucumbí a la tentación antes de venir. Creo que los abogados de la Costa Oeste son lo peor que hay: hice que el cocinero preparase algo de café... Café turco. Estaré despierto toda la noche —suspiró—. Pero era la única forma de aguantar el parloteo de aquellos idiotas. Además, mañana es sábado. Sólo mis afiliados internacionales intentarán dar conmigo, y mi secretaria sabe decir "no" en cuarenta idiomas.

Elizabeth le siguió con una risita.

* * *

—...Y el sistema de ventilación está totalmente marcado... Si tienes algún problema, díselo a Thompson —explicó Hesha, volviéndose hacia otro rincón del taller—. Este archivador está lleno de papel que necesita tratamiento equilibrante de ácidos. Los archivadores verticales contienen diez o doce pinturas que necesitan uno u otro tipo de trabajo, y tengo varios proyectos de estabilización, por supuesto. Sé que la restauración de pinturas es una de tus especialidades. Si terminas aunque sólo sea con esta sección durante tu estancia, me consideraré ampliamente compensado por los gastos. No obstante, si te apetece probar con algo más raro... aquí tienes al emperador de todos los rompecabezas —dijo casi con una sonrisa mientras volvía a la habitación principal.

Estaba bajo un cristal, en una de las más largas y estrechas mesas de todo el museo. Se trataba de los restos de un viejo pergamino puestos sobre una tela suave.

—Papiro —dijo Hesha—. Parte de los tesoros de la tumba de un faraón. Los ladrones saquearon la tumba, pero dejaron la "basura": cestas, objetos de arcilla, comida... Esto estaba en una sencilla caja de madera, y lo pasaron por alto. Otros ladrones más cultos lo cogieron posteriormente. Por desgracia, ha sido sacudido y roto, y algún estúpido intentó desenrollarlo. —Se volvió hacia ella—. ¿Sabes leer jeroglíficos?

—No.

—Vegel dejó notas sobre la escritura de la época —dijo, abriendo un pequeño cajón de la mesa y sacando una hoja de esquemas

hechos a mano—. Ah, y las pinzas... —recordó alzando un extraño instrumento—. Para impedir que el polvo y las corrientes de aire destruyesen los pedazos del papiro, tuvimos que cubrirlos con un cristal. Estas pinzas pasan por los huecos en los bordes. —Hizo una demostración, acercando las dos mitades de un glifo. Muy despacio, subió las pinzas hasta sacarlas de la zona de peligro—. Quizá quieras practicar primero con la parte superior del papiro: el daño ahí es menor, y los pedazos son más fáciles de leer.

Hesha apartó a la joven de la larga mesa y siguió hablando.

—La afición particular de Vogel —explicó guiando a Elizabeth hasta una zona cubierta de lona. Había una estructura de madera por terminar de tres metros de lado por uno de alto. En estantes bajos a los tres lados había fragmentos de jarras y cuencos en pequeñas bandejas; una especie de ánfora a medio reconstruir se alzaba entre los restos. En medio de todo, un pequeño bloque de arcilla seca reposaba en un resentido ángulo; bordes y astillas de cerámica salían de él en todos los ángulos.

—¿Qué es eso? —preguntó Elizabeth.

—No estamos... no lo sé con seguridad. Vogel lo consiguió de alguien, sin datos sobre su origen. —Hesha pensó en el refugio que había tenido originalmente aquella cosa. Nunca habían descubierto por qué la atesoraba el Malkavian, pero Vogel insistió en que ocultaba algo inusual, y el Setita más viejo accedió, tras algunas pruebas y precauciones, a dejar que el arqueólogo llevase el bloque a casa—. No sé si Erich esperaba encontrar algo particularmente interesante. Se había dedicado a la arqueología en otra época, y supongo que simplemente le gustaba conservar la práctica. —Hubo una pausa, y Hesha retrocedió a regañadientes—. Esto es todo por ahora. Si mañana voy a quedarme dormido, tendré que trabajar esta noche, y estoy seguro de que querrás terminar de instalarte. Quizá el lunes disponga de algo de tiempo para enseñarte nuestras piezas terminadas.

—Gracias.

Él meneó la cabeza.

—Gracias a ti por venir con tan poca antelación.

Elizabeth se rió.

–Gracias a ti por rescatarme de tía Agnes.

Buscó los ojos de él con los suyos. Hesha sintió llegar la mirada, evitándola con tanta destreza que Elizabeth no llegó a darse cuenta de ello, y empezó a caminar de vuelta a su despacho. Tras él, las pisadas de la joven marcaron su camino sobre el suelo: no hacia la habitación de Vogel, sino hacia la mesa del papiro.

–No estarás pensando en empezar con eso esta noche, ¿verdad? –preguntó Hesha sin necesidad de mirar.

–Sólo pensaba ver qué se había hecho hasta ahora.

–Bien –dijo él, asintiendo para sí–. Procura no quedarte despierta hasta muy tarde. Si tienes hambre, hay de todo en la cocina... pero ten cuidado de no despertar al cocinero.

Hesha dejó a su nueva protegida afanándose con el trabajo, y se reunió con el resto de sus servidores en la cripta. Incluso el Áspid se sorprendió al ver la sonrisa de su amo.

23

SÁBADO, 3 DE JULIO DE 1999, 11:42 AM

GRANJA LAUREL RIDGE, COLUMBIA, MARYLAND

Sintiéndose retrasada y culpable, Elizabeth subió las escaleras hasta la cocina y se encontró ante un hombrecillo que llevaba un delantal puesto y estaba fregando platos. Su pelo era muy oscuro y ligeramente rizado, y su piel era uno o dos tonos más oscura que la de la propia Elizabeth... un limpio bronceado mediterráneo. Sus mangas enrolladas exponían unos brazos gruesos y cubiertos de un fuerte vello negro. El hombre cogió otro tazón y la miró sonriente.

–Buenos días. Siento haberme levantado tan tarde.

–¿Por qué lo siente? Es sábado, ¿no?

–Quiero decir que siento haberme perdido el desayuno

–empezó a explicar Liz. Después vaciló–. ¿No es usted el cocinero?

–Oh, bueno. Eso es sólo una amabilidad de Ron y el Hombre.

Puedo cocinar, sí, pero por lo general me limito a hacer la compra. ¿Tiene hambre? Por supuesto que sí, acaba de levantarse, ¿no es eso? ¿Quiere una tortilla? –ofreció sin dar a Elizabeth ocasión de negarse–. Sólo estaba limpiando un poco lo del desayuno para poder empezar con el almuerzo. Preparo la mejor cocina franco-italo-americana que pueda imaginar. Un tortilla bien grande. Está usted demasiado flaca, como hubiese dicho mi *Mamma*. –Se secó una mano en el trapo de los platos y se la ofreció a Elizabeth. Se dieron un vigoroso apretón–. Me llamo Angelo Mercurio, pero llámeme el Áspid. Todos los hacen.

–Elizabeth Dimitros. Liz –contestó ella–. ¿El Áspid?

–Es que muerdo –dijo Mercurio con un guiño de conspirador, obviamente disfrutando con su papel de inofensivo y pintoresco chico para todo–. De todas formas, no es tan tarde. Ron Thompson es el único madrugador que hay aquí, y hace trampa: echa una siestecita de cinco a ocho. Hesha... el señor Ruhadze... bueno, el jefe, va y viene como le apetece. Tiene *jet-lag* la mitad del tiempo, y la otra mitad se la pasa trabajando. No puedo recordar cuándo fue la última vez que pasó una buena noche de sueño –dijo, totalmente sincero.

–¿Cuánta gente vive aquí? –preguntó Liz mientras observaba cómo el Áspid cascaba ocho huevos en un cuenco con una sola mano.

–Sólo Ron y el jefe y yo, ahora que Vogel no está. Y huéspedes cuando los hay, por supuesto. A veces, el jefe trae a algunos de sus ayudantes para una sesión de trabajo. Esto no es precisamente el estilo de vida de "Ricos y famosos".

–¿Qué le pasó al señor Vogel?

Los brillantes ojos del Áspid se velaron por un momento.

–Un ataque al corazón. Muy repentino. Hace sólo unas pocas semanas... y también era joven. Unos treinta y cinco años. –Cogió una espátula y empezó a lucirse con la tortilla cargada de colesterol–. En fin, supongo que mañana almorzaremos una ensalada, ¿no?

* * *

Hesha bajó las escaleras desde la cocina llevando un maletín y un ejemplar del *Wall Street Journal*. Pasó junto a la mesa del papiro de

camino hacia su propio estudio, interrumpiendo su paso algo cansado para mirar por encima del hombro de Elizabeth. Fue sólo un momento; una pausa lo bastante larga como para que la mujer esperase un comentario, y lo bastante corta como para que la falta del mismo no pareciese despectiva. Dejó los accesorios en el estudio, y ya en su apartamento, se quitó el traje y los zapatos, sustituyéndolos por unos pantalones de faena y una camisa de lino de aspecto gastado. Hecho el cambio, volvió al sótano.

–Buen trabajo –dijo por encima del hombro de su huésped.

Elizabeth casi dejó caer las pinzas sobre el papiro.

–Por Dios... Creí que harías algo de ruido al andar sobre un suelo de madera, Hesha.

–Lo siento.

–¿Puedes echar una mirada al texto que hay cerca de la ilustración superior? Estoy segura de que las partes pintadas van juntas, pero no puedo distinguir un ibis borrado de un buho borrado o un buitre borrado.

Él acercó una silla al borde de la mesa, poniéndose un monóculo en el ojo izquierdo.

–¿Pinzas? –pidió.

Elizabeth le dio las suyas y sacó otro par del cajón. Trabajaron en silencio durante un rato.

–Es un halcón –dijo Hesha por fin.

–Eso explicaría la confusión.

Volvió a reinar el silencio, aunque Hesha podía sentir cómo se desviaba la atención de la mujer a su cara con bastante frecuencia. Mantuvo los ojos fijos en el texto, y su conversación en el trabajo. Al final, estaba mirando los restos que había justo bajo él.

–Creo que hay otra ilustración aquí. A ver si puedes completarla –dijo mientras se levantaba–. Pero no te canses mucho. Me han dicho que anoche estuviste levantada hasta las cuatro. –Elizabeth sonrió, encogiéndose de hombros, y acabó por asentir–. Bien, haz lo que quieras. Pero si acabas con el horario cambiado no me echas a mí la culpa.

Hesha se disponía a salir cuando Elizabeth recordó algo.

–¿Hay por ahí algún despertador que pueda usar?

–Pregúntaselo al Áspid o a Thompson –dijo Hesha, observándola–. Yo no uso. Que pases una buena noche –añadió, satisfecho por la decepción de Elizabeth al darse cuenta de que efectivamente se marchaba.

*DOMINGO, 4 DE JULIO DE 1999, 7:56 PM
GRANJA LAUREL RIDGE, COLUMBIA, MARYLAND*

–¿Thompson? Informa.

–El Áspid tiene dos nuevos refugiados. Tres de los originales han encontrado refugio con parientes más cercanos bajo el Príncipe Garlotte. La señorita Dimitros dio un paseo temprano y activó la alarma de perímetro, pero no tanto como lo hubiera hecho un mapache.

–¿Cómo pasó el día?

–Empezó a trabajar en una de esas cosas modernas... la azulada... luego se dedicó a la pintura que ya había empezado, leyó un rato en su habitación y cenó con el Áspid y yo. Creo que ahora está trabajando en el papiro.

–¿Tiene ya su despertador?

–Le dejé el mío, pero se estropeó "misteriosamente" cuando lo enchufamos.

–Bien. –Hesha pensó durante unos instantes–. Ten preparado mi coche.

–¿Su coche, señor?

–Sí. Puedes seguirnos si quieres, pero creo que la señorita Dimitros merece una noche alejada del trabajo. Hoy es fiesta, ya sabes. –El viejo policía le miró sin comprender–. El Día de la Independencia, Thompson. De hecho, tómame la noche libre, y díselo también al Áspid.

–¿A los dos, señor? –El tono de Thompson era de incredulidad.

—Sí.

DOMINGO, 4 DE JULIO DE 1999, 10:00 PM

*A BORDO DEL VELERO LOTUS, PUERTO DE BALTIMORE, BALTIMORE,
MARYLAND*

Sobre el agua, era posible oír las últimas notas del himno nacional, en una confusa mezcla con el mismo sonido que llegaba segundo y medio después a través de la radio. La voz de la diva dejó paso al maestro de ceremonias, y Hesha apagó el aparato.

Los primeros fuegos artificiales se elevaron en completo silencio... y cuando la segunda tanda estaba ascendiendo llegaron a los oídos de Elizabeth los ruidos y explosiones de los cohetes de colores rojo, azul y blanco. La joven se recostó un poco más en la silla de cubierta, más feliz en aquel momento de lo que podía recordar haberse sentido en años... desde la muerte de su padre. Papá la había llevado una vez a Atlantic City, para ver los fuegos artificiales disparados desde un decrepito muelle. Sus ojos se llenaron con las estrellas fugaces y olvidó sus problemas.

Hesha entornó los ojos hasta convertirlos en ranuras, disfrutando de los colores centelleantes a través del escudo de sus largas pestañas. Pero a una edad como la suya, suponía que era inevitable que la celebración perdiese su encanto. Dejó que sus ojos oscuros se deslizasen hacia la mujer que estaba a su lado. Elizabeth, todavía en trance por el espectáculo, no reparó en ello, y el Setita aprovechó la ocasión para contemplarla en secreto. Los colores sobre ellos se reflejaban en el agua que rodeaba el barco, en la pálida piel de su invitada, en los globos de sus ojos y en una lágrima sobre su mejilla que no pudo entender. El rojo y el oro ardían sobre ellos, y el agua, la chica y sus ojos se convertían en llamas... azules y blancas y amarillas, y eran plata bruñida... en verde y azul, había surgido del

océano, y las lágrimas que corrían no eran sino agua de mar goteando de la náyade...

La Bestia empezó a agitarse. Hesha contuvo su mente y retrocedió hasta el gélido núcleo de su naturaleza. Era la oportunidad que había esperado para analizar la debilidad de Elizabeth que le había llamado la atención en su apartamento.

No era bella. Hubiese podido tentar los escasos impulsos carnales que le quedaban, pero en los círculos que frecuentaba el millonario Ruhadze, la belleza (de Cainitas, de ganado o de su propia raza) era bastante común, y llevaba siglos sin afectarle así.

No era brillante. Inteligente, sí. Perceptiva hasta límites inusuales, quizá. Pero, de nuevo, Hesha se rodeaba de genios de una clase u otra: Thompson y el Áspid a su manera, Janet era una maga en lo suyo, y también Yasmine Oxenti... que además *era* hermosa, aunque Hesha nunca había reparado en ello excepto como un añadido a su utilidad... Vogel había sido brillante. Kettridge también lo era.

No era engañosa. Por supuesto, Hesha sentía una gran admiración ante aquella particularidad en las mentes ajenas.

¿Era porque la había vedado a la Bestia? En la perversidad de los instintos de aquella cosa, la naturaleza prohibida de la chica –demasiado apetecible para tragarla entera, todavía sin estar lo bastante controlada para retenerla como alimento, demasiado desconocida para Abrazarla – podía bastar para llevar a la Bestia al frenesí. Pero de nuevo la doctora Oxenti resultaba más tentadora: bella, brillante, engañosa, y tan útil como servidora que Hesha nunca podría llevarla a Set a menos que apareciese otro peón del mismo nivel para reemplazarla... Si Hesha buscaba un chiquillo, una víctima, un compañero o –se rió para sus adentros – una amante, tendría que ser Yasmine quien atrajese la atención de la Bestia.

Elizabeth se movió en su silla, doblando las piernas desnudas bajo su cuerpo. Su mirada seguía fija en las chispas y las estrellas, pero se llevó una mano a las mejillas.

Hesha alargó la mano y secó las lágrimas por ella. El agradecido y apurado rostro de la mujer se volvió para encontrarse con el suyo. Desde el hielo, Hesha hizo que su cara mostrase un poco de amabilidad. Sacó un pañuelo limpio del bolsillo de su pantalón y se lo

pasó en silencio, como si hubiese una genuina simpatía tras aquel acto.

–Lo siento –empezó a disculparse Elizabeth, pero Hesha meneó la cabeza. Ella insistió–. No, en realidad lo he pasado muy bien. Gracias por traerme. Es sólo que... –soltó un sollozo, en silencio y sin perder el control.

Y Hesha la atrajo hacia él, sosteniendo a la estremecida joven entre sus brazos –unos brazos cálidos gracias al verano de Baltimore– y dejando que le hablase de su padre, de todo lo que él ya sabía por haber leído sus papeles. Hesha escuchó, pensando fríamente cómo podría reparar mejor sus heridas, y qué debilidades dejaría para controlarla mediante ellas, y lo pronto que podría ser la igual de los gemelos Mercurio y Janet Lindbergh y Yasmine Oxenti y Ronald Thompson.

LUNES, 5 DE JULIO DE 1999, 8:06 PM

GRANJA LAUREL RIDGE, COLUMBIA, MARYLAND

Hesha salió de su reposo para encontrarse con Thompson, que ya le esperaba:

–Buenas noches, señor –dijo el chófer, obviamente nervioso–. He... ya he tomado mi decisión, señor. Sobre el "seguro de vida" del que hablamos.

Hesha se sentó al borde del banco de piedra, sin decir nada.

–Me gustaría convertirme en parte de la Familia, señor.

El Setita asintió e hizo una pregunta en su tono menos humano:

–¿Has decidido ser condenado, maldito, proscrito del sol, privado de corazón, atado al servicio de Set y a través de él al servicio de Apep?

Thompson vaciló.

–¿Señor?

–¿Tienes un propósito en tu mente que llenará siglos y te impulsará cada noche sin flaquear?

Thompson no dijo nada. Hesha se puso en pie y avanzó hacia su chófer. Quedaron cara a cara, a centímetros de distancia, y el mortal pudo sentir el frío de las ropas del otro, a la misma temperatura que las piedras de la cueva en la que había dormido.

–¿Aceptas el riesgo de perder la cordura, como el Cainita al que destruimos en México?

Hesha cogió a su hombre por la barbilla, elevándole hasta que sus pies dejaron de tocar el suelo, y mirando con sus iris dorados y sus pupilas verticales a los ojos azul grisáceo de Thompson. Permanecieron así durante casi dos minutos... y entonces Hesha bajó suavemente al hombre.

–Has pensado en lo que conoces –dijo el Setita–. Esta noche te he dicho cosas que no sabías. Piensa también en ellas. Hazme preguntas. Considera que tu educación ha comenzado, y empieza a buscar un sustituto entre tus hombres. Si, cuando sepas un poco más de las consecuencias, sigues deseando la bendición de Set, necesitaremos un jefe de seguridad tan bueno como tú mismo.

–Hesha volvió a mirar al mortal–. Y relájate, Thompson. Acabas de pasar una prueba. Habrá otras, pero si en cualquier momento cambias de idea, puedes dejarlo. No hay *obligación* de "graduarse". Ahora –dijo en su tono habitual– informa, por favor.

Media hora más tarde, Hesha y Thompson estaban sentados ante una consola en forma de herradura, observando las grabaciones del día. En blanco y negro, en color y en sensor térmico, las distintas perspectivas desde el sistema de seguridad de la casa rodeaban la imagen principal. Fuera, un fuerte viento provocaba una confusión de ramas y maleza en movimiento. Los planos del interior eran más tranquilos. El Áspid se movía de una pantalla a otra, saliendo de la cocina para ir a la escalera principal y su habitación del piso de arriba. Elizabeth estaba sentada en el centro de otra estancia, inmóvil salvo por un brazo y las largas pinzas que sostenía. Sus precisos movimientos no eran apresurados ni inseguros, y por lo demás hubiese parecido una estatua.

–Elizabeth Dimitros –murmuró Hesha– es, a todos los efectos

prácticos, una huérfana. ¿Has leído su expediente?

—Por supuesto.

—Bien. Necesita una familia, Thompson, así que vamos a darle una. —Hizo una pausa, mirando a los ojos a su posible heredero—. Pretendo que llegue a verme como una figura paterna. Me gustaría que usases el talento que tienes para ponerte en el papel de un hermano mayor o un tío, lo que prefieras. Considéralo tu primera misión en el nuevo camino que acabas de emprender. No actúes: límitate a poner en juego las partes de tu personalidad que te resulten más útiles. No mientas directamente si puedes evitarlo. Menos es más, Thompson, ¿comprendido?

—Sí, señor.

—Excelente. Prepara el coche. Haré una pequeña visita a nuestra invitada y me reuniré contigo en el garaje dentro de veinte minutos.

MARTES, 6 DE JULIO DE 1999, 3:41 PM

GRANJA LAUREL RIDGE, COLUMBIA, MARYLAND

Ron Thompson cruzó la puerta abierta del taller, llamando:

—¿Liz? ¿Liz? —Dobló una esquina y la encontró frotando suavemente la superficie de un cuadro—. Aquí estás, —dijo, innecesariamente—. Espera... ¿es aquella cosita cuadrada con la que empezaste a trabajar la semana pasada?

Elizabeth asintió, apartando con suavidad el limpiador de la tela.

—La pintura de género.

—¿Género?

Thompson había pronunciado la palabra en tono amistoso e interesado, y quedó satisfecho al ver la reacción de la joven: Elizabeth sonrió y le mostró la pintura, ofreciendo una explicación que no era ni condescendiente ni aburrida.

–Norman Rockwell, alrededor de 1630. La vida de la gente sencilla en los Países Bajos.

–Uau. –Thompson dio un paso para verlo mejor, con cuidado de no cernirse sobre ella –. Eso parecía barro antes de que llegaras. ¿Qué están haciendo?

–Tareas de granja. Habrá más detalles mañana –dijo ella, y siguió frotando.

Thompson la miró durante un rato, esperando.

–Me preguntaba si querrías venir a hacer algunos recados conmigo. Tengo que comprar suministros para la casa y algunas cosas para mí... No sé si tú necesitas algo, pero si quieres darme una lista o acompañarme, hay un centro comercial y una tienda de útiles artísticos que Vogel solía visitar.

–¿Puedes esperar media hora? Casi he terminado con esto.

–Claro.

*MIÉRCOLES, 7 DE JULIO DE 1999, 2:03 PM
GRANJA LAUREL RIDGE, COLUMBIA, MARYLAND*

–Buenos días, Áspid. –Elizabeth se inclinó sobre la isla central de la cocina, observando cómo trabajaba el cocinero sobre una especie de mezcla gris y rosa en un cuenco metálico. Enarcó una ceja.

–Paté de atún. Hoy volvemos a jugar a "adivina qué comida es". Para ti se trata del desayuno, ¿verdad? El jefe está almorzando temprano... o tarde, no estoy seguro, y el bueno de Ron no ha aparecido todavía. Así que el plan es hacer sandwiches.

En el cuenco, el Áspid pudo ver reflejada como en un espejo a la mujer sentada a la mesa con su libro y su refresco. Se concentró en los ingredientes que su hermano había dejado dispuestos para la cena, deseando que Gabriel no hubiese tenido una mano tan

profesional para la cocina...

–¿Gustas? –preguntó cuando el pan estuvo cortado y listo.

–¿Si me gusta qué? –bromeó ella, pero el Áspid no captó el chiste—. Lo siento. Sí, por favor. Tiene buena pinta... siempre que no lleve nada raro como okra o guava o alga así.

Raphael rió de nuevo. Elizabeth alzó la mirada, sorprendida.

–¿Tienes algo en contra de la *nouvelle cuisine*? –preguntó, mirando los condimentos con el ceño fruncido: no le estaba prestando mucha atención.

–¿Tú no?

–Bueno, en eso opino como Ron: si es una idea tan mala como para tener que decirlo en francés, está contra ello, salvo... –dijo con una risita– algunas excepciones—. Movié el cuchillo sobre las mezclas que tenía ante él y empezó a untar el pan. Elizabeth tomó la comida con una sonrisa y corrió escaleras abajo, mirando hacia atrás con algo parecido al miedo. Era tonto, lo sabía, rehuir a un hombre sólo porque su risa resultaba... un poco... distinta. ¿Habría juzgado mal su sentido del humor? Había llegado a pensar en Angelo como en un... si no un amigo todavía, sí al menos un amigo en potencia. Ahora que lo conocía mejor, empezaba a temer que pudiese resultar alguien cuya compañía tendría que soportar más que disfrutar.

* * *

–Thompson –dijo Hesha—. ¿Tu nuevo encargo?

El viejo policía cerró su bloc de notas.

–La señorita Dimitros y yo somos ahora Liz y Ron, señor. Le gusta el béisbol, el chocolate, los misterios y el drama. Opina que Vogel tenía un gusto estupendo por lo que se refiere a historias de aventuras y misterio, y pasamos por una librería de camino a casa. Me ha iniciado en Shakespeare, y yo le he descubierto una serie de novelas policíacas que no conocía. Es la hermanita que nunca tuve...

–Bien –dijo Hesha secamente—. Muy bien. Vamos al asunto: pretendo pasar una larga sesión con ella esta noche. Fue hasta la puerta de sus habitaciones desapareció en el interior y volvió a salir llevando sus gafas de aspecto más anticuado.

- Le hacen aparentar diez años más, señor.
–Bien. Espero que sea suficiente.

* * *

Durante la conversación sobre el papiro, Hesha llevó el tema hacia su objetivo:

- ¿Qué es todo eso que estoy oyendo sobre tu tesis?
–¿Perdón?
–Thompson lleva casi una semana hablando de toros y ojos y peces. De alguna forma –sonrió–, creo que ha captado el mensaje un poco mal.

Thompson, escuchando desde el recinto de seguridad, soltó un bufido. Había informado de la historia del toro con absoluta precisión, y entendido cada palabra. Pero bueno, si aquello llevaba al jefe a donde buscaban... Sí, eso era.

Elizabeth sacó una gran caja para manuscritos, y Hesha señaló la mayor de las mesas vacías. Hablando con la velocidad y el entusiasmo sólo de los estudiantes graduados con la teoría a medias, extendió notas, dibujos y líneas cronológicas por la mesa. Cogió una silla de respaldo recto y se sentó con una pierna doblada bajo el cuerpo, pasando resúmenes y diagramas a Hesha con tanta velocidad como él podía leerlos. Las gafas salieron de su estuche, y con ellas la mejor actitud profesoral y paterna del Setita.

* * *

Tomándose un respiro de su propio trabajo, Thompson volvió a subir el volumen de la pantalla central. Las notas de Elizabeth cubrían por completo la superficie del mueble, y había libros abiertos (alguno de ellos de Vogel) puestos sobre ellas. Los bordes del mayor volumen quedaban casi ocultos bajo notas adhesivas de color azul claro, y Thompson reconoció el libro como uno de los que había curioseado Elizabeth mientras le mostraba la habitación del muerto.

- ...Bueno. Una buena argumentación y una defensa fuerte
–elogió mientras volvía a sentarse en la silla–. Pero nunca lo

convertirás en una tesis.

Elizabeth se puso roja y empezó a hablar. Hesha la detuvo con una mano abierta.

–¿Cuánto tiempo llevas con esto? –preguntó. La chica estaba blanca de furia—. Aquí hay demasiado material, Elizabeth. Tienes suficiente para un libro entero, quizá uno múltiple. Coge el cinco por ciento de esto, limita el campo y escríbelo. Después de tu graduación empieza a publicar artículos en las revistas. Pero esto... esto es demasiado.

Aliviada, resentida, pero en general satisfecha, Elizabeth se relajó un poco sobre su silla. Hesha le dio reconfortantes palmaditas en la mano.

La discusión se fue prolongando, pero Thompson había dejado ya de escuchar. Había visto lo ocurrido con los ojos de la chica cuando Hesha la tocó. Las gafas no iban a bastar. Esperó que Hesha hubiese notado la expresión de la joven... y rezó por que su amo la hubiese previsto.

JUEVES, 8 DE JULIO DE 1999, 9:14 AM

GRANJA LAUREL RIDGE, COLUMBIA, MARYLAND

Ronald Thompson despertó con una sacudida.

Una alarma... en algún lugar *dentro* de la casa, a juzgar por el tono. Apartó la ropa de la cama y abrió un panel. Las luces de perímetro eran verdes, lo que según el sistema indicaba que la casa en sí estaba segura, pero un intruso había conseguido llegar hasta la bóveda de Vegel. El sol que entraba por las ventanas le recordó que Hesha estaría dormido... profundamente dormido...

Thompson corrió por el salón, subiendo casi a saltos las escaleras y llamando al Áspid mientras lo hacía. Gracias a Dios que era Raphael quien estaba allí: si había que luchar, aquella cruel

personita era el mejor de los gemelos.

Abrió de un tirón la puerta del montacargas y bajó lo más rápidamente posible al segundo sótano.

Su estómago puso objeciones a la bajada, y maldijo a Liz por la charada que debían seguir todos. Su lugar estaba en su habitación del bunker de seguridad, no escaleras arriba en aquella casa vieja. Soltó un juramento mientras cogía una de las pistolas del soporte junto a la puerta. Leyó los códigos e luces mientras corría por la estación de vigilancia, y maldijo de nuevo. No necesitaba culpar a Liz. El punto de entrada del intruso era su habitación: el maldito Cainita se habría ocupado de ella después de forzar la puerta. Vogel debía de haber sido capturado, no asesinado...

La puerta que comunicaba la bóveda de Vogel con la de Hessa seguía cerrada. Bien. Quizá hubiese tiempo para ver quién o qué había podido colarse. Puso las luces y la cámara en funcionamiento, y se quedó helado.

Elizabeth Dimitros, vestida con un pijama a rayas azul claro, vagaba sin rumbo por la cripta. La puerta a su habitación –la de Vogel– estaba abierta a sus espaldas. No salía ninguna luz.

Thompson bajó su pistola, abriendo el intercomunicador para detener al asesino.

–Sólo es Liz, Áspid. Parece que es sonámbula.

–No me jodas.

–No. El mecanismo de la puerta debe de tener un fallo. Subiré para llevarla de vuelta a la cama antes de que se golpee en la cabeza con una piedra y se despierte. –Thompson redujo la intensidad de las luces en la bóveda hasta la de una vela, puso de nuevo el automático y devolvió el orden a la casa.

* * *

Hessa salió de su lugar de reposo a la cámara exterior. Quedó un tanto sorprendido al ver a Thompson ya en la estancia, y algo más molesto por el hecho de que su sirviente no estuviese esperándole. La puerta que daba a las habitaciones de Vogel estaba abierta, y las manos de Thompson estaban ocupadas con el delicado mecanismo

que las mantenía cerradas.

–¿Thompson? –llamó enarcando una ceja de ébano.

Su sirviente se puso en pie para hablar.

–El mecanismo estaba suelto, señor. –Iba a continuar, pero Hesha le interrumpió.

–¿Dónde está Elizabeth?

–Le he pedido que vaya a recoger el correo. No hay problema: llené el buzón con la clase habitual de cosas que hay en un buzón. Pero tenía que sacarla de la casa para trabajar en esto.

–¿Y por qué motivo en especial era imprescindible que arreglásemos el mecanismo precisamente hoy?

Thompson hizo rechinar los dientes ante el tono del Setita, pero contestó con bastante tranquilidad.

–Porque nuestra querida Liz es sonámbula, y esta mañana ha pasado por la puerta de Vogel sin darse cuenta. Pensé que quería usted que las zonas seguras fuesen *seguras*, señor.

Hesha asintió.

–Por supuesto. –Miró la cerradura, inspeccionando el trabajo–. Gracias, Thompson.

* * *

Tras su conversación del crepúsculo, Hesha siguió a Thompson al bunker, y el mortal puso las cintas de la mañana para su jefe.

Elizabeth, como vieron por las cámaras, estaba trabajando con el bloque, limpiando concienzudamente una parte del barro no tocada antes. Hesha dejó ir a Thompson para que comprobase todas las puertas ocultas, paneles, trampillas y depósitos escondidos en el resto de la casa.

El Setita se sentó ante la consola para ver un vídeo tras otro en las máquinas. Dispuso los contadores para que mostrasen las grabaciones a partir del mismo momento: más o menos una hora antes del frenético despertar de Thompson. Esperó con la paciencia de la muerte, hasta que algo empezó a moverse en la habitación de Vogel.

La dormida forma de la mujer se agitaba torpemente en la

enorme cama. Las sábanas se habían enredado en torno a sus piernas, y la parte superior del pijama se había subido sobre su cuerpo hasta casi ahogarla con el primer botón. Diez minutos después, sus inconscientes tirones habían conseguido liberar sus piernas, que ahora colgaban sobre el borde del colchón. Tocó el suelo con un pie y se incorporó, saliendo de la cama y avanzando hacia los armarios. Abrió un cajón con manos inseguras y sacó un par de calcetines que dejó sobre la cama, aparentemente olvidados.

Elizabeth, con los ojos medio abiertos, se dirigió hacia el escritorio. Intentó escribir algo con el extremo de la goma de un lápiz... parte en un cuaderno que había sobre el escritorio, parte sobre la superficie de madera y piel del mueble. Siguió la pared hasta el extremo de la estancia, jugando vagamente con las notas y artículos clavados. Su cuerpo ocultaba el mecanismo de la puerta a la cámara, así que Hesha no pudo ver cómo había ocurrido el accidente, pero la puerta se abrió un poco y la mujer pisó el frío suelo de piedra de la cripta.

Hesha observó ociosamente mientras las demás cámaras empezaban a mostrar la acción: Thompson a medio vestir y corriendo por la casa, el Áspid deslizándose sinuosamente escaleras abajo desde la cocina con las armas a punto, Thompson en el montacargas, en el bunker, en la habitación con la sonámbula, cogiéndola de la manga, cerrando la puerta, llevando amablemente a Liz hasta la cama.

Hesha observó a Thompson observando a Elizabeth mientras ella volvía al sueño normal. El viejo policía se mantuvo inmóvil como una estatua durante ocho minutos, y después se volvió para salir por la puerta visible. Hesha pasó los ocho minutos observando a los mortales en la cinta, y después pulsó el botón de desconectar.

—¿Ya está asegurado? —preguntó a Thompson, que acababa de regresar de su inspección.

—Sí, señor.

Los ojos de ambos saltaron a la vez al monitor central. Al detener la reproducción de las cintas, había vuelto a las últimas órdenes de Thompson, y Elizabeth y el bloque de barro aparecían en color y sin sonido. El Áspid acababa de entrar en imagen.

Raphael Mercurio llevaba una bandeja... chili, que Thompson

sabía que era por suerte obra recalentada del otro gemelo. Elizabeth sonrió educadamente, pero se movió hasta el rincón más alejado de la zona de trabajo.

El Áspid despejó una polvorienta mesita justo fuera de la lona y depositó su carga sobre ella con un grácil floreo y una sonrisa. Elizabeth sonrió a su vez, pero sus ojos estaban estremecidos, y permaneció en el mismo lugar. Un dedo sucio de polvo señaló el bloque de barro, y ella dijo algo... Hesha se inclinó hacia delante y puso el sonido.

—...este último pedazo —decía Elizabeth con su débil sonrisa—. Pero gracias por bajarlo, es muy amable por tu parte.

—No, no. Es mi trabajo. Tengo que asegurarme de que no te mueres de hambre, Liz. Eres una chica guapa: deberías mantener la carne sobre los huesos y las rosas en tus mejillas, ya lo sabes, ¿no? No se trata sólo de mí: te enfrentas a generaciones de abuelas Mercurio posadas sobre mi hombro, y todas insisten en ello. —Se rió, y ella intentó sonreír.

El Áspid dejó a Elizabeth con su cena, pero ella no dejó la seguridad de la alfombra de lona hasta que los pies del hombrecillo desaparecieron por la escalera, y el alivio en su rostro era obvio.

—Santa mierda... —susurró Thompson—. ¿Lo sabe?

Hesha contempló cómo su invitada se limpiaba las manos y se sentaba a comer. Elizabeth husmeó la comida con suspicacia, y por fin tomó la cuchara sin mucho entusiasmo.

—No —dijo—. Creo que no. Simplemente tiene buen instinto. Está asustada de él... y eso es interesante. —Hizo girar la silla para quedar ante la cara de su protegida.

—¿Debo llamar a Gabe para que venga del pueblo?

—Supongo que sería lo mejor. El miedo puede hacer que el sueño sea intranquilo. Que Raphael se mantenga lejos de ella hasta que podamos hacer el cambio.

* * *

—¿Quieres hacer los honores? —preguntó Elizabeth, sosteniendo un pedazo de barro entre las manos enguantadas.

–Gracias –dijo Hesha en tono neutro. Cogió la púa de dentista y, con destreza profesional, rascó los fragmentos de barro que mantenían adherida el asa de la jarra. En menos de un minuto, la frágil pieza de cerámica se movió de su lugar, y Hesha tomó la bandeja.

Elizabeth puso suavemente el fragmento en forma de hoja en el recipiente, tomándose tiempo para determinar qué posición impediría que se rompiese bajo su propio peso.

–Abajo –dijo.

–Abajo –confirmó Hesha, poniendo la bandeja a un lado.

Se inclinaron para contemplar el duramente ganado tesoro: aún cubierto de tierra y polvo de su prisión, era de un costroso y poco impresionante color pardo.

–No parece gran cosa, ¿verdad? –se quejó Elizabeth.

Hesha sonrió, meneando la cabeza.

–Es más viejo que nosotros. Con eso basta, por el momento. Y puede que encaje con alguno de los fragmentos de Vogel.

–Sigue sin ser mucho. Lamento haberte hecho bajar para esto, pero para hacerlo no bastaba con dos manos, y no podía encontrar a Ron.

Hesha asintió, aventurando una sugerencia.

–Pero Mercurio está en la cocina...

Elizabeth se ruborizó, volviéndose hacia el bloque de barro.

Hesha leyó aquella reacción teniendo presente el informe de Thompson. Podía ser que el miedo al Áspid hubiese provocado su rubor, pero él sospechaba que ni siquiera había buscado a ninguno de los dos hombres... un fragmento desprendido era una buena excusa para verle personalmente. Decidió mantener la actitud profesional aquella noche. Al borde de la lona, examinó en silencio el progreso del trabajo. La joven había desdeñado las que a él le habían parecido siempre las secciones más prometedoras, y tenía las manos metidas en un gran cráter más abajo.

Elizabeth hizo una mueca para sus adentros. Aunque al Áspid, ahora que lo conocía mejor, hacía que se le erizase el pelo, podía haberle pedido ayuda en vez de molestar a su patrón. Consciente de su aspecto, se colocó algunos mechones sueltos de pelo detrás de las orejas. Pero la estupidez tenía sus ventajas. Reconoció que se

alegraba de que Hesha hubiese salido de su despacho. Estaba sentado a menos de un metro de ella. Las mangas de su camisa perfectamente blanca estaban recogidas, arrugadas y sucias por el trabajo, sus ojos color azabache tenían una mirada abrasadora... que estaba clavada en la roca, por supuesto, y absolutamente ignorante de ella.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó él. Usaba la voz profesoral a la que tan bien había respondido ella hablando de su tesis.

Elizabeth estaba metiendo trapos en la parte más profunda del agujero y tanteando la sección superior con dos dedos. Se aclaró la garganta.

–Verá, profesor –respondió, interpretando (como él había esperado) el papel de joven y esforzada estudiante–: se me ocurrió que la capa expuesta por el señor Vogel estaba demasiado alterada por los progresos para seguir adelante. Pretendo aislar la proyección cargada de fragmentos y sacarla. Espero que así sea más fácil separar los fragmentos... trabajando desde atrás, por así decirlo.

–Siga, señorita Dimitros.

–Eso es todo –rió ella–. Si los cálculos de Vogel sobre la sedimentación de esta cosa son correctos, probablemente tendré que retroceder para hacerlo todo de la forma difícil. Pero creo que sólo acertaba a medias.

Hesha estudió la roca.

–¿Y la roca es sólo "esta cosa"? –Ella le miró sin comprender–. ¿No es un él, o una ella, o... –Elizabeth enrojeció, y Hesha mostró una astuta sonrisa–. ¿Qué es?

–Oh, Señor... –Pateó la lona con resentimiento–. Te cuento una historia y...

–Adelante.

–Es un eso. Es la roca de Sísifo. Es grande, e incómoda, y cuando llegas a la meta –hizo un gesto hacia el fragmento en forma de hoja– te encuentras otra vez en el punto de partida, espantosamente decepcionado porque tras la meta no hay más que otra meta, exactamente como al principio. –Soltó un gruñido en el agujero–. ¿Cuánto tiempo trabajó Vogel en esto?

Hesha frunció el ceño.

–Mucho.

–Y probablemente Sísifo sigue cargando con su miseria, su culpa y su vergüenza montaña arriba. Se supone que es un tipo listo, así que lo lógico es pensar que haría algo al respecto. –Elizabeth captó la inquisitiva mirada de Hesha y siguió hablando–. Tiene que haber otras piedras en el infierno: si cogiese una y diese a la roca un buen golpe en el mismo sitio cada vez, acabaría abriendo una grieta... y uno de estos milenios, la roca se partiría al bajar rodando por la montaña. Lo siento, estoy parloteando. Probablemente metieron su sabiduría en algún lugar de la roca... es una alegoría, después de todo.

Hesha no dijo nada, y Elizabeth volvió al cráter que había convertido en metáfora. *Sísifo... futilidad... qué apropiado... concéntrate en tu trabajo, Lizzie... y olvídate de él.* Siguíó rascando la roca resueltamente. *Lo mejor será volver a casa con los Rutherford sin ponerte en ridículo. Cliente importante... profunda relación profesional... hazlo por la señora Agnes... él quiere las pinturas restauradas y tú eres condenadamente buena en ello...*

–¿Y ahora? –preguntó Hesha.

–Estabilizaré la superficie interior. Está cristalizada... –Dio unos golpecitos observando la roca. *Y puede que encuentres algo decente en esta cosa... no roto... o bien decorado... o huesos... o incluso... metal...*

–Tu próximo *proyecto* –aclaró él.

–Lo siento. Pensaba quedarme unas horas más hurgando en esto, y después empezar con el frotado de otra tela.

–¿No trabajas hoy con el papiro?

Elizabeth se estiró, contemplando intrigada la enorme masa.

–He llegado a ver jeroglíficos en sueños. Necesito un cambio... y hay algo *satisfactorio* en buscar aquí dentro. Reunir los pedazos de algo allí –hizo un gesto hacia la mesa alargada–, separar pedazos aquí... Si lo prefieres, puedo trabajar con el papiro –dijo encogiéndose de hombros y jugando un poco con las herramientas.

–Por favor, haz lo que quieras. Las pinturas están quedando bastante bien. –Hesha aguardó, esperando a medias que ella alargase el encuentro. Pero por el momento parecía más interesada

en la roca de Vogel que en él. *Bien*, pensó. Thompson debía de haberse confundido. Se levantó bruscamente, sacudiéndose el polvo de la piel y las ropas, y volvió a su estudio. Elizabeth ni siquiera alzó la mirada, y Hesha salió de la estancia con un humor perversamente insatisfecho.

VIERNES, 9 DE JULIO DE 1999, 10:43 PM
GRANJA LAUREL RIDGE, COLUMBIA, MARYLAND

–¿Hesha? –dijo Liz sin levantar la mirada del papiro.

El Setita se detuvo sorprendido, mirando sus silenciosos pies.

–Sí. –Se sentó a la mesa frente a ella, cogiendo su propio juego de pinzas–. Estás haciendo muchos progresos esta noche –señaló.

–Creo que es una sección bastante fácil.

Hesha comparó su trabajo de varias noches: aquella sección no era más fácil que las demás; debía de ser que había empezado a memorizar los jeroglíficos. Y había dormido mejor la noche anterior, aunque no podía esperarse que ella lo supiera. Pero Elizabeth parecía bastante animada... a gusto consigo misma hasta un grado incomprensible.

Contempló cómo unía cinco fragmentos para formar un único signo de pluma, y aunque el siguiente glifo era poco común, sólo tuvo que echar una breve ojeada a las notas dispuestas sobre el cristal para encontrarlo. También había algo extraño en la forma en que estaba sentada... Hesha empezó a manipular fragmentos en su lado de la mesa para ocultar su curiosidad.

El ángulo de la silla era normal... sus caderas se curvaban sobre el asiento de la misma forma... un suave giro de la espalda para mantener su largo cuello y sus delicados hombros en una cómoda postura de trabajo... pero algo estaba mal en los hombros. La mano de las pinzas... no, la otra: en lugar de reposar relajadamente sobre las

transcripciones de Vogel, estaba cerrada hasta formar casi un puño, aplastado sobre el tablero. Su pulso se iba acelerando cuanto más tiempo pasaba él sentado en su compañía... ¿Qué tenía en la mano? Sintió la mirada de Elizabeth sobre él, y se inclinó sobre su trabajo.

–Tengo un regalo para ti –dijo ella por fin. Hessa miró la más dulce sonrisa de gato que se acaba de tragar al canario que hubiese visto jamás, y las chispas en que se habían convertido los destellos de ámbar de sus ojos –. Abre la mano, cierra los ojos, etcétera, etcétera.

–¿Qué?

–Toma.

Abrió la mano izquierda, mostrando un anillo de metal en su palma. Era de un resplandeciente tono pardo oscuro, completamente libre de herrumbre, y Hessa nunca lo había visto antes. Lo cogió, caliente todavía, y estudió la superficie grabada a través de sus gafas de hombre mayor.

–Es el regalo sorpresa de la roca del señor Vogel –dijo Elizabeth –. La sabiduría de Sísifo, por así decirlo.

–Ouroboros –susurró Hessa.

–Es bronce –afirmó ella, animosamente –. Aunque no logro imaginar cómo es que no está completamente verde. Pienso hacer un estudio del pH del material de alrededor.

Hessa apenas la oía.

Era bronce, sí, aunque él tenía una cierta idea de por qué se había conservado tan bien el metal. No había inscripciones ni marcas de ninguna clase en el interior. Se concentró en el diseño: dos serpientes devorándose a sí mismas, entrelazadas en direcciones opuestas. Las cabezas y colas se unían en lo que debía de ser la parte superior de la pieza, y los cuerpos formaban un apretado nudo.

–Es hermoso –musitó.

Elizabeth rió.

–Si te gustan las serpientes... –comentó recostándose en su silla –. Pero hablando en serio, estoy de acuerdo contigo.

Ella vio cómo miraba Hessa el anillo y decidió dejarle solo con él. Cogió de nuevo sus pinzas y empezó a picotear entre los restos de barro.

El Setita pasó los dedos una y otra vez por la superficie del

anillo.

–¿Te lo has probado? –susurró.

–Sí –admitió ella–. Un momento, para ver su tamaño aproximado. Tengo medidas completas y datos de la excavación apuntados en el "expediente" que llevaba el señor Vogel.

Entonces no había ninguna trampa. Pero tendría que examinarlo con más cuidado para confirmar que era absolutamente seguro. También observaría a la mujer... había una posibilidad de que la cosa estuviese activada de alguna manera, y cualquier efecto posterior sería informativo.

–Griego, ¿no crees? –dijo ella, observando que había terminado de estudiar el anillo–. No recuerdo ningún diseño idéntico, creo que el motivo de las dos serpientes puede ser útil para rastrear su período y su propósito. Un objeto de culto hercúleo, o quizá parafernalia profética. Tiresias y las serpientes en el establo, ya sabes. También puede que sea simbología médica, pero creo que si el escultor hubiese querido hacer un caduceo, habría un caduceo.

Él se guardó el anillo en el bolsillo del pecho.

–Buen trabajo –dijo bruscamente.

–Sólo ha sido suerte –replicó Elizabeth con molestia.
Hesha lo dudó.

SÁBADO, 10 DE JULIO DE 1999, 9:28 AM

GRANJA LAUREL RIDGE, COLUMBIA, MARYLAND

Ronald Thompson se despertó con la mandíbula fuertemente crispada. Un buen sueño arruinado. No soñaba con frecuencia. Ya lo estaba olvidando...

Maldita alarma.

Abrió el panel sin abandonar el suave capullo de su cama. Era una brecha interior: otra vez de las habitaciones de Vogel a la cripta.

Soltó el peor juramento que pudo imaginar y se puso una bata sobre el pecho encanecido. La puerta estaba arreglada... sí, estaba arreglada... ella debía de haber activado el mecanismo subconscientemente... lo más probable era que la puerta nunca hubiese estado estropeada en primer lugar... bien, esta vez pondría una cuña al otro lado y ya no importaría lo mucho que sus dormidos dedos jugasen con el mecanismo. Ya no habría más alarmas a medianoche... ni a media mañana, maldición.

Bajó las escaleras de la vieja casa hasta el sótano, y después corrió hasta las habitaciones. Su paso se hizo más ligero al acercarse a la zona de Elizabeth, y puso la mano suavemente sobre el tirador de su puerta.

El tono de la alarma cambió al instante, pasando de un persistente sol grave a una octava más alta que hizo latir *su* audífono. Thompson apartó los dedos como si aquello fuese a detener el ruido, pero sabía lo que era. Había habido una segunda brecha en la seguridad en alguna parte. Lo de su mano sobre el tirador era una simple coincidencia. Abrió la puerta y encontró abandonada la antigua habitación de Vogel. Encendió las luces y vio que la puerta de la cripta estaba cerrada.

—Áspid —susurró en el intercomunicador de Elizabeth—. Enciende el micro y sígueme.

Thompson se acercó en silencio al panel secreto, desconectó la alarma y abrió la entrada de la cripta. El zumbido en sus oídos desapareció por completo e inesperadamente.

—¿Dónde está? —preguntó a la habitación vacía.

—No aparece en tus malditas pantallas —dijo su audífono.

Thompson terminó de buscar entre las irregulares curvas y obstáculos de la bóveda, y sintió que su estómago daba un vuelco. Sólo había una habitación en el complejo que no pudiese ser vista desde el bunker de seguridad.

—Áspid, repasa las horas.

Hubo una serie de sonidos de tecleo y un grave silbido, y la voz de Raphael llegó suave y ronroneante por el circuito:

—Su puerta a las 9:28:17. Se cerró a las 9:28:39. Probablemente... chocó con ella. La puerta de él a las 9:29:27. Se

cerró automáticamente diez segundos después. Lo siento, Ron. Sé que te gustaba.

Thompson se dejó caer pesadamente sobre el extremo del banco de piedra.

–Maldita sea. –Dijo. Miró sus pies descalzos y su informal bata de franela a cuadros, y repitió: – Maldita sea. Maldita sea. Áspid, coge el gancho, la luz, mis botas para el fuego y el equipo. Bájalo todo aquí.

Raphael Mercurio abrió la boca para hacer una objeción, pero se lo pensó mejor al ver en el monitor la ancha espalda de Thompson y su mandíbula apretada. Fue a buscar el equipo.

* * *

Ronald Thompson estaba en el umbral de la tumba de su amo. Se había puesto unas gruesas botas que le llegaban hasta los muslos. Las perneras del pijama estaban embutidas en las botas, y los restos de su bata habían sido bien atados en torno a su cintura. Llevaba un largo bastón con un gancho en la mano izquierda, y su índice derecho se apoyaba en una paleta tallada en las manos de un escriba. Tras él, el Áspid permanecía preparado y en silencio.

Thompson presionó la paleta y la puerta del santuario de Hesha se abrió de par en par. Apretó un segundo grabado para que la puerta se quedase quieta: no se cerraría como había hecho con Elizabeth.

El Áspid encendió la luz. La iluminación era curiosamente suave e indirecta, pero bastaba para que los dos hombres observaran: sus ojos ya estaban acostumbrados a la semioscuridad de la cámara de Hesha. Cuando la cabeza de la serpiente más cercana a la puerta empezó a moverse, Thompson la apartó suavemente con el extremo romo del gancho: la serpiente se escurrió por un agujero de la pared, buscando malhumorada su refugio.

Thompson avanzó un poco, y el Áspid adelantó la linterna. Había dos cortos pasillos ante ellos. Tomaron el de la izquierda, andando suavemente por el lado derecho del mismo. Al primer giro, pasaron alrededor de un pozo desde cuyas profundidades observaban siete pares de somnolientos ojos con dobles párpados. Al llegar al segundo recodo, se detuvieron y esperaron durante un minuto entero sin

ninguna razón aparente, permaneciendo juntos y cerca uno de otro sobre la misma piedra.

–Ron, ya estará muerta a estas alturas.

–Si está muerta, ¿dónde está el cadáver?

–En el corredor de la derecha.

–No he oído nada desde allí. ¿Y tú?

Raphael se calló, extendiendo su propio gancho sin hacer más comentarios para alejar a un vecino curioso que había en un hueco.

Avanzaron de nuevo y llegaron sanos y salvos al último tramo de una angosta escalera de caracol. El Áspid puso la linterna en la mano extendida de su compañero y se giró para observar los escalones tras ellos. No veía la cámara: el techo de las escaleras era bajo, y se había puesto en guardia antes de que la puerta empezase a abrirse.

Thompson sí vio.

Vio las tenues y alargadas curvas de pinturas apenas iluminadas desvaneciéndose en la negrura. Vio las sombras de misterios más próximos en las paredes. Vio, al borde de la zona iluminada, el sarcófago cerrado. Vio la inmóvil y oscura silueta de su amo estirada sobre él, desnuda hasta la cintura. Vio a una mujer vestida con una túnica blanca que se le ceñía al cuerpo. Vio su pelo oscuro, arreglado en un espeso tocado. Vio destellos de oro en su cuello, tobillos y muñecas. La chica, la reina, la diosa, cogió la negra mano del hombre e intentó que se levantase sin decir nada.

Thompson se quedó en la entrada, aturdido; se parecía tanto a alguna escena de las pinturas de Vogel... y sabía que era un truco de la luz. La ilusión se desvaneció, aquel parecido casual murió cuando la mujer siguió moviéndose, y él vio la verdad.

Elizabeth estaba sobre el frío y muerto cuerpo de Hesha, sujetando una de sus manos sin vida contra su mejilla. Lloraba con sollozos a medio formar, en silencio, pero como si su corazón pudiera romperse. Tenía los ojos cerrados, y si había palabras en sus lamentos Thompson no podía oírlas.

Bajó un escalón, y la linterna con él. La túnica era un sencillo camisón blanco, arrugado y retorcido. Tenía el pelo enmarañado, y al acercarse, Thompson vio que no era tanto el tocado de una noble dama como el pelo de una víctima de la fiebre. Sus joyas no eran de

oro, sino de cobre viviente...

Y el suelo estaba cubierto –con una capa tan gruesa que apenas podía verse la piedra– del mismo metal fundido y mortífero: cientos y cientos de víboras de cabeza de cobre. Thompson miró estremecido aquel mar de cuerpos bronceos.

–¿Cuántos disparos hay en el equipo, Áspid?

–Dos.

–Entonces quédate aquí.

–Era lo que pensaba hacer.

Thompson avanzó muy despacio por el suelo de piedra de la cripta, despejando un camino con el gancho. El Áspid se quedó en el último escalón, ajustando la linterna para ayudar a su compañero... Thompson podía sentir los ojos del asesino en su espalda. La luz hacía cosas extrañas con las sombras, y los límites de la oscuridad se movían con los cuerpos de sus habitantes. El viejo policía pudo sentir, instintivamente, cómo se cerraba el camino a sus espaldas, y se preguntó cómo demonios podría sacar un cuerpo de allí... ya estuviera muerto, dormido o presa del pánico y el trauma de las mordeduras de serpiente.

–Espera, Ron.

Thompson se giró de hombros, caderas y rodillas: no se atrevió a mover los pies. Miró incómodo a su compañero. Las manos de Raphael sostenían un fino cordón, el de la linterna. Lo cortó con un cuchillito.

–Toma, cógelo. Átalo a la cintura. –El Áspid ató su extremo al equipo y puso la caja de plástico de forma que la puerta no pudiese cerrarse–. Traeré cuerda más fuerte y guantes. Vas a necesitarlos –dijo antes de desaparecer escaleras arriba.

Thompson contempló su marcha resignado. Se hizo un pulcro nudo en torno a las caderas y concentró su atención en el suelo.

Gancho, despejar, paso. Paso.

Gancho, golpe, ángulo, gancho otra vez. Despejar. Paso.

Paso. Sólo medio esta vez.

Paso largo. Apartar con el gancho el pesado cuerpo que bloquea el camino.

Paso de nuevo. Paso...

...y la bota de Thompson resbaló sobre una vieja y aplanada piel de tono plata. El pellejo emitió un ruido de seda rasgada bajo la suela de goma y le hizo tropezar. Se debatió para conservar el equilibrio, casi soltando el gancho, que golpeó la piedra con un repiqueteo. Su otro pie dio un fuerte pisotón junto a la cabeza de una pequeña e inquieta criatura, y las vibraciones del incidente cruzaron la estancia. Cuando terminaron los frenéticos movimientos, apenas había serpientes a la vista, pero tres ejemplares adultos estaban enroscados y dispuestos. Thompson dejó su pie y el gancho allí donde estaban y adoptó una respiración que casi no lo era... tensos y ligeros movimientos de las costillas que le causaban dolor en la cabeza y los costados, pero que harían muy, *muy* poco ruido. Una a una, las tres serpientes se relajaron, bajando las cabezas. Thompson enderezó sus piernas y tobillos, alzó de nuevo el gancho con los dedos más pequeños y débiles de la mano izquierda –los mismos que habían impedido que cayese del todo– y empezó de nuevo.

Paso.

Paso, gancho, despejar, paso.

Estaba junto al sarcófago. Tocó el hombro de Elizabeth, y la joven musitó algo incomprensible.. De alguna forma, seguía dormida, y su color parecía saludable... no había sufrido mordeduras. Thompson esperó que el milagro siguiese adelante, y rezó por que fuese contagioso.

–Ron.

Thompson miró hacia la escalera.

–Sí.

–Tira del cordón.

Thompson cogió su extremo y empezó a tirar. Una caja de cartón se movió hacia él, con más cuerda detrás. Hacía un tremendo ruido, y las serpientes se apartaron del monstruo. Thompson sonrió como un maníaco al ver que sus tres oponentes se lanzaban contra la caja y después huían de la extraña cosa que les hacía daño en los dientes.

Había unos guantes en la caja, y se los puso. Se ató una fuerte cuerda en torno a la cintura, y hubiese fijado a Elizabeth a la misma...

Pero cuando se encontró mirando a los ojos de la vieja cabeza

de cobre que se había enroscado alrededor del cuello y el pecho de la mujer, Thompson supo que la criatura nunca le permitiría hacerlo. Si sus tripas se habían revuelto antes a causa del peligro, su mente hizo lo mismo al comprender que el viejo reptil *pensaba* y luchaba en su mismo idioma.

Con un ojo fijo en el "collar", alargó la mano hacia la joven, esbelta y resplandeciente forma de un brazalete. En un abrir y cerrar de ojos, había cogido a la pequeña serpiente por el cuello, arrojándola hacia la oscuridad de la tumba. Movi6 los pies para acercarse, y la serpiente de la otra muñeca de Elizabeth se uni6 a su prima. La cabeza del "collar" se volvi6 hacia 6l, con un brillo de resentimiento en los ojos dorados.

Thompson suspir6. Despej6 un amplio espacio en el suelo a su alrededor, y se inclin6 muy despacio para arrodillarse a los pies de la joven. Las ajorcas eran serpientes algo m6s grandes. Tom6 aire y se lanz6 a por la de la izquierda. El "collar" sise6 por encima de 6l, y Thompson se detuvo en mitad de su movimiento. Sorprendido, se ech6 hacia atr6s y flexion6 las manos dentro de los guantes.

Cuando 6l –y el "collar" tambi6n, rog6– menos lo esperaba, su mano derecha sali6 disparada por propia voluntad. El instinto no se equivocaba: pudo sentir las delicadas mand6bulas aprisionadas entre sus dedos, y quit6 la serpiente de la pierna con un r6pido movimiento. Al inclinarse hacia atr6s para lanzarla, la otra "ajorca" le golpe6 justo detr6s de la rodilla.

–¡Joder! –grit6, a punto de soltar la serpiente que ten6a sujeta. Impaciente, hizo un giro de muñeca y mand6 al delgado animal a volar por los aires. Pudo o6r c6mo aterrizaba, demasiado cerca y audiblemente furiosa.

Apart6 limpiamente a la serpiente del otro tobillo. Mientras se levantaba, busc6 m6s serpientes en las piernas de Elizabeth, y encontr6 una enroscada en torno a su muslo. El animal huy6 hacia arriba, y Thompson tuvo que levantar el camis6n de Elizabeth hasta las caderas para atraparlo... estaba a punto de morder a Elizabeth en el vientre, pero el pulgar de Thompson se puso en medio. El cuero no era lo bastante grueso, y el hombre pudo sentir el veneno en la herida.

El "collar" sise6 de nuevo. Desde su inc6moda postura en

cuchillas, Thompson se alzó un poco para ver lo que estaba haciendo. Apenas había levantado la cabeza sobre el nivel del sarcófago cuando algo le atacó por el costado: por sus marcas, Thompson supo que era la primera "ajorca", la que no había arrojado lo bastante lejos. Dejó de soltar juramentos; ninguno parecía adecuado.

Frenético, Thompson volvió a despejar el suelo a su alrededor con el gancho. Sin intentar apartar a la enorme serpiente de su cuello, tomó el brazo de Elizabeth y empezó a alejarla de Hesha. El "collar" siseó una advertencia.

Thompson siguió andando.

La serpiente apuntó a la yugular de Elizabeth, ondulando como en un desafío. La joven tropezó: seguía llorando, y los pálidos rastros bajaban por su cara y su cuello hasta el cuerpo de la serpiente.

Thompson aumentó la presión sobre el brazo de Elizabeth.

Con una velocidad cegadora, el "collar" se movió hacia el blanco expuesto. Pero Thompson estaba preparado, y se apartó de la chica en el momento en que supo que la serpiente iba a por él. Sintió que los enormes colmillos curvados se enterraban en su antebrazo, bastante por encima del guante. La sangre manó abundantemente del brazo herido, cayendo sobre las piedras. La vieja serpiente perdió un colmillo en la carne de su víctima, y el impulso de su ataque y el giro de Thompson hicieron que soltase el cuello de Elizabeth. Thompson se puso de nuevo en pie, se echó al hombro a la mujer inconsciente y corrió hacia las escaleras.

Hesha despertó inesperadamente rodeado de pesados cuerpos. Las cabezas de cobre yacían sobre él en gran número, y la Mayor se había enroscado protectora en torno a sus hombros. Cuando empezó

a moverse, pudo sentir el cosquilleante susurro de la lengua del patriarca en su oreja.

–Luz –dijo suavemente, haciendo que las bombillas disimuladas se encendieran.

Trabó su mirada con la de la vieja serpiente y le devolvió el siseo.

La Mayor estaba herida: desnudó su colmillo roto y arqueó el cuello para mostrar mejor el sustituto que ya empezaba a bajar desde el cielo de su boca. Se quejó enroscándose y desenroscándose, molestando a las serpientes más pequeñas. Estaba irritada. El nido ya no era seguro. Los guardianes habían quedado reducidos a la mitad: los que habían podido habían encontrado un santuario en el cuerpo de su aliado; los que no, se habían marchado a sus madrigueras de invierno en torno a Laurel Ridge.

Hesha tranquilizó a la fiel y vieja sirvienta. Pasó las manos sobre los esbeltos cuerpos de la descendencia de la cabeza de cobre. Con el tiempo, volverían a sentirse seguras en el suelo, y las piedras no harían nada inesperado. Los pies descalzos del Setita pasaron suavemente entre los animales sin provocar alarma; era de la familia, y su olor era el de ellas.

Se aseguró de que la intrusión hubiese sido limitada –sus tesoros y proyectos estaban intactos– y caminó por el pasadizo central hasta la cripta de Vogel, reparando con interés en que la puerta de Elizabeth estaba asegurada con una cuña.

–Thompson.

Por primera vez en quince años, no hubo respuesta.

–Thompson –volvió a decir, con fuerza.

–Señor. –Era la voz del Áspid–. Señor, Thompson está un poco enfermo ahora mismo.

–Enfermo.

–Sí, señor. ¿Podría... podría venir a ayudarme con él?

Las habitaciones de Thompson eran cómodas, pero sobriamente amuebladas. Había estantes llenos de viejas revistas, cintas, maltrechos estudios de crímenes reales, y una buena colección de discos de vinilo que nunca escuchaba. Unos pocos certificados en finos y sencillos marcos colgaban de las paredes. Había una buena

alfombra, comprada en Afganistán. Era bella y valiosa, pero Thompson se había sentido atraído por ella sobre todo por su diseño: aunque era tradicional en todos los demás aspectos, había sustituido los motivos abstractos por siluetas simplificadas de helicópteros y ametralladoras.

El jefe de seguridad de Hesha Ruhadze estaba sentado en una vieja butaca, con una papelera en el regazo. Tenía el rostro de un enfermizo color azul, y los ojos hinchados y medio cerrados. Su brazo derecho estaba envuelto en una aparatosa mezcla de papel de periódico, bolsas de plástico y toallas empapadas en sangre, al igual que la zona inferior izquierda de sus costillas.

Cuando Hesha entró en la habitación, el Áspid acababa de volver del baño con una brazada de toallas limpias. Cogió el hinchado brazo de Thompson y sustituyó el tejido empapado de rojo por otro blanco y *beige*; la papelera estaba llena de envoltorios desechados, y Mercurio la cambió por una ensaladera. Los ácidos olores que llegaban desde la cocina atestiguaban que hacía falta algún tipo de recipiente. Los dos hombres miraron a Hesha con expresión agotada, resentida y pagada de sí misma. El Setita se hizo cargo de la escena en un segundo, y borró la mirada autocomplaciente de la cara de sus hombres dándose la vuelta y cerrando la puerta tras él.

–¡Mercurio! –gritó por el intercomunicador.

–Jefe, ¿qué demonios está haciendo? –El Áspid siguió a Hesha hasta el bunker, furioso, molesto y asustado a la vez –. Ron está enfermo, maldita sea. Va a morir, y usted...

Hesha se volvió hacia él.

–¡Lávate las manos, estúpido!

La mirada de Raphael pasó de sus manos y mangas empapadas en sangre a los ojos animales de su amo. Se apartó, blanco de miedo.

–Calienta cuatro bolsas y tráelas aquí, rápido.

Raphael se apresuró pasillo abajo, corriendo sin dar del todo la espalda al bunker y la criatura de su interior.

Hesha se sentó ante la consola para esperar. El olor que salía de las habitaciones de Thompson era abrumador... sangre vieja, sangre nueva, miedo, enfermedad, veneno... sangre fresca derramada, perdida en el suelo, en la ropa, en el papel... sangre fresca... Sus ojos se volvieron hacia la imagen de la habitación de

Thompson.

No podía apartar la vista, pero sus manos obedecieron a su voluntad. El monitor se apagó.

La maldición luchó dentro de él para hacerse con el control de sus piernas. La puerta del hombre estaba sólo a metro y medio. Estaba demasiado enfermo para luchar; confiaba en él, y no se apartaría de la Bestia: no vería la diferencia entre el esclavo de Apep y el ser ascético, reflexivo y racional que el Setita se había esforzado en construir a lo largo de los siglos. Y el hombre ya había tomado su decisión: estaba sufriendo, y querría poner fin a su vida para iniciar la nueva.

Hesha dejó que las oleadas de persuasión se estrellasen contra la fortaleza de su cordura. Desde el frío centro de la tormenta, se ejercitó y entretuvo analizando la lucha. La Bestia avanzaba primaria en su ataque, monstruosamente fuerte pero mal armada. Hesha dio gracias a Set por que su mente siguiese despejada, y por que la voz de la maldición hablase con torpe lógica.

Una bolsa de plástico aterrizó sobre su regazo: estaba a la temperatura corporal y era sorprendentemente pesada.

La cogió, vaciándola rápidamente. La maldición bramó reclamando más. Hesha y la Bestia alzaron la mano al unísono y el Áspid les arrojó la segunda bolsa, que vació por su fría garganta tan rápido como la primera. Hesha se recompuso un poco y empezó a beber más despacio de la tercera bolsa. La Bestia seguía gritando, furiosa por el olor de la vida de Thompson, por el sabor de la sangre en conserva, por su derrota en la lucha... Hesha terminó su bebida, y la insensata criatura de su interior pareció ceder, furiosa todavía pero enjaulada... ni saciada ni provocada por la sangre consumida, pero entendiendo a cierto nivel que pronto habría más.

–Mordedura de serpiente –dijo Hesha.

–Sí, señor –confirmó el Áspid. Había retrocedido por el pasillo, y de hecho ya tenía un pie en el montacargas–. Esta mañana.

–¿Le has dado la antitoxina?

–Sí señor, inmediatamente después de que ocurriera.

–¿Por qué está sangrando?

–Convulsiones, señor. Estaba vomitando en el retrete, y perdió

el control. Rompió el espejo al caer y rodó por encima. He pasado una hora sacándole cristales.

–Calienta otras tres bolsas, y llama cuando vuelvas –ordenó Hesha–. Deja las bolsas en la puerta y márchate. ¿Comprendido?

Raphael asintió. Observó cómo la criatura entraba en las habitaciones de Thompson, y voló de vuelta a la cámara frigorífica, contento de tener aquellas pesadas puertas entre él y su amo.

* * *

–Thompson. –Hesha se arrodilló junto a su sirviente, sosteniendo la cuarta bolsa de sangre como un talismán entre ambos.

–Señor... –Los ojos de Thompson intentaron enfocarse, enloquecidos–. Señor, ¿ha estado aquí hace un rato?

–Sí.

–Gracias a Dios. Pensaba que lo había imaginado.

Thompson se inclinó sobre la ensaladera y vomitó con unos secos espasmos que estremecieron la silla. Hesha le dio unas palmaditas en la espalda, pasando los dedos por los desgarrones en la ropa y las heridas abiertas en la piel bajo ella. No quedaban cristales: el Áspid parecía haber sido bastante meticuloso.

El Setita tomó la cabeza de Thompson entre sus manos, le miró a los ojos, y dijo:

–Cálmate.

El vómito cesó poco a poco.

–¿Ha llegado el momento, señor? –croó Thompson.

–No –respondió Hesha, entendiendo perfectamente la pregunta–. Esta noche sólo vas a recibir una lección anticipada sobre los poderes de la sangre de Set. –Thompson le miró aturdido con sus ojos hinchados–. Primero, déjame ver tus brazos.

Pasaron unos minutos con Hesha usando las pinzas y el escalpelo. Unos cuantos fragmentos de espejo se unieron en el cuenco a los que había sacado el Áspid, así como uno o dos colmillos rotos extraídos de las mordeduras. El cuenco y los instrumentos acabaron en el fregadero de la cocina, y Hesha volvió con un cuchillo y una gran taza de café en las manos.

–Bebe.

–No he podido retener nada en el estómago, señor...

–Bebe.

Thompson tomó un sorbo. Parpadeó aprensivo al saborear el oscuro líquido, y Hesha pudo ver las preguntas en sus ojos.

–Bébetelo todo, Thompson.

Cuando la taza estuvo vacía, Hesha volvió a llenarla con su muñeca. Thompson aceptó la taza, obediente, y los dos bebieron juntos... el mortal de la taza y el Setita de la bolsa. El Áspid dejó las otras tres bolsas tal y como se le había ordenado... la sangre pasó al frío cuerpo y de allí a la taza.

–Suficiente. –Hesha puso una silla ante el herido–. Ahora quémala. Úsala. No me digas que no sabes lo que quiero decir: sigue escuchando. Hay fuego en tu estómago... como el miedo... Como la ira... como la adrenalina... como el whisky... –dijo el Setita, en tonos suaves e hipnóticos–. Has bebido lo tuyo en tus tiempos, sargento detective Thompson... Toma el fuego, toma el whisky, y haz que salga de tus entrañas: llévalo a tu brazo. El veneno que has recibido... era un fuego en las venas, que te mataba. Esto es fuego en tus arterias, que destruye el veneno. Prende fuego a tu brazo... quema el veneno... quema el cristal y los cortes y las magulladuras.

»Mira tu brazo, Thompson.

Ronald Thompson movió dolorosamente la cabeza y vio cómo cambiaba su hinchado y descolorido miembro. Las vetas rojas y blancas se desvanecieron; el azul purpúreo que había empezado a apestar se volvió verde dorado y después marrón claro, hasta recuperar su tono normal. Los enfermizos colores desaparecieron de sus dedos, su muñeca...

–Concéntrate. No dejes que pare.

–¿Qué estoy haciendo?

–Te estás curando. La sangre de Set, aun diluida, puede curar a los vivos... Supongo que, de la misma forma, la sangre de Caín también puede... –Hesha miró a Thompson a los ojos, apartando la bata de sus hombros y examinando su maltrecha espalda–. Sácalo de tu brazo. Arregla tus pies. Después lleva el fuego a tu espalda: sigues sangrando. –Los cortes se cerraron–. Bien. Ya lo controlas. Ahora

ponte de pie y asegúrate de que no quede ninguna herida.

Thompson se levantó y trató de obedecer. Meneó la cabeza.

–El fuego se ha agotado, señor.

–Excelente. Había que consumirlo todo: hay efectos secundarios. Piensa en cómo te sentías antes y después de beber mi sangre. Con una sola toma esta noche, probablemente sentías gratitud, amistad, nostalgia, ternura, confianza irracional...

En aquel momento, la expresión de Thompson no mostraba ninguno de aquellos maravillosos sentimientos. La lista de Hesha había sido demasiado precisa.

–Dos noches, y estarías casi enamorado de mí.

El rostro todavía hinchado de Thompson mostró miedo.

–Tres noches forman una especie de relación de esclavitud entre quien bebe y quien da su sangre. Se llama el Vínculo de Sangre, o el *Vinculum*, o el *Coeur Vrai*, o el Juramento, o los Anillos de Apep, o un centenar de otros nombres... y dura para siempre.

El guardaespaldas de Hesha se puso blanco como la tiza al comprender las implicaciones.

–¿Para siempre?

Hesha miró el suelo, desdeñando el *siempre* con una larga y esbelta mano.

–Hasta que mueras, o hasta que mueras otra vez. Bastante tiempo. Se dice que hay siete formas de romperlo: cinco son mitos, tres son imposibles, cuatro poco prácticas... todas son difíciles, y sólo una es rápida.

La cara de Thompson siguió mostrando horror.

–Así que podría... podría usarlo con cualquiera de nosotros...

Hesha enarcó una ceja.

–Pero no lo hago, obviamente. –Hubo una pausa–. O no estarías en condiciones de hacer esa pregunta, Thompson.

Sin prisas, recogió las bolsas vacías, el cuchillo ensangrentado y la taza, y lo llevó todo a la cocina. Volvió con un vaso de zumo y otro recipiente, y siguió hablando tras dejarlos en manos de Thompson.

–Es mucho, mucho mejor *ganarse* la lealtad de la gente en la que te ves forzado a confiar. Considero que los esclavos son sirvientes poco fiables. Muchos de mis enemigos tienen a sus servidores atados

de esa forma... y eso, Thompson, es algo muy útil. –Se sentó de nuevo, cambiando el tono–. La lección ha terminado. Informa.

* * *

Elizabeth estaba sentada sobre un alto taburete en su estudio. Inclínada sobre el codo izquierdo, sostenía un puñado de algodón. Cogió un pedazo con la mano derecha, lo empapó en una jarra, y lo hizo rodar suavemente sobre la sucia y manchada superficie de la pintura. El algodón, ahora amarillento, acabó en una papelera que tenía al lado. La mano izquierda alimentó a la derecha y el proceso se repitió, haciendo avanzar poco a poco el sendero de limpieza a lo largo de los bordes.

Hesha entró en la sala. Allí donde había sombras, dejaba que le envolvieran; donde había luz, se deslizaba sin llamar la atención. La mujer no oyó nada. Había nuevas arrugas de cansancio en torno a sus ojos; la delicada piel tenía manchas del color de viejas magulladuras, y los párpados estaban enrojecidos. Él olió la sal en sus mejillas.

Hesha volvió a la puerta y dejó que la luz le iluminase.

–Elizabeth.

Ella alzó la mirada, sorprendida.

–Hola. –Los algodones cayeron sobre la mesa–. Pensaba que ibais a quedaros en el pueblo hasta mañana. Thompson dejó una nota...

–Era mentira.

La barbilla de Elizabeth se alzó, sus ojos se entornaron a la defensiva, y se giró sobre el taburete para enfrentarse a él. No dijo nada, pero intentó leer la expresión de Hesha: podía haber estado tallada en mármol.

–Ven, por favor. Me gustaría hablar contigo. –El Setita retrocedió unos pasos, dejando el camino libre. Tras un momento de vacilación, ella se levantó para seguirle–. En mi estudio, si no te importa.

La llevó hasta una puerta que ella nunca había cruzado, aguantándola para que pasase. Hesha se detuvo a la distancia exacta para hacer que Elizabeth tomase asiento junto a la pared.

–Háblame de tu sueño de anoche –dijo.

Elizabeth se sonrojó.

–¿Perdona?

–Anoche anduviste y hablaste en sueños.

Ella entornó los ojos.

–Los sonámbulos no recuerdan necesariamente sus sueños, Hesha.

–Pero tú sí, Elizabeth, o hubiese dicho "no lo recuerdo" –repuso él casi con una sonrisa–. Tienes una deshonestidad muy diplomática.

Ella crispó la mandíbula y no dijo nada. Hesha leyó las líneas de su rostro: enfado, cautela, resentimiento... lógico. Fuese cual fuese el daño que pudiera hacerle la verdad, al menos la había puesto en guardia.

Siguió hablando en tono sueva:

–Supongo que se trata de pesadillas. Quiero ayudarte. –La nota de resolución volvió a destacarse–. De hecho, es absolutamente necesario que intervenga.

–No te entiendo.

–Pienso dedicar las horas que quedan hasta el amanecer a asegurarme de que lo hagas. –Hizo una pausa–. En circunstancias normales, nunca te hubiese traído aquí. Me fijé en ti en Nueva York como una distracción... de asuntos más importantes. Eras... eres... algo único. Especial. Fascinante. Sospechaba que tenías un talento muy poco corriente para la observación. Te mostré una estatua que me tenía intrigado, y tú pusiste el dedo en la llaga en una noche. Sacaste el ojo. Quedé impresionado, y decidí visitarte con frecuencia... en Nueva York.

»Pero en cuestión de un día desbarataste mis planes. Había...

–Hesha hizo un visible esfuerzo por encontrar las palabras, y habló con lentitud–. Había cosas peores siguiendo a Kettridge, y yo no podía, en conciencia, dejarte para que te encontrasen. Así que te traje para protegerte e impedir que la verdad acerca del peligro te perturbase. Con el tiempo, te hubiese devuelto sana y salva a Nueva York. O... –bajó la voz– hubiese esperado tener contigo una versión distinta, menos apresurada e inquietante, de esta conversación.

–No estamos teniendo una conversación –cortó Elizabeth–. Es

un monólogo, Hesha.

Se toma la verdad muy a pecho, suspiró el Setita para sus adentros. El tono suave y su fingido embarazo desaparecieron cuando reveló la esencia del problema:

–El Áspid, Thompson y yo hemos montado un elaborado engaño para mantenerte alejada de la realidad de la situación. Los acontecimientos de esta mañana demuestran que, conscientemente o no, has podido ver a través del montaje. Nuestra pequeña mascarada nos ha puesto a todos en un peligro mayor. –La voz se fue haciendo más grave, y lo siguiente en salir de la garganta de Hesha resonó como un trueno: – Ahora hágame de tus sueños, Elizabeth, antes de que tu don para la percepción mate a uno de nosotros.

Elizabeth le miró con los ojos muy abiertos. Estaba pálida, con los labios apretados y mudos. Sentía la garganta tensa por las lágrimas y la ira, y las entrañas anudadas por el miedo. *Está loco*. Su mente giraba frenética, pero sin que nada útil saliese a la superficie. *Sea lo que sea lo que se supone que he visto... ¿Dios, por qué no puedo verlo ahora? No parece estar loco, parece... Cada frase tiene menos sentido que la anterior... aunque es obvio que cree estar explicando algo... paralogía... paranoia... pero su cara...* Elizabeth apartó la mirada: estuviese loco o cuerdo, le dolía mirarle a la cara. Sus ojos, casi negros, guarnecidos por unas marcadas cejas y astutas sonrisas... una o dos veces habían mostrado una expresión más amable... algo amistoso y abierto... Elizabeth bajó la mirada a sus manos: los huesos eran largos y hermosos, como una escultura que algún dios hubiera escondido bajo carne... el color de su piel era un marrón tan rico y profundo... *No hay una palabra para describirlo. Como castañas de Indias y cuero viejo y... Creo que está loco.*

Hesha estudió clínicamente la reacción de la mujer. A su pesar, se sintió impresionado por el hecho de que pudiese seguir sentada en silencio tras el tratamiento que acababa de recibir: o no tenía voluntad en absoluto, lo que sabía que no era cierto, o era más fuerte de lo que había supuesto. *Vamos abajo*, pensó irritado. *¿Qué hago suponiendo cosas?*

Alzó las manos.

–Ven conmigo –dijo.

Elizabeth dejó que tirase de ella, pensando en lo fríos que estaban siempre sus dedos, en lo imposible que era.

Hesha abrió la puerta del salón principal llevándola tras él. Se acercó a una librería repleta y de aspecto sólido y la apartó a un lado. El pasadizo que había detrás era angosto y oscuro, pero las paredes parecían bastante corrientes. Doblaron una esquina y fueron a dar a un espacio más amplio e iluminado, con una robusta puerta de metal bloqueando el camino.

–Abre.

Hesha seguía sujetando la mano derecha de Elizabeth, pero la soltó al abrirse la puerta.

La joven entró por delante de él en una alargada habitación llena de acero, cristal y plástico negro. El Áspid estaba allí, con una insufrible expresión en el rostro. Liz la interpretó como asombro mezclado con malicia, pero Hesha conocía mejor el carácter de Raphael: sabía que el asesino estaba saboreando la ruina de la ilusión, y por qué. Hesha sonrió a su vez, decidiendo que el Áspid se había divertido bastante. *El orgullo precede a la caída*, pensó maliciosamente, y esperó.

Elizabeth había llegado hasta el puesto de seguridad. Las cámaras –todas ellas– estaban encendidas, y los monitores funcionando. La joven se sentó en una de las sillas, contemplando cada una de las pantallas, fríamente y sin hacer comentarios. El salón. La cocina. Una imagen del exterior. La escalera. El paseo delantero. Una pared... parte del garaje, recordó. Vistas de las habitaciones de invitados, de la austera cama de Thompson, del cubil del Áspid. Un plano de las escaleras del sótano. Todos los posibles ángulos del museo. Pasillos vacíos. Una habitación que no reconoció, muy desordenada. Otra, bastante más limpia. El estudio de Hesha y las dos sillas que acababan de abandonar. Las habitaciones de Hesha desde otro ángulo, mostrando una gran cama y parte de un pulcro vestidor a un lado. Más imágenes de los bosques, con las ramas ondeando suavemente al viento de la noche. Vio sin sorprenderse su propia habitación. El bunker, con un Áspid en miniatura mirando por encima de su hombro, su propia silueta inmóvil en la silla, y Hesha mirando a la cámara con expresión compungida. Thompson recostado en una

silla en una habitación desconocida. Corredores de piedra. Muros de piedra... muros con tallas.

Elizabeth se inclinó sobre el monitor, escudriñando los relieves. La imagen era oscura y la perspectiva no era la correcta, pero recordaba...

–Áspid –dijo Hesha–. Preséntate a la señorita Dimitros.

Liz hizo girar su silla. Si el rostro del cocinero le había parecido sorprendido al entrar –lo que dudaba, teniendo en cuenta que cualquiera que estuviese en la habitación sabría quién se acercaba – ahora era una grotescamente genuina máscara de estupefacción. Los oscuros ojillos estaban entornados de cólera.

El Áspid no dijo nada, y Hesha llenó el silencio.

–Elizabeth, éste es Raphael Mercurio.

–Raphael, no Angelo –murmuró ella sin ninguna entonación.

–No hay ningún Angelo –dijo el Áspid con una voz teñida de resentimiento–. Somos Gabriel y Raphael. Mi hermano gemelo estaba aquí cuando llegaste. Angelo es... nuestra creación. Nuestra obra maestra. La gran coartada –terminó, echando atrás la cabeza y enarcando una ceja desafiante.

–¿Coartada para qué?

–Para todo –dijo el Áspid amenazadoramente. Echó una mirada al rostro de Hesha y retrocedió, desapareciendo con un aire de orgullo y aborrecimiento.

Hesha tocó suavemente a Elizabeth en el hombro. Ella se levantó y le siguió a través del bunker hasta una sencilla puerta de madera. Hesha llamó con un golpe, pero abrió de inmediato.

–Thompson.

–Señor... –Thompson hizo una mueca de disculpa–. Hey, Liz.

–Se irguió sobre el asiento, pero no llegó a levantarse–. Lamento todo esto.

Hesha no le dejó tiempo para gentilezas.

–Quítate la camisa, Thompson.

Elizabeth y Thompson intercambiaron miradas, y el chófer hizo otra mueca.

–Sí, señor. Pero necesito ayuda. Aunque los cortes se han cerrado, la inflamación...

–¿El hombro todavía? –Hesha frunció el ceño–. *Ayúdale*
–ordenó a Liz.

Ella se inclinó para quitarle la camisa a Thompson...
suavemente, al ver el primer vendaje. Bajo la ropa, el chófer era un
tapiz de vendas y heridas recientes.

–Destápale el hombro derecho y míralo.

Elizabeth quitó una venda y una compresa fría. La carne del
brazo de Thompson estaba hinchada y descolorida. Los fluidos del
interior alimentaban dos relucientes puntos rosados de piel nueva en
el centro de la herida. Volvió a poner las vendas hábilmente y sin
hacer comentarios.

Elizabeth se sentó al borde de la butaca, buscando respuestas
en los ojos del viejo policía.

Pero Thompson le devolvió una mirada triste. Ella amaba al
jefe... o le había amado, al menos. Y había confiado en su "amigo"
Ron. Por primera vez en... décadas... se sentía avergonzado por algo
que había hecho. Y ella se marchó una vez roto el contacto, siguiendo
a Hesha fuera de la habitación y a través del laberinto. Sintíéndose
ligeramente enfermo, Thompson cogió la ensaladera.

* * *

Elizabeth se sintió nerviosa ante la puerta. La luz llegaba del
corredor a su espalda: tenue, pero suficiente para alejar las sombras
de sus pies. Allí, en el escalón del umbral, podía oír a Hesha por
delante de ella en la negrura, haciendo suaves ruidos... siseos, y un
roce como el de una escoba. Los sonidos cesaron, hubo una larga
pausa, y entonces oyó su voz:

–Luz.

Y el santuario de Hesha fue revelado.

La pared opuesta... todas ellas... estaban cubiertas de relieves
pintados... en ocre, pardo, negro, rojo ladrillo y un azul tan oscuro
como la noche. Con tres hileras de altura, cada sección más larga que
su propio cuerpo... Calculó que habría doce secciones. Era el *Am
Duat*, el Libro de los Muertos para la realeza, doce horas del viaje de
Ra a través del Inframundo, cada hora dividida en tres partes, cada

parte representando un acontecimiento en el viaje del dios desde el anochecer hasta el alba, desde la muerte hasta la vida. Entró en la habitación, dándose la vuelta para mirar el conjunto.

Suelo desnudo y paredes en color azul-negro hasta la cintura, y después bandas de colores: rojo, negro, ocre, negro, una franja de jeroglíficos pardos, y después dibujos en negro sobre la piedra desnuda. Alzó la mirada. Por encima de la hilera más alta, el artista había reproducido exactamente –por lo que ella podía recordar de las fotografías– la decoración correspondiente a aquel lugar. En el techo, el cielo de noche, cubierto con elegante regularidad de estrellas de cinco puntas.

La sala era enorme. Ya se lo había parecido desde la puerta. Ahora veía que estaba casi vacía. Esparcidos a intervalos regulares a lo largo de la pared, había pequeños arcones, mesas bajas con bancos a juego y cajas estrechas. Algunos eran dorados y otros estaban polvorientos y comidos por los gusanos. Las paredes se curvaban con extraña indiferencia, como si los albañiles se hubiesen dado un paseo y el cincel hubiese marcado por sí solo el camino. Sólo el suelo y el techo estaban en paralelo. Donde la habitación serpenteaba, ella podía ver otras cosas, semiocultas tras la roca viva.

La mayor y más obvia estaba directamente ante ella. Hesha observó fascinado a Elizabeth mientras su mirada pasaba por el resto de la estancia.

No estaba dispuesta a darse por enterada de lo que veía.

Era una caja, sencillamente. La tapa cuadrada encajaba con total precisión. Se alzaba desde el suelo hasta una altura de un metro. Medía un metro de ancho, y unos dos metros y medio de largo. Elizabeth contempló aquello durante un largo instante, y por fin caminó hasta el sarcófago.

–Yo he estado aquí en mi sueño. En esta habitación.

Hesha se quedó donde estaba, esperando.

–Pero el suelo era de bronce, y no había techo ni cielo. El sol brillaba, vertical como a mediodía, y no había sombras.

Elizabeth extendió la mano izquierda, tocando la gris superficie del ataúd de piedra con el borde de su palma.

–Estabas aquí, tendido. La luz te daba en la cara, y la piedra y

tus ropas eran de color blanco brillante. Creí que estabas dormido, y alargué la mano para... para... –Se miró la mano como si no la reconociese–. Quería decirte algo, mostrarte el sol, creo... pero tú no te despertabas. –Su voz, como en trance hasta aquel momento, se volvió un poco desesperada–. No te despertabas, y empecé a tener frío. El suelo metálico estaba frío; aquello estaba mal: bajo el sol, y la cama... ¿la mastaba?... estaba fría, y tú estabas tan frío y tan quieto como la piedra.

»Y de pronto supe que estabas muerto. –Contuvo un sollozo–. Estabas muerto, y me miré, y yo ya no era Elizabeth...

El hechizo se rompió visiblemente. Las manos de la joven trazaron una línea por sus clavículas, allí donde la Mayor había descansado aquella mañana, y sus ojos dejaron de ver recuerdos. Su piel estaba roja de ira.

–No hace falta que te cuente nada, Hesha. –El rostro de Elizabeth era fuego, y su voz hielo–. Tienes tus cámaras y tus espías, así que puedes observar mis sueños desde fuera.

Elizabeth corrió hacia la puerta.

Hesha estaba a una distancia tres veces mayor de la salida, pero llegó a ella antes de que Elizabeth hubiese dado tres pasos.

Ella no le vio llegar allí: sus ojos estaban abiertos, pero su mente fue demasiado lenta para captar el movimiento. Sencillamente, de pronto Hesha estaba en medio, bloqueando el paso. El mensaje llegó a sus pies demasiado tarde para evitar el choque. Elizabeth cayó en sus brazos, y el impulso la llevó hasta el espacio entre el monstruo y la pared. Él la cogió por el brazo, haciendo que girase para verle la cara, sujetándola contra su cuerpo. Ella no gritó, y más tarde se preguntaría por qué.

Él no dijo nada. Su visión estaba teñida de rojo; sus colmillos bajaron de sus vainas, forzando la mandíbula; el único sonido que valía la pena escuchar era el de los latidos del corazón de Elizabeth, su respiración, el débil comienzo de un grito en su garganta... Y sus manos, como garras buscaron aquella garganta. Enterró las manos en su largo pelo oscuro, volviéndole la cara. Inclínó la cabeza hacia su cuello... pero ella se retorció en la presa en el último momento, y la boca de Hesha encontró sus labios y no su yugular. La sangre

–sangre viva– le llenó la boca, y dejó que siguiera; la Bestia embargó a Hesha y a la mujer con él; el último pensamiento del vampiro estaba impregnado del sabor de ella... *Es un engaño, una ilusión; no es distinta...*

Elizabeth, temblando e incapaz de aguantar de pie las llamas del beso, perdió el equilibrio, y Hesha cayó con ella, siguiendo la sangre hasta el suelo. Elizabeth estaba tendida sobre el tercer escalón, y el Setita de rodillas sobre ella. Sus manos golpearon la piedra bajo la espalda de Elizabeth, y el mínimo dolor le hizo recuperar –apenas– el dominio. Apartó la boca, limpiándose los labios con la lengua, y se quedó sentado. Observó el cuerpo de la joven durante largos segundos... por fin respiró... y otra vez... y abrió los ojos, volviendo la cabeza y luchando por levantarse.

Hesha se frotó los raspados nudillos y supo en aquel instante que la Bestia había estado a punto de tomar la vida de Elizabeth; que acabar con la joven le hubiese dado más placer que la muerte de cualquier otra cosa viviente, y que aquel asesinato le hubiese hecho sentir tristeza por primera vez en siglos. Una parte de él deseó que la Bestia hubiese ganado.

Elizabeth, aún incapaz de controlar sus pies, se las había arreglado para sentarse. Se arrastró hasta el cuarto escalón con brazos y piernas, sin darse la vuelta para mirarle.

–Elizabeth, espera –Hesha fue tras ella, agarrando sus manos. Le hizo poner los dedos alrededor de su muñeca–. Busca mi pulso –pidió.

Ella le miró asustada. Iris muy oscuros en el centro de ojos extremadamente abiertos... Hesha oyó el rugido de la Bestia agitándose de nuevo, y le hizo poner las manos en torno a su cuello.

–Siéntelo... ¿Dónde están mis latidos, Elizabeth? No los encontrarás.

Ella dejó de luchar. Las yemas de sus dedos siguieron la línea de la mandíbula, el hueco detrás de su oreja, la curva del cuello.

–La noche que nos conocimos, cuando perdí el equilibrio, ibas a tomarme el pulso. Y te detuve. –Comprensión y negación se alzaron en los ojos oscuros bajo él. La joven estaba temblando–. ¿Cuántas pesadillas has tenido desde que me conociste? –Ella parpadeó, y el

rubor de la lucha abandonó su rostro—. Creo, Elizabeth, que no fui lo bastante rápido apartando tus dedos de mi muñeca aquella noche. Sin saberlo, lo sabías... tal y como sabías que un Áspid era amenazador y el otro amistoso... como sabías la forma de alcanzar el anillo en la piedra... Tú sabías lo que soy.

—¿Qué eres? —musitó ella.

Hesha hizo una pausa. Se lamió los labios y sus manos se crisparon involuntariamente sobre las de ella.

—Inmortal.

DOMINGO, 11 DE JULIO DE 1999, 4:13 AM

GRANJA LAUREL RIDGE, COLUMBIA, MARYLAND

Ronald Thompson esperó, enfadado. Estaba enfermo: había observado la escena en las habitaciones de Vogel a través de las angostas ranuras de sus ojos hinchados. Estaba irritable: la inactividad le sentaba mal, y la convalecencia peor. Tenía paciencia, y hubiese soportado la noche bastante bien... si Hesha no hubiese cambiado de táctica a la mitad. Thompson estaba perplejo, y en lugar de acostarse y descansar (como Janet le había rogado por teléfono que hiciera), estaba sentado en el centro de su red, esperando.

Hesha salió de la habitación de Elizabeth andando de espaldas, deseando buenas noches y mejores sueños a la chica Thompson estuvo a punto de atragantarse. Cuando su amo se giró hacia la puerta de su estudio, su habitación y su sepulcro, Thompson accionó un interruptor con su dedo hinchado. El Setita alzó la mirada, y tras una pausa cruzó el museo hasta la puerta de la librería.

Thompson irguió su maltratado cuerpo sobre la silla, dedicando a Hesha una mirada expectante, *desafiante*.

Su amo le contempló impasible.

—¿Sí, Thompson?

–Señor... –empezó a decir, pero se detuvo al momento. ¿Cómo continuar? –. Señor, ¿puedo hacerle una pregunta personal?

–Puedes preguntarme lo que quieras –contestó Hesha. Sus ojos dejaron claro que no prometía respuestas.

–¿Qué pasó con el plan, señor? –ladró el chófer.

–¿Qué plan?

–El plan de la familia –fue la seca respuesta. Thompson se mordió el labio, luchando por encontrar la apertura correcta... palabras lo bastante corteses para mantener la paz con su jefe, pero lo bastante fuertes para airear su enfado... y todo cuanto se le ocurría era la brutal y vitriólica maldición con la que había empezado el día.

Hesha contempló cómo su posible heredero tropezaba con su propia ira. Los ojos del hombre asataban el aire, e irradiaba desaprobación. El Setita cogió una silla, se sentó y empezó a hablar.

–Pon tus pensamientos en orden, detective. Empieza de nuevo. ¿Censuras mi manejo de la situación con Dimitros? Naturalmente, habrás estado escuchando desde que la he llevado a su habitación... si no hubieses presenciado mi actuación en directo, insistiría en que revisases la grabación.

Thompson estaba a punto de estallar. Un grito abrumó su pecho; abrió la boca... y vio que Hesha parpadeaba ligeramente, divertido. El viejo policía implosionó. Así que el jefe estaba jugando con él. *Una prueba*, comprendió. *Otra prueba. Me pregunto si la habré pasado o no.*

–La he llevado a donde se sentirá más cómoda, Thompson. Le he explicado lo que le ocurrió en realidad esta mañana. Os he cedido los laureles del héroe a ti y al Áspid, tal y como os merecéis. En unas pocas noches, se habrá recuperado de la sorpresa de –su brazo describió un arco, señalando el sistema de circuito cerrado– las medidas de seguridad, y estoy seguro de que volveréis a ser amigos en un mes o algo así. De hecho, espero que para el martes te haya dado las gracias por salvarle la vida.

–No estoy hablando de eso.

–¿No te preocupa que te odiase esta noche?

–Sí. Y usted dice que lo ha arreglado, y yo le creo, porque siempre tiene razón sobre la gente, y mis tripas me dicen lo mismo.

Pero la semana pasada dijo que íbamos a ser una familia para ella... que pretendía que le viese "como una figura paterna". –Dio un puñetazo sobre el ancho brezo del sillón–. Si cree que lo de esta noche era muy paternal...

–Creo que te has sumergido demasiado profundamente en tu papel de "hermano mayor" –interrumpió Hesha.

–No tengo nada contra los vampiros, señor, pero no querría que mi hermana se casase con uno.

–Un hermano mayor de lo más Victoriano –comentó Hesha, con una voz peligrosa que nunca había empleado con su guardaespaldas–. Yo no soy un vampiro, y has tenido tiempo de sobra para aprenderlo. Espero que nunca vuelvas a usar esa palabra, a menos que te refieras a las creaciones de Stoker o Hollywood.

¿Comprendido?

Thompson asintió cautelosamente.

–Es más, Elizabeth *no* es tu hermana, y harás bien en recordarlo. Sumérgete demasiado en cualquier papel, y estarás en peligro; sumérgete demasiado en éste, y puede que provoques la muerte de la señorita Dimitros. Es un objetivo que proteger, Thompson. No dejes que tus emociones te dominen. Límitate a hacer tu trabajo. Y en cuanto al matrimonio... –Hesha se permitió una risa casi silenciosa.

»Bien, estábamos hablando de mi conversación con nuestra invitada. Le dije que tendría muchas preguntas que hacer y prometí responderlas. Habrás respuestas, Thompson; y convincentes. Le dije que estaba confusa y vulnerable, y que cuidaría de ella. Le dije que no quería revelar demasiado esta noche, que no quería que se marchase. Le dije que había más entre nosotros de lo que yo había pensado, y que nunca había conocido a nadie como ella. Me disculpé, confesé y caí de rodillas prometiéndole arreglarlo todo.

–¿Y era verdad algo de todo ello, señor?

–¿Qué harías si no lo fuese? ¿Te lo crees cuando me oyes decirlo?

–Sí –musitó Thompson, sin tono ni emoción.

–Bien –Hesha hizo una pausa y contempló a Elizabeth en el monitor: se estaba preparando para acostarse; consciente de la

cámara, había optado por cambiarse de ropa bajo las sábanas—. Entonces supongo que ella también me habrá creído. Tú me conoces mejor, tienes dudas. Y haces bien. —Tras una pausa para tomar aire con el que hablar, cambió de tema—. ¿Cuántas veces has estado en la cámara de Vogel, Thompson? ¿Y en la mía?

—¿Señor?

—En la cámara de Vogel hay granjeros y cazadores y artesanos, Thompson. Guardias del faraón, señores y damas, escribas, albañiles... Trabajan en sus puestos en vida, y el río pasa sobre ellos, y los verdes campos los sustentan, y las aguas refrescan su sed, y el fruto de su labor sacia su hambre, y el sol cae sobre todos, escriba y granjero, amo y criado. Y eso es la vida.

»En mi cámara, el rey está muerto, y las almas de todo hombre, mujer y niño es descuartizada y enviada a la eternidad en pedazos. Están indefensos mientras vagan desde su tumba hasta el Lugar del *Ma'at*. El mundo está oscuro para siempre, y frío, y una vez que dejan la necrópolis no hay nada. El desierto es frío y está lleno de monstruos. El río no puede darles de beber, ni los campos pueden alimentarlos. Sólo lo que los vivos dejan para ellos puede servirles de sustento. Y eso es la muerte.

»El amor puede vivir bajo el sol. Y se dice que florece en la vida postrera. Pero en el desierto entre una y otra, Thompson... ni mi especie, ni los Cainitas ni nadie de la estirpe de Apep conoce el significado de la palabra tras renacer. Dos de mis almas pueden estar aquí, pero mi corazón yace en el oscuro inframundo, entre las mandíbulas de Ammit, el Devorador de los Muertos. Entiéndelo. Acéptalo. Y dime otra vez si quieres unirte a los hijos de Set.

—*Maldito* sea, Hesha —susurró Thompson.

—Tú lo has dicho. —La voz de la criatura sonaba vacía.

Pasaron unos cinco minutos sentados en silencio. La principal iluminación procedía de las habitaciones de Vogel. Elizabeth estaba tumbada sobre un costado, leyendo a la luz de la lámpara de la mesilla.

—Sigue sin decirme por qué cambió el plan —dijo Thompson—. Tenía la impresión, incluso esta noche, de que íbamos a seguir con el juego de la familia. Sin cambios.

–La señorita Dimitros es una mujer muy perceptiva. Supe tan pronto como la vi con el Áspid que Raphael no tenía posibilidad alguna de engañarla. Es muy limitado: Gabriel es con mucho el mejor actor; por eso prefiero que sea él quien permanezca en la casa del pueblo. Allí, mis visitantes pueden ver a través de paredes de ladrillo, si tienen tiempo... –Su voz se perdió–. Recuérdame al crepúsculo que reorganice las citas allí. Tendré que hablar con Janet sobre el Edificio Greywhethers.

–¿Y Elizabeth?

–Déjala estar. Dale tiempo. –Hesha se levanto–. Dórale la jaula. La puerta del bunker se cerró tras él.

* * *

Elizabeth yacía en la cama, fingiendo dormir. Su cuerpo seguía en la misma postura en la que había estado al recuperar la consciencia. Su mente estaba ocupada asimilando la situación. Visualizó Baltimore en el mapa, intentando recordar los detalles de la salida en coche. Pensó en la casa y las cámaras, y en los bosques en torno a la granja. Pensó en Hesha, y reconoció el punto ciego que tenía allí: no podía analizarle en absoluto, no podía predecir sus reacciones. No podía llegar a él a menos que lo permitiera.

Pero había otras cosas.

Elizabeth se deslizó débilmente fuera de la cama, hasta la silla del escritorio. Alargó la mano hasta el teléfono, lo cogió y escuchó. Había tono. Marcó el número de la casa de Amy Rutherford y esperó la conexión. La línea se abrió... y se cerró con un click. Una voz llegó, clara y animosa, a través de unos cables mucho más cortos.

–Buenas tardes, Liz. ¿Necesitas algo?

Era Thompson.

–Me gustaría llamar a Nueva York. ¿Cómo puedo hacer una llamada al exterior? –preguntó obviando el hecho de que hasta entonces no había necesitado ningún código adicional para ello.

–Lo siento, Liz. –Thompson esperó al teléfono, listo con un arsenal de explicaciones, excusas, órdenes superiores.

–Supongo que lo entiendo. –Volvió a dejar el auricular en su

sitio. *Uno a cero, Dimitros*, pensó. Ociosamente, se volvió hacia los libros y herramientas sobre su escritorio... el escritorio de Vogel. Un cajón contenía material de oficina; lápices, bolígrafos, gomas, grapas, cinta adhesiva...

Elizabeth desconectó el teléfono, dejó el rollo de cinta adhesiva y empezó –enloquecedoramente despacio y con la cabeza inexplicablemente ligera– a registrar su habitación.

* * *

Thompson se dejó caer rígidamente sobre la silla de la amplia consola. Las luces estaban verdes, y las cámaras funcionando. El Áspid se había ido hacía mucho, pero una capa de migas y envoltorios testificaba que había pasado el día de servicio. Ron barrió los restos y se dispuso a hacer llamadas de comprobación a sus agentes.

Había terminado con la última cuando Elizabeth salió de las habitaciones de Vogel. No tenía nada en las manos, pero llevaba una chaqueta ligera –una especie de chaleco de fotógrafo– con varios bolsillos grandes. Los experimentados ojos de Thompson determinaron que no llevaba nada en ellos.

La joven se detuvo al borde el suelo del museo, todavía con el tirador en la mano; miró a su alrededor, nerviosa.

No había nadie allí, por orden del jefe en persona, pero la mesita sobre la que el Áspid había dejado la cena antes había sido movida junto a la puerta. La bandeja que había sobre ella contenía el desayuno... o el almuerzo, dada la hora. Ella levantó una de las tapas, observó la comida del plato, y volvió a dejar caer la cúpula sobre los sandwiches. Un instante después, cogió la bandeja y desapareció con ella en su habitación.

Thompson cambió de cámara y observó mientras ella dejaba la bandeja sobre la cama. Notó que el escritorio estaba despejado: ¿por qué no dejaba la bandeja allí?

Elizabeth volvió a salir, cerrando la puerta tras ella, y caminó vacilante hacia el estudio. Repasó con rapidez los cajones y papeleras. Thompson llevó el taller al monitor central e hizo un *zoom* sobre ella. Aja. Para eso era la chaqueta: se llenó los bolsillos con sus

herramientas –botellas de disolvente, cinta, la bandeja de descartes, una lente de aumento, cepillos suaves y duros– y cogió la más pequeña de las pinturas en restauración. Salió del estudio para volver a su habitación y extendió su botín sobre el escritorio.

Thompson asintió para sí. Bien. El trabajo ayudaría a que se distrajese. Se frotó los ojos, desperezándose, y siguió en busca del mismo remedio para él.

* * *

–Thompson.

–Señor... –Ron se puso en pie; había estado esperando, no en su posición de costumbre junto a la puerta, sino descansando lo mejor que podía sobre el banco de piedra de Vogel.

–Tienes mejor aspecto.

–Me siento mejor, señor.

–¿Dónde está el Áspid?

–En la consola. Está poniendo a Janet al corriente de la situación.

–Bien. –Hesha se sentó en el banco–. Janet.

–Aquí, señor. ¿Conecto también al señor Mercurio?

–Sí, por favor. –Hubo más ruido blanco–. Informad.

Thompson empezó a hablar.

–El ayuntamiento y las propiedades de la ciudad están seguros. El Áspid no informa de visitantes; dice que está aburrido, señor. Aburrido y saludable.

Janet Lindbergh se aclaró la garganta.

–El último refugiado nos ha dejado ya, señor. El señor Vargas salió de su piso franco esta noche con billetes para Seattle. Dejó una nota para usted; la envió por mensajero.

–Bien.

La secretaria siguió hablando:

–La clínica de la doctora Oxenti ha recibido una pequeña mención honorífica por su labor de voluntariado con la Cruz Roja local. A la doctora le gustaría volver a Baltimore para la ceremonia.

–Dile que no –replicó Hesha de inmediato–. Y ten vigiladas las

reservas de vuelos a y desde Anchorage hasta después de la ceremonia. Congela las cuentas de la doctora si hace falta, ¿más asuntos?

–La señorita Dimitros intentó llamar al exterior esta mañana. Al número de Nueva York...

–James y Amaryllis Rutherford, 6724 de Lake Park Drive
–intervino Janet.

–Le dije que no podía. Pareció aceptarlo bastante bien, señor. Se llevó el almuerzo y una de las pinturas a su habitación a las tres en punto; desde entonces ha estado tan callada como un ratón y el doble de tranquila.

Una risa despectiva llegó por el intercomunicador.

–¿Áspid?

–¿Algún comentario, señor Mercurio?

El Áspid rió de nuevo.

–Se lo está tomando bien, señor. Oh, la chica se porta maravillosamente. Callada como un ratón. Pero no vamos a poder seguir viendo lo bien que se porta, Ron: ha encontrado todas las malditas cámaras de la habitación de Vogel, y está poniendo cinta opaca sobre ellas. También ha encontrado el micrófono.

La reunión terminó poco después.

* * *

El Áspid dejó la bandeja sobre la mesita junto a la puerta y llamó una vez. Después, se marchó deslizándose con el talento de la familia para el sigilo.

Tras un largo lapso –dos minutos, al menos– la puerta de la habitación de Vogel se abrió un poco. La mujer del interior echó un vistazo fuera, sacando un espejo de mano. El reflejo destelló por todo el sótano, y la puerta se cerró de nuevo.

Tras otros cinco minutos, Elizabeth salió, pálida, delgada y nerviosa. Cogió la bandeja aprensivamente y retrocedió hacia su habitación como un tejón, errando de inmediato. La cerradura hizo un chasquido, y a través de la gruesa madera llegó el ruido de algo pesado siendo arrastrado sobre las tablas.

En su estudio, el señor de la casa contempló los movimientos de su prisionera.

En el bunker, Thompson vio a Liz cogiendo su cena, al lobo del Áspid tragando la suya, y a Hesha –sentado absoluta y antinaturalmente inquieto– observando a Elizabeth.

LUNES, 12 DE JULIO DE 1999, 3:18 AM

GRANJA LAUREL RIDGE, COLUMBIA, MARYLAND

Elizabeth maniobró con la tela a través de la barricada de la puerta, La dejó en la mesa del "servicio de habitaciones" y después cerró con llave. Cogió de nuevo la pintura y se dirigió al estudio, moviéndose por la sala durante unos minutos. Cogió otra pieza, un panel al óleo, y con ella en la mano, volvió a la sala principal. El almuerzo había aparecido sobre la mesa, pero no había nadie a la vista. *Bien*, pensó.

Dejó el panel junto a la mesita y se dirigió hacia las escaleras. Comprobó la cocina –vacía– e intentó abrir la puerta de la habitación del bloque de barro: estaba cerrada con llave, y ella vio por qué. Incluso una asaltante novata como ella podía romper el cristal y abrir el tirador desde fuera.

Elizabeth escuchó. La casa estaba en silencio. Se volvió hacia la derecha, hacia el ala colonial y el salón principal. La puerta delantera no tenía paneles de cristal; cabía la posibilidad de que el tirador fuese más sencillo. Probó a abrir, pero no tuvo suerte. Quizá pudiese encontrar una llave... pero, por supuesto, no era el tipo de casa cuyos habitantes van dejándose las llaves por ahí. Elizabeth se inclinó para examinar la forma del ojo de la cerradura y vio que estaba paralelo al suelo. ¿No había estado vertical en la cocina?

Volvió atrás, y encontró el problema un minuto después: había tres cerrojos juntos. Uno se accionaba con el tirador y podía accionarse con un fiador de resorte; ya lo había arreglado. Otro estaba

cerca del suelo y giraba con un pomo de forma extraña: no lo había visto la primera vez. El cerrojo de la llave había estado abierto; en un instante pudo abrir la puerta. Liz comprobó la cerradura: si no conseguía encontrar la civilización en una salida (la palabra *fuga* se le ocurrió para ser desestimada de inmediato), no quería tener que llamar al timbre para entrar en la casa.

El sol brillaba a través de una fina capa de nubes. Las hebras grises se movían rápidamente, pero al nivel del suelo el aire era adormecedor: húmedo, espeso y pesado.

Le dolían los ojos. Había olvidado lo oscuro que estaba el interior de la casa. Empezó a subir por la colina con la visión borrosa por la luz. Con dedos ágiles, abrió todas las cremalleras de ventilación de su chaqueta de fotógrafo. Era incómoda y calurosa; de hecho, ya estaba empapada en sudor, pero se sentía bien –extraordinariamente bien– al saber que cada bolsillo contenía algo útil. Las herramientas que había descuidado del escritorio de Vogel y el estudio no eran gran cosa, pero...

Llegó a lo alto del risco en diez minutos. Era una montaña muy desgastada, ya ni siquiera una colija, pero formaba la espina dorsal y una costilla o dos de un viejo monte Apalache. La columna de granito del gigante yacía expuesta en lo alto de la colina. Elizabeth la rodeó hasta encontrar un sitio por el que trepar. La pendiente de la pequeña pared era demasiado pronunciada para que la tierra encontrase mucho agarre, y los matojos de zarzamora tan abundantes en los otros lados eran más escasos allí. Subió a lo alto y miró a su alrededor.

Maldición. El paisaje era hermoso; una campiña color verde oscuro. Estaba lleno de árboles, y entre la altura de los mismos y la vegetación, no podía ver mucho de lo que quería... ni siquiera la casa o el camino.

Se sentó en el punto más alto, sacó una maltratada brújula de latón y encontró el nordeste. Baltimore tenía que estar en aquella dirección de todas formas, y si se mantenía atenta a ver la torre de televisión mientras caminaba, acabaría por encontrar algo. Esperaba conocer la carretera a la casa lo bastante bien como para identificarla si daba con ella. Lo último que quería era a Thompson pasando por su

lado en el sedán cuando llegase al buzón.

Elizabeth se dispuso a la caminata a campo través.

Desde un sombrío hueco entre las ramas, la Mayor contempló sus movimientos con ojos perezosos.

Elizabeth salió de un arbusto de rododendro cubierto de telarañas. Se sacudió las hebras y echó a unos cuantos autostopistas de ocho patas. Luchando con la gruesa alfombra de viejas hojas brillantes, encontró una rama tan gruesa como su muñeca en la que apoyarse. Le fue útil durante el descenso, y cuando hubo cruzado la zona húmeda en el fondo de la garganta, usó las gruesas raíces del roble que había en lo alto como escalera.

El Áspid esperaba al otro lado del árbol. Dejó que ella pasara sin verle, y entonces rompió una rama seca entre las manos. Sonó como un disparo en el aire tranquilo.

–Hola, Lizzie –Las palabras eran amistosas, pero el tono no lo era–. ¿Ibas a alguna parte?

Dos a cero, pensó ella.

–Es un bonito día para pasear –contestó en voz alta.

–Lo ha sido. –Raphael hizo una pausa, frunciendo los labios–. Pero ahora parece que se acerca una tormenta. Deberías volver a la casa: no querrás que te pille fuera...

–Gracias. –Elizabeth se alejó un paso del Áspid, su árbol y la granja tras ellos.

Él la observó con los ojos semicerrados.

–Liz... no te conviene ir por ahí.

Ella dio otro paso.

–Yo creo que sí.

Raphael alargó una mano hacia su muñeca. Aunque era rápido, Elizabeth estaba lo bastante tensa como para superarle: esquivó su presa, y ambos se quedaron quietos cara a cara, a dos metros del arroyo seco.

–Se supone que eres una chica lista, Lizzie. –El Áspid se lanzó de nuevo, y esa vez su preparación superó al instinto nervioso de la joven. Tiró de ella hacia el tronco de roble, sin suavidad–. No pensarías que iba a ser fácil, ¿verdad?

Acercó la cara a la suya. No habría más de dos centímetros

entre ellos, y la dura mirada del Áspid pasó de un ojo a otro... izquierdo, derecho... y vuelta a empezar. Liz apartó la mirada. Le dolía la muñeca: el Áspid se la estaba retorciendo con fuerza.

–Vamos –dijo él–. Por aquí.

El dolor giró en torno a su mano. Raphael la empujó con facilidad por el codo a lo largo de un camino que seguía el lecho del arroyo. Los árboles iban escaseando. Bajaron por un hueco y empezaron a cruzar el terreno más húmedo.

–¡Mercurio! –El grito llegó desde el hombro del Áspid, por lo que pudo notar Liz–. Maldita sea, Áspid. Deja que se vaya. –Hubo ruidos de estática. Era Thompson–. Deja que se vaya ahora mismo. Joder, Raf: ¿y si él comprueba las cintas esta noche?

Raphael soltó la muñeca de Elizabeth. Ella se giró y se apartó tres metros de él, para detenerse y frotarse la piel quemada por el apretón. Ninguno de los dos mostraba la menor expresión.

–Estaba intentando irse, Ron. Tengo un trabajo que hacer.

–Lo sé. No estoy criticando lo que haces, sólo tu estilo. Pásame a Liz un segundo.

El Áspid buscó en el bolsillo de su camisa y sacó un pequeño y plano disco negro. Se lo arrojó, y resultó ser un teléfono.

–Hola, Liz –dijo la distante voz de Thompson–. ¿Me haces un favor?

–Puede –dijo ella.

Él suspiró.

–Vuelve al camino por el que veníais y síguelo hasta la carretera. Te recogeré en el coche y te llevaré a casa.

–¿A Manhattan?

Más interferencias.

–No.

–¿Hay que andar mucho?

–Un cuarto de hora, veinte minutos como máximo.

–Nos encontraremos allí.

–Gracias. Pásame otra vez al tozudo. Él y yo debemos tener una charla antes de que el jefe despierte.

–¿Café?

Elizabeth asintió.

–Si tú vas a tomar...

Thompson trasteó en el mostrador durante unos minutos.

Cuando el vapor ya estaba ascendiendo y la jarra llenándose, se apoyó de lado sobre los armarios y contempló a la chica. Ella se había quitado la abultada chaqueta, dejándola colgada sobre el respaldo de la silla. Estaba sentada con ambos codos sobre la mesa, descuidadamente, con el pelo metido detrás de las orejas. Sus manos seguían las irregularidades y nudos de la superficie de la mesa, trazando los mismos patrones una y otra vez.

Ron sacó dos tazas y las puso en una bandeja. Azúcar, leche, la cafetera, una lata de galletas. Levantó la bandeja.

–¿Te importa si llevamos todo esto a tu habitación?

–¿Por qué? –preguntó ella.

–Porque supongo que querrás disfrutar de alguna intimidad. Va en contra de mis reglas, pero demonios... si sale algo del suelo, corres y haces sonar la alarma. –Liz no dijo nada–. No estoy bromeando, muchacha. Hay una razón para que tengamos cámaras cada metro y medio. Y alarmas en las puertas para que podamos seguir el rastro de lo que no ven las cámaras.

Elizabeth frunció las cejas en un gesto de incredulidad.

Thompson meneó la cabeza.

–Ya /e has visto. Deja que te lo ponga fácil para empezar.

Imagina... a dos como él. A veinte. Progenies más débiles en paquetes de seis, como la mala cerveza. Al hombre invisible colándose para robar cosas. Sólo Dios lo sabe. Ahora, ¿podemos bajar?

Ella abrió la marcha, deteniéndose ante la puerta de Vogel para sacar una llave de un bolsillo de su chaqueta. Abrió la puerta y apartó las barricadas a un lado.

–¿Qué demonios has puesto ahí? No había tantos muebles como para... –Ron se detuvo, y lanzó una carcajada de sorpresa–. Buen trabajo, Liz. Maldita sea.

Cada una de las puertas de los armarios –algunos eran piezas

que iban del suelo al techo, otros tan pequeños como botiquines – había sido sacada de sus goznes y apilada contra la entrada. La pesada puerta del cuarto de baño estaba sobre el panel secreto de la cripta de Vogel, y su base reforzada con piezas del somier.

–La bandeja cabe en el escritorio –indicó Elizabeth–. Dame un minuto y liberaré otra silla.

Se sentaron y sorbieron el café, y cuando se hubieron relajado lo suficiente para explorar el contenido de la lata de galletas de Gabriel, Thompson dejó que la joven acabase con dos monstruosidades de chocolate antes de intentar hablar.

Se aclaró la garganta.

–Gracias por dejarme entrar. Es un gesto que aprecio mucho.

–Gracias por fingir que mi labor de carpintería habría servido de algo si hubieses querido entrar.

–Nos hubiera frenado un rato. Y estaba bien pensado.

–Thompson vaciló–. Pero en realidad... me alegro de que estemos *aquí*, y no en la cocina. Tengo un par de cosas que decirte, y no quiero que el Áspid, o el jefe... las escuchen luego.

Elizabeth le prestó atención, firme y muda como la esfinge.

–Ante todo... deja que te diga que lo siento –dijo él muy despacio–. Sé que a estas alturas no te vale para nada, pero tenía que decirlo porque lo siento de verdad–. Se pasó las manos por el pelo canoso–. Y quiero que sepas que yo... bueno, no puedo decir que yo... que nosotros... no te hayamos mentido de una u otra forma desde el principio. Pero lo que te conté de mi pueblo natal, de mi familia y del instituto, y de por qué me hice policía y después lo dejé para montar mi propio negocio... era todo verdad, cada palabra de ello.

–Hizo otra pausa, y una especie de desesperanza invadió su rostro–. Te lo creas o no, me gustas. Y debo decir que me gustas más desde que la cosa nos ha estallado en las narices. Has luchado, pero no te has dejado llevar por el pánico después de aquella primera noche, y si te compadeces a ti misma no puedo verlo en la superficie. –Sonrió–. Ni siquiera el jefe se esperaba lo de la cinta adhesiva, Liz.

La tenue sombra de una sonrisa jugueteó en los labios de la joven. Thompson, sin saber cómo prolongar el momento, echó una larga y dura mirada a su taza de café. Hizo un gesto de resignación

con las manos y cogió una galleta.

–Y quiero pedirte disculpas por Raphael. No es un mal tipo cuando le conoces, pero está resentido porque el jefe te dijo los nombres del Áspid. El jefe piensa, y yo también, porque estaba... eh, bueno, estaba mirándote por el sistema de seguridad... piensa que conocías la diferencia entre los dos gemelos. Raf no se lo cree: está demasiado acostumbrado a pasearse por ahí como Angelo y sentirse superior gracias a ello. No sabe cómo portarse contigo, así que se hace el duro. Ya se le pasará, supongo. En cualquier caso, Gabe le calmará un poco.

–Hablas como si fuese a quedarme aquí mucho tiempo

–murmuró Elizabeth.

Thompson se ruborizó un poco.

–En realidad, no lo sé –contestó. La boca se le torció como si hubiese algo podrido en su galleta de chocolate–. Estamos esperando a que ocurra algo en el exterior. El jefe teme dejarte ir y que seas asesinada por...

–¿Asesinada por qué? –interrumpió Elizabeth con dureza.

–Cosas –dijo él poco apropiadamente–. Otra gente como él, pero distinta; *otras* cosas; todo un ejército de cosas devastando la Costa Este. ¿Viste las noticias de los disturbios en Atlanta y D.C? Están detrás de todo ello.

Ella no dijo nada, y Thompson pudo sentir la duda que irradiaba.

–Mira, Liz. Supongo que admitirás que *él* existe. Si existe, y no respira ni muere, ¿qué más hay?

–¿Qué más hay ahí fuera?

–El hombre invisible. Los paquetes de seis, el más difícil todavía. Ojalá no lo supiera –contestó él, tan rotundo y cansado que Elizabeth dejó el asunto.

Thompson volvió a llenar las tazas y tomó un sorbo. Pasaron los minutos, y estuvo a punto de hablar en cada uno de ellos. Y en cada uno de ellos se lo pensó mejor. Tras una docena de comienzos en falso, las palabras brotaron por fin.

–En cuanto a él, Liz...

–¿Qué pasa con él?

–En cuanto a vosotros... No me mires así.

La mandíbula de la joven se había crispado. Estaba claro que no quería escucharle. *Maldita sea*, pensó él. *Le ha dado fuerte*. Tomó aire profundamente y se dispuso a aventurarse por aguas más profundas en beneficio de Hesha:

–Por favor, Elizabeth: no soy ciego. Estás enamorada de él.

Ella estuvo a punto de soltar una carcajada.

–No. No, no lo estoy. No le conozco. No puedes amar a alguien que no conoces. –Afianzó la mandíbula de nuevo. Tenía los labios anormalmente finos y pálidos–. No puedes amar a alguien que te encierra –dijo–. Alguien que te miente, que te espía constantemente; alguien cuyos... guardias de alquiler... te acosan en nombre de tu propia seguridad... Y por favor, no te ofendas si te digo que sigo sin creer en las "cosas" que dices que están esperando a que ponga un pie fuera de aquí.

–No me ofendo. –Thompson luchó por encontrar algo más que decir–. Aunque suena como si estuviese esforzándote mucho por convencer a alguien...

–A ti. Tú eres el que tiene la teoría –repuso ella.

–De acuerdo. Pero no hace falta que intentes convencerme. Podrías limitarte a decir que no y poner fin a la conversación. Pero estás dispuesta a... estás deseando seguir hablando de él, porque en realidad te importaba, y él te ha hecho daño. Así que quieres hablar. Por lo tanto... no te creo. Tampoco le creo a él cuando lo niega –añadió, dándose cuenta de que al menos aquello era cierto–. He estado casado dos veces, Liz. Reconozco los síntomas. –Se recostó en la silla–. Deja que te diga lo que va a pasar: Hesha *no* vendrá a verte. ¿Crees que te asusta? Tú le asustas más a él –dijo, cruzando los dedos para que no le cayese un rayo encima.

Elizabeth bajó la mirada... se lo había tragado. *Que Dios la ayude*, pensó Thompson. *Y que Dios me perdone*.

–Ahora, si no te importa, o no puedes superar el choque, o estás tan asustada como él, puedes quedarte aquí en esta habitación hasta que pase el peligro, si eso es lo que realmente quieres. Y entonces te mandaremos a tu casa en Nueva York, y nunca volverás a verle. Pero mientras esperas, cada uno de vosotros sabrá que el otro está justo al otro lado de la pared... hasta que él no pueda soportarlo más y

encuentra una excusa para huir todavía más lejos de ti. –Aturdido por la magnitud de su mentira, Thompson recurrió al estereotipo–. Ya sé que no es justo que tengas que hacer tú el siguiente movimiento... –Aquello estaba mejor–. Lo que está mal aquí es... culpa suya... culpa de lo que él es. Pero yo no puedo entrar ahí y decírselo así. Por eso estoy aquí. Por eso... te lo estoy pidiendo... –Meneó la cabeza–. Porque los dos me gustáis. –Jugueteó nerviosamente con su taza de café vacía, y sonó de todo menos convencido–. Ve a verle. Habla con él. Puede que incluso le dejes intentar explicarse.

Thompson consultó su reloj y se puso en pie.

–Ahora tengo que irme: Raf me estará buscando. –Miró a Liz, pero ella tenía los ojos clavados en la alfombra–. Por favor, al menos piensa en lo que te he dicho. Y no... bueno, preferiría que no le dijeras al jefe que he estado aquí, metiéndome en su... vida privada.

Cogió la bandeja para devolverla a la cocina. Al instante de salir, oyó el cerrojo cerrándose tras él y el ruido de la barricada al otro lado de la puerta.

* * *

–Informa.

–La señorita Dimitros salió a dar un paseo esta tarde –dijo Thompson–. El Áspid la detuvo cerca del perímetro interior y la animó a regresar.

La mirada de Hesha pasó de su jefe de seguridad a Raphael.

–La *animaste* –dijo en tono neutro.

–Pues claro. –La respuesta de Raphael sonó ligeramente a la defensiva incluso para él–. La traje de vuelta. Se la entregué a Ron. Y entonces –añadió, viendo una forma de eludir la inquietante atención de su jefe– desaparecieron en su habitación durante una hora.

Hesha volvió a enfocar su fría mirada sobre Thompson.

–¿En su habitación?

–Quería echar una ojeada a sus preparativos. –Ron pasó una hoja de su bloc de notas–. La barricada, señor. Se puede oír cómo la mueve desde fuera, sobre todo con los micrófonos del sistema. Resulta que la ha construido con las puertas de los estantes de Vogel.

Tengo un esquema aquí... en realidad, no es más complejo que un castillo de naipes, pero es razonablemente efectivo e...

–Ingenioso –murmuró Hesha, contemplando el dibujo. Se lo devolvió.

–Inspeccionar su habitación no pudo llevarte una hora, Ron –intervino el Áspid–. ¿Qué más pasó allí dentro?

Thompson ignoró la sonrisa del Áspid y se las arregló –doblando y guardando cuidadosamente el dibujo en su sitio– para no mirar a Hesha directamente a los ojos.

–Después de que Raf la "animase" –explicó–, pensé que la chica necesitaría un poco de normalidad. –Ron pasó a la página siguiente de su bloc y miró tranquilamente a los ojos de su jefe–. Unas palmaditas metafóricas. Tuvimos una larga y agradable conversación, señor. Considere que le doré la jaula.

Pasó un buen rato antes de que Hesha hablase de nuevo.

–Muy bien ¿Más asuntos?

* * *

Elizabeth caminó hacia el estudio de Hesha.

Se oyó un suave *click* en el extremo opuesto del sótano. Hesha estaba de pie en el umbral.

Ella reunió ánimos, cruzando el espacio que los separaba a un paso lento que (rogaba por ello) no traicionaba su ansiedad.

–Buenas noches, Hesha –dijo, anticipándose a su saludo favorito–. Esperaba encontrarte esta noche. ¿Puedes dedicarme unos minutos?

Su anfitrión se hizo a un lado y la invitó a pasar con un gesto.

Elizabeth sonrió.

–En realidad, si no te importa... –señaló su propia habitación con un gesto descuidado–. Estaba pensando en una conversación un poco más privada.

Hesha no se movió.

–Puedo desconectar el sistema, si lo deseas.

–Pero yo no tendría forma de saber si de verdad lo habías hecho o no –dijo Elizabeth, torciendo el labio superior.

Él inclinó su elegante cabeza negra.

–De acuerdo entonces, si te sientes más segura allí.

–Marginalmente.

Cuando ambos estuvieron sentados, Elizabeth sonrió tan ampliamente como pudo y extendió la mano derecha.

–Hola –dijo. Hesha comprendió y estrechó su mano–. Me llamo Elizabeth Dimitros. Nací en Brooklyn, y he pasado en Nueva York casi toda mi vida. Me gano la vida restaurando arte para una galería de antigüedades. Estoy estudiando el doctorado en un campo increíblemente oscuro. Soy soltera y tengo veintinueve años, y no es algo que me alegre mucho. –Terminó encogiéndose de hombros al estilo que había aprendido de su padre: un gesto florido, griego, que abarcaba todo el brazo.

–Veintiocho –puntualizó Hesha–. Cumplirás los veintinueve en septiembre.

–Tres a cero –murmuró Elizabeth.

–¿Perdón?

–Nunca te he dicho mi edad, y menos la fecha de mi cumpleaños. Y tampoco a Thompson ni a los gemelos. –Parte de su sonrisa desapareció–. Supongo que Amy podría haberlo mencionado, pero no lo hizo, ¿verdad?

–No.

–Así que me conoces muy bien. Y yo no sé nada, absolutamente nada, de ti. –Tomó aire profundamente–. Me preguntaba si te importaría presentarte –dijo, conteniendo un reflejo nervioso–. Por favor...

Hesha unió las manos e hizo una curiosa semiinclinación con la cabeza y los hombros.

–De verdad me llamo Hesha; es un nombre de leche que me dio mi madre. Tengo muchos otros. El de Ruhadze lo tomé de un amigo tras su muerte: no tenía hijos y quise honrar su memoria. Me he llamado Hesha Abn Yusuf, Hesha Washington, Hesha Abraham...

»Nací entre la Primera y la Segunda Catarata, en Nubia, lo que es hoy Sudán, en una aldea que ya no existe a causa de la presa de Asuán, parte de un pueblo que está desapareciendo, en una religión que supuestamente no había sobrevivido. He viajado por el norte de

África, la India, Europa y América. Me gano la vida con las antigüedades, pero actualmente tengo diversas propiedades. Paso la mayor parte de mi tiempo estudiando viejos idiomas y culturas; intento evitar que las manos equivocadas descubran secretos enterrados. Soy soltero por naturaleza –remarcó–, y considerablemente más viejo de lo que parezco. Y hasta este verano disfrutaba mucho de mi vida.

–Hasta este verano –repitió Elizabeth.

–Al llegar el solsticio, uno de los más terribles peligros que yo pretendía mantener confinados salió a la luz. No tengo ni idea de quién lo posee ahora. En el solsticio, Erich Vogel, que era mi socio y mi único... amigo, aceptó una invitación a una gala para tener allí un encuentro de negocios en mi nombre. Creo que fue asesinado aquella noche o muy poco después. Es posible que cayese en manos de nuestros enemigos. Es posible que nuestros socios en el negocio le tendiesen una trampa: esa gente en la que yo confiaba es ahora una amenaza. Al llegar el solsticio dio comienzo una guerra nocturna por el control de la Costa Este. Al llegar el solsticio, tú y yo nos conocimos. Y desde entonces –dijo, contando cada transgresión con los dedos–, has traído a Kettridge de vuelta hasta mi círculo, desordenado mi casa, invadido mi santuario, y casi provocado la muerte de mi criado Thompson. –Con cuatro dedos en alto, empezó una nueva enumeración, bajándolos uno a uno–. También has descubierto cómo sacar el ojo de la estatua, encontrado una de las dos piedras perdidas, extraído el anillo del bloque de Vogel, y revelado puntos débiles en nuestro sistema de seguridad sin llegar a matar a nadie de los que están bajo mi protección –terminó, con la mano cerrada de nuevo.

–Lo siento por tu amigo. Y no sé nada de esa guerra y ese peligro de los que hablas –dijo Elizabeth en tono serio. Sentía dolorosos nudos en el estómago–. En cuanto a lo demás... ¿Estás diciendo que estamos en paz? Porque no te entiendo. –Alargó la mano hacia el puño de Hesha, todavía en el aire–. Hay algo más en esta situación que un simple cuatro a cuatro.

Cerró su mano sobre la de Hesha, y él permitió que la dejase allí.

–Sí. Estás en lo cierto. Te he arrebatado cosas. Tu libertad y tu seguridad, por ejemplo... y estaré en deuda contigo hasta que te las

devuelva.

Su voz, distante y formal, cayó sobre ella como agua helada, pero sus ojos se encontraron con los de Elizabeth y eran abrasadores.

Pasaron un largo rato sentados en silencio.

Sin una palabra, Hesha abrió la mano que sostenía Elizabeth, cogiendo también la otra mano de la joven. Siguieron sentados sin decir nada. Los nudos en el estómago de Elizabeth desaparecieron para ser sustituidos por mariposas... pero no las ordinarias nacidas del miedo o la esperanza o los amores pasados, sino rabiosas criaturas que la herían y desgarraban mientras hacían que se sintiese maravillosamente. Cálidas oleadas de felicidad recorrían su cuello y sus hombros para chocar con el terrible escalofrío de su columna. Tenía la esperanza de que él hablase... y se sentía aterrada por lo que pudiese decir.

Las manos de Hesha sostuvieron suavemente las de la mortal. Abarcaba con los índices las muñecas de ella, fascinado por el ritmo de sus latidos. *Agradable música*, pensó. Aguardó pacientemente mientras el ritmo cambiaba. No podía acelerar las cosas... cuando llegase el momento oportuno, pronunciaría las palabras que tenía preparadas.

–Elizabeth –dijo suavemente, mirando a los ojos de la joven–. No me hagas preguntas... –vaciló durante un momento cuidadosamente calculado– a menos que estés absolutamente segura... –otra pausa– de que quieres las respuestas.

Unió las manos de Elizabeth, rozándole los nudillos con los labios. Depositó suavemente las manos de ella sobre su regazo.

–Tengo mucho trabajo que hacer esta noche –dijo poniéndose en pie–. Pero me gustaría verte mañana. ¿Quieres que trabajemos en el papiro mañana a las diez?

Ella asintió solemnemente, y Hesha se deslizó con la misma gravedad en el semblante a través de la barricada.

El Setita contempló la bolsa de sangre que le aguardaba en su apartamento.

–Thompson –dijo al aire.

La contestación llegó por el intercomunicador.

–Señor...

–Prepara mi coche.
–¿Su coche, señor?
–A menos que tengas especiales deseos de verme cazar,
prepararás mi coche personal, en vez de la versión con chófer.
–Su coche, señor –dijo Thompson con presteza.
La comunicación se cerró con un chasquido.

MARTES, 13 DE JULIO DE 1999, 12:31 PM
GRANJA LAUREL RIDGE, COLUMBIA, MARYLAND

Las pisadas en la escalera hicieron que Thompson se quedase quieto en la cocina.

Elizabeth llegó a lo alto y se encontró con su mirada.

–Hola –dijo.

–Hey, Liz. ¿Te encuentras bien?

–No. ¿Pero qué voy a hacer al respecto? –Thompson guardó silencio–. ¿Hay alguna posibilidad de que me ayudes a arreglar mi habitación? –Le miró anhelante–. Tengo problemas con las puertas más grandes: no puedo sujetarlas y hacer que encajen en las bisagras al mismo tiempo.

–Claro. ¿Hablaste con él?

Ella asintió.

–Ron... supongo que tenía que habértelo dicho antes... pero gracias. –Hizo una pausa, y Thompson se sorprendió al reconocer un ligero parecido con su amo en el rostro de la joven–. Gracias por el consejo. Y por quitarme al Áspid de encima el otro día. Y... por sacarme de allí. Del pozo de las serpientes. Algún día, Ron, tendrás que explicarme por qué hay una habitación llena de serpientes en esta casa, pero no hoy. Gracias... por salvarme la vida –concluyó torpemente–. Dios, suena tan poco apropiado cuando lo dices... ¿verdad?

Thompson sonrió meneando la cabeza, pero no dijo nada. Alargó la mano hacia la botella vacía. *Martes*, pensó. *"Espero que para el martes te haya dado las gracias por salvarle la vida."* Maldito sea.

* * *

Raphael dobló la esquina al salir del montacargas y se apoyó contra la pared del bunker.

–¿Qué haces, Ron?

–Son informes de la agencia. Según esos payasos, Kettridge estuvo ayer en San Luis, Filadelfia y Memphis. Malditos críos... no reconocerían ni a su propia madre en una rueda de identificación.

El Áspid derramó simpatía en su voz.

–Necesitas un trago, Ron.

–Ya lo tengo. Y no voy a beber nada de ese disolvente de pinturas que tú llamas priva –contestó él... pero entonces vio la botella que le ofrecía Raphael–. Santa mierda, ¿de dónde has sacado eso?

–Es un regalo del jefe. Por traer de vuelta a la chica sin romperle nada. –Se encogió de hombros–. Supongo que te debo una: probablemente le hubiese roto algo de no ser por ti. –Puso un vaso sobre la consola y sirvió un generoso doble.

Thompson dio un sorbo, agradeció el detalle a su compañero, y volvió a sus informes. El Áspid se dejó caer sobre la silla libre y contempló las pantallas. En el monitor central, Elizabeth y Hesha estaban trabajando en el papiro. El sonido estaba apagado, pero las figuras parecían hablar con buen humor.

–Así –dijo Raphael llenando con alegría su propio vaso– que todo ha vuelto a la normalidad, ¿eh, Ron?

* * *

Elizabeth suspiró y dejó a un lado las notas de Vogel. El manuscrito estaba derrotándola. Movié su silla medio metro para trabajar en una zona con más ilustraciones.

–¿Cansada? –preguntó Hesha.

–Frustrada. –Liz cogió un fragmento de papiro levemente teñido

de rojo. Había una pequeña línea negra a lo largo del borde... lo que no encajaba donde ella pensaba que lo haría—. Había tenido una buena racha el viernes pasado.

Su anfitrión siguió trabajando sin hacer comentarios.

—¿Qué edad tienes, Hesha? —preguntó ella de pronto.

—Treinta y tres, creo. Quizá treinta y cuatro —dijo el Setita, devolviéndole la mirada con expresión perpleja y divertida. Elizabeth enarcó una ceja con escepticismo—. Por supuesto, no cuento los años desde que no morí.

—¿Cuánto hace de eso?

El rostro de Hesha se endureció.

—¿Quieres la verdad?

Elizabeth asintió con la cabeza.

—Puede que fuera alrededor de 1700; con frecuencia sospecho que antes. Los calendarios antiguos no siempre coinciden. —Observó a Elizabeth—. ¿No estás sorprendida?

—No. Estaba preparada para algo así: ya habías dejado algunas pistas. —Liz cogió de nuevo sus pinzas y encontró una pieza que encajaba con el fragmento rojo—. La colección de enseres domésticos norteafricanos del siglo XV de tu abuelo... —Sonrió al reflejo de Hesha sobre el cristal—. ¿Qué dice este papiro?

—¿Crees que puedo leerlo?

—Sí —rió ella, encajando otras dos piezas rojas.

Los negros ojos de Hesha la miraron.

—¿La verdad? Es una copia del templo de un cuento popular sobre Nephthys. La imagen con la que estás trabajando la muestra abandonando la corte de su hermano Set, la corte del Alto Egipto, para visitar a sus hermanos casados Isis y Osiris en el Bajo Egipto. Esta pieza —señaló una sección ya completa— es una oración, y esta otra es una receta para preparar el incienso para la diosa.

—Oh.

Elizabeth cogió las notas de Vogel y una hoja de papel. Copió los símbolos de los cuatro dioses y las dos cortes y empezó a buscar los nombres entre los fragmentos.

—¿Cómo conociste al profesor Kettridge?

—En una excavación en el Líbano. Baalbek. Es una larga

historia.

–¿Es que tienes prisa? –preguntó ella con una sonrisa.

–No.

Hesha aguardó, dándole la oportunidad. Pero cuando Elizabeth no le preguntó por la verdad ni se la pidió con la mirada, siguió libremente. Quizá Jordan Kettridge no hubiese reconocido los acontecimientos narrados por Hesha, pero la versión del Setita era una historia emocionante. El profesor Kettridge brillaba como un honesto arqueólogo involucrado en acontecimientos internacionales. Thompson se enfrentaba valientemente a terroristas anónimos; Erich Vogel protegía la excavación él solo, de noche, frente a fuerzas abrumadoramente superiores; y Hesha (con una buena dosis de modestia) asumía el papel de lingüista, guía local y discreta presencia entre bastidores. Al final de la historia, Kettridge descubría el secreto de Hesha, reaccionando de forma excesiva y huyendo comprensiblemente.

–¿Y nunca habéis hablado desde entonces?

El Setita hizo una pausa.

–Sospecho que le provoqué las mismas pesadillas que a ti –dijo mirando a Elizabeth a los ojos–, aunque por diferentes razones... –La suave y avergonzada expresión de sus ojos fue una obra maestra del engaño. Con un visible esfuerzo, hizo a un lado sus sentimientos–. Kettridge es un científico. Yo soy... difícil de explicar. No pretendo forzarle a nada. –Hesha dejó sus instrumentos sobre la mesa–. Creo que ya he terminado por esta noche –dijo, estirándose. Elizabeth se descubrió observando cómo se movía el cuerpo de Hesha bajo la camisa, y apartó rápidamente la mirada–. Tú también deberías descansar un poco.

Los dos se levantaron a la vez. Cruzaron el museo a paso lento, uno al lado del otro. Al llegar al punto donde Elizabeth se volvería hacia la habitación de Vogel y Hesha continuaría hacia la suya, ella vaciló, sintiendo alivio al ver que él seguía a su lado. La mano de Hesha le tocó el hombro.

–Ve –dijo él con voz ronca.

Elizabeth se mordió el labio. Sacó la llave del bolsillo y se dirigió hacia su puerta. Escuchó cómo se alejaban las pisadas de Hesha en

dirección a su dormitorio, e hizo girar la llave en la cerradura. Volvió a vacilar un instante. *Vete a la cama, Lizzie. No pienses en ello.* Sacó la llave y abrió la puerta. Contra toda razón, miró hacia atrás...

Y le vio tendido en el suelo.

–¡Hesha!

Gritó mientras corría, llegando hasta él sin aliento y cayendo sobre sus manos y rodillas.

–¡Hesha!

Las manos de Elizabeth temblaban sin remedio. No había pulso que tomar, ni sonidos de respiración que escuchar. Sus ojos... sus ojos estaban cerrados; párpados e iris sin movimientos. Dio un puñetazo en el suelo y se puso en pie de un salto. *La librería...* Voló hacia ella e intentó abrirla.

–¡Thompson! ¡Thompson! –Pateó furiosamente el pesado mueble–. ¡Maldita sea, Thompson! –Dio vueltas, intentando recordar... Había micrófonos por todas partes, ¿pero dónde estaba el intercomunicador más cercano? ¿En su habitación? ¿En el estudio de Hesha? – ¡Thompson!

Elizabeth se dio la vuelta para correr hacia su habitación, pero la librería se deslizó hacia un lado y Thompson y el Áspid aparecieron para hacerse cargo de su amo. Elizabeth estuvo a punto de caerse por la sorpresa: no se le había ocurrido pensar en ello.

Ron Thompson se arrodilló junto a Hesha –con cuidado, sin tocarle ni a él ni a su ropa– y contuvo a los otros dos con un gesto.

–¿Señor?

Nadie respiraba.

–¿Señor?

La mano izquierda del Setita se arrastró hasta los cordones en torno a su cuello, seleccionando tan lenta como un glaciar el más reciente de todos.

–Ojo –dijo el Setita.

Thompson hizo un gesto a Raphael.

–Coge sus piernas.

El Áspid obedeció, y juntos levantaron el flácido cuerpo de Hesha.

–Liz, abre la puerta de su habitación.

*MIÉRCOLES, 14 DE JULIO DE 1999, 3:56 PM
GRANJA LAUREL RIDGE, COLUMBIA, MARYLAND*

–Luz –dijo Thompson–. ¿Señor? Estamos en el último escalón. No podemos seguir avanzando si no...

La criatura que sostenía en sus brazos siseó, y los ecos sibilantes llenaron la cámara.

–Gracias, señor. –Thompson se puso en marcha de nuevo–. Cuidado con dónde pisas, Raf. No te morderán ahora que él lo ha dicho, pero arrastra los pies para estar seguros. Ahora a la derecha. Con calma.

Elizabeth cerró los ojos, tomó aire y se adentró suavemente la confusión de serpientes que llegaba hasta sus tobillos. La procesión pasó por la Octava Hora y la Séptima. Elizabeth tenía que detenerse con frecuencia para encontrar un sitio despejado donde poner los pies. Se sentía como si las estrellas del techo se moviesen con ellos y como si la masa de reptiles tuviese los ojos fijos en ella.

–Ahora derecho hasta la caja de arena, Raf. ¿Liz? Ven por aquí.

Llegaron hasta el centro de la tumba. Elizabeth iba tras ellos, segura ya de que algo la seguía.

–Bien. Bajémoslo.

Thompson depositó a su amo sobre un largo y fino banco al borde de un gran círculo de arena blanca. De un pequeño cofre con cajones junto a la arena, sacó un amuleto de bronce en un cordón negro y una bolsita cerrada por un cordel. Se los entregó a Hesha sin decir una palabra, y los dedos del Setita cobraron vida.

–¿Qué le ocurre? –susurró Elizabeth.

–Silencio –ordenó Thompson, suavizando el tono al ver la cara de la joven–. Está bien, sólo... está concentrándose. No puede malgastar energías. No le distraigas. –Tiró de ella hasta la pared,

despejando un poco de sitio para sentarse. Al otro lado de la arena, el Áspid hizo lo mismo.

Las manos de Hesha se quedaron quietas. No ocurrió nada por un momento. Entonces se quedó sentado sobre el banco, estirando las manos ante él, fuertemente apretadas, y moviendo la boca como si hablase. Los tres mortales oyeron sólo un tenue silbido, como una brisa.

El brazo derecho de Hesha se quedó rígido como el de una estatua, y el izquierdo bajó poco a poco, sosteniendo la figura de bronce. El ojo blanco de la estatua había sido atado al nudo por encima de ella. La punta del amuleto tocó la arena; el brazo izquierdo del Setita cayó en su regazo, y aunque su cuerpo no se movía, el péndulo empezó a oscilar fuertemente.

Elizabeth lo contempló fascinada. Aquel pequeño objeto estaba desobedeciendo la mitad de las leyes de la física: tras un rápido latigazo en una dirección hasta donde lo permitía el cordón, volvía al centro a la misma velocidad, cambiaba de dirección y describía lentamente un corto arco. Lento, rápido, corto, largo, haciendo giros pronunciados y describiendo amplios ángulos. *Es como un juguete*, pensó ella. Apoyó las manos en el suelo para sentarse en posición erguida y ver mejor. Unas finas líneas negras aparecían en la arena, allí donde se movía el amuleto.

Cuando se detuvo, lo hizo de repente. El ojo y el peso dieron un último tirón desesperado hacia la larga línea y se quedaron allí, temblando, mientras el polvo oscuro caía sobre la arena. Hesha alargó la mano para coger el amuleto.

—Kettridge está en Filadelfia —dijo con voz absolutamente normal—. Haz que la agencia le proporcione protección. Él no debe saber que el equipo está allí; no se le debe molestar... pero necesitará más ojos y potencia de fuego de la que calculo que puede disponer por sí mismo. ¿Quién le ha visto allí?

—Pauline Richards, señor. Con su permiso, me gustaría que ella liderase el equipo. Es una de los candidatos que he estado considerando para sustituirme.

—Como quieras. —Hesha abrió los ojos. *Kettridge siguió mi consejo. Interesante.* El otro ojo rojo seguía en la ciudad de Nueva

York. Sospechaba que lo tenía un hechicero; de ser así, era completamente inaccesible... pero entonces, ¿por qué estaba... desatendido? No había ninguna presencia conectada con él. El Ojo estaba en Atlanta. Muy bien. Podía quedarse allí, ahora que él comprendía su origen. Hesha frotó la cuenta blanca entre los dedos, sacándola del cordón y atándola de nuevo a su cuello. La línea larga; la línea demasiado débil e irregular para ser rastreada de la primera noche en Nueva York... ya sabía dónde terminaba.

Se volvió hacia el Áspid.

–Gracias por tu ayuda. ¿Puedes ocuparte de la consola mientras Thompson y yo organizamos los preparativos? Hay poco tiempo –pidió, añadiendo luego: – Muéstrale la salida segura, si no te importa.

–Sí, señor. –Raphael bailó ágilmente entre las víboras.

Liz vaciló, acercándose a Hesha.

–Buenas noches, Elizabeth –se despidió él resueltamente.

La joven apretó la mandíbula y se apresuró a reunirse con su guía. Ambos desaparecieron escaleras arriba.

–Thompson, el Ojo está en Atlanta, pero su fuente de poder está en Calcuta. Salimos de inmediato hacia la India.

El Setita se puso en pie, dirigiéndose hacia su sarcófago, Las serpientes le abrieron camino, y Ron le siguió.

–Llama a Janet en cuanto me dejes, y prepara equipo para ti y el Áspid. Esperad lo peor. Reunión al crepúsculo como de costumbre, pero haz que asista la señorita Dimitros.

–¡Señor! ¿Vamos a...? ¡No *podemos* llevarla con nosotros!

–¿No? –Hesha se sentó al borde de su lecho de piedra–. Lo que no podemos hacer es dejarla sola, Thompson; no podemos enviarla de vuelta a Nueva York hasta que estemos seguros de ella. La doctora está en Alaska, y no creo que su segundo al mando sea tan tratable... aun si yo estuviese dispuesto a arriesgar la salud de Elizabeth dejándola en coma durante nuestras semanas o meses de ausencia. Podríamos matarla, por supuesto... pero creo que la encontraremos útil en Calcuta. A menos que quieras que lo reconsidere, Thompson.

–No. –La rojiza cara de Thompson estaba pálida–. No, señor,

gracias.

–Déjame –dijo el monstruo, tendiéndose–. El sol va a salir.

* * *

Elizabeth apareció, insegura pero equilibrada, en la puerta entre su habitación y la cripta de Vogel. Thompson le señaló la silla vacía al lado de la suya y sonrió para tranquilizarla. Entregó un grueso fajo de documentos a Liz, incluyendo su pasaporte, cartilla de vacunación y papeles de la universidad, que había dejado en su apartamento de Nueva York.

Thompson abrió su bloc de notas –uno nuevo, dedicado exclusivamente a Calcuta– y se sentó con aire expectante. Raphael tomó asiento, y tras un intervalo dramáticamente apropiado apareció el mismo Hesha.

–Buenas noches –dijo el Setita, ocupando su lugar en el banco de piedra–. ¿Janet? –llamó mirando al techo.

–Aquí, señor.

Hesha miró a Liz, haciendo un gesto al aire.

–Elizabeth Dimitros, Janet Lindbergh. Me temo que las circunstancias no permiten una presentación más formal. Señorita Dimitros, esta tarde partimos hacia Calcuta.

Ella enarcó las cejas, sorprendida. Alzó la barbilla desafiante y las chispas doradas de sus ojos destellaron hacia el rostro del Setita, atravesándolo. Se retiró un poco, pero sin decir nada, y Hesha, que había preparado un rápido y discreto discurso para convencerla si era necesario, prescindió del mismo y siguió hablando.

–Thompson y el Áspid vienen con nosotros; la señora Lindbergh y el Áspid se quedan en la retaguardia. Informes, por favor.

Janet enumeró con eficiencia los preparativos y las identidades falsas bajo las que viajaría, incluyendo un pasaporte diplomático para el Áspid.

–Con sello diplomático en todo su equipaje... incluido usted, señor.

–Excelente –dijo Hesha–. ¿Hotel?

–El Oberoi Grand. Céntrico, caro, tradicional pero

reamueblado... y con una suite disponible que reúne sobradamente los requisitos básicos del señor Thompson, señor.

Ron tomó la palabra.

–Hemos asegurado las apuestas con habitaciones de incógnito en diversos lugares más apropiados de toda la ciudad. Tengo agentes en ruta para que las ocupen y formen parte del equipo de protección. Y habrá un H. M. Ruhadze haciendo los apropiados pasos por la frontera que coincidan con su aparición y desaparición ante el público.

–¿Equipo?

Thompson miró a Elizabeth. Él y el Áspid tenían tomadas sus decisiones, pero... eran un tanto reveladoras. En vez de leer la lista en voz alta, pasó el bloc de notas a su jefe. Hesha leyó la lista sin expresión, alargando la mano hacia él, y Ron le entregó el lápiz.

–Reservas adicionales de los objetos que he marcado: podemos necesitarlos para comerciaren el mercado negro. De lo contrario, los distribuiremos como muestra de buena voluntad antes de irnos.

»En cuanto a los enseres personales: estad preparados para cualquier cosa. Áspid, puedes pasar por un lugareño si no hablas. Quiero tus disfraces y mi equipo preparados en cuanto aterricemos. Podremos conseguir ropa nativa adicional cuando estemos en la ciudad, pero para hacerlo sin despertar sospechas tendremos que mezclarnos con la gente antes de entrar en las tiendas.

»Thompson: ropa occidental. Prendas de turista, traje de negocios, guardaespaldas de cualquier nivel. Si puedes imitar el acento añadiremos un grado anglo-indio.

»Elizabeth: Haz tu equipaje, pero no lleves todos los libros. Repasa el itinerario previsto y elige los que podrían serte de ayuda para tu tesis en esos lugares. Cógelos de la biblioteca de Vogel si hace falta, y cualquier cosa que tengamos sobre mitología bengalí. Pasarás la mayor parte de nuestra estancia allí estudiando eso y los jeroglíficos. En cuanto a la ropa, quiero que lleves tus propias cosas en tus propias maletas. Thompson, quiero que tenga guardarropa de turista, de negocios y de gala en el Oberoi Grand cuando lleguemos.

–No tengo ropa de gala, Hesha –intervino Elizabeth–. Supongo que tus hombres pueden robar mi ropa y mis cosas de mi apartamento, como han hecho con mi pasaporte, pero mi vestido

plateado es el único que...

–Nos ocuparemos de ello –cortó él.

Elizabeth cedió, y Thompson pasó a una nueva página de su bloc. El señor de la casa les dio instrucciones sobre la reclamación de equipajes, la facturación de maletas bajo etiquetas distintas, y el punto de encuentro.

Una sensación parecida a la nostalgia se asentó en los huesos del viejo policía. Allí estaba Hesha, al mando de la expedición, cuidando de todos los detalles. El Áspid, mortífero pero familiar, zalamero y silencioso. Janet, aguda y eficiente, pensando en todo casi tan rápido como el mismo jefe. Y aunque Vogel no estaba con ellos para dar una cierta calidez retorcida a la eficacia, al menos Elizabeth formaba ya parte del equipo en lugar de oponerse a él. Podía verla dentro de un año, trabajando en el museo, charlando con la pobre y solitaria Janet, bromeando con los gemelos y aprendiendo de él cómo vigilar y disparar y llevar el sistema de la granja. Miró a la elegante cabeza oscura junto a él y sonrió. *Hermanita*, pensó. *Bastante cerca*.

TERCERA PARTE:

«CALCUTA»

VIERNES, 16 DE JULIO DE 1999, 8:06 PM (HORA LOCAL)

OBEROI GRAND HOTEL, CALCUTA, BENGALA OCCIDENTAL

Hesha despertó rápidamente. El sol que se estaba poniendo

sobre el delta del Ganges había abandonado Baltimore unas diez horas antes; el largo viaje había hecho entrar y salir a todos de la noche un perturbador número de veces. Libre gracias a que dormía en las bodegas de los aviones, había tenido tiempo para sí mismo. Desde la ruina de Atlanta, sus oraciones a Set habían sido demasiado escasas, y sus meditaciones interrumpidas demasiadas veces por el Ojo y cuanto le rodeaba. Dejó que su mente se demorase un momento en los sueños que su dios le había enviado, dolorosas pero incitantes visiones, y los planes concretos ya en sus pensamientos.

El Setita se desperezó, rodando sobre sí mismo. Su receptáculo, forrado de terciopelo y lleno de gel ignífugo, apenas dificultó sus contorsiones. En poco tiempo volvió a tener manos, pies y las orejas adecuadas. Tanteó la oscuridad con una mano enfermizamente escamosa. Había una pequeña clavija cerca de su cabeza; la apartó a un lado y escuchó.

—¿Raf? ¿Para qué demonios has traído esto?

—Mercado negro. Por aquí son el último grito.

—Estupendo. Carga tú con ellos. Vamos, Liz.

Hesha abrió una pequeña mirilla que había ocultado la clavija. La luz del exterior era tenue y ligeramente azulada. Satisfecho, se preparó para hacer su entrada.

El firme tono de barítono de Thompson seguía oyéndose fuera:

—Calcuta no tiene teléfonos de los que valga la pena hablar, ¿verdad? Y de todas formas no los usaríamos. Esto es una lista de números que debes memorizar. Te la daré en un segundo. Pero la primera y la última norma de seguridad telefónica es: nada de nombres. Nunca. Si alguien telefonea y te llama Dimitros, Elizabeth, Liz, Lizzie... lo que sea... o te pregunta por cualquiera de nosotros usando el nombre, cuelga. Es una llamada trampa. Cuando te hayamos metido los códigos en la cabeza, pasaremos a otras cosas, pero por ahora: ¿cuál es la primera regla?

—Nada de nombres.

—¿Y la última?

—Nada de nombres.

Hesha pasó del receptáculo de aluminio a una oscuridad envuelta en azul. Sus objetos personales estaban convincentemente

diseminados por la habitación. Sus auténticas bolsas personales estaban junto al receptáculo lleno de gel, y, de acuerdo con sus órdenes, no habían sido tocados. La ropa de dormir, arrugada, hablaba de una víctima del jet-lag. El baño mostraba signos de uso; él no parecía haberse dado una ducha antes de dormir, así que procedió a darse una: en media hora, un Hesha limpio y descansado, vestido con elegancia pero de forma ligera, abrió la puerta que daba al resto de su suite.

–Buenas noches.

Sus servidores interrumpieron sus tareas. El Áspid volvió a poner una elaborada ametralladora en su caja, dejándose caer junto a ella sobre un sofá lleno de armas. Thompson dejó un conector de ordenador y encontró una silla libre. Elizabeth alzó la mirada desde la mesa central. Su nuevo teléfono, un cuaderno de notas y varias guías y periódicos locales rodeaban su puesto.

–Informad, por favor. ¿Thompson?

–Hay noticias de Janet esperándole en su portátil. Hasta ahora, aquí ha ido todo bien, señor. –Hizo un breve gesto de paciencia con las manos–. Por supuesto, aún estamos instalándonos.

Hesha sacó una pistola de una de las maletas del Áspid y la sopesó.

–Informes al amanecer, entonces. –Descartando el arma, se dio la vuelta y los dejó allí.

Hesha entró en el viejo café lleno de humo con un libro en la mano. Era una gastada, reencuadrada, descolorida y maltrecha recopilación de cuentos populares de Calcuta. El Setita consiguió una taza de café, una mesita y una silla de respaldo recto. Se aposentó allí

como si tuviese yoda la noche para leer. A través de la bruma y la variedad de luces –ninguna de las bombillas de las lámparas parecía proceder del mismo país, y menos de la misma caja–, estableció contacto pausadamente con un hombre sentado a la mesa del rincón más alejado de la puerta. El indio tenía el pelo y la barba blancos, la piel oscura y los ojos hundidos: habló, sonriendo amablemente a dos jóvenes estudiantes que lucían, para no dejar lugar a dudas, emblemas universitarios y de causas juveniles en sus camisetas, libros y bolsas. Hesha no tenía dudas: estaba seguro de que aquellos dos (fuesen cuales fuesen sus intenciones previas) nunca volverían a asistir a clases en las soleadas aulas de Calcuta. Se llevó la taza de café a los labios y abrió su libro por una página al azar, pero mantuvo un ojo fijo en el trío del rincón.

Despacio, cortésmente, el hombre mayor despidió a sus invitados. Los dos estudiantes se fueron, insatisfechos pero habiendo salvado la cara, sin reparar en el recién llegado negro de cabeza rapada que había puesto fin a su audiencia.

Hesha aguardó respetuosamente a que el hombre de la barba hiciese un gesto de asentimiento, y cruzó la atestada y ruidosa sala hasta su mesa. El Setita inclinó la cabeza, y tras despejar algunos de los desechos dejados por los estudiantes, tomó asiento dando la espalda a la pared de colores azul oscuro y verde del local. Ahora, el hombre de la barba tenía una perspectiva despejada del café... y también Hesha.

–*Nomoshkar*, Subhas *Babu*.

–*Nomoshkar*, Hesha *Bai*. ¿Cómo te va, hermanito?

–Bien, Subhas. Me va muy bien. ¿Y a ti?

–Confieso que me aburro con facilidad; por lo demás, mi vida es dulce. –Cogió un café, no el suyo, y Hesha le imitó. Los dos fingieron beber, y después dejaron sus tazas junto a recipientes más vacíos.

–Me disculpo si mi inesperada aparición te ha hecho perder amigos o negocios, Subhas. Podía haber vuelto más tarde.

–Al contrario, hermanito. Esos niños podrían pasarse toda la noche parlotando. Agradezco el descanso. –El anciano se llevó otra taza más fría a los labios, volvió a bajarla, y sonrió–. Es divertido. Cuanto más les repito que no tengo Familia, más se convencen de

que pertenezco a la suya pero me avergüenzo de ellos.

–¿Jóvenes guerreros buscando filosofía en tu venerable mente?

–Chusma en busca de un líder, Hesha. No les adules como se adulan ellos mismos. Por supuesto, adúlame a mí todo lo que quieras.

–Rió con suavidad–. ¿Y qué es lo que te trae por aquí, hermanito? Seguro que no se trata del Festival de las Serpientes: es demasiado pronto.

–Conversar contigo, Subhas.

–¿Y vienes desde América para eso? La próxima vez, haz que un avión me lleve hasta tu puerta; debería ver la tierra de los ricos por mí mismo.

Hesha inclinó la cabeza hacia su compañero.

–Es lo que me ha hecho venir esta noche. Calcuta ha cambiado desde la última vez que caminé por sus calles...

–Ahora *tiene* calles.

–Y confío en que sepas cuanto hay que saber sobre ella.

–Me honras –Subhas se lamió los labios, empujó su silla para apartarla de la mesa y cruzó las piernas–. Ponte cómodo, hermanito. ¿Puedes fumar?

Hesha asintió.

–Es lo que se hace aquí, ya me entiendes. *¡Accha!* –El anciano llamó a una empleada con un gesto de la mano arrugada y cubierta de manchas–. Mi querida muchacha –dijo mirándola a los vidriosos ojos–. Limpia este desorden y tráenos dos pipas encendidas y dos tazas usadas.

Cuando la chica se hubo marchado, Subhas dio comienzo a una exposición de la vida nocturna de Calcuta:

–Puede decirse que la Camarilla está en el poder, hermanito. Ciertamente, ellos lo dicen. Tienen un Príncipe, tienen una corte, y el mismo reparto de personajes que representa la misma comedieta que en... no sé, en Lisboa, por ejemplo. Los Ventrue dicen que gobiernan. Los Tremere hacen brujerías a su espalda. Los Toreador pretenden estar por encima de todo eso. Los Gangrel desprecian el hecho de necesitar a los demás. Los Malkavian confunden a todos, incluidos ellos mismos. Los Brujah agitan el puño hacia los Ventrue. Y los Nosferatu observan sin decir nada. Pero en Lisboa, por supuesto, los

Ravnos son visitantes poco frecuentes y peor acogidos, mientras que aquí me atrevería a decir que superan en número a los europeos. –La muchacha volvió con tazas vacías y pipas llenas y humeantes para sus clientes–. Perdóname, hermanito. Me he dejado llevar por mi poesía. Esto no es lo que necesitas.

»Los Vástagos occidentales de más edad tienen sus refugios en la vieja Ciudad Blanca. Las sanguijuelas más jóvenes duermen allí donde piensan que es seguro. Y suelen equivocarse. Aquí tenemos muchos, muchos sitios peligrosos. Te diré cuáles son primero. Sé –dijo sacudiendo la cabeza hacia Hesha– que *irás* allí en primer lugar, así que te será útil. Los gitanos acampan junto al río, al norte de la pista de carreras, bajo las obras del nuevo puente. No te acerques a sus casas si quieres conservar tus sentidos y tu piel. Los Gangrel y los Ravnos mantienen una bonita guerra defendiendo el área de su mutua presencia. Permanece alejado del barrio chino. Esto es difícil: hay... puede que siete u ocho vecindarios que podrían competir por el título. Desde que nos dejaste, extrañas criaturas han llegado desde Bangla Desh y el Tíbet: cuidado con *ellas*. Hay magos en el sur. No he oído que atacasen a los nuestros desde hace algún tiempo... pero sólo seguirá así mientras los nuestros se mantengan apartados de los templos de Kali. El distrito de los templos es... inseguro.

»La jungla de Sunderban está llena de tigres. Supongo que no hace falta que me extienda más, ¿verdad?

Los dos dieron largas e inútiles caladas a sus pipas y se recostaron en sus sillas.

–¿Terrenos de caza? –preguntó Hesha tras un largo silencio.

–Por todas partes. Para un recién llegado, si buscas multitudes tras el anochecer, Park Street está bien, y los hoteles. Los terrenos del Maidan nunca se vacían del todo, pero yo no me arriesgaría: demasiados árboles y pocos edificios.

–¿Elíseo?

–Ah, ¿quieres mezclarte con la Camarilla? Qué falta de gusto, hermanito. Muy bien. Tienes suerte, como de costumbre. Mañana por la noche, el así llamado Príncipe y su corte se reunirán para intercambiar picotazos. Los encontrarás –terminó, mostrando el desdén propio de su buena crianza en cada línea de su rostro– en la

Bhooter Barí.

Hesha enarcó una ceja.

–¿La Casa Encantada? –tradujo.

–Eso me temo... Creo que la cortesana Malkavian organiza las festividades durante la estación de los monzones.

Fumaron de nuevo, mostrando caras pensativas a los mortales que pasaban. Hesha habló por fin:

–Estoy en deuda contigo por tu tiempo y tu sabiduría, Subhas Babu.

–¿Puedo ofrecerte la oportunidad de cancelar tu deuda de inmediato?

Hesha miró sin comprometerse al antiguo de Calcuta.

–Por favor, señor. Te ruego que lo hagas.

–Oigo muchos rumores sobre la situación en los Estados Unidos. ¿Me brindarías tu respetada opinión sobre los recientes acontecimientos?

Hesha asintió, envolviéndose en el humo de su pipa.

–Hablo desde fuera, por supuesto –dijo, manteniendo el Ojo y sus pérdidas lejos de la historia–, pero los hechos tal y como los conozco son los siguientes...

* * *

Mucho más tarde, en los sucios escalones de una librería cerrada de un torcido callejón junto a Albert Street, una oscura y andrajosa figura permanecía sentada como si durmiese. Desde su puesto de mendigo, el espía observó a un extranjero alto, negro y calvo que pasó por su lado y se adentró en la lluviosa noche. Cuando el nombre estuvo lejos de la vista y el oído, la figura se desplegó. Era bajo, pero más alto de lo que había parecido sentado; iba pobremente vestido, pero no tan andrajoso como parecía a primera vista; su aspecto era sucio y lastimero, pero resultaba más apuesto de lo que sugerían las capas de mugre... Se apartó el pelo húmedo de los ojos, volviéndose hacia un espacio vacío en el aire junto a los escalones, y preguntó:

–¿Él?

*SÁBADO, 17 DE JULIO DE 1999, 11:33 PM
PALACIO DE BHAGYAKUL ROY, LLAMADO BHOOTER BARI,
CALCUTA, BENGALA OCCIDENTAL*

Hesha se acercó al palacio desde el sur. Las hierbas que cubrían el pavimento habían sido aplastadas por muchos pies antes que los suyos; pisaba por un marcado camino entre las entusiásticas hierbas y enredaderas. A través del espeso y gris velo de la lluvia, contempló la vieja mansión: el arquitecto la había decorado con copias de estatuas clásicas griegas, y los ocupantes habían añadido antenas de televisión por cable todavía más feas. Los propietarios habían exhibido su riqueza con mármol y piedras raras; el tiempo, las inundaciones, la suave decadencia y los árboles invasores habían destruido el mortero y agrietado la elegante fachada. Las paredes sin ventanas seguían en pie, las columnas y arcos estaban intactos, pero en el pórtico en el que los criados vestidos de librea de la familia original habían recibido a los huéspedes, había dos docenas de hombres desaliñados que se apiñaban para resguardarse de la tormenta. El humo se elevaba de las pipas y cigarrillos húmedos que sostenían. Unos altavoces baratos escupían una voz de mujer: pop blando con letras en bengalí.

Hesha se volvió un momento para mirar la línea de los árboles y subió por los rotos escalones del palacio. Un hombretón sentado en un lugar de importancia en la base de una columna se levantó para recibirle.

–*Salaam, sahib*. Sólo miembros –dijo obtusamente, preparándose para sentarse de nuevo.

–*Salaam, bhai* –murmuró Hesha en tono autoritario. El guardia dejó de moverse—. Tengo un mensaje para uno de los miembros.

–Muy bien, *Sahib*. Tú me lo entregas, yo se lo doy a él.

Hesha subió el último peldaño y miró cara a cara al pobre hombre.

–Te lo entregaré a ti –dijo– si se lo llevas de inmediato a tu señor.

Seramente, con un tono de gran respeto, el guardia unió sus manos sobre la nota.

–Así lo *haré, sahib*. –Agradecido de poder irse, se apresuró a pasar entre sus compañeros para adentrarse en las sombras.

* * *

El guardia volvió media hora después. Ladró unas órdenes a los demás, que se metieron a la carrera en la mansión como ratas en sus agujeros. El propio líder desapareció también, y la Corte de la Camarilla de Calcuta salió a la vista en un escenario despejado.

Hesha esperó a que llegasen tres escalones más abajo, mojado pero sin que ello le molestase. Si sus ropas estaban empapadas por la lluvia, sería más difícil ver a través de ellas. Si su bastón, su monóculo y su cabeza desnuda brillaban de forma antinatural bajo las luces de la casa, tanto más efectiva sería su figura solitaria. Como toque final, dejó visible el tatuaje de la serpiente enroscada en su cuero cabelludo.

Un caballero rubio y de cara alargada, vestido con un traje gris pálido, llegó al frente del pórtico. Él y su visitante intercambiaron un silencio largo y sin prisas, y entonces (para la patente sorpresa de los Vástagos más próximos) bajó graciosamente los anchos escalones hasta donde estaba Hesha.

–Caminemos –dijo Lord James Abernethie, Príncipe de Calcuta–. Y me contarás por qué un Seguidor de Set reconocido pide una audiencia conmigo.

–Simplemente –respondió Hesha– me estoy presentando ante ti al llegar a tu dominio. ¿No es una de vuestras leyes?

El Príncipe sonrió ligeramente.

–Sí, pero no una que yo esperarí que obedecieseis.

–En tal caso, es una pura cuestión práctica. Estoy aquí por asuntos legítimos; no deseo alarmaros, ni me gustaría ser atacado mientras los resuelvo.

Lord Abernethie se detuvo. Ni él ni Hesha eran tan incautos como para mirar a otro Vástago a los ojos a menos que estuviesen *seguros* de lo que encontrarían allí, pero el Príncipe, movido por su ira, llegó al límite de seguridad.

–¿Y por qué demonios debería dejar yo que uno de tu clase siguiese las reglas?

–Es –empezó Hesha– *vuestro* Elíseo el que sería violado. Las simpatías de la Corte estarían sin duda detrás de ti; ¿pero es seguro tener a quien sea –hizo una pausa– *detrás* de ti? Y como consideración añadida, traigo tres cosas. Un regalo...

Dio una palmada, y un hombrecillo malhumorado salió de entre los árboles. Con inmensa dificultad, el criado tiraba por entre las hierbas de un carrito de ruedas, sobre el que había una gran jaula de acero pintada de caqui y verde oliva. Hesha hizo un gesto, y el Áspid detuvo el carrito a medio camino de la casa.

–Misiles tierra-aire disparados desde el hombro. De fabricación británica, no rusa. Y un lanzador, por supuesto.

–¿Y por qué iba a necesitarlos de ti?

Hesha se inclinó pensativo sobre su bastón.

–¿Problemas orientales, quizá?

La lluvia sonaba a su alrededor, pero James Abernethie no dijo nada durante un rato.

–Los acepto –respondió finalmente–, siempre que sean como tú dices y funcionen correctamente. ¿Qué es la segunda cosa?

–Mi promesa de que no intentaré establecerme en Calcuta.

Lord Abernethie rió sonoramente.

–¿Y la tercera?

Hesha se sacó un delgado paquete de plástico del bolsillo del chaleco y se lo entregó al Príncipe. Lord Abernethie abrió el paquete, usando el sobre para resguardar el contenido de la lluvia, y leyó –y reconoció– la caligrafía de las cartas. Su pálida piel se volvió más blanca todavía, y se descuidó hasta el punto de mirar al otro a las cejas.

–Bienvenido –dijo brevemente– a mi dominio. ¿Quieres pasar adentro?

–Gracias, Señoría –dijo Hesha.

Tras hacer algunas presentaciones entre el visitante y los invitados más distinguidos (la anfitriona había desaparecido y no pudo ser encontrada), Lord Abernethie pasó sus obligaciones sociales a una de sus chiquillos, la Rani Surama, una hija oscura y concienzuda, nativa del país (a diferencia de Lord James), vestida con un *sari* naranja llameante y de exquisitas maneras. La Rani acompañó a Hesha a conocer a cada grupo de invitados, quedándose después con él en un rincón apartado. Muchos de sus nuevos conocidos se dirigieron cortésmente a él, pero su bella escolta desanimó a los intrusos, y la una en punto los encontró sumidos en la conversación.

Las largas y exquisitas manos de Surama jugaban con ligereza sobre las cuerdas de un *sitar*. Era una antigüedad llevada al palacio por su padre, y la joven Ventrue lo usó para tocar música, exhibirlo y abrir un diálogo sobre antigüedades bengalíes. Hesha rió, sonrió, elogió los talentos de la joven dama y los tesoros de su patria. Tras la máscara de cortesía, siguió las estocadas y fintas de la espléndida criatura tan claramente como si su duelo fuese con espadas en lugar de con preguntas. La Rani estaba comprobando su historia, probablemente por orden de Lord Abernethie; también sentía curiosidad personal: la corte no había recibido ninguna información sobre los tres presentes de Hesha. Aquella pobre niña estaba intentando seducirle...

Hesha se fijó en un adolescente entre el gentío. Con deferencia, la delgada y huesuda figura llegó hasta donde se sentaban los dos, y habló mirando el suelo a sus pies.

–Rani, tu padre te está buscando.

–¿De verdad? Gracias, Michel. –La chiquilla del Príncipe se despidió de Hesha, adentrándose en la fiesta.

Los ojos de Michel siguieron anhelante a la joven; su corazón estaba en su cara. Por fin habló suavemente en kurdo antiguo.

–¿Qué demonios haces viniendo al frente de esta manera?

–preguntó. Su inflexión sugería poesía sobre corazones rotos.

–El tiempo es importante –contestó Hesha en el mismo idioma.

–El profeta mascota de Tifón con prisas. –El viejo mago Tremere, un deudor de Hesha, meneó la cabeza.

–El Ojo de Hazimel está libre en América.

–Entonces me alegro de estar aquí. –Michel hizo una pausa–. Sólo para que lo sepas: soy un *jovencísimo* neonato que no lleva más de veinte años muerto, enviado aquí por la Capilla de Nueva Delhi. Desde mi llegada me he convertido en el devoto esclavo de la pequeña Rani.

–Haré cuanto pueda por reforzar la idea –dijo el Setita–. De todas formas, la fuerza que dirige al Ojo está en Calcuta.

El rostro de Michel adoptó una expresión todavía más afligida.

–¿Estás seguro?

Hesha no se molestó en contestar, y el Tremere cogió el *sitar* de Surama.

–¿Qué quieres que haga?

–Que detectes la fuente de poder. Y después que me digas dónde encontrarla.

–Hmmm... –Michel empezó a tocar una canción de amor–. Date prisa, si es que de verdad el tiempo apremia, y dame los detalles antes de que vuelva Surama.

–No volverá.

–¿Por qué? –El hechicero miró a su interlocutor–. Lo siento. Hesha el "nada por nada", como siempre. Veamos... la debilidad de sangre de Lord Abernethie son las muchachas... muy, *muy* jóvenes.

–Surama, la hija de Lord Abernethie, es una joven y ambiciosa sanguijuela con poco gusto para escoger amigos. He traído pruebas de su traición.

Michel le miró.

»No me pondría en contacto contigo sin darle a esta buena Corte algo más interesante para mirar mientras hablamos –se limitó a explicar el Setita.

Mientras los rumores empezaban a circular entre los Vástagos reunidos, Hesha dio al Tremere los detalles suficientes y ni uno más. La conmoción en las habitaciones exteriores se hizo más fuerte, y el Setita terminó:

–Me encontrarás en el Oberoi Grand. Cenaré cada noche en

uno de los restaurantes con una mujer blanca de pelo castaño como camuflaje. Ven a nuestra mesa y háblame de antigüedades. No tiene por qué poner en peligro tu posición: he animado a la mitad de las sanguijuelas locales a hacer lo mismo.

—Entonces me verás mañana. Si el rastro es tan fuerte como dices, no llevará mucho tiempo —dijo el hechicero, confiado.

Cuando uno de los "amigos" de Michel llegó para decirle que la dama de sus sueños estaba en peligro, los dos demonios del rincón estaban preparados para interpretar sus papeles. El chico corrió, presa del dolor y la angustia, a la cámara de audiencias del Príncipe, llevando todavía el *sitar* de Surama en la mano. Hesha se quedó, encontró un grupo de Cainitas cotilleando al que unirse, y se dispuso a pasar una larga, dramática y aburrida velada.

*DOMINGO, 18 DE JULIO DE 1999, 9:16 PM
SUITE DE HESHA EN EL OBEROI GRAND HOTEL,
CALCUTA, BENGALA OCCIDENTAL*

La última puerta a la gran habitación se abrió, y Hesha apareció con un suelto y sencillo traje negro de corte parecido al de una especie de esmoquin. Miró a la mujer que le esperaba y empezó a llenar de equipo sus bolsillos: teléfono, pitillera, encendedor...

—Date la vuelta, por favor.

Elizabeth obedeció, seguida en su movimiento por capas de gasa ámbar y azul pálido. Thompson se rascó la cerdosa barba, y el Áspid sonrió despreocupadamente. Hesha la inspeccionó con indiferencia.

—Janet. Sus brazos, hombros y pecho están demasiado al descubierto para Bengala. ¿Siguen todas tus elecciones la misma línea?

La voz de Janet Lindbergh respondió a través del teléfono:

—Sí señor. Me dijo ropa de gala. Esto es lo que lleva la alta sociedad. Liz —Elizabeth, que había dejado de sonreír, miró hacia el teléfono para apartar la vista de Hesha—: hay un manto de tela de oro en una de las maletas. Póntelo. Lo encargué por si el tiempo refrescaba.

—Yo lo buscaré —se ofreció Thompson.

—Elizabeth —dijo Hesha—. Vamos a cenar abajo. ¿Has probado alguna vez la comida *mughlai*? Bien. Entonces pediremos dos bandejas de degustación. Ofréceme cosas de tu plato; yo haré lo mismo. Al final tú habrás comido la mayor parte de lo que nos sirvan. Vas a fingir que eres tú misma hace un mes. No sabes nada de mi casa ni del equipo de seguridad. Has venido a Calcuta desde Rutherford House por petición mía, y estás aquí para ayudarme en la adquisición de antigüedades y su transporte hasta América.

»Espero que quizá media docena de personas vengán a vernos esta noche. Algunas de ellas serán conocidas más del todo inocentes: cuando os presente, mencionaré a Amy Rutherford. Otras serán menos inocentes, y en ese caso nombraré a Agnes Rutherford: tu dejarás la mesa para ir al tocador de señoras, y después volverás a la mesa. Si menciono a Hermione Rutherford, te levantarás de la mesa, irás al tocador y te quedarás allí fingiendo una indisposición hasta que recibas más instrucciones por teléfono.

Thompson apareció con el chai.

—Estás encantadora —dijo.

Elizabeth sonrió débilmente, pero se mantuvo erguida.

—Vamos —dijo Hesha, y ella obedeció.

Elizabeth jugó con los últimos tragos de su café. Había sido una velada muy larga, llena de visitas de la interminable serie de conocidos de Hesha. El nombre de Agnes había salido a relucir en siete ocasiones... y Liz había tenido que acudir siete veces al cuarto de baño y usar convincentemente la taza, el lavabo o el espejo. La elegante encargada de mediana edad se había abstenido educadamente de hacer comentarios: si llegaba el caso, haría falta poca interpretación para convencer a la mujer de que la vanidosa y chiflada turista americana estaba además indispuesta.

Liz contempló a su compañero con preocupación. Aquellas dos noches –en público–, Hesha se había mostrado tan atento y encantador como cuando se vieron por primera vez. Sonreía, reía con ella, sus manos se alargaban a veces para coger las de Elizabeth... pero sus ojos eran fríos. Finalmente, Liz llegó a pensar que estaba aprendiendo a leer detrás de su máscara. Bajo la superficie, no había habido hasta el momento una palabra tierna para ella, ni un indicio de las suaves y sinceras miradas que esperaba. Estaba... ¿preocupado?

Hesha consideró cuidadosamente la personalidad de su contacto. Michel era seguro, hábil y fiable. El Tremere había dicho sinceramente que su magia daría resultado para la noche del domingo, y Hesha le había creído, recordando los esfuerzos que habían compartido en el Imperio Otomano. Quizá el ritual hubiese llevado más tiempo del que esperaba el presumido viejo muchacho. Pero el domingo ya había pasado, el lunes también estaba a punto de terminar, y no sólo no había señales del hechicero, sino tampoco noticias suyas. Podía ser que Michel fuese tan nuevo en la ciudad que emplear cualquier mensajero fuese arriesgado. Pero a Hesha le costaba creer que el ingenioso antiguo tuviese tan pocos recursos.

El personal del restaurante estaba cerrando el local a su alrededor, y Hesha puso fin a sus meditaciones.

–Elizabeth –dijo suavemente, tocando su mano.

Ella le miró, esperando instrucciones. Estaba cansada: habían permanecido allí casi cuatro horas. Aunque había interpretado bien su papel, el agotamiento era obvio. Por un instante, Hesha recordó las auténticas sonrisas en su rostro, y reparó en lo que llevaba –reparó de verdad– por primera vez. Aquella noche Janet había hecho vestirse a

la joven con un vestido sin tirantes de seda color vino, y el Áspid había comprado un chal en los bazares para cubrirle los hombros, una pieza de brocado de colores negro y rojo sangre. Hesha empezaba a sospechar que sus sirvientes mostraban su sentido del humor a costa de la joven.

—Nos vamos —dijo. Apartó la silla de Elizabeth y ayudó a la joven a levantarse. Ella recogió su bolso y su chal con la mirada baja, y Hesha le ofreció el brazo para escoltarla—. Por suerte, ya ha dejado de llover. Podemos tomar el postre en la terraza y ganar un poco más de tiempo.

Ella mantuvo la barbilla erguida, pero los hombros se le descolgaron un poco. Se inclinó durante una fracción de segundo sobre el fuerte brazo de Hesha, y salieron juntos hacia la oscura y vaporosa oscuridad del café junto al estanque.

*MARTES, 20 DE JULIO DE 1999, 2:16 AM
MERCADO DE LAS CINCO ESTRELLAS, KIDDERPORE,
CALCUTA, BENGALA OCCIDENTAL*

Vestido con ropas baratas y empapadas, apoyándose pesadamente sobre su bastón, Hesha se tambaleó torpemente por los estrechos caminos del bazar. Sus criados no hubiesen podido reconocerle. Una máscara de disipación y rudeza ocultaba su rostro a los ojos mortales, sus manos estaban retorcidas por la enfermedad, y avanzaba descalzo a través del agua sucia y estancada que empezaba a acumularse en los lugares más bajos de Calcuta. Se detuvo ante un mísero tenducho, oscilando hacia delante y hacia atrás, y miró a su propietario. Era un cincuentón flaco y arrugado de ojos brillantes; después, él... ello... era una criatura casi esquelética cubierta de carne gris y colgante, más parecida a un avispero que a auténtica piel.

–Muy bien. Yo te veo, y tú me ves a mí –dijo una voz que era como una sierra mecánica cortando carroña–. ¿Qué es lo que quieres?

–Información.

–Ja. Bien. Tengo bastante de eso a la venta –dijo la cosa, sentándose en el umbral–. ¿Qué tenías pensado, vieja Serpiente?

–Primero, dime: ¿somos enemigos?

–Te conozco, vieja Serpiente, y he oído tu nombre en el albañal, pero no te conozco tan bien como para decirlo. –El Nosferatu se movió ligeramente–. ¿Hay alguna razón por la que deberíamos serlo? Hesha meneó la cabeza.

–Ninguna... que yo sepa. Siempre he considerado a tu gente como los únicos aliados que vale la pena tener, pero temo que ellos hayan cambiado de opinión sobre mí. –Hizo una pausa–. No busco venganza, sólo que me ayudes. ¿Recibes noticias de Bombay?

–Puede que sí.

–En Bombay pueden hablar por mí, si quieren. Les presté un servicio hace algunos años.

La criatura gris le miró, hablando lentamente:

–Te diré cuanto sé de tu consideración entre los miembros de mi clan a cambio de que me expliques las razones por las que crees que vamos a por ti.

–Hecho.

–Nunca había oído hablar de ti antes de que visitases Rutherford House.

El rostro de Hesha se ensombreció, pero el Nosferatu alzó una mano descompuesta.

»Lo sé, lo sé, suena como un cambio bastante barato. Pero de acuerdo con mi palabra, haré algunas investigaciones y descubriré si hay algún problema, y por qué. Te daré la información bajo tregua: si somos enemigos, te avisaré antes, ¿de acuerdo?

–Entonces supongo que esperaremos.

–No, no, no... Me muero de curiosidad. Hay una historia detrás de todo esto, estoy seguro.

–Tu gente me hizo llegar una invitación. A una fiesta en Atlanta, bajo las condiciones del así llamado Elíseo. *Insistieron*. Pero yo tenía

otros asuntos, y envié a mi lugarteniente. La fiesta era una trampa letal, mi primo murió en ella, y yo –admitió Hesha a regañadientes– no sé todavía si los tuyos querían cazarme. No ha habido noticias en un sentido ni en el otro.

Hubo un pesado silencio entre los dos, rodeados como estaban por el ruido del bazar durante la noche, la lluvia sobre los tejados de latón y la música que llegaba de los burdeles de la calle de al lado. La criatura gris emitió algunos murmullos e hizo otra pregunta:

–¿Entonces qué es lo que quieres? ¿Que tengamos que declarar una tregua antes incluso de empezar a hablar de ello?

–¿Conoces a un joven llamado Michel?

–¿El crío hechicero? ¿Qué pasa con él?

–Teníamos una cita, pero no apareció. No me importa haber esperado en vano, pero creo que... la impuntualidad no es propia de él. Me preocupa que alguien pueda estar interfiriendo en sus asuntos, y por lo tanto en los *míos*. Quiero encontrarle... o descubrir qué le ha ocurrido. Ahora –continuó en un tono más agradable–, dime, ¿qué puedo hacer por ti a cambio?

–He oído que eres bueno llevando cosas a través de las fronteras. Necesito mercancía. –Hesha enarcó una ceja–. Libros prohibidos, periódicos contestatarios, revistas sucias... ese tipo de cosas –dijo el monstruo–. Yo también vendo mis papeles al ganado, hermano Serpiente.

El Setita sonrió.

–Estoy llevando mis asuntos desde el Oberoi Grand. Trae una lista y haré que mi gente te traiga tanto como puedas almacenar; hay tantas sanguijuelas buscando esos servicios que no llamarás la atención.

Michel entró por la puerta delantera, cambió algunas palabras con el maître y se acercó a la mesa de Hesha. Iba bien vestido, aunque los bajos de sus pantalones estaban oscurecidos por el agua y el barro. Aparentaba naturalidad mientras caminaba entre las mesas y los comensales... pero Hesha, sensitivo hasta el detalle más sutil, captó lo que no era natural: Michel estaba nervioso, casi asustado. Aquel paso temeroso hizo que el Setita se pusiera en guardia.

–¿Señor Ruhadze? –dijo el joven en tono esperanzado.

Hesha se levantó.

–Michel. Siéntate. ¿Puedo ofrecerte alguna cosa? –Cuando el joven rehusó con la cabeza, el millonario alejó a los camareros con un gesto imperioso—. Permíteme presentarte... Elizabeth, éste es Michel Singh. Su familia dirige una excelente firma de inversiones en Bombay; han dejado suelta a la nueva generación para que brille en Calcuta. Michel, te presento a Elizabeth Dimitros, una experta en antigüedades y antiguallas. Tuve la suerte de convencer a Rutherford House para que me la cediese durante este viaje... ¿Conoces a Hermione Rutherford?

–Me temo que no he tenido el placer... –musitó el vergonzoso muchacho de la tercera silla.

–Encantada de conocerte, Michel –intervino Elizabeth, en tono chispeante.

Michel alzó la mirada, haciendo un esfuerzo.

–Oh... por supuesto, por supuesto. Yo también estoy encantado, señorita Dimitros... Elizabeth –se corrigió mientras ella abría la boca para sugerir lo mismo. Por un momento, todos los sentados a la mesa sonrieron.

–Ahora –dijo Liz, como si acabase de recordarlo– íbamos a... oh, Michel... lamento muchísimo tener que irme ahora que acabamos de conocernos, pero tengo que... bueno... –hizo un elegante gesto hacia el tocador–... empolvarme la nariz. ¿Me disculpan por un momento, caballeros?

Michel se inclinó y empezó a hablar tan pronto como la mujer se hubo alejado:

–Me han seguido. Necesito que me ayudes.

Hesha se puso en pie de inmediato.

–Ven conmigo. –Se llevó la mano al bolsillo para marcar en el teléfono el código de emergencia de "armas a punto", mientras maniobraba para interponerse entre su acompañante y el resto de la sala. Michel parecía cansado y agotado, pero su cara de chico se veía consumida, y sobre todo, *débil*.

El Tremere siguió hablando.

–Descubrí lo que estás buscando, por supuesto. Por eso están aquí. Estabas equivocado, Hesha... no creí que llegase a vivir para verlo, pero te has equivocado por completo. Cuando el Ojo está activo, no extrae el poder de Calcuta. Calcuta se lo envía.

Hesha hizo que el muchacho se retirase hacia la puerta de la cocina, El ascensor de servicio... menos gente... menos testigos... Llegaron hasta la pared, y con la mitad de los ángulos de ataque cubiertos, Hesha se permitió observar la habitación. Después miró sorprendido a Michel. El Tremere había perdido el control –y la consciencia– y la huella de una pequeña mano ensangrentada había aparecido en su mejilla.

Hesha se movió hacia el lugar donde había estado la mano invisible: nada. Forzó la vista para encontrar al merodeador, sin resultado. Agarró a Michel por la cintura y los hombros, pero descubrió el peso adicional de otro cuerpo invisible. Hesha mantuvo una mano sobre los hombros de su contacto para tirar de él en varias direcciones, y sólo pudo averiguar que la fuerza opuesta era demasiado rápida para él. Sobre la piel del muchacho empezaron a aparecer heridas –dobles punciones–, y el Setita, frustrado, elevó el indefenso cuerpo de Michel por encima de su cabeza. Se dio la vuelta y empezó a correr hacia sus habitaciones.

Captó un atisbo de la cosa por el rabillo del ojo.

Era pequeña (de haber sido humana hubiese tenido unos ocho años), estaba desnuda como una rana, y era el doble de rápida que las moscas. Su cabello había sido cortado casi al cero, su piel era oscura, matizándose hacia el negro ébano en los dedos de manos y pies... y sus pequeñas, delicadas mandíbulas estaban cerradas sobre el brazo colgante de Michel.

Un momento antes de que ella se diese cuenta de que había sido vista, Hesha la cogió por el cuello, rompiendo los huesos. La asesina en miniatura se dejó caer y huyó. Sus pasos eran vacilantes, y la cabeza se le bamboleaba de un lado a otro, pero consiguió escurrirse entre la multitud más rápido de lo que el Setita podía seguirla.

Hesha alcanzó la puerta, abriéndose camino entre el confundido personal del hotel, y encontró a Thompson esperándole al otro lado. Sin decir una palabra, echó el flojo cuerpo de Michel a los brazos del guardaespaldas y se lanzó tras la niña.

Elizabeth salió del tocador justo a tiempo de verle pasar junto a ella. Siguió a Hesha sin pensar, con la llamada de emergencia sonando en su teléfono. Él estaba en peligro, y ella corrió esforzándose por no perderle de vista.

En el exterior caía una de las lluvias de la estación de los monzones. Las calles estaban inundadas hasta la altura del tobillo; los pies a la carrera provocaban salpicaduras hasta la rodilla, que brillaban bajo las luces de la ciudad. Una pequeña sombra se movía sobre la inundación, y Hesha la siguió. La Assamita era más rápida, pero no podía mantener su velocidad eternamente, y Hesha tenía las piernas largas. Si conseguía mantenerla a la vista... Mientras ella estuviese en la calle, habría salpicaduras. Hesha soltó un juramento. La pista de la asesina giraba hacia el oeste, por un estrecho callejón. Podía seguirla por allí, pero su destino sería el parque, el Maidan: pobremente iluminado, lleno de hierba y árboles, y enorme. Pidió a Set que le diese velocidad y siguió corriendo.

Elizabeth se lanzó callejón abajo. Hesha era sólo una silueta en el chaparrón que caía ante ella: al menos, había luces en la siguiente calle. Se recogió la falda, maldiciendo el pesado satén empapado, y saltó por encima de las ratas y la basura. Fuera, y calle arriba, y luego por otra, a través de un bulevar, entre el tráfico... y hacia un cenagal de plantas y barro. Hesha seguía apenas visible, dirigiéndose hacia una enmarañada masa de árboles a través de un triángulo de agua. Elizabeth se quitó los zapatos de sendas patadas y corrió tras él. Sus medias se rompieron sobre la grava, sus pies descalzos se metieron en el barro, y cayó de lado en el estanque. Cuando alzó la mirada,

Hesha se había ido. Sonó un trueno, y Elizabeth cojeó dolorosamente para salir del agua sucia.

El Setita, cegado por la lluvia y las ramas en movimiento, siguió el rastro de la sangre de Michel por entre los árboles. Al otro lado volvió a ver a la niña. Aceleró, recuperando la ventaja que ella le había sacado en el bosque, y empezó a ganar terreno.

Hubo un rayo, y Hesha gritó por el destello. Sus ojos se cerraron, ardiendo en sus cuencas, su mundo desapareció de la vista, y la Bestia tomó el control. La maldición le hizo correr ciegamente, chocando contra árboles, piedras y cuerpos, y tomando cuantas vidas encontraba.

Por fin recuperado, pero todavía ciego, cayó a cuatro patas como precaución, resbaló y acabó en un charco. Se adentró en el barro, metiendo los párpados rojos en el agua fresca, aguardando a que el dolor se desvaneciese, rezando a Set por que intercediese ante la luz.

A lo lejos, pudo oír una aguda risa tintineante, a través del suelo, unas pisadas alejándose, apenas un poco más pesadas que la lluvia.

JUEVES, 22 DE JULIO DE 1999, 2:48 AM

OBEROI GRAND HOTEL, CALCUTA, BENGALA OCCIDENTAL

—No te molestes, Ron. No es nada.

Elizabeth apartó sus maltrechos pies de las manos del guardaespaldas. Metió las piernas desnudas de vuelta bajo los restos de su vestido —que de su original satén verde bronce había pasado a ser un sucio trapo amarillo terroso— y se tambaleó agotada hasta llegar al brazo del sofá.

—Nada, un cuerno. Hay ratas plagadas de enfermedades en el Maidan. El pie derecho, Liz. Y cómete tu desayuno.

El tiempo pasaba muy lentamente. Elizabeth comió un poco

mientras Thompson le curaba los pies. Los dos observaban sus teléfonos, como si mirarlos sirviese de algo, y esperaban. Al suyo, el Áspid musitaba breves conversaciones en código con otras voces susurrantes de distintos puntos de la ciudad. Thompson atendió dos llamadas; una de la preocupada Janet Lindbergh, y la otra de Pauline Miles, que les comunicó que Kettridge había salido de Filadelfia hacia Albany.

–Thompson... –dijo Elizabeth cuidadosamente–. ¿*Tiene* que estar aquí al amanecer?

Ron bajó la mirada.

–Por supuesto que no. Se supone que tiene que avisar, pero es él quien hace las reglas, y puede romperlas. Ve y date una ducha, Liz: el agua caliente hará que tus pies se curen antes. –La ayudó a levantarse y cruzar la habitación.

Thompson y el Áspid permanecieron despiertos hasta estar seguros, a pesar de las nubes, de que el sol había conquistado el horizonte. Sin intercambiar ni una palabra, fueron a sus camas. El sueño tardó horas en llegar.

* * *

–Elizabeth Ariadne... –dijo el hombre de la luna en la cabeza–. ¿Qué haces aquí?

Liz levantó la mirada desde su asiento en el vestíbulo del hotel y dejó que su bloc de notas cayese al suelo. El bloc, la silla y el suelo bajo ellos se desvanecieron. Se puso en pie –uno se levanta cuando habla un dios... y también se levanta cuando no tiene silla–, e intentó ver el rostro de la figura, pero los rayos de la luna llenaron sus ojos, y la voz era todo lo que captaba.

–Yo... yo he venido para ver la actuación de los bailarines. Esta noche representan la Maldición del Ciervo, del *Mahabharata*.

–El amor condenado. Ya veo. –El hombre de la luna en la cabeza se dio la vuelta y empezó a andar. Elizabeth fue con él, sin haber movido los pies. Estaban sobre una superficie suave, como piel, pero era también el frío y duro cielo azul noche. Las estrellas se apartaron, como lo hacían las serpientes de Hesha cuando él pasaba

entre ellas.

El dios-luna se detuvo y habló de nuevo.

–Los bailarines están demasiado pronto en el ciclo. Hoy empieza un capítulo distinto, Elizabeth Ariadne. Mira a mis pies.

Ella obedeció –no podía hacer otra cosa– y vio, en un espacio en blanco donde las otras estrellas no acudirían, del que se habían apartado con la reverencia debida a la luna, una pequeña e insolente estrella roja que le quemaba los ojos.

–La danza de esta noche, Elizabeth, Ariadne, está tomada de la Guerra de los *Rakshasa*. El Rey Ravana ha vuelto... el Demonio Ravana está despierto... el *Rakshas* Ravana guerrea de nuevo. –La resplandeciente mano del extraño cubrió la mirada de Liz, y ella dejó ir la estrella roja–. ¿Puedes recordar esto?

Elizabeth meneó la cabeza, dudosa.

–Estoy soñando.

–Estás soñando –dijo el dios–, pero habrá una forma. En tus manos, habrá una forma. –Se detuvo de pronto–. Vienen a por ti, Elizabeth Ariadne. Recuerda, Elizabeth...

–Elizabeth... Liz... despierta...

En su asiento del vestíbulo del Oberoi Grand Hotel, Elizabeth abrió los ojos y vio la rojiza cara de Thompson y sus cejas canosas. El viejo policía la miraba con ansiedad.

–Ha vuelto –dijo Thompson–. Reunión dentro de media hora.

* * *

Elizabeth llamó suavemente a la puerta de la suite. El Áspid abrió, comprobó el pasillo, la hizo entrar, cerró y echó la llave rápidamente. El hombre pasó al interior, dejando que Liz se quedase allí de pie, y le hizo un gesto hacia la sala. La conversación se reanudó de inmediato –susurros, tonos urgentes, frases a medias–, en el mismo punto donde se había interrumpido al llamar ella y durante la pequeña crisis de abrir la puerta.

–¿...pasado el día en un canalón de desagüe?

–Mejor que en el río. Recuérdalo cuando te llegue el momento.

Ignorada y sola, Elizabeth entró tímidamente en la sala y tomó

asiento.

–¿Dónde está Michel? –preguntó Hesha a su guardaespaldas.

–Ha muerto, señor. Estaba débil cuando usted lo trajo. Le trajimos arriba, le lavamos la huella de la mano e intentamos... reanimarle, pero su cuerpo se desintegró antes de que pudiésemos hacer gran cosa. –Thompson meneó la cabeza–. Eso sí, no estaba seco. Sangraba, pero una de las manchas no era de su sangre. Creo que era una especie de ácido. Había fragmentos de cristal en la camisa antes de que aquello lo consumiera.

Un largo e incómodo silencio llenó la habitación. Hesha, erguido y solemne junto a la ventana, contempló Calcuta. Enormes gotas de lluvia chocaron contra el cristal. Más allá de las gotas que resbalaban y el temporal, las luces de la ciudad se veían borrosas. Neón de colores, semáforos, chillones carteles luminoso y brillantes farolas, todo oscilaba como las luces de una fuente. Calcuta parecía una ciudad bajo el agua, y el Setita no llegaba a ver el horizonte.

–Informad.

Thompson y el Áspid enumeraron las noticias de las últimas veinticuatro horas. Nombres desconocidos zumbaron en la cabeza de Elizabeth: Pauline Miles había perdido un hombre; Das Gupta y Forrest informaron; el equipo que cubría la Ciudad Blanca había visto a Smith, Jones y Robinson, pero no tenía noticias de Tom, Dick y Harry... Johnson, Jackson, Jameson... Alex, Abigail y Albert Street, Ramona, Ramana, Ravena, Ravana... la atención de Elizabeth se desvió hacia su bloc de notas, sus jeroglíficos, su pluma. La corriente de información se derramó sobre ella como la lluvia.

–¿Qué haces, Elizabeth? –La voz de Hesha, seca y enfadada, interrumpió su ensoñación.

–He venido para ver la actuación de los bailarines –replicó ella, sin pensar–. Esta noche representan el Alzamiento de Ravana.

–¡Elizabeth! –El tono del Setita hizo que ella diese un respingo.

Los ojos de Elizabeth se enfrentaron a los de Hesha como un animal acorralado. Hesha recogió sus papeles: las tres primeras hojas estaban sueltas, cubiertas de jerigonza mezclada con fragmentos de pensamientos en inglés, y bocetos de la estatua del demonio de tres ojos. Impulsivamente, rompió las hojas por la mitad delante de ella y

volvió a la ventana.

–Informa, Elizabeth.

Tranquilamente, Elizabeth Dimitros cerró su bloc de notas. Se puso en pie, pálida de ira y conteniéndose a duras penas, ligeramente apoyada en el reluciente borde de la mesa.

–No lo haré –dijo con la mandíbula crispada–. Y tampoco te llamaré "señor". No soy una agente secreta, ni un señuelo. Hasta ahora, lo más parecido que he hecho a mi verdadera profesión ha sido curiosear en la tienda de antigüedades de abajo.. No sé por qué me has traído aquí –tomó aire–, y tampoco tengo muchas esperanzas de que me lo digas algún día. Estaba haciendo lo que podía tan lejos del papiro: memorizaba las notas de transliteración de Vogel. Estaba haciendo lo posible por ignorar tus ilegales, imposibles e inexplicables, puesto que nunca te explicas cuando pregunto, actividades. Si quieres que pare, adelante: tengo trabajo del que puedo hacer. –Cojeó alrededor de las sillas hacia su habitación–. Pero que me condenen si me quedo aquí sentada un momento más.

Cerró la puerta tras ella, girando la llave en la cerradura audiblemente.

Thompson y el Áspid permanecieron callados. Se miraron brevemente el uno al otro, y después –una mirada nerviosa y por el rabillo del ojo– a Hessa. Con control y precisión, el Setita dobló los papeles rotos entre las manos, primero en dos y después en cuatro, y se los guardó en el bolsillo delantero de la chaqueta. Tras hacerlo, se dirigió al teléfono como si nada hubiese pasado.

–Janet, informa.

El maltrecho escritorio, grande como era, apenas podía contener

los montones de libros y papeles apilados en torno a la vieja máquina de escribir manual. La abollada lámpara que había cerca cumplía sus funciones de forma todavía menos adecuada. La oscuridad amenazaba con tragarse el escritorio, así como a la deforme criatura que se sentaba tras él.

Pero el ocupante no parecía reparar en su entorno más que para apoyar sus grandes pies sobre el mueble, arriesgándose a arruinar el frágil equilibrio de los diversos montones. Sólo una hoja de papel, sujeta por retorcidos y mugrientos dedos, atraía la atención de la criatura.

COPIA DE ARCHIVO

22 de Julio de 1999

Ref: Hesha Ruhadze

Informe desde Calcuta vía El Cairo -- Hesha llegado y presentado al príncipe Abernethie; chiquilla del Príncipe eliminada; ¿coincidencia? También: H. contacta Tremere local que es asesinado; se sospecha Assamita.

Rolph informa desde Atlanta -- probable implicación Assamita en la destrucción de Hanna, regente Tremere. El hombre de Hesha, Vogel, estaba allí.

~ ¿Hesha aliado con Assamitas?

~ ¿Peligro para nosotros?

~ SEGUIR MOVIMIENTOS, si es posible.

Tarde y sin previo aviso, Hesha entró en su suite. Thompson y el Áspid, que estaban esperando, se levantaron para recibirle. Con un gesto de la cabeza, él despidió a la pareja. Agradecidos, los criados aseguraron el área y se fueron a dormir.

–Buenas noches, señor –dijo Thompson mientras se marchaba.

No, pensó Hesha, *no ha sido una buena noche*. Sacó el equipo de su impermeable, dejó las herramientas y colgó la prenda empapada para que se secase. Vaciando los bolsillos de su traje, echó una mirada al lugar de Elizabeth en la mesa. Poco a poco, dejó dos puñados de pequeños objetos. Abandonando sus zapatos y su chaqueta, escogió una pequeña y retorcida pieza de acero y se acercó a la puerta de la mujer. Escuchó con la oreja pegada a la madera, pero no percibió más sonidos que una lenta y profunda respiración y unos tenues latidos. El acero hizo saltar la cerradura, y el Setita abrió un poco la puerta.

Los olores salieron de la habitación: mujer joven, libros viejos, tinta y papel nuevo, un poco de miedo y cólera y lágrimas. Hesha siguió el rastro: allí se había quedado de pie, furiosa, ahí había empezado a llorar, aquí había habido terror... Se envolvió entre las sombras para mayor seguridad, agachándose junto al borde de la cama.

Hesha la contempló pensativamente.

Sería mucho decir que lamentaba haber perdido la paciencia con ella. Su análisis, realizado tras los muros de su autocontrol, encontraba su conducta... insatisfactoria. No hacía falta llevar a la mujer a las reuniones del crepúsculo; de hecho, podía resultar peligroso. Ella no tenía necesidad de verlo todo, ni siquiera de la forma limitada en que lo veían el resto de sus criados. Las tareas de Elizabeth podían ser explicadas con la misma facilidad en privado, cara a cara. Ella estaba ahora más lejos de su influencia que nunca, al otro lado del abismo, llevada allí por la falta de contención de Hesha. El Setita había dejado que se le cayese la máscara por una nadería.

Y ni siquiera podía echar la culpa a la maldición. Era su propio temperamento; la Bestia se había limitado a quedarse sentada y disfrutar del espectáculo. La muerte de Michel no era excusa, ni una

sorpresa. Yaciendo la noche anterior en el canalón de desagüe, Hesha había comprendido que la niña Assamita llevaría a cabo su misión de una forma u otra, y había asumido todas las implicaciones y dificultades que ello significaba.

Temperamento. Le había embargado la ira, y tras la reunión, mientras buscaba por Calcuta, Hesha la había llevado consigo y a la vez se la había encontrado en todas partes. Su contacto Nosferatu no había aparecido. Que él (o ella) no estuviese disponible era razonable, pero la reacción de Hesha fue de irracional fastidio. Vagó por Albert Street y se encontró con Subhas en el café. La cortesía y amabilidad del caballero de pelo blanco se desintegró poco a poco; la fachada de civilización del propio Hesha se vino abajo, y los dos viejos aliados se encontraron al borde de una batalla a muerte. Sólo la momentánea vacilación, el instinto de lucha que evaluó al enemigo antes de atacar, pudo frenarles. Durante la pausa, la experimentada y cuidadosa pareja reconoció lo falso de su discusión. La hostilidad se convirtió rápidamente en un asombrado cálculo: algo fuera de sus bien guardadas psiques les predisponía a la guerra. Subhas puso las manos sobre la mesa, Hesha apartó su silla, y se separaron sin derramamiento de sangre.

Cuando el Setita abandonaba el café, reparó en la entrada de los dos estudiantes. Los sonidos de los jóvenes Brujah perdiendo el control –los clientes huyendo del local, los aullidos de los chiquillos que habían cogido a Subhas con ganas de pelea, las ventanas rotas y los huesos partidos– llenaron el agudo oído de Hesha calle abajo.

Buscando más pistas, el Setita había vadeado las aguas hasta las obras del puente. El caos reinaba allí bajo el tifón. Los campamentos gitanos se estaban inundando como el restó de la ciudad, pero lo que hubiese debido ser la acostumbrada y tranquila retirada anual a lugares más secos se había convertido en una confusión de gritos y olas. Una Gangrel solitaria, furiosamente tranquila, hizo volver a Hesha por donde había llegado. La felina criatura reveló que las tribus se estaban volviendo locas, Bhanjaras y Khana Buddos a la vez. Culpaba a los Ravnos, y escupió maldiciones contra ellos por encima del hombro. Hesha la dejó antes de que la rabia se impusiese a su determinación de defender a sus protegidos.

Sin dudar ya de la *influencia* que impregnaba Calcuta, el Setita se dispuso a dar a la maldición lo que le correspondía. Llegó a Park Street y los viejos cabarets, cazando tan chapuceraamente como un Cainita recién creado. En la garganta le ardía un fuego como no podía recordar; más allá del ansia ordinaria, más allá de la glotonería de la Bestia... un torpe, abrumador deseo que le hizo entrar en un bar. Salió con una chica de piel clara y pelo largo, con la edad y la complexión aproximadas de Elizabeth, y la metió en un callejón para desangrarla sin dudarlo. La Bestia no tomó el control, ni siquiera lo intentó. ¿Por qué luchar por ello cuando pensaban igual? Complacida y satisfecha, se enroscó alrededor de la nueva ira de Hesha como una cobra en torno a sus huevos. Y aquello enfureció todavía más al Setita. *Antinatural*, pensó. Algo profundo y siniestro iba mal en Calcuta. Hesha, ya en guardia, creía que podría combatir sus efectos, pero rogó a Set que aquello terminase pronto. Rogó también por que los moradores más antiguos de la ciudad se conociesen a sí mismos lo bastante bien como para resistir.

Elizabeth movió un poco la pierna, rodando sobre su hombro. Hesha la contempló. El sueño había expulsado sus preocupaciones... dándole paz. Sin que él lo ordenase, su mano se adelantó para acariciar el pelo de la chica y apartárselo de la cara. Los ojos de Elizabeth temblaron bajo los párpados, y su cara empezó a retorcerse en líneas menos felices. *Más pesadillas. ¿Cómo lo sabe?* La criatura apartó la mano, soltó los rizos y buscó el olvido en su propio descanso.

* * *

—Hesha —dijo el dios de la máscara—. Sangre de mi sangre.

—¿Señor? —Hesha abrió los ojos y se sentó derecho—. ¿Qué quieres de mí? —Su cápsula de viaje y la habitación del hotel habían desaparecido; le rodeaba la negrura de los sueños muertos.

—Mírame.

Hesha se volvió hacia la voz, distinguiendo siluetas en la oscuridad. Una gran criatura serpentina con un cuerpo como de alquitrán llenó su visión. La noche y la carne del monstruo sólo se

encontraban en el horizonte. Justo bajo él, la figura de un gigante con la roja melena de un león, el pico de un ave y los cuernos de un carnero yacía enroscada en sus anillos. Mientras miraba, el dios de la máscara se debatió en aquella presa, forzando los músculos hasta que las venas sobresalieron. El dios liberó un brazo, y los miembros de su oponente se agitaron a su alrededor hasta que encontraron más posibilidades en su cuello. El dios sacrificó el brazo de nuevo para mantener libre el cuello, y la lucha volvió al punto de partida.

—Mi señor —dijo Hesha, arrodillándose. Vio que sus propias piernas estaban envueltas por los negros tentáculos de la bestia.

—¡Levanta! ¡No puedes permitirte inclinarte ante mí hasta que esté libre! Mira a mis compañeros en lugar de ello.

A cada lado del dios de la máscara había otras figuras. Algunas, yaciendo en silencio pero con los ojos abiertos, estaban casi libres de la criatura, otras, igualmente quietas, estaban tan cubiertas por las alquitranadas escamas que no se veía nada de sus propios cuerpos: el monstruo lo había conquistado todo, y sólo quedaba la forma de la víctima. Unas pocas —muy pocas— luchaban como lo hacía el gigante.

—Y mira ahora lo que hay detrás de ti. —Hesha obedeció, encontrando sólo la vacía oscuridad que había visto al despertar—. *Mira, sangre de mi sangre, y comprende.*

Y Hesha siguió las órdenes del dios, y comprendió que la noche ante él tenía una forma. Era un retorcido pilar formado a partir del cuerpo de la cosa que había bajo él, y se alzaba más alto que una montaña en el oscuro cielo de los muertos. En lo alto, envuelta casi del todo por los anillos, había una figura que el Setita conocía bien: tenía una estatua que la representaba. El demonio, con cuatro brazos y pertrechado de horrendas armas, relucía azul y negro, y hacía manar ríos de sangre columna abajo. Ríos, pensó Hesha. *La sangre de cien mil hombres... de un millón...*

—El gran padre se pone ahora —dijo el dios de la máscara.

Hesha se giró hacia su amo, y mientras el sueño se desvanecía, oyó la amortiguada voz de Set gritando desde debajo del cuerpo de Apep:

—¡Recuerda!

—¿Ocurre algo, Thompson?

Las cejas de Ron se elevaron hacia el cielo, y el guardaespaldas tragó saliva.

—¿No lo recuerda, señor? —Se apoyó en el borde de la mesa, meneando la cabeza—. Demonios —dijo antes de recuperar la compostura—. Se despertó al crepúsculo, y gritó algo, no en inglés, tan fuerte que las ventanas temblaron. Vine para comprobar cómo estaba. —Thompson miró preocupado el rostro de su amo—. ¿No se acuerda de eso? Bueno... parecía estar meditando, y no bajo ningún tipo de ataque, así que me marché. Eso fue hace una media hora.

El Setita rebuscó en su memoria. Había un sueño... algo importante... se había ido. Apartó de una silla la chaqueta del traje de la noche anterior, y se sentó. Quizá, si *meditaba*, la imagen regresase. No obstante, dudaba que la furiosa influencia que pesaba sobre Calcuta permitiese la reflexión tranquila y racional, y el hotel, con los ruidos del aire acondicionado y la conversación de los demás huéspedes, no era un buen sitio para meditar en ningún caso. Alguna mujer parloteaba en aquel mismo momento, lo bastante cerca como para oírla. Hesha dobló la chaqueta entre las manos e intentó despejar sus pensamientos. Un papel crujó bajo la tela. Sacó las hojas dobladas del bolsillo y las desplegó.

Elizabeth había dibujado la estatua... *La estatua estaba en mi sueño*. En inglés, la joven había escrito su propio nombre y los de Hesha, "Danzas de la India, todos los días a las 6:30", toscos alfabetos, las palabras "el rey rojo" siete veces y "la estrella roja" once. Las letras, cuidadosamente trazadas, parecían obra de un escriba experimentado. Cada repetición de la "r" de "rojo" se hacía más refinada, y las palabras en inglés pasaban a repetir la misma letra, que acababa mezclándose con un óvalo horizontal con un punto... el signo de la boca que significaba "r" en los jeroglíficos.

Hesha volvió a mirar la jerigonza egipcia. Por supuesto... La mujer, al memorizar los caracteres, había practicado escribiendo en un idioma familiar: el inglés. El texto tenía sentido, se trataba de un código. Frunció el ceño y empezó a traducirlo. "Ris'bth" era el nombre

de Elizabeth, y "Hsh" el suyo propio, aunque la simbología escogida era espantosa. "Rwn" tenía que ser "Reauna", pero... el mismo patrón con una letra cambiada, "rfn", sugería en la India "Ravana". Sus cambios de consonantes tendían al alemán... con dificultad, logró entender "estrella roja", "*rakshasha*", "rey", "*Mahabharata*" y "despierto".

El Setita se quedó sentado un momento más, escuchando los ecos de las palabras en su cabeza. Lo que le hubiese sido enviado durante el día se había perdido, pero supo, sin entender por qué, que las notas de Elizabeth coincidían con su sueño.

–Pide a la señorita Dimitros que venga, si lo desea.

Thompson hizo una mueca y empezó a hablar dolorosamente:

–Yo... yo no creo que pueda, señor. –Los ojos de Hesha se clavaron en él, que siguió hablando–. Está delirando. Ha pasado el día durmiendo, y cuando usted gritó, se despertó y empezó a desvariar sobre demonios y fantasmas y reyes. Creo que cogió la fiebre cuando corrió tras usted la otra noche.

El Setita entró en la habitación de Elizabeth. La joven estaba sentada en la cama, intentando eludir al Áspid, que pretendía sin mucho éxito hacer que se acostase de nuevo.

–...Y los cuatro viajeros llegaron a la Ciudad de la Noche Temible, para encontrar al Príncipe de Ra... para. ¡Para! ¡Eh! Pero el Rey de... suéltame, serpiente... el Rey de los *Rakshash* dormía bajo el corazón de la montaña, y oyó el... –Elizabeth interrumpió su historia el tiempo justo para morder el brazo de Raphael, y el Áspid se apartó soltando maldiciones en italiano–. Pero el heraldo de Ravana envió el Demonio-mono para destruir al mago maldito...

–Dejadnos –ordenó Hesha, lanzando una fría y dura mirada a sus criados–. Yo me ocuparé de ella.

Hesha se acercó a la cama: la mujer –o el Áspid– había hecho caer las sábanas al suelo. Elizabeth, libre, se quedó sentada al estilo de los sastres sobre el colchón, se arregló el camisón y siguió con su recitado.

–Una vez, en la Ciudad Que Nunca Dormía, una joven de familia humilde...

–Elizabeth. –Hesha se sentó ante ella, buscando sus ojos. No

parecía haber nada tras ellos –. ¿Quién duerme bajo el corazón de la montaña?

–Ravana, rey de los *Rakshasa*, durmió bajo el corazón de la montaña durante diez mil años, pero ya ha despertado. La montaña se abrió de los pies a la cumbre, y el Rey salió para reunirse con los Tres de Oriente.

–¿Quién es el Príncipe?

–El Príncipe de los *Rakshasa*, Hazimel, que se alzó contra su padre y duerme bajo la Ciudad de la Noche Temible.

–¿Qué es la Estrella Roja?

El rostro de la joven se retorció al borde de las lágrimas.

–La estrella roja desobedece a la Luna, Hesha. Caminé sobre el suelo de tu techo, y la estrella roja estaba en el cielo. –Los ojos vacíos se llenaron de dolor–. ¿Hesha?

–Estoy aquí contigo, Elizabeth, pero no puedo ver muy bien –repuso tomando sus manos–. Tendrás que decirme dónde estamos.

–Estamos en los campos del exterior de la tumba del Príncipe. Se acerca una tormenta, y todo se está oscureciendo. Las nubes empañan el cielo.

–Bien. La estrella roja no nos verá. Debería haber un edificio muy cerca, un templo –sugirió el Setita–. Tiene columnas de loto y estatuas que conducen hasta él. Puedes ver el templo, Elizabeth.

–Sí... –vaciló ella–. Pero no estaba allí...

–*Siempre* ha estado allí, pero tú no te has fijado. Vamos a refugiarnos de la tormenta en ese templo, Elizabeth. Yo camino hacia allí: sígueme para salir de los campos.

La expresión de la joven cambió.

–Es una pesadilla –dijo lentamente.

–Sal de ella, entonces. ¿Puedes verme? Sígueme fuera del sueño.

Elizabeth se recuperó súbitamente, como si fuese una cuerda de la que hubiesen dejado de tirar. Hesha siguió observándola, por si el trance volvía a atraparla. Los ojos de la joven se despejaron por completo, y él se olvidó de apartar la mirada, preguntándose qué era lo que los hacía claros y oscuros al mismo tiempo. Por supuesto que en trescientos años tenía que haber visto otros ojos así antes...

–¿Dónde he estado?

Él meneó la cabeza.

–No estoy seguro. Thompson piensa que delirabas, pero yo creo que estabas en una visión. Hoy he tenido una experiencia parecida.

–Elizabeth le miró las manos, entrelazadas todavía con las suyas –. Quisiera disculparme por mi mal humor de anoche. Todo el mundo en Calcuta está muy inquieto. –La mirada de Elizabeth volvió a alzarse hacia la suya, y el setita siguió hablando, despacio–. Creo que me seguiste la otra noche, después de que Michel fuese atacado. Fue muy valiente por tu parte. –Apretó sus manos–. No vuelvas a hacerlo nunca: quiero saber que estás a salvo.

Hesha se puso en pie y abrió la puerta.

–Thompson, Elizabeth y yo nos vamos a cenar. Tú y Mercurio podéis hacer lo que queráis –dijo sin mirar a su guardaespaldas–. Puedes cerrar la boca: Calcuta es lo bastante peligrosa esta noche como para que no podáis protegerme ni siquiera aunque tuvieseis un ejército... y creo que Calcuta *corre* bastante peligro como para dejarnos en paz.

* * *

Ron Thompson caminó por el Maidan con el paso lento y regular de un policía haciendo la ronda... haciendo la ronda bajo la lluvia, en un mal día, tras una bronca del sargento y durante una guerra de bandas. Con un ojo, tenía al Áspid controlado en su posición, y con el otro vigilaba a Hesha y Elizabeth, que andaban por delante de él. A pesar de todo, parecían estar divirtiéndose. Por el circuito abierto de su teléfono, captó una firme corriente de maldiciones: Mercurio, no bastándole con expresar su disgusto mediante el lenguaje corporal, aireaba su tensión por el éter.

Hesha Ruhadze caminaba entre sus hombres. Había optado por ignorarlos. Llevaba un enorme paraguas de golf con una ridícula tela rosa y blanca. Su atención estaba centrada en la joven que andaba a su lado: Elizabeth llevaba un fino vestido negro y un impermeable ligero del mismo color. Sus sandalias estaban empapadas con el agua del Hooghly, pero las lágrimas que habían estado amenazando desde

su llegada a Calcuta estaban secas por fin. Caminaron por los terrenos del Maidan, y el aire de carnaval de la noche del viernes lo llenaba todo a pesar de la lluvia. Los encantadores de serpientes, mendigos, vendedores de flores y artistas callejeros ofrecían a Hesha un millar de escenas que mostrar a la joven, y bastantes cosas de las que hablar evitando... los asuntos poco gratos.

Un vendedor de cuentas, vestido con cientos de cordeles de su propia mercancía, se acercó a ellos, ofreciendo su cristal barato a la dama. El Áspid se acercó, y Hesha percibió el resentimiento de Thompson un poco más cerca. Elizabeth escuchó al hombre con una sonrisa, pero negó con la cabeza.

–*Na, dhonyabad* –dijo.

Hesha soltó una risita, haciendo que la joven avanzase.

–Tu pronunciación bengalí es muy interesante.

–¿Por qué no me suena eso como un cumplido?

–Estoy seguro de que el hombre se ha sentido halagado por tu intento. La mayoría de los americanos no se toman la molestia.

Dieron la vuelta, rodeando el pequeño pueblo de casetas, y se dirigieron de nuevo hacia las luces de la ciudad.

–¿Querías comprar algún recuerdo?

–¿Abalorios baratos? Puedo comprar lo mismo en Nueva York... si es que alguna vez vuelvo allí –contestó ella con el ceño fruncido.

–Volverás –aseguró Hesha. Cambió el paraguas de mano para sostener la de Elizabeth–. Te lo prometo.

Elizabeth, ni satisfecha ni deseosa de discutir al respecto, se dejó coger de la mano mientras andaban.

–Vamos a los bazares y echemos una mirada. Las tiendas estarán a punto de cerrar, pero puede que te encuentre algún recuerdo que valga la pena. ¿Algo bonito para tu apartamento? ¿Una alfombra? ¿Un asiento de piel hecho a mano para Sleipnir? ¿Te gusta el latón?

–¿Latón?

–El de la India es muy bueno...

Hesha guió a Elizabeth hacia el norte, a través de un laberinto de callejas, y por fin salieron a una amplia avenida llena de tiendas. Mientras paseaban, el Áspid se adelantó para explorar el camino.

Thompson iba tras ellos para estar seguro de que nadie los seguía. Hesha mantenía los ojos abiertos. Y Elizabeth, sin pensar conscientemente en ello, reparó en dos cosas: primero, que los carteles de las tiendas no usaban tanto caracteres ingleses y sánscritos como árabes; y segundo, que Hesha, a quien nunca había visto llevar joyas más que en el cuello, llevaba una pulsera. Mientras caminaban cogidos de la mano, las cuentas de la pulsera se apretaban contra su piel.

Caminaron por el pequeño bazar, echando una última ojeada a los establecimientos a punto de cerrar, mirando los escaparates de las tiendas musulmana que habían cerrado a la puesta de sol por el día sagrado. Entonces Elizabeth, ya no satisfecha con seguir a su acompañante, empezó a elegir el camino. Sus primeros desvíos tuvieron sentido –una tienda de antigüedades, otra de saris, un puesto en el que quedaban algunos postres de *pa'an*–, pero gradualmente cualquier cosa podía captar su atención y hacerles subir y bajar por las calles sin más que hablar.

Hesha dejó que curiosease libremente, incluso cuando a excursión perdió todo rumbo y Elizabeth parecía preguntarse por qué aquel edificio o aquel cruce era tan interesante. La joven se detuvo cerca de una vieja y descuidada mezquita, hizo un comentario sobre la arquitectura, y de pronto decidió meterse por un angosto pasaje cercano. El Setita se reunió con ella chapoteando a lo largo de la acera... actuando, para Elizabeth, como si una alocada carrera a través del hueco en sombras entre dos viejas casas fuese normal. La callecita se torcía a medio camino, allí donde las viviendas que daban a una calle se encontraban con la parte trasera de las orientadas en otra dirección.

Y en un instante, Elizabeth sintió que la mano de Hesha soltaba la suya. Cuando sus ojos lograron encontrarle de nuevo, los brazos del Setita se debatían con la oscuridad. Las luces extrañamente amortiguadas de Thompson y el Áspid hicieron retroceder a las sombras, y Liz vio con horror que las manos de Hesha sujetaban a una niña.

El Setita aprisionó a la niña contra una agrietada pared de estuco, y su flaca y negra presa dejó escapar un agudo grito.

Doblando el cuerpo, la niña puso las rodillas bajo ella y saltó para zafarse. El yeso se rompió, pero la fuerza de sus piernas como palillos bastó para impulsarla junto con el Setita al otro lado del callejón. Chocaron contra una escalera de ladrillos. La niña, con la cabeza gacha y aferrada como una garrapata al antebrazo de Hesha, volvió a empujar. Los contendientes chocaron contra otra superficie más blanda –Elizabeth–, haciendo que la mortal cayese entre los restos de la pared.

Las linternas iluminaron la escena, oscilando, y después se detuvieron repentinamente. Liz sintió al Áspid a su lado, y encontró una mano que la ayudó a levantarse. De nuevo en pie, contempló la batalla: a pesar de las luces, la figura más pequeña era de color gris pardo, apenas visible. La silueta más alta se alzó por encima de su enemiga sobre unas piernas curiosamente articuladas y la golpeó con unas garras escamosas. Hesha abrió heridas en la piel desnuda de la niña con una lengua bífida de medio metro de largo que movía como un látigo.

Elizabeth tomó aire para gritar, pero el Áspid fue más rápido: le rodeó el cuello con el brazo y le cubrió la boca con su palma callosa antes de que pudiera emitir ningún sonido. Ella se ahogaba e intentó morderle, pero se detuvo. La presión sobre sus fosas nasales le indicó que el Áspid podía asfixiarla con tanta facilidad como silenciarla. En la otra mano del hombre, vio la silueta de una pistola, que iba cambiando la puntería con una precisión casi mecánica a medida que los combatientes avanzaban y retrocedían. Cuando todo hubo terminado y los monstruos dejaron de salpicar furiosamente, Mercurio la soltó.

–Guantes –ordenó Hesha.

El Setita dejó caer el cuerpo de su enemiga al agua. Ella seguía moviéndose, y Hesha la pisó con sus gruesas sandalias. Un tacón hundió la barbilla de la niña en el pavimento y Elizabeth dio un respingo. El vencedor se limpió las garras en la corriente; Thompson se adelantó para poner unos guantes de látex en las manos en proceso de reformación de su amo. Hesha se quitó rápidamente el impermeable, arrancándose la camisa y los pantalones, y dejó que las prendas cayesen al agua. Se inspeccionó por completo y se limpió cuidadosamente el icor rojo negruzco de las heridas.

–Limpio, señor –confirmó Thompson.

Elizabeth se estremeció. La piel escamosa de Hesha había empezado a cerrarse; los cortes y mordiscos infligidos por la criatura que yacía a sus pies dejaron de existir. Ninguno de ellos había sangrado. Las escamas se desvanecieron, y con el cambio de piel ocurrió lo mismo con las extrañas articulaciones y la estatura. Ron hizo una señal al Áspid, y Raphael apuntó a un lugar bajo el agua. Thompson se quitó su propio impermeable, poniéndolo sobre su jefe, y volvió junto a la escalera sujetando firmemente su pistola con las dos manos.

Protegido por los guantes, Hesha se agachó para coger a la niña por la frente y la mandíbula y apretarla contra los escalones de ladrillo. Los músculos infantiles hicieron un terrible esfuerzo contra la presión, y unos sonidos a media articulados se abrieron camino entre los dientes. Sin avisar, Hesha le soltó la barbilla y la niña abrió la boca. Más rápido de lo que podía percibir el ojo mortal, los dedos del Setita se metieron en la boca y salieron tirando de un gris pedazo de tejido muerto: la lengua de la niña. La tiró, volviendo a cerrarle la boca, y miró a los ojos a la pequeña asesina, que se apresuró a cerrarlos.

–Thompson, dame una pistola con silenciador. Y manténle los ojos abiertos. –Ron dijo algo en voz muy baja, pero Hesha lo oyó–. Córtales los párpados, entonces.

El viejo policía avanzó, preparando el arma y poniéndola en el escalón bajo la mano de su amo; después, se sacó un pequeño cuchillo de la manga y se inclinó sobre la cabeza de la niña. El Setita se acercó al rostro grisáceo y pronunció unas pocas palabras en tono autoritario. Los labios de la niña formaron los comienzos de las sílabas. Hesha le gritó en árabe, le habló en susurros, buscando en los arruinados ojos alguna muestra de obediencia o inseguridad.

–Quieta –dijo en inglés.

–Sujétale la cabeza –ordenó el Setita a Thompson. La boca de la niña se desintegró con un chasquido cuando la bala le atravesó la mandíbula. Una cuarta parte de su rostro quedó esparcida sobre la pared de yeso al otro lado de la calle. Hesha intentó repetir sus órdenes. Finalmente, con su captor concentrado en imponerse a su voluntad, la pequeña y resuelta criatura de los escalones se las arregló

para emitir un sonido.

Hesha la golpeó con una garra descuidada e impaciente. Lo lamentó de inmediato: no quedaba lo bastante de la niña para curar el corte. La asesina gritó, marchitándose, y se convirtió en polvo allí mismo.

En el vacío momento que siguió, apenas se oyó nada en el callejón.

La lluvia caía sobre el desastre. Ya había ocurrido antes y volvería a ocurrir. En Calcuta, en julio, el cielo cae sobre la ciudad. El agua cayó sobre el polvo que había sido una Assamita y lo convirtió en barro.

Elizabeth sujeta todavía por el Áspid, sollozó con terribles boqueadas. Le dolía respirar, y el agua en su rostro no era de lluvia. Los ojos le escocían. Temía lo que estaba viendo, y a los tres hombres que estaban con ella. Hesha se acercó al Áspid, mientras a su espalda Thompson recogía los instrumentos de la brutal cirugía. Liz apartó la mirada: no quería ver a ninguno de ellos.

—Suéltala, Áspid —dijo Hesha—. Suéltala.

Libre, Elizabeth se tambaleó, y el monstruo la cogió por los brazos. Amablemente, hizo que le acompañase callejón abajo, lejos del cadáver que se deshacía sobre los escalones, emprendiendo el largo regreso al hotel.

Elizabeth, inclinada sobre el lavabo, levantó la mirada. Una mano de color oscuro le tendía un trapo húmedo. Ella apartó los ojos del espejo y vio a Hesha de pie tras ella. Volvió a sentirse enferma, y él la sostuvo por los hombros mientras su cuerpo luchaba por vaciar un estómago en el que ya no quedaba nada. La bilis se mezcló con el

agua, y el trapo húmedo frotó su frente con suavidad. Sus convulsiones cesaron, y Hesha esperó mientras la mujer se enjuagaba la boca.

–¡No me toques! –Elizabeth se apartó violentamente de las manos de la criatura.

Hesha se quedó donde estaba, dejando que ella se fuese al otro extremo de la habitación.

–Era sólo una cría. ¡Una *niña*! –La última palabra salió como un chillido.

–No –dijo Hesha.

–Mataste a una niña pequeña –escupió Liz–. Una niña. Torturaste a una cría hasta matarla.

–No –repitió el monstruo con tranquilidad–. Eso es parte de la pesadilla que tuviste antes.

–¡Maldito seas! Maldito... Eso fue real. Te vi hacerlo –dijo rompiendo a llorar–. ¿Por qué la *mataste*?

Hesha se acercó un paso, con cuidado. Se detuvo en un punto cuidadosamente escogido... exactamente el que ella le permitiría alcanzar.

–Eso es parte de la pesadilla. Tu Rey Rojo bajo la montaña. La mujer mono, enviada para matar al mago. Nada en la pesadilla es lo que parece.

–Te *vi* matarla –susurró Elizabeth ominosamente–. Y te vi a ti. –Tragó saliva al notar que se le revolvían las tripas, y se estremeció–. ¿Qué eres?

El Setita meneó la cabeza.

–Otra parte de la pesadilla.

–¡No! –Frustrada, Elizabeth se golpeó las piernas con unos puños pálidos de ira–. ¡La verdad! ¿Qué eres? ¿*Qué eres*?

Hesha cruzó el espacio entre ellos y la cogió entre sus brazos. Se quedaron así quizá durante unos cinco minutos... la mujer temblando y apartándose de él, los brazos puestos alrededor de su cuerpo para protegerse del Setita, pero llorando igualmente sobre su hombro. Hesha no dijo nada, pero la sujetó hasta que los sollozos cesaron. El llanto fue aflojando poco a poco, y cuando él supo que Elizabeth volvía a ser dueña de sí misma la dejó libre.

La joven intentó apartarse, pero no tenía dónde ir. Cayó sobre la alfombra en el rincón y dijo torpemente:

–Déjame sola.

Hesha se arrodilló en el suelo, fuera del alcance de su brazo. De pronto, fue consciente del calor dejado en su piel por el cuerpo de ella y de las cálidas lágrimas que humedecían su camisa. Bajo el ruido de la trabajosa respiración de la mujer, empezó a notar los latidos de su corazón. El Setita rompió el silencio.

–Maté a esa criatura –dijo en tono neutro, dejando que las palabras cayesen sobre ella– porque había probado mi sangre, porque había puesto en peligro mi misión y a mi gente, y porque había matado a Michel.

–¿Qué era Michel para ti?

–El mago. Y ella era la mujer mono enviada para destruirle. Ella... ello... no era una niña, no una niña por la que debas llorar. Puede que lo fuese hace un siglo, pero mis enemigos cogieron a aquella niña, la entrenaron, la mataron y la convirtieron en una asesina bajo su control. –Hizo una pausa–. Una herramienta para matar.

De donde había estado su corazón en otros tiempos, le llegó un susurro: *¿En qué tipo de herramienta convertirás tú a Elizabeth?*

–Te dije que me dedico a evitar que peligros enterrados caigan en malas manos. Vine a Calcuta porque uno de los peores peligros está suelto por el mundo. La Estrella Roja que te aterroriza en tus sueños. –La miró: al menos, estaba escuchando. La mención de la estrella había hecho efecto, y quizá Elizabeth estuviese por fin preparada para creer en aquello que él había ido a buscar–. Michael podía haber encontrado su fuente por mí. Creo que juntos hubiésemos podido detener el Ojo, la estrella, si alguien pretendía usarlo para el mal. –Su voz se endureció–. Pero la asesina arruinó esa esperanza. Más gente sufrirá por culpa de esa "niña" y de quien le pague por matar a mi amigo. Acabaron con él para impedir que hablase conmigo. –Mientras hablaba, se preguntó si podría ser verdad.

Hesha se apoyó sobre las pesadas cortinas, estirando las piernas. Habló con pesadumbre:

–Pero tú... tú no hubieses tenido que ver esto. Ha sido terrible, y siento que hayas llegado tan cerca del centro de todo. –Estudió la

ropa de cama y la habitación. Tras un preciso intervalo, se volvió a mirar a la mujer del rincón—. Perdóname, Elizabeth –suplicó—. No tendrías que haberlo visto –insistió. *Señor, me enviaste una vidente cuando supiste que había perdido a Vogel, y te estoy agradecido. ¿Pero por qué esta mujer? ¿Y por qué tenía que ver tanto y tan rápido?*

Hesha sintió que unos dedos cálidos cogían los suyos, y suspiró con el aliento que le quedaba. Miró a Elizabeth, y siguió los ojos de ella hasta sus manos unidas; sonrió con tristeza.

Elizabeth tomó su mano entre las suyas. El puño de su camisa ocultaba la muñeca... pero allí estaba. Una pulsera de cáñamo trenzado y pulidas cuentas blancas. La cuenta más grande colgaba baja, y Elizabeth hizo que girase para verla mejor. Reconoció sin sorpresa el ojo blanco de la estatua.

Ninguno habló. La habitación había estado en calma un momento antes. Ahora estaba embargada del tipo de calma que precede a la tormenta.

–Siempre llevas eso en un cordón alrededor del cuello –dijo Elizabeth—. ¿Por qué lo llevas esta noche en la muñeca? –Antes de que Hesha pudiera contestar, Elizabeth lo dedujo—. Te pusiste eso en la muñeca y me llevaste a pasear... Me cogiste de la mano para que me tocara. –Más despacio—. Y después empecé a... pasearme, a ir a sitios sin ninguna razón aparente. –Cerró los ojos y se rodeó las rodillas con los brazos—. Por eso has sido tan amable conmigo, para cogerme de la mano y ponerme eso. Yo era sólo... la cuerda del péndulo... Me has utilizado.

Hesha sacó una garra y cortó la pulsera, cerrando sus manos escamosas sobre ella.

–Sí –dijo.

–Para encontrar a la niña.

–No. No sabía ante qué me llevarías. –El Setita hizo una pausa, frotando entre sí las cuentas de la pulsera: sonaron como las cuentas de oración azules de su remoto hogar—. Con tiempo, hubiese podido encontrar yo sólo cualquier cosa. Pero no tengo tiempo, Elizabeth. Estoy buscando atajos. Necesito respuestas rápidas. Te puse... en circuito... con el ojo de piedra para rastrear su fuente. No esperaba

encontrarme con la asesina; es la verdad.

–Pero sigo siendo simplemente la cuerda del péndulo –murmuró Elizabeth.

–No. Eso puede serlo cualquier cordel, cualquier hilo. Tú eres insustituible, Elizabeth. –Y al decir aquella mentira, Hesha comprendió que era verdad.

–Insustituible –repitió ella, con una suave risa. Hesha se sorprendió ante el cambio en el tono: de la histeria había pasado a un nivel cínico e impredecible que él no estaba seguro de poder alcanzar.

–¿Por qué es tan divertido?

–Por favor, ahora vete –pidió ella–. Estoy cansada.

Sonó el teléfono en la habitación de al lado. Hesha levantó la mirada hacia la puerta, reacio. Elizabeth rió de nuevo y se metió en la cama.

–Ve, Hesha. Los *rakshasa* te están llamando, y alguien quiere que yo me ponga a dormir.

* * *

–¿Hesha Ruhadze? –Era una voz de hombre, con un buen inglés a pesar de su fuerte acento.

–Al habla.

–Necesito hablar con usted en persona. Ahora mismo. No creo que mi nombre pueda decirle nada, pero hablé con Michel hace unas pocas noches, y creo que usted necesita hablar conmigo –dijo el desconocido presuntuosamente– como yo con usted. Estoy en el Elefante Rosa, escaleras abajo. Venga antes de diez minutos, o no se moleste en venir.

* * *

Hesha entró tímidamente en el oscuro y ruidoso club. El persistente ritmo del tambor se arrastraba desde el suelo de madera hasta las suelas de sus zapatos. El humo y las luces de colores en movimiento hacían jugarretas a sus ojos. Exploró la sala en busca de rostros familiares. Aliviado al no ver ninguno, fingió darle un sorbo a su

bebida. Con la actitud y expresión de un resuelto bebedor de madrugada, siguió el borde de la pista de baile hasta una pequeña zona con sillas y mesas libres. El Setita se sentó en un banco, apoyándose contra la pared, y procedió a hacer desaparecer la bebida.

Tras un rato, una figura se separó de un grupo de chicas que giraban bajo las luces destellantes. Con un andar jactancioso, el hombre se acercó a la mesa de Hesha, tomando asiento.

–Ruhadze. Qué amable por su parte el dejarse caer.

El recién llegado era moreno y apuesto, pero iba desaliñado. Lucía una grasienta perilla de aspecto perverso, y sus cejas negras y arqueadas parecían tan puntiagudas como su barba y bigote. Unos rizos rebeldes le caían sobre la frente antinaturalmente pálida, y se los apartó mientras sonreía. Hesha le examinó sin hacer comentarios. El desconocido no superó la prueba del silencio, y habló ansiosamente:

–De acuerdo, estoy aquí para hacer un trato con usted –dijo rascándose la barbilla–. Usted busca algo, y yo sé dónde está. Puedo llevarle hasta allí.

–Su nombre –cortó Hesha.

–¿Es que no está interesado? Pensaba que ansiaría...

–Su nombre –ordenó el Setita.

–Ravana. Khalil Ravana.

–Siga, Khalil. Y llámeme Hesha, si no le importa.

Con el impulso inicial interrumpido, el desconocido con nombre de *rakshash* vaciló, y Hesha aprovechó para llenar el hueco:

–¿Por qué cree que yo estoy buscando algo?

–Por Michel: vino a hacerme una serie de preguntas sobre... sobre un lugar que conozco. Había tenido mucho tiempo para preguntar antes, pero no se mostró interesado hasta que apareció usted. Y después muere aquí mismo, en su puerta: según los rumores, ni siquiera le dio tiempo a sentarse antes de que acabasen con él. Así que hice algunas suposiciones. Usted busca lo que él estaba buscando. Y él no tuvo tiempo de darle la información antes de que ellos le matasen. No sé quiénes son "ellos", pero puedo imaginarlo. Y tengo la sensación de que ya no soy un no muerto *saludable*. Estoy aquí para soltarlo todo y que ellos puedan ir a por usted, en lugar de a por mí.

–Qué amable –comentó Hesha juntando las yemas de los dedos–. ¿Y qué es lo que quiere de mí?

–Bueno, no estoy muy seguro... Quizá podamos dejarlo en que me debe una.

El Setita negó con la cabeza.

–Diga cuál es su precio.

Khalil se encogió de hombros.

–Mire, le mostraré la mercancía. Le llevaré hasta allí. Si es lo que busca, podemos hablar del trato entonces. Llámelo –pareció estar escuchando a alguien a su izquierda– un servicio prestado a cambio de... futuras consideraciones. Se retorció el bigote–. Por ejemplo, podría sacarme de Calcuta.

–Puedo hacerlo –confirmó Hesha.

–De acuerdo entonces –asintió Khalil–. Le veré aquí mañana, justo tras el ocaso, y le llevaré al lugar.

Hesha enarcó una ceja.

–No. Mañana a las nueve, nosotros nos reuniremos con usted frente al hotel.

–¿Quién es "nosotros"?

–Quiénes somos –corrigió el Setita, uniendo las manos y mirando al infortunado Ravnos durante un momento de silencio– es asunto mío. Nos encontraremos fuera, junto a la librería, a las nueve en punto.

–Yo no he dicho nada de...

–Y yo tampoco le he preguntado a usted por otra gente. Nos escoltará a mí y a mis acompañantes desde la librería, no este mercado de carne, a las nueve en punto. Si usted y su amigo –Hesha hizo un gesto hacia la izquierda de Khalil– me esperan aquí, se quedarán atrás cuando yo me marche de Calcuta.

–Espere un jodido minuto, sucia serpiente. –El temperamento del Ravnos, magnificado por la ira que impregnaba la ciudad, le hizo ponerse en pie, gritando–. No tengo por qué aguantarle esas mierdas. Nadie más puede llevarle hasta... Podría irme de aquí ahora mismo, ¿y dónde cono estaría ahora?

–Por alguna razón, señor Ravana, no creo que usted *pueda* irse de esa forma. Comunique a su patrón que prefiero tratar con los

responsables; haré una excepción en este caso como muestra de deferencia: no puede haber muchos peones realmente... *prescindibles* a su disposición en estos tiempos.

El Setita se puso en pie, hizo un saludo burlón hacia el hombre que podía ver y otro sincero hacia su acompañante invisible, y se marchó.

A su espalda, mezclado con la música, oyó a Khalil pateando la mesa. El mueble voló por la sala, rompiendo cristal y cabezas en su camino, y seguido por una andanada de maldiciones. Cuando el Setita miró hacia atrás, el monstruo más joven estaba rodeado por indeterminadas siluetas y formas de color que no tenían nada que ver con las luces del local.

Hesha se puso el monóculo, se dio la vuelta para subir por la gran escalera de estilo holandés, y se permitió media sonrisa.

SÁBADO, 24 DE JULIO DE 1999, 11:03 PM

UN CALLEJÓN EN GREY TOWN, CALCUTA, BENGALA OCCIDENTAL

Ron Thompson estaba sentado, frío y húmedo, en la parte trasera de una carreta tirada por un burro estremecido. Su humor era tan negro como la noche que le rodeaba, lo que era decir bastante. El tifón –una tormenta única en mil años, según los informes de la CNN– había llegado al amanecer. Pero si el sol había llegado a salir, Thompson no lo había visto. Las nubes eran demasiado espesas. A pesar de llevar dieciocho horas sobre tierra, el tifón "Justin" no mostraba signos de agotamiento. El Himalaya había atrapado el viento y la lluvia en su camino hacia el norte. Las tormentas no podían forzar el paso a través de las montañas, pero tampoco dejaban de luchar. El nivel del agua en la ciudad llegaba casi al metro. En las zonas más civilizadas, las luces parpadeaban y amenazaban con apagarse. Y en los barrios bajos por los que los guiaba el loco de las riendas, el fluido

eléctrico había desaparecido por completo. Visibilidad: cero. Disgustado, Thompson abandonó su puesto de centinela y se acurrucó junto al Áspid. El agua y la vegetación flotante giraban en torno a sus rodillas, pero al menos los brillantes costados verdes de la carreta ofrecían alguna protección frente al viento.

* * *

El pequeño carro verde se detuvo junto a la enorme ruina de un edificio de apartamentos. El agua se derramaba sobre las agrietadas paredes, chorreando por todas partes. Thompson y el Áspid esperaron, mirando hacia las ventanas rotas, las repisas destrozadas y los débiles postigos. Cuando quedó claro que la carreta se había detenido definitivamente, bajaron de ella. El Áspid se quedó montando guardia hasta donde la lluvia lo permitía, y Thompson ofreció su mano a Liz para que saltase al agua de color pardo que llegaba por las rodillas. Hesha bajó sin ayuda por el otro lado.

Khalil Ravana saltó del pescante a la grupa del infortunado burro. Con dedos rápidos y expertos, soltó al animal de los arreos. Le pegó una patada en el flanco, pues se negaba a moverse, y susurró una serie de horrores en sus orejas. El animal huyó frenéticamente del rugido del tigre, subiendo un tramo de escaleras y corriendo por un pasillo. Ravana desmontó, ató la bestia a una barandilla, y se volvió para bajar por las escaleras.

—¡Aiii! —Se oyó una aguda queja procedente de una mujer robusta y gesticulante que bloqueaba el paso de Ravana.

En hindú, la mujer pidió una explicación de la presencia del burro. Khalil hizo chasquear los dedos, y un hombre muy musculoso con un hacha subió las escaleras tras él. El fantasma se lamió los labios, alzando el arma por encima de su cabeza.

—¡Aiiiiiii! —Con otro grito, el doble de fuerte y el triple de agudo, la mujer desapareció tras la esquina, adentrándose por un oscuro pasillo.

Khalil dirigió una sonrisa a los cuatro pasajeros que aguardaban en la calle. Bajó despacio los escalones, abrió una puerta gruesa y de aspecto sorprendentemente sólido, y apartó a Hesha de su pequeño

grupo con la mirada.

–Aquí estamos. Adelante. –Los cuatro se dirigieron hacia la entrada–. No. Sólo usted, Ruhadze.

El Setita miró a su guía sin decir nada.

–¿Qué? ¿Qué? ¿Quiere volver al hotel con las manos vacías? Puede venir solo o no venir. Se lo intenté decir anoche, estúpido presumido.

Hesha se acercó a la puerta, examinando la madera, el ruinoso edificio y la sonrisa del Ravnos.

–*Ella* viene conmigo –dijo. Sus ojos observaron cada músculo del rostro de su interlocutor. Khalil movió los párpados, y un tic empezó a hacerse notar en su sien derecha. Por un momento, Hesha pensó que perdería el control por completo... pero oscilando justo al borde, Khalil recuperó la mirada que había esperado el Setita: pareció escuchar a alguien invisible a su lado, y su expresión se relajó.

–Muy bien –accedió, evidentemente para su sorpresa–. Pero sólo ella. Los demás se quedan aquí.

–Dadle a la señorita Dimitros una linterna y una cámara –ordenó Hesha.

Thompson y el Áspid no dijeron nada... y no lo dijeron tan fuerte que Elizabeth captó cada palabra. El jefe estaba chalado. Todo aquello era una trampa. La chica no estaba lista. La chica, al menos, iba vestida con vaqueros y calzado resistente aquella noche. La chica no iría. La chica iría. Mientras sus reservados y bien adiestrados rostros decían todo aquello, los dos hombres equiparon a Liz con un cinturón lleno de herramientas, una vieja cámara a prueba de agua en torno a su cuello y un paquete lleno de película bajo su impermeable. Lo último que leyó en sus caras antes de que el Áspid le hiciese avanzar fue una especie de conmiseración: dos miradas idénticas dirigidas hacia ella, que decían que ellos habían estado donde estaba ella, que no les había gustado y que desearían que se encontrase en cualquier otra parte. Extrañamente reconfortada, Elizabeth siguió a Hesha por el pasadizo. Tenía la mano puesta sobre el teléfono, y repitió mentalmente la lista de códigos de alarma de Thompson para mantener la tranquilidad.

El corredor tenuemente iluminado terminaba en una escalera

hacia arriba. *Me están siguiendo*, pensó Elizabeth. *Siete-dos-dos*. La escalera los condujo hasta medio balcón, roto por el lado exterior. *Alguien está conmigo en la habitación: ocho-tres-cuatro*. Khalil los llevó a un apartamento abandonado y por encima de un tejado. *Ha llegado la policía: tres-cero-seis*. El tejado daba a una rota y retorcida escalera de incendios. *Estoy herida: uno-uno-uno*. Su guía soltó una escalera de la masa de hierros y la apoyó contra una pared. *Hesha está herido: nueve-nueve-nueve*. Subieron, dejando atrás un bastión de ladrillo entre dos edificios, y se detuvieron ante un final sin salida. *Fuego: cinco-dos-ocho*.

Khalil desapareció entre los ladrillos. La cabeza y las manos seguían a la vista. Hesha tomó los dedos callosos y entró en la ilusión. Alargó la mano hacia atrás en busca de Elizabeth, y ella le cogió. Dentro de los ladrillos, no podía ver nada, así que buscó su linterna. Estaban en una escalera de caracol con el techo muy bajo. Los ladrillos cedían su lugar a la piedra, la piedra de nuevo al ladrillo, y los escalones descendían más allá del resplandor de la lámpara. Sus pies hacían poco ruido sobre los polvorientos peldaños, y las ropas empapadas no sonaban al rozar; al cabo de un rato dejaron de gotear, y Elizabeth pudo oír, muy claramente, que la suya era la única respiración que sonaba en la mohosa chimenea.

Confirmando la llamada, pensó como defensa. *Cuatro-nueve-cuatro*.

Por fin dejaron de descender, y se arrastraron a lo largo de un túnel. El trayecto era horizontal en su mayor parte, y pasaba entre ruinas que no tenían nada que ver con cemento, ladrillo y las viviendas que había encima de ellos. Entre tramos de escombros y piedra en blanco, Elizabeth notó grabados y palabras escritas en algo parecido al sánscrito. Se hubiese detenido para estudiar aquello, pero los otros dos avanzaban a gatas a un ritmo que le costaba seguir.

Perdido el contacto visual: ocho-uno-ocho.

De pronto, el estrecho pasadizo se abrió. Liz pudo usar su linterna para iluminar el camino. Aquel lugar, lo bastante alto como para estar de pie, tenía la forma de un cuarto de esfera: una pared lisa vertical, un suelo casi en ángulo recto con la pared, y espacio para respirar. Tras ellos, el agujero por el que habían entrado; delante, la silueta de una puerta. Su historia saltaba a la vista: sellada con piedra,

rota, cerrada de nuevo con ladrillos, rota una segunda vez, una tercera... posiblemente más. Ahora estaba abierta entre la altura del hombro y el dintel, y Hesha acababa de trepar hasta el hueco y meterse por él.

Elizabeth puso el pie en un montón de escombros de aspecto estable, agarrándose al quicio, y llegó al hueco. Se agachó allí por un momento, recomponiendo su equipo. La linterna, colgando de su enganche, jugaba por el techo abovedado: el rayo iluminó la alegre cara de Khalil y su postura tumbada: estaba cómodamente recostado sobre el tejado de una balaustrada al otro extremo de la habitación. Liz bajó la luz, buscando un punto al que saltar, y gritó.

El suelo estaba cubierto de cadáveres —algunos frescos, otros esqueléticos, algunos en estado de putrefacción—, y los cadáveres estaba a su vez cubiertos de ratas, calvas, enfermizas y llagadas criaturas que se metieron en las mandíbulas y cajas torácicas vacías de los muertos al oír el grito de Liz. Un segundo después, volvieron a asomarse. Unos ojos rojos se volvieron hacia ella significativamente; unas cuantas avanzaron en dirección a la joven mientras las demás volvían a su banquete.

La voz de Hesha alejó los chirridos de las alimañas.

—Déjala en paz —ordenó.

Al instante, los horrores desaparecieron. Elizabeth se estremeció. Ahora, el suelo de piedra estaba despejado ya, y se dejó caer agradecida sobre él. Nerviosa y suspicaz, revisó su verdadero entorno. El techo seguía siendo igual; las paredes eran de roca labrada, no tierra llena de ratas. Khalil seguía en el mismo sitio, pero su expresión había cambiado, y la decepción se mostraba en su rostro. Hesha, invisible antes, ocupaba el rincón de la derecha de la cámara: su índice recorrió los relieves sin llegar a tocarlos, y el Setita tenía el ceño fruncido a causa de la concentración. Liz se agachó junto a la puerta, observándole.

Durante cinco minutos, Khalil mostró la misma paciencia. Pero al final el Ravnos acabó por aclararse la garganta.

—¿Bien?

Hesha miró al Ravnos.

—Bien. Pero esto no es todavía la fuente.

Khalil chasqueó la lengua.

–No –admitió, sin moverse.

–¿Qué es lo que quiere?

–Bueno –dijo, incorporándose–. Está buscando el Ojo, eso es algo que salta a la vista. –Se encogió de hombros–. Yo podría ser un tipo valioso para ese paseo. Después de todo, es nuestro Ojo, no el suyo. Así que puedo saber cosas que usted necesite más tarde. –Se rascó la barbilla–. Bien: si yo le muestro la última habitación, usted me saca de Calcuta. Y me protege. Y se muestra amable conmigo –señaló, perdiendo por un momento su máscara de simpatía–. Y yo le ayudaré a encontrar ese viejo y maligno Ojo.

Hesha consideró la oferta por un momento, y respondió despacio, con palabras cuidadosamente elegidas.

–Le llevaré conmigo –entonó– y le protegeré –hizo una pausa– mientras siga ayudándome en mi búsqueda del Ojo de Hazimel.

–¡Trato hecho! –exclamó Khalil. Soltó una carcajada, mirando a su nuevo socio en un acceso de camaradería–. Imagine la cara que pondría Abernethie: un gitano y una serpiente dando por buena la palabra del otro. Bien, vamos allá. Está aquí mismo. –Tanteó el suelo con el pie, y un pozo se abrió bajo él: escalones tallados en la roca, que bajaban hasta quedar sumergidos. Khalil se metió hasta la cintura y sonrió a Elizabeth: – ¿Te has traído el equipo de buceo, dulzura?

Hesha captó la mirada de Elizabeth.

–Fotografía esta habitación. Quiero detalles de los murales.

Ella asintió, y Hesha siguió a Khalil por el agujero.

Sola, Elizabeth colocó su linterna en una pared y empezó a fotografiar la otra. Cuando hubo terminado, pasó a la siguiente. Con papel y lápiz a prueba de agua, tomó notas sobre las medidas estimadas de la sala. Esperó nerviosamente con la cámara y la linterna en el regazo. El estanque seguía inmutable. Finalmente se puso de pie, cambió de nuevo el ángulo de la luz y tomó una nueva serie de fotografías, esa vez con su cuaderno de notas en la imagen para determinar la escala. El tiempo pasaba lentamente.

A la espera en el punto de reunión: dos-siete-uno.

DOMINGO, 25 DE JULIO DE 1999, 12:34 AM
 LA CÁMARA FUNERARIA DE UNA TUMBA ANÓNIMA,
 CALCUTA, BENGALA OCCIDENTAL

Khalil, aburrido hasta lo indescriptible, estaba tumbado sobre la tapa de piedra de un sucio sarcófago. La luz de su compañero pasaba por la cámara como una luciérnaga; él hubiese preferido estar en la discoteca... o mejor todavía, suelto por Nueva York. Eso sí que era una ciudad de pecado. El Ravnos se enganchó las manos en el cinturón y soñó con América.

Hesha flotaba de pared a pared, estudiando los símbolos, los diseños, las escenas y las hileras de inscripciones grabadas en la roca. Satisfecho por fin, suspiró. La cámara funeraria, aunque sospechaba que podía ser falsa, procedía de la misma cultura que la estatua del *rakshasa*: de hecho, parte del trabajo parecía obra del mismo artista. El poco aire que había conservado en los pulmones para hablar salió al exterior, y su cuerpo muerto se afianzó sobre el suelo resbaladizo. Se quitó las sandalias para moverse mejor, sacó su propia cámara y procedió a estudiar la tumba en detalle.

En la tercera pared, cerca del rincón, encontró el pasaje crucial. Instrucciones. Hesha hizo una pausa, leyéndolas, y se quedó inmóvil por un momento... Llevaba más de un siglo buscando el Ojo; el impacto del éxito (aunque el Setita siempre había dado por hecho que *acabaría* teniéndolo) le hizo pararse.

Instrucciones para la conservación, sellado y transporte seguro del Ojo de Hazimel.

Hesha estuvo a punto de soltar una carcajada. Era tremendamente sencillo... una vez conocías el secreto. Le había costado más trabajo traducir la vieja inscripción que lo que le costaría hacerse con el Ojo. Era magia de campesinos, hechicería vulgar, literalmente un juego de niños... pasteles de barro. El agua del río sagrado mezclada con tierra (*lodo del Ganges*, pensó, *del Nilo*), en

contacto con el orbe cerraría el párpado. Una espesa capa cubriendo el Ojo le haría "dormir". La arcilla seca y endurecida protegería al artefacto del daño... y al hechicero del artefacto. El escriba seguía explicando una historia sobre el rescate del Ojo de unos ladrones, un cuento sobre un poderosos *rakshasa* que lo dirigía sabiamente, una invocación a Hazimel... La inscripción continuaba bajo otro relieve, pero el texto adicional se había perdido. Directamente sobre una leyenda acerca del origen del Ojo, algún iletrado había usado en cincel en el mural. La inscripción describía una variante de un cuento popular bengalí: la destrucción del corazón de una reina demonio con una espada en forma de hoja de palma. Heshu fotografió la sección cuidadosamente, maldiciendo al segundo escritor. Quizá pudiese descifrar la inscripción estropeada más tarde. Pasó al siguiente panel, y después al techo, y a los lados del sarcófago. Se tomó su tiempo.

* * *

Elizabeth puso otro carrete en la cámara. Ya había usado la mitad de sus reservas: sería mejor que guardase el resto por si había otras cámaras que Khalil no se hubiese molestado en mencionar. Si había un ángulo de la sala que no hubiese captado, no sería por falta de trabajo. O de tiempo.

Volvió a colgarse la cámara al pecho y cogió la linterna. La curiosidad la llevó hasta el primer –o último– panel de la serie. Era difícil decir dónde empezaba la narración –estaba segura de que los grabados representaban un mito definido, no escenas independientes–, pero aquel extremo era un punto de partida tan bueno como cualquier otro. Leyendo de izquierda a derecha, trazó una historia, al menos en su propia mente.

En el primer relieve, una ciudad caía ante los invasores: a la izquierda mostraba altos y bellos edificios, y a la derecha los guerreros a las puertas. En el segundo panel, las torres habían caído, los guerreros controlaban las calles, y los refugiados huían. Un hombre extraño corría también, más grande que el resto y por ello posiblemente más importante. Mostraba algunos de los símbolos asignados a los demonios –*rakshasa* o *asura* o los muertos

malignos –, pero sus ojos eran claramente su rasgo más importante para el artista: no encajaban. Uno de ellos era al menos tres veces más grande que el otro, y los restos de pintura mostraban iris de distinto color. En la tercera escena, el *asura* estaba en la jungla, rodeado de montañas, y en distintas poses a lo largo del paisaje parecía estar dirigiendo la construcción de un templo o palacio a lo lejos. En el cuarto panel, el demonio, grande y en el centro, tomaba el lado izquierdo para luchar contra una banda de invasores de la ciudad capturada, mostrada en miniatura en un rincón. A la derecha, dispensaba justicia a los prisioneros atados a columnas en su edificio casi terminado.

En la quinta sección, con mucho la más compleja y difícil de interpretar, un ejército de la ciudad llegaba para conquistarlo. Aun entendiendo que la escena progresaba de un lado al otro, Elizabeth reconoció su derrota: había una ciudad, estaba el palacio del *asura*, *el asura* luchaba, ¿pero en qué bando luchaban los animales? Si el demonio dirigía a las bestias del campo, ¿por qué había algunos en posturas agresivas *dentro* del palacio? Si las criaturas luchaban con el ejército, ¿por qué había tantas apartándose del *asura* y atacando aparentemente a los suyos?

Por desgracia –Elizabeth escuchó el sonido de aquella palabra y reconoció que sentía prejuicios hacia el demonio de los ojos desiguales –, el último panel mostraba un claro triunfo para el *asura*. Tenía una corte en su templo terminado. Tras él se alzaba un gran –o inmensamente importante: el tamaño podía significar cualquier cosa a aquel nivel de pictografía– dios demonio con cien cabezas y brazos. Él, o ella, o ello, concluyó Liz, debía de haber enviado los animales que ayudaron al demonio a ganar la batalla. Al menos la mitad de sus cabezas no eran humanas, y Liz pudo distinguir ratas, perros, gatos, monos y asnos entre la masa.

De pronto, Elizabeth se vio bruscamente apartada de la pared. Tendida boca arriba junto a los escalones, miró frenéticamente a su alrededor, preguntándose quién le habría golpeado. Se dio cuenta, horrorizada, de que la tierra misma se estaba moviendo. Los temblores levantaron polvo de las grietas del suelo y cubrieron las losas de material desprendido del techo. Elizabeth se arrastró como un

cangrejo hasta la balaustrada y se agarró a ella, preparándose para lo peor. Un padrenuestro afloró a sus labios, seguido por un avemaria. La última sacudida la envió rodando por el suelo mientras murmuraba "ahora y en la hora de nuestra muerte". Los bloques de la bóveda permanecieron en su sitio, el agua dejó de salpicar desde la escalera, y la grava cerca de la puerta rota se quedó quieta.

Su teléfono sonó, y ella dio un salto. Tras los coléricos bramidos de la tierra, aquel zumbido moderno y *amistoso* parecía absurdo. Casi soltó una risita de alivio.

–¿Hola? –La voz de Thompson, pensó ella. Era difícil decirla a causa de las interferencias–. ¿Me oyes?

–Estoy aquí –contestó Elizabeth.

–¿Hola? ¿Hola? ¿Hay alguien? –La señal se interrumpió por un segundo–. El circuito está abierto, pero... nadie... no contesta.

–¡Estoy aquí! –gritó Liz al teléfono–. Estoy aquí. ¿Qué ha pasado? ¿Me oyes?

La tenue voz del Áspid llegó a través de las interferencias:

–Prueba otra vez... calle...

La línea enmudeció, y Liz miró decepcionada el pequeño aparato. Buscó en su memoria el código para *He sobrevivido al terremoto y puedo oírte; conexión demasiado mala para hablar*, pero parecía una situación demasiado específica. Marcó el cuatro-nueve-cuatro, después guardó el teléfono y miró el estanque... el agua no revelaba nada de la situación bajo ella. Comprobó que la cámara no hubiese sufrido daños, recuperó la linterna del rincón en el que había acabado, y después dobló las piernas para sentarse junto a la barandilla. La adrenalina –el segundo subidón de la noche– se extendía desde su estómago.

Esperó pacientemente durante media hora o más, contemplando cómo se calmaban las aguas. Por fin detectó una agitación en la superficie. Tanteó con cuidado la barandilla en busca de nuevos temblores sin que sus dedos detectasen nada, y sonrió cuando las aguas se agitaron un poco más. Sus dos acompañantes estaban de vuelta: en poco tiempo saldrían de las ruinas. Se apartó de la balaustrada, acercándose por la barandilla para recibir a Hesha y el gitano cuando salieran.

Khalil emergió del agua como un cohete. Se sacudió como un animal, salpicando toda la estancia. Liz se protegió los ojos con una mano y concentró su atención en la superficie del agua. Un fuerte impacto llegó a sus oídos: alzó la mirada y vio a su guía embistiendo el sello de la puerta. Khalil retrocedió y volvió a golpear con el hombro, una y otra vez. Intentaba abrirse camino a golpes, aunque tenía la abertura al alcance de la mano.

Elizabeth boqueó.

—¿Qué es lo que estás...? —Se interrumpió al ver el rostro de Khalil.

Los ojos del Ravnos no veían nada, tan abiertos como estaban. Un terror irracional los embargaba, y su mirada de animal salvaje volvía al pozo una y otra vez. Tenía la boca abierta como un perro jadeante, y sus dientes desnudos eran visibles: los caninos, alargados como colmillos, relucían cruelmente.

—Oh, Dios mío —susurró ella. Se apartó del monstruo y del peligro no visto escaleras abajo.

El Ravnos corrió de nuevo hasta chocar con la pared, con tanta fuerza que rebotó y cayó al suelo con un aullido. Sus ojos empezaron a cambiar: convertidos en las ranuras de un depredador, registraron la habitación en busca de una presa, no de una salida. La criatura corrió hacia Elizabeth, la atrapó con sus manos como garras y la arrojó a un rincón. Khalil saltó sobre su cuerpo acurrucado, metió la nariz bajo su cuello, la olisqueó, le desgarró la ropa sobre los hombros y lamió su piel desnuda. Ella se apartó siguiendo la pared. La cara del gitano mostró sorpresa por un momento... después perdió toda expresión, y el animal volvió. Khalil saltó de nuevo a su lado, la agarró por el hombro y...

...llegó un sonido desde el pozo, y los ojos de Khalil cambiaron de nuevo. Empezó a volver la mirada.

Al instante, Elizabeth vio a Hesha como un borrón entre ella y el monstruo. La escena se paralizó. Khalil Ravana, tendido en el suelo, Elizabeth apretada contra la pared y Hesha ante ella, con la mano sosteniendo todavía el extremo romo de algo de color pálido que atravesaba el pecho del otro hombre.

—No grites —dijo él con calma—. El terremoto puede haber

debilitado los túneles. ¿Estás herida?

–Creo que sólo magullada.

–Bien. Ahora ayúdame con él. –Hesha arrastró el cuerpo del Ravnos hasta la puerta–. Sube. Ahora, sostén el cuerpo cuando te lo pase. No intentes soportar el peso tú sola.

Juntos, lograron pasar el rígido cuerpo por la abertura, y Hesha empezó a atar una cuerda de nylon alrededor del torso de Khalil. Elizabeth miró el arma que le atravesaba el pecho y vio confirmadas sus sospechas.

–Es un vampiro –dijo, y su tono era tan extraño que por un instante Hesha interrumpió lo que estaba haciendo.

Suavemente, el Setita volvió a sus nudos, y en un tono igualmente suave, respondió:

–No. Es un *shilmulo*.

–Tenía colmillos. Le clavaste una estaca en el pecho y está muerto, Hesha. Es un vampiro –insistió ella, fríamente.

–Elizabeth –repuso Hesha con algo de impaciencia en su voz–. Si te clavase una estaca a ti, ¿seguirías moviéndote después? Si te atravesase el corazón, ¿sobrevivirías? Khalil sobrevivirá, los *shilmulo* sobreviven, pero los humanos no. –Ató el extremo de la cuerda a su propio pie y se inclinó para entrar en el túnel–. Vigila la estaca. Si ves que se está soltando, avísame enseguida. Preferiría no tener que repetir el proceso en un espacio más cerrado. –Vio que Liz vacilaba, y la miró a los ojos–. ¿Y ahora qué, Elizabeth?

–¿Bebe sangre? Y no me hables de los mosquitos, las sanguijuelas o los masai. Sabes a qué me refiero. La verdad, Hesha.

Hesha contempló el rostro del gitano. Unos ojos tozudos siguieron clavados en él, y parpadeó con hambre.

–Sí, lo hace –dijo el Setita, y volvió a arrastrarse por el agujero, tirando del Ravnos paralizado.

DOMINGO, 25 DE JULIO DE 1999, 4:45 AM

OBEROI GRAND HOTEL, CALCUTA, BENGALA OCCIDENTAL

– Habitación segura, señor. – La voz de Thompson sonó en tres auriculares en tres puntos distintos del hotel –. Nadie en el corredor.

– Adelante con él. Transporte, atento a las puertas que se abran. "Distracción", informa... y entretén a cualquiera que se acerque. Yo iré por la ruta central para ofrecer un blanco más atractivo.

Transporte, en la forma del Áspid, un carrito de equipajes y una bolsa de ropa sospechosamente abultada, cruzó el vestíbulo y entró sin problemas en el ascensor de servicio. "Distracción", en la forma de Elizabeth, se dispuso junto a los ascensores de los clientes jugueteando convincentemente con su cámara, su reloj, su bloc de notas la tira de su sandalia y el periódico de la mañana. Una doncella del hotel fue abordada en busca de instrucciones para llegar a un prominente santuario en una zona de la ciudad que no aparecía en el mapa. Cuando Hesha pasó a su lado, Liz expresó su agradecimiento, comprobó dos veces el nombre de una calle y dejó irse a la mujer.

– Está dentro – anunció Ron –. Todo el mundo a casa.

"Distracción" avanzó por el pasillo hasta la suite. El Áspid le abrió la puerta con una cansada sonrisa, y los dos cerraron al unísono. Elizabeth se acercó a la gran mesa y empezó a despojarse de todos sus aparatos. Dejó el carrito en la nevera, se metió en su habitación y cambió sus ropas sucias de barro por un pijama limpio, cayendo luego sobre el sofá para observar a los otros. Khalil, desenvuelto pero todavía paralizado, yacía en el suelo sobre una colcha. Thompson y el Áspid contaron hasta tres y elevaron el cuerpo para llevarlo a la habitación de Hesha. Ocuparon el rincón, y Liz pudo oír los sonidos del ajuste final de sofá, ventanas y *shilmulo*. Pensativa, jugó con las teclas del pequeño ordenador que tenía ante ella.

– Áspid – dijo Hesha –, nuestro invitado no estará en la mejor de las formas ni de los humores cuando llegue el crepúsculo. Encuentra un banco de sangre o un hospital y roba diez o quince unidades de su almacén. Una cena fría será mejor que nada...

– Sí, señor.

Raphael desapareció en su habitación.

–Thompson, quiero que tú y Janet encontréis todo lo posible sobre los temblores de esta noche. Quiero cobertura local desde aquí, y también desde el epicentro si no fue Calcuta. Informes completos de la BBC, la CNN, la Voz de América, la NPR, la emisora gubernamental china y los canales rusos, públicos, privados y piratas. Y también los servicios por cable.

El viejo policía asintió, cogió su teléfono, aceptó el ordenador que le pasó Liz y se alejó mientras empezaba a marcar números.

Hesha se dio la vuelta, como si reparase por primera vez en la última miembro del equipo, y la miró con curiosidad.

–¿Elizabeth? ¿Qué es lo que quieres? –preguntó, cauteloso.

–Esta noche me has salvado la vida, ¿no? –dijo ella con la voz embargada por una vacilante gratitud.

Hesha asintió, sintiéndose mejor: estaba de nuevo en terreno firme. Una actitud agradecida abría grandes posibilidades de control sobre la chica. Alzó una mano en un sutil gesto de noble modestia, y se acercó al sofá. Decidió sentarse en el cojín que había junto a ella, y Elizabeth le sonrió mientras se inclinaba.

–También has estado a punto de hacer que me matasen, ¿verdad? –dijo en un tono completamente distinto.

Hesha se sentó sobre la mesita, esperando el resto.

–Acabo de buscar *shilmulo* en Internet. Cinco enlaces a diversos diccionarios de romaní... y varias docenas de páginas dedicadas a los vampiros, Hesha.

–Los vampiros no existen, Elizabeth. Es una palabra que los incompetentes traductores al inglés encasquetan a cualquier criatura mitológica que sobreviva alimentándose de manera repugnante. El monstruo no necesita siquiera beber sangre para merecer el honor, ni sangre humana, ni ser un no muerto...

–Basta –dijo ella bruscamente–. Escucha –le dijo, mirando con sus ojos color ámbar el ébano de los de Hesha–. Creo... creo que puedo estar enamorada de ti. –Siguió hablando con la misma cadencia seria pero insegura–. También creo que sería mejor estar muerta que albergar esos sentimientos hacia ti... que preferiría verte muerto a sentir lo que siento. Y no entiendo cómo, después de todo lo que he visto, puedo sentir todavía algo por ti. –Tomó aire por un

momento, y la criatura sentada frente a ella pensó en un pequeño vaso azul dejado en una nevera en Brooklyn, y pensó que sabía la respuesta—. Por favor, Hesha... dime la verdad. ¿Qué eres?

El Setita midió el momento con cuidado, y poco a poco dejó que su máscara cotidiana cayese a un lado. Su piel revelada era apenas un poco más clara. Su cuero cabelludo mostraba un detallado tatuaje de una serpiente enroscada, en una tinta negra que jamás se había desvanecido. Miró con sinceridad a la mujer del sofá, y cuando habló su voz retumbó un poco.

—Soy el sacerdote muerto de un dios muerto. Ésa es la verdad.

Elizabeth sonrió amargamente.

—Cada vez me das una respuesta distinta.

Una lágrima rodó por su mejilla, y la joven se levantó para irse.

—Y todas podrían ser ciertas —dijo él con suavidad.

Ella siguió caminando, sin contestar. Hesha se quedó de pie, mirándola antes de que cerrase la puerta.

—Cierra los ojos —susurró el Setita, metiéndose en la habitación de la joven.

Como muestra de rendición, o de cansancio o de odio o de amor o de lujuria, ella bajó los párpados, y Hesha se inclinó para besarla en los labios. Tras un momento de vacilación, Elizabeth le devolvió el beso. El Setita sintió que su boca se movía, pero no sintió nada bajo la superficie de su propia piel. La Bestia avanzó, escuchando hambrienta los latidos del corazón de la joven, empujando el sonido al frente de su consciencia. Los brazos de Elizabeth subieron por la espalda de Hesha, apretando los cuerpos, y la Bestia detectó la vibración de su vida y la saboreó... cortando la conexión de Hesha con el suelo, con el tacto de la ropa de ella bajo sus dedos, la presión de sujetarla, la sensación de los dedos en su espalda. Con un inmenso esfuerzo, él se apartó, quitándose los velos de los sentidos, y aprovechó el momento de claridad para llevarla a la cama. La bestia se lanzó contra la mente de Hesha, pero para sorpresa del Setita, la cólera que flotaba sobre Calcuta había desaparecido, y sin su ayuda la maldición volvía a ser más débil que él mismo. Contuvo a la Bestia sin problemas.

Su mano se arrastró bajo la ropa de ella. Los latidos del corazón de Elizabeth llegaban hasta su mano a través de su carne y sus

costillas. Hesha buscó de nuevo la boca de la mujer, y la encontró suave, cálida y más dispuesta que antes. Sus colmillos bajaron y el Setita abrió pequeñas heridas en el labio inferior de Elizabeth. Ella dio un respingo, pero Hesha siguió bebiendo a través de las punciones. Lo hizo despacio, apenas sacando más sangre de los cortes de lo que hubiesen sangrado por sí mismos, y la súbita boqueada, el estremecido aliento de la mortal le dijo que la lucha había terminado. Elizabeth se relajó en sus brazos, sin resistirse, todavía abrazándole.

Hesha bebió delicadamente de las venas de su amante; el monstruo siguió devorando a su víctima. Hesha saboreó el gusto de la sorprendentemente dulce y amarga por la adrenalina sangre de la chica; el Setita se alimentó de una cautiva. Hesha sintió los latidos del corazón de la joven y se alegró al ver que ella compartía el éxtasis; la calculadora frialdad de su mente contó los latidos, midiendo su fuerza. Cuando el ritmo empezó a fallar, él lamió los labios de Elizabeth hasta dejarlos limpios, sellando los cortes.

Hesha miró su rostro confuso, sonrió y le susurró para que se durmiese. Elizabeth se ovilló bajo la sábana, y él le pasó un brazo por encima. Ella se deslizó en el sueño, y Hesha se quedó mirando por la ventana. Amanecía... podía volver a su habitación... pero las cortinas estaban pasadas, la ropa de la cama era gruesa... las mujeres mortales daban mucha importancia al hecho de quedarse después... podía ser útil... para controlarla... Con la mano libre se cubrió dos o tres veces con la colcha y apiló las almohadas sobre su cabeza. Ra llegó al horizonte, y su descendiente cayó en el sueño.

* * *

Thompson, comprobando la suite por última vez antes de retirarse, encontró abierta la cápsula de Hesha. Apreensivo, abrió la puerta del dormitorio de Liz. Observó el sueño de la joven durante un momento y después volvió con una sábana de mylar sacada de la maleta de emergencia. Con un aire de deber cumplido a pesar de todo, convirtió la habitación en un refugio a prueba del sol y dejó a la pareja.

Solo, sentado en su propia cama, se miró las manos. Si doblaba

las muñecas y las ponía en cierto ángulo, podía ver el pulso bajo la piel. Se levantó de pronto, abrió las cortinas, y se dejó bañar por la luz de la mañana. Se tumbó y el sol siguió ascendiendo, y él se quedó dormido bajo su luz.

DOMINGO, 25 DE JULIO DE 1999, 8:32 PM

OBEROI GRAND HOTEL, CALCUTA, BENGALA OCCIDENTAL

—¿Khalil? ¿Puedes oírme? —Hesha se inclinó delicadamente sobre el cuerpo paralizado—. ¿Te has recuperado? Mira dos veces a tu izquierda si me entiendes.

Los ojos de Khalil hicieron la señal.

—Bien. Prepárate. —El Setita puso una mano sobre el pecho del gitano, y la otra en la estaca, y tiró. La misteriosa... compulsión, fuese lo que fuese, que había hecho presa en los no muertos de Calcuta parecía haber desaparecido. Hesha supuso que Khalil se mostraría bastante inofensivo.

El Ravnos se liberó de un salto, braceando para alejarse del monstruo más viejo. Se escurrió como una rata hasta el rincón más alejado de la habitación, agazapándose a la defensiva.

Hesha le dejó ir, retrocediendo un poco y sentándose sobre el brazo del sofá con las manos a la vista.

—Debo disculparme por la forma en que puse fin a su... ataque... la noche pasada. Quedó usted muy rápidamente más allá del alcanza de la razón, y habiendo prometido protegerle, no podía dejar que saliese de Calcuta en tal estado. —Hesha tenía a sus pies una pequeña nevera azul: la abrió, sacó una bolsa de sangre y se la pasó a Khalil—. Le aseguro que no es mía.

—Ya, claro.

Hesha partió la estaca en dos, encogiéndose de hombros.

—Supongo, Khalil, que su patrón le tiene por completo vinculado

a su servicio. Oye su voz a distancia, y le obedece cuando está claro que preferiría no hacerlo. Tengo mucho que hacer y nada de sangre que gastar allí donde otro ha estado antes que yo. Beba y arregle su pecho. Hay más aquí.

El Setita se inclinó y sacó otra bolsa para él, empujando después la nevera hacia el centro de la estancia. Hundió los dientes en el plástico haciendo una mueca ante el sabor. Khalil se unió a él un momento después. El Ravnos era un comedor bastante sucio: tiró la bolsa vacía a un lado, haciéndose con la nevera y acabando con seis o siete bolsas más antes de detenerse.

—Hay ropa limpia en el armario a su disposición, si quiere vestirse. Y una ducha, por supuesto... —Hesha miró el pelo lleno de barro y los sucios pies del *shilmulo*—. Tengo la costumbre de celebrar una reunión con mi personal a la puesta de sol. Si tiene algo con lo que quiera contribuir, es bienvenido para unirse a nosotros, siempre que cuide usted sus maneras: no permito las interferencias con mis criados, ni siquiera por parte de mis aliados. Si quiere marcharse, puede hacerlo.

El Setita captó el destello de pánico en la cara del otro, y dejó que la última frase terminase por sí misma. Khalil estaba mortalmente asustado de algo *fuera* de allí. Hesha se puso en pie para reunirse con sus servidores mortales, y el Ravnos se quedó en el rincón, más parecido que nunca a un animal atrapado.

* * *

El Áspid, Thompson y Janet Lindbergh estaban esperándole: los dos primeros en sillas junto a la mesa principal, y la última presente por medio del teléfono, una conexión abierta en la red y una impresora láser en miniatura.

—Buenas noches —dijo Hesha—. Informad.

—Sí, señor —respondió Janet rápidamente—. Ron, el primer informe, por favor. Todas las fuentes coinciden en los siguientes hechos. Primero, el tifón "Justin", centrado sobre Bengala Occidental y Bangla Desh, ha perdido impulso por fin, volviendo a la condición de tormenta tropical. Segundo, Bangla Desh sufrió graves

desprendimientos de barro en todas partes. Tercero, Bangla Desh ha sido el epicentro de un considerable terremoto cuyos efectos han llegado a sentirse hasta en Rangún y Delhi.

Hesha contempló el informe ante él.

–¿Cómo está nuestra gente? –preguntó sin alzar la mirada.

–Todos dieron la novedad a tiempo, señor –respondió Thompson.

–¿Elizabeth? –preguntó el Setita en el mismo tono desinteresado.

–Durmiendo. Cuando intentamos despertarla, empieza a hablar de Ravana otra vez. Pensé que sería mejor dejarla estar, señor.

Para alivio de Thompson, su amo se quedó en la mesa, y la conferencia siguió adelante sin más referencias a la chica.

* * *

Hesha sacudió a la mujer dormida por el hombro.

–¿Elizabeth? ¿Me oyes?

Liz murmuró algo incomprensible.

–¡Elizabeth! Dios, hálame. Hálame de Ravana.

–Ravana... los tres derrotaron a Ravana. Le arrancaron de la montaña, le abrieron y dieron su corazón al sol para que lo devorase. El Príncipe de las Tormentas dejó su control sobre el reino... Ravana murió en el centro de su poder, en medio de sus hijos. Ellos no habían acudido en su ayuda, y él los maldijo desde el centro de su poder: enloquecerían y desaparecerían, y así fue. Sus noches se desvanecerán en la nada... ni siquiera los *rakshasa* pueden luchar contra el poder de tres maldiciones a la vez: asesinato, calumnia y locura... –La voz de Elizabeth pasó brevemente a un tono más normal—. Es una metáfora bastante común, profesor. Los hijos rebeldes malditos por un gran padre... usualmente parte de un ciclo de colonización. Campbell le da demasiada importancia, pero Graves opina... –La claridad volvió a convertirse en cuento de hadas, capítulos que Hesha ya había oído, y decayó hasta convertirse en murmullos sin sentido.

LUNES, 26 DE JULIO DE 1999, 10:02 PM

*OBRAS INACABADAS DEL SEGUNDO PUENTE DEL HOOGLY,
CALCUTA, BENGALA OCCIDENTAL*

Hesha se acercó a los campamentos gitanos por la misma ruta que había probado el viernes. Se paseó por el lugar de su anterior encuentro, por la mitad norte del campamento y bajo el mismo puente sin ser molestado por los feroces guardianes. Pasó por el centro y el otro lado, y ningún Ravnos le llamó ni intentó hacerle *nada*. No era muy Aprobable que todos los *shilmulo* del asentamiento se contuviesen al ver a una víctima tan apetecible como un serio y devoto Seguidor de Set.

Hesha se detuvo en los límites del sur, mirando hacia atrás pensativamente. Había muchos fuegos encendidos entre las chozas, tiendas y carretas: no eran fuegos para cocinar, que no necesitaban ser tan grandes, ni fuegos a punto de extinguirse. Hesha los había evitado en su camino a través del campamento, pero volvió sobre sus pasos hacia el fuego más próximo, acercándose tanto como se lo permitía su coraje, y miró guiñando los ojos el corazón de la luz.

Se trataba de una hoguera hecha con restos de madera, alta hasta la rodilla y de no más de un metro de ancho. Había pilas de tela y cajas rotas, quemándose entre las llamas. Vio una maleta de cartón, un violín roto, una pila de libros, fotografías, un juego de cepillos para el pelo, media docena de barajas... con cada hoja de papel que se quemaba, las cenizas ascendían en el viento, y restos chamuscados de tela flotaban entre el humo.

Hesha se retiró hacia las sombras y observó a la gente de las cercanías. Estaba casi seguro de que el fuego era el final de algún velatorio gitano, con la destrucción de las posesiones del muerto aplastándolas o quemándolas... pero nadie se lamentaba ante las llamas ni en las tiendas de alrededor. No había nadie llorando allí ni en

ninguna otra hoguera de las que podía ver... y quienes pasaban apartaban los ojos.

* * *

Media hora más tarde, el Setita entró en el Albert Hall Coffee Shop.

La mesa de Subhas estaba vacía.

Tras pensarlo por un momento, ocupó el asiento habitual del viejo. Puso las manos sobre la mesa, y la camarera a la que recordaba haber visto con Subhas se acercó para atenderle.

–*Nomoshkar, sahib*. ¿Qué desea que le traiga esta noche?

–Café turco, por favor. –Antes de que ella se fuese, se aclaró la garganta—. Perdone, ¿pero podría decirme dónde puede estar mi amigo, el que suele sentarse aquí?

La cortés muchacha de piel oscura meneó la cabeza.

–Oh, no, señor. –Parecía afectada, y volvió con mucha conversación en el rostro—. Es gracioso que lo pregunte. Todos hemos estado preocupados: era un caballero muy amable y generoso, y nadie ha vuelto a verle desde la noche del terremoto.

Hesha la animó a continuar con un movimiento de la cabeza.

–Todas las noches viene apenas se encienden las luces, y se va cuando cerramos. Nunca había fallado, ni una noche... hasta el terremoto. Temo que pueda haberle pasado algo malo. El dueño piensa que el viejo *Babu*... perdón, *sahib*, el caballero puede haber perdido familiares en Bengala Oriental. –Sus ojos oscuros mostraban más que eso: el setita vio que la muchacha daba a Subhas por muerto—. Si le ve, señor, dígame que todos estamos muy, muy preocupados por él. Por favor, pídale que nos haga saber si está bien.

–Lo haré –prometió Hesha—. Si le veo.

MARTES, 27 DE JULIO DE 1999, 1:02 PM
MERCADO DE LAS CINCO ESTRELLAS, KIDDERPORE,
CALCUTA, BENGALA OCCIDENTAL

–¡Vieja Serpiente! –El tendero le miró asombrado durante un momento más, y después meneó la cabeza–. Que me condenen si no me alegro de verte.

–Y yo me siento extraordinariamente contento de verte a ti –replicó Hesha.

Se miraron mutuamente en silencio durante lo que pareció un buen rato, incluso para criaturas de su paciencia. Después, el monstruo de piel gris tomó la palabra.

–Sobre nuestro trato...

–¿Sí? –El tono de Hesha implicaba cierto distanciamiento profesional, y el rostro en la pequeña librería se crispó nerviosamente.

–He oído que encontraste a Michel antes que yo, lo que me temo que deja el trato sin efecto. Pero en cuanto a lo otro... no podré satisfacer tus deseos al menos en algunos meses. Todos mis contactos están temporalmente inaccesibles.

–Lo acepto como explicación –dijo Hesha, y el monstruo entre las revistas pareció aliviado–. Pero dime... ¿dónde estabas el domingo de madrugada... durante el terremoto?

–En un túnel de desagüe –contestó cautelosamente el Nosferatu.

–¿Bajo tierra y bajo el agua?

–Sí.

–¿Es que no hay criaturas de la noche en Calcuta salvo nosotros?

El monstruo emitió un terrible y rasposo suspiro.

–No. Nadie. Yo iba a encontrarme con algunos amigos aquella noche. Pero cuando subí hasta el nivel de la calle, habían desaparecido. Todos. Los Ravnos han desaparecido, la Corte también, el Príncipe ha muerto... –Con un toque de histeria en su voz, el tendero gritó: – ¡Yo soy el príncipe de la ciudad, Vieja Serpiente!

–Bajó el tono y añadió: – Mi primera decisión es que abdicó. ¿Qué te parece? ¿Quieres una ciudad, Príncipe Hesha?

—Creo que me marchó de la ciudad. Me aseguraré de que recibas al menos un pago parcial por tus esfuerzos. —Hesha se apoyó en su bastón y emprendió el regreso al hotel—. Si llegas a estar en situación de decirme lo que te pregunté, el Oberoi sabrá cómo localizarme: pregunta por mí en recepción.

La baja, gris y retorcida criatura le miró, y los largos pasos del Setita se interrumpieron. El Nosferatu se inclinó, tembloroso y lamiéndose los labios.

—¿Qué has *hecho* en Calcuta, Vieja Serpiente?

Hesha miró el monstruoso rostro por un momento, sacudió la cabeza, y siguió su camino.

MARTES, 27 DE JULIO DE 1999, 2:51 AM

OBEROI GRAND HOTEL, CALCUTA, BENGALA OCCIDENTAL

Elizabeth yacía envuelta en las sábanas. Sus ojos se movían como los de alguien que estuviese soñando, pero su rostro no mostraba la relajación de un sueño pacífico. No se había movido mucho desde que Thompson y su amo comprobaron su estado al crepúsculo. No había comido nada desde el domingo. Había bebido agua sólo a la fuerza, y aun así en pequeños sorbos. Hesha miró a su mascota anticuaría con preocupación: si el trance se prolongaba un día más, se verían obligados a llevarla a un hospital para impedir que muriese deshidratada.

Tiró de ella por los hombros hasta dejarla en posición sentada, y después apiló varias almohadas. Liz no mostró reacción alguna. La llamó por su nombre, probando varios tonos: suave, seco, autoritario, incluso (aunque le costó algo de esfuerzo) tierno, como cebo. El Setita tomó sus manos, y ella no se resistió ni tampoco respondió. Las expresiones de su rostro reflejaban cosas que veía fuera de la

habitación, no horror ni alegría porque Hesha estuviera cerca.

Sin sentirse culpable, simplemente como dato, recordó haber bebido bastante de ella... nada más peligroso que medio litro o uno a lo sumo, pero un cuerpo debilitado podía no estar tan protegido contra el... trance... como uno sano. Hesha fue al cuarto de baño y llenó un vaso de agua. Poco a poco, logró que la boca de Elizabeth la aceptase. Fue a por más agua, arreglándoselas para dársela a la mujer sin que se atragantase, y se sentó a su lado durante un rato, sosteniendo el vaso vacío entre las manos. Un tenue tintineo llamó su atención, y bajó la mirada: sus garras, desplegadas, marcaban un ritmo sobre el cristal. Hesha se abrió una muñeca con el pulgar de la otra mano y dejó que la sangre fluyese en el vaso. Puso el líquido negro rojizo bajo la nariz de Elizabeth, y la llamó de nuevo. Fue recompensado con unas débiles señales de reconocimiento. Puso el vaso en las manos de ella y sostuvo el borde junto a sus labios.

—¿Elizabeth? ¿Puedes oírme? Intenta beber esto.

* * *

Ron Thompson entró discretamente en la habitación, buscando a su jefe, y vio una escena más perturbadora que cualquier otra cosa vista en Calcuta: Elizabeth, al parecer despierta, sentada en la cama sin ver nada, diciendo tonterías sobre reyes y monstruos y pajes y demonios, con amuletos puestos en el cuello, una grabadora en la mesilla de noche, rastros rojos en sus labios... y Hesha sentado al pie de la cama, escuchando atentamente y sosteniendo un vaso vacío manchado de rojo.

El Setita captó la mirada de su guardaespaldas y le hizo señas de que guardase silencio. Movié la boca formando unas palabras:

—¿Qué ocurre?

Thompson le miró como una nube de tormenta, llamándole con brusquedad. Hesha se apartó de la cama con cuidado, como si temiese interrumpir a Elizabeth, y se reunió con él al otro lado de la puerta.

—Señor... —empezó a decir Thompson en tono ominoso.

Hesha examinó la sala por encima del hombro de su

guardaespaldas: la línea de Janet estaba abierta; el Áspid y Khalil jugaban a las cartas sobre la mesa. El Setita susurró una advertencia:

–Thompson, sabes cuánto aprecio tu opinión. Pero ahora no estamos en el momento, el lugar ni la *compañía* –miró significativamente al Ravnos– más adecuados para escuchar lo que piensas. ¿Comprendido? Hablaremos en privado, más tarde. Ahora –dijo volviendo al tono normal–, ¿para qué querías verme?

Ron vaciló ante el súbito cambio de marchas, y sacó su bloc de notas del bolsillo para recomponerse.

–Nuestros agentes tienen sus salidas dispuestas, señor. Estamos preparados para cerrar el quiosco cuando usted lo diga. –Se volvió hacia las páginas marcadas, pero sin mirarlas en realidad–. Los regalos de "buena voluntad" que trajimos han sido entregados al librero del Mercado de las Cinco Estrellas: el caballero se mostró bastante abrumado por la entrega, pero le persuadimos para que aceptase.

–Así que... progresas –dijo el Setita.

–Sí, señor. Pero hasta ahora... los agentes saben adónde van, pero no me ha dado ninguna información para que empiece a hacer los arreglos para nosotros. ¿Cuál es el próximo paso, señor?

Hesha se apartó de la pared, pareciendo volverse más alto y autoritario. Se acercó a la mesa y contempló la partida de cartas con cierta desaprobación. Thompson comprendió y se puso en su sitio. El Áspid dejó sus cartas boca abajo y aguardó respetuosamente a que su jefe tomase la palabra. Khalil Ravana, percibiendo el cambio en la atmósfera, recogió sus cartas con un gesto preciso y elegante y dejó la mano a un lado. Se puso cómodo en la blanda silla, apoyando los brazos y dejando que sus rápidos dedos jugasen con la apuesta que había ante él.

–¿Balas? –comentó Hesha.

Khalil cogió una del calibre 45 y la hizo girar sobre su punta como una peonza.

–Él no quería jugar por dinero.

–Le advertí que no lo hiciese.

–Y aquí Khalil no quería jugar con cerillas –repuso el Áspid con una sonrisa burlona.

–Ya veo. –Hesha se sentó y marcó el número de Janet para que se uniese a la reunión–. Como todos saben, mi principal proyecto en este momento es rastrear el Ojo de Hazimel. Khalil Ravana –hizo un gesto con la cabeza hacia el Ravnos– nos ha prestado una gran ayuda en ello. A cambio de sus servicios, le proporcionaremos transporte y documentos falsos para emigrar a Estados Unidos.

»Lo que no saben todavía es que Calcuta ha dejado de existir como núcleo de las actividades de la Familia. –El Setita miró a su invitado con reservas–. ¿Quiere una confirmación de este extremo?

El Ravnos meneó la cabeza, y Hesha sonrió para sus adentros. Había, como él pensaba, al menos *cuatro* supervivientes: el librero, él mismo, aquel chico de los recados y el amo de Khalil. Por supuesto, el amo de Khalil no tenía por qué encontrarse en la ciudad en aquel momento... dejó aquellas especulaciones para más tarde y siguió hablando.

–Cuando concluimos la segunda parte de nuestro acuerdo, Khalil, afirmó que su conocimiento del Ojo y sus propiedades podían hacerle útil en mi búsqueda. He convocado esta reunión para discutir nuestro próximo movimiento, y le estaría muy agradecido si contribuyese a ello.

La cara de Raphael se torció levemente ante la invitación implícita de su amo a "discutir" lo que fuese.

Thompson, más acostumbrado a las tácticas de Hesha con terceras personas –y también a que el Setita le preguntase su opinión, a pesar de la escena por Elizabeth de momentos antes– se aclaró la garganta y empezó a hablar:

–Bueno, señor... Quizá haya llegado el momento de que vayamos a Atlanta personalmente. Si supiera con certeza lo que le pasó a... –hizo una pausa mientras buscaba un término tras el que esconderse–... su asociado, podría descubrir algo. ¿No es allí donde llevaba la primera pista?

–Es cierto –dijo Hesha.

Thompson siguió adelante.

–¿Y California? Las notas del profesor estarán allí. Sabe por Liz que tenía información relevante. Probablemente no se lo dijo todo.

El Áspid tradujo "discutir": seguir el juego y hacerse el tonto.

–Me gusta la idea de Atlanta –dijo lentamente–. Pero no puedo dejar de preguntarme por el pequeño nido de líneas rondando por Nueva York: había trazos que nunca seguimos.

Hesha asintió, y Raphael dejó escapar el aire que había estado conteniendo. Había apuntado en la dirección correcta. Que Ron siguiese a partir de ahí...

Con aires de superioridad, Khalil alzó las manos para detener la conversación, meneando la cabeza condescendentemente.

–Caballeros, caballeros... Se confunden por completo. ¿Notas de profesores? ¿Asesinatos a sangre fría? Tienen suerte de que esté aquí. Lo de Atlanta son noticias muy viejas. Y Nueva York no sirve de nada: el Ojo no ha estado nunca en la ciudad, piensen lo que piensen... –Dejó la voz en suspenso, y dijo una última palabra: – Chicago.

–¿Chicago? –preguntó Hesha.

–Chicago –sonrió Khalil.

–¿Está seguro de eso?

–El Ojo está en Chicago –dijo el joven y presumido gitano–. Lo juro. ¿Ve? Le dije que sería útil. Atlanta, cuernos...

Hesha observó a su socio.

–Muy bien. Thompson, Janet: reservas y seguridad a Chicago.

–Ya no tenía nada que hacer en Calcuta. Su descubrimiento en la cámara bajo el agua le había preparado para el siguiente, y quizá último, paso de su búsqueda–. Quiero estar fuera de la India al amanecer. Khalil, dispone de dos horas antes de que amanezca. Si tiene más cosas que hacer de las que pueda ocuparse en ese tiempo, haga una lista y el equipo se ocupará de ello. –El Setita se puso en pie–. ¿Preguntas? Entonces espero verlos a todos... el miércoles por la noche, supongo.

* * *

Al entrar en la suite para descansar, Hesha puso una mano sobre el hombro de Thompson, y el guardaespaldas pudo sentir el roce del papel. Cuando la puerta se cerró tras los muertos y el sol se alzó en el cielo, se sentó para leer la nota.

Thompson:

Ignora a Khalil. Que Miles te diga dónde está Kettridge, y organiza nuestro transporte allí. Si el profesor se ha ocultado en Chicago... bien, el Ravnos estará diciendo la verdad. Simplemente asegúrate de que lleguemos antes que él.

Independientemente de adónde vayamos nosotros, envía a Khalil a Chicago.

~ H.

*MIÉRCOLES, 28 DE JULIO DE 1999, 7:27 PM (HORA LOCAL)
ESTADO DE NUEVA YORK*

La cabaña era pequeña, tosca, nueva, y pretendía parecer más rústica y vieja de lo que era plausible. Olía a desinfectante, detergente, perro, turistas, hierba, pescado y tierra. Sobre las cortinas "de campo", cinta adhesiva negra pegaba hojas negras de plástico a las paredes y ventanas. Los protectores de reserva junto a la puerta y cerca del techo atestiguaban el escrupuloso cuidado con que los criados del Setita atendían a sus intereses. Cuando Ra liberó a Hesha del sueño, Thompson estaba allí, esperando pacientemente.

—Buenas noches, señor. Le he traído el desayuno.

—¿El banco de sangre local?

—Su propia reserva, señor. He hecho que lo trajeran con el coche. Por cierto, estamos en el estado de Nueva York.

—Has estado ocupado. Informa.

—Sí, señor. Pauline Miles y su equipo han seguido la pista de Kettridge hasta aquí. Supongo que lo de Chicago era un palo de ciego de Khalil, y tengo la esperanza de que la oficina de equipajes abra la caja de esa mofeta a plena luz del día. —Thompson se pasó una mano por el pelo canoso—. El equipo de Pauline estaba debilitado por las

pérdidas que ya conoce. Envié a todos menos a los más duros de vuelta a casa para un descanso. Lo necesitaban... habían visto más de lo debido. Kettridge se ha vuelto asombrosamente popular estas tres semanas.

»He mantenido aquí a Pauline; ahora está en el pueblo, por cierto, y ha capeado bastante bien la tormenta. Sigue siendo mi primera elección para ocuparse del trabajo detectivesco, pero hay mucho que decir sobre la fuerza bruta y su capacidad para ella. Así que he hecho venir a Matthew Voss para una prueba. Procede del campo de la protección de ejecutivos: su equipo está fresco y preparado, pero hasta ahora he mantenido a su gente lejos de lo que queda del escuadrón de Pauline, para evitar el riesgo de que se extiendan rumores sobre la Familia. Tenemos un pequeño ejército, un arsenal respetable, los dos coches, a Miles y Voss, al Áspid (que ya ha adaptado la mitad de las armas para su propia puntería), a Janet para ocuparse de los problemas con el equipaje, a mí mismo y a usted, señor.

—¿Dónde está Elizabeth?

—Despierta y con la mente despejada —dijo Ron satisfecho—.

Está cenando con los demás.

Hesha se puso en pie, estirándose, y cogió un mapa de la mesa.

—¿Como tu sustituto, recomiendas a Miles, a Voss o a ambos?

—Creo que a ambos.

—Opino lo mismo. —Hesha se inclinó sobre el mapa de la región, viendo líneas cartográficas, vegetación, hidrografía, autopistas, carreteras locales, caminos, distritos escolares, jurisdicción policial, códigos postales... Al final se decidió por un sencillo mapa de caminos que mostraba puntos de interés natural—. Cuando los demás hayan acabado de cenar, iremos. El equipo de Voss como refuerzo. Tú, el Áspid, Pauline y Elizabeth viajaréis conmigo. —Notó un cosquilleo en los hombros—. Puedo sentir tu desaprobación, Thompson, pero ha demostrado ser inapreciablemente sensitiva. Si hay peligro lo sabrá, y probablemente antes que nosotros. Además, si esos dos candidatos son satisfactorios, puedes esperar unirme a las filas de Set una vez el Ojo esté seguro.

Thompson se quedó sentado, muy quieto.

–Gracias, señor. Lo tendré presente.

* * *

Elizabeth cerraba la marcha a lo largo del empinado y retorcido sendero. Ninguna nube estropeaba la noche. La luna llena se alzaba tan brillante sobre sus cabezas que ninguno de los caminantes había encendido su linterna. Hesha apareció por un momento en un recodo del camino. Ella le observó, admirando su silueta al moverse –orgulloso, seguro, silencioso–, con la piel reluciendo negra y el blanco de sus ojos brillando como las estrellas. Se desvaneció más allá de la curva. Thompson estaba cerca, y Liz pudo ver cada uno de sus cabellos grises plateados por la luz de la luna, compadeciendo el cansancio que se adivinaba en sus hombros. El Áspid, con paso más ligero y sigiloso, más furtivo en sus movimientos, alcanzó a su socio en la curva: abrió la mochila de Ron, sacó algo de ella y lo metió en la suya. Thompson mejoró su paso y puso la gruesa mano sobre el hombro de Raphael. El Áspid fingió no darse cuenta y desapareció de la vista.

Delante de Elizabeth, Pauline Miles mantenía un paso firme. Aunque era difícil oír al Áspid mientras avanzaba por el camino, ver a Pauline no resultaba más sencillo. Era pequeña y delgada, naturalmente oscura, y sus ropas azul oscuro se fundían con las sombras.

El camino se ensanchó al otro lado de la curva, y las dos mujeres recorrieron juntas los últimos metros. Sus tres compañeros se había detenido entre los árboles, un poco por delante. Pauline y Elizabeth llegaron hasta ellos, ocuparon posiciones frente a Ron y Raphael y se quedaron quietas. Hesha esperó, inmóvil, durante un minuto, y después se movió a través del prado en línea recta.

Elizabeth pasó a través de un macizo de plantas de olor muy dulce, y cogió una rama para llevarla consigo. Miró hacia su destino: una majestuosa masa de piedra y árboles alzándose por encima del valle. Hesha estaba a dos tercios del camino hasta su base.

–Liz... tus cordones –susurró Pauline.

Elizabeth se agachó sobre una rodilla para atarse el cordón. Por

un instante, sintió una oleada de calor. La tierra bajo sus manos parecía asfalto más que otra cosa. Parpadeó y vio estrellas... sacudió la cabeza y sintió la tierra de nuevo. Sus dedos escarbaron hasta encontrar un gusano y algunas cochinillas... se inclinó casi hasta tocar la tierra con la mejilla, y no tuvo ninguna sensación abrasadora en la cara. Se levantó, dudando, y recorrió el resto del camino intentando ver algo por el rabillo del ojo.

* * *

Hesha se acercó a una abertura bajo una roca saliente, miró y llamó en silencio a los demás. Los guió dando un rodeo y hacia la derecha, subió por encima de un enorme bloque y contempló un pasadizo de la anchura de una acera y la altura de dos hombres. Una pared de roca se había partido en dos, tiempo atrás, y las fuerzas que la habían partido habían unido los pedazos en lo alto, formando un túnel de tamaño irregular que se internaba bajo tierra. El "suelo" era de tierra y sedimentos apilados por el agua. Las paredes albergaban musgo y pequeñas plantas sólo hasta donde entraba la luz.

El Setita observó todo aquello sin detenerse. Encendió su linterna y guió a los demás hacia el interior de la colina. Una a una, cuatro linternas se encendieron tras la suya.

Al final del descenso, el túnel daba a una gran cámara. Las cinco luces –muy tenues y pequeñas comparadas con la oscura extensión a la que se enfrentaban– jugaron con las curvas de la caverna. Elizabeth reconoció las pulidas y caprichosas formas de la piedra caliza erosionada por el agua. Enfocó el rayo de su linterna tan lejos como pudo hacia el techo, que se alzaba hacia la derecha más allá del alcance de la luz. A su izquierda, caía hasta quedar a poco más de un metro del suelo. La embargó una extraña combinación de claustrofobia, agorafobia y vértigo. Miró el suelo, ajustando de nuevo el foco de la linterna, e intentó mantener la luz al mismo nivel que sus ojos. Los demás se dispersaron, cada uno tomando una ruta ligeramente distinta para evitar las estalagmitas y salientes del suelo. Hesha llegó hasta una estrecha y casi invisible abertura y el equipo le siguió... aunque a Thompson le costó un poco meterse por aquel

estrecho espacio.

Al otro lado había una cámara inquietantemente familiar. Elizabeth se sintió como si hubiese entrado en una capilla natural, con el techo de la caverna abovedado como el de una catedral. Allí había más estalactitas, estalagmitas y columnas que en la primera sala, y las más grandes formaban dos líneas irregulares... como hileras de pilares en unas ruinas. Las escasas formaciones en el centro eran bajas, y las cortinas de piedra suspendidas del techo no colgaban más abajo que los topes de los "pilares" a los lados.

—Esperad aquí —dijo Heshá. Su voz hizo eco, y bajó el volumen antes de seguir hablando—. Será más fácil que yo me ocupe del profesor. No quiero que ninguno de vosotros le haga daño —miró al Áspid— aunque sea por accidente, y tampoco quiero que nadie se lleve un disparo o una quemadura destinados a mí.

Elizabeth encontró un húmedo asiento en un tocón de piedra. Miró a Heshá mientras buscaba en una de las mochilas, se ajustaba un gran y pesado saco de lona impermeabilizada al hombro, y salía de la "capilla". Cruzó el resbaladizo terreno sin una sola vacilación, eligió una oscura sombra en el rincón derecho de la cueva y se dirigió hacia allí. Por las sombras en movimiento, Elizabeth comprendió que lo que había tomado por la "pared trasera" de la catedral tenía que ser una columna de enorme tamaño. Guiñó los ojos para ver mejor.

Heshá alcanzó el pasaje lateral que había escogido y se volvió para mirar el gigantesco pilar. Su linterna captó el perfil de la cosa, y Elizabeth boqueó. Por un instante, la formación había parecido moverse; una ilusión óptica que dio un centenar de caras monstruosas y miembros distorsionados. El Setita siguió avanzando y la oscuridad se asentó de nuevo en el fondo de la caverna, pero Liz se bajó de su asiento. Reconocía aquella imagen fantasmal: la había visto en un mural bajo unas ruinas en Calcuta. Quitó el filtro de la potente linterna y empezó a correr por el "pasillo" de la capilla.

La bombilla halógena inundó de luz el salón, apartando a las sombras del pilar y llevándolas hasta los rincones. Reveló la tierra aprisionada bajo la traslúcida capa de calcita, pero los rostros se habían ido. Elizabeth estudió la superficie del demonio de cien cabezas... o el pilar de piedra que debía de haber crecido a lo largo de

milenarios... e intentó desesperadamente encontrar un ángulo desde el que pudiese ver de nuevo las caras. La luz sin filtro se negaba a revelar los contornos que hubiesen podido engañar a sus ojos. Filtrada de nuevo, como había estado la de Hesha, no repetía las condiciones. Thompson, confuso pero deseoso de ayudar, cogió la linterna y se colocó donde Liz creía que había estado su jefe, y aunque ella volvió a su sitio y le indicó direcciones, las caras no volvieron a aparecer en la piedra.

Ron volvió atrás, curioso y ligeramente preocupado.

–¿Qué era todo esto?

–Pensé que había visto algo moviéndose.

–¿Movándose? –intervino el Áspid.

–No. Sólo... allí.

Elizabeth no dijo nada más, y Thompson se quedó junto a ella mientras Pauline y Raphael buscaban otras cosas más prácticas, como salidas. Sus voces iban y venían entre los oídos de Ron y Liz, y la chica dio un respingo.

–¿Tienes algún presentimiento? –preguntó Ron suavemente.

Ella hizo una mueca.

–No. Es sólo... los ecos... sonaban como si hubiese más de cuatro personas aquí. ¿Podemos volver a la primera cueva?

–Claro –dijo él, y bajaron a la vez de sus asientos.

* * *

Hesha siguió fácilmente la pista de la piedra roja... casi con presunción, con una alegría satisfecha. La cuenta que le colgaba del cuello parecía tirar de él por el camino, y la sensación de fresca calcedonia de color rojo sangre flotó ante él como la luz de un faro cuando sus pasos se alinearon con la dirección correcta.

El Setita saboreó el posible triunfo. Aún no tenía nada, y conocía los peligros de dar por hecha la victoria sin haber librado la batalla, pero cuando acabase la noche podría haber logrado su objetivo. Era *posible* que el Ojo perteneciese a Set al amanecer. Era *posible* que su búsqueda terminase, y era una asombrosa posibilidad.

También esperaba con ganas la confrontación. Hesha podía

reconocer ante sí mismo que ansiaba ver a Jordan Kettridge de nuevo. Aquel joven –no, ya no era tan joven– era un espécimen inusual. Pocas veces encontraba Hesha a un humano tan cabezota, tan inmutable. Kettridge podía ser derrotado, pero no comprado. Podía ser persuadido por la evidencia, pero no por nada que Hesha pudiese encontrar para tentarle. Cualquier mortal podía acabar cediendo, por supuesto, pero tenían poca utilidad a partir de entonces. Así que durante los últimos dieciséis años, Hesha había convertido la carrera de Kettridge en una especie de hobby. El Setita se entretenía patrocinando el trabajo de Jordan, proporcionándole becas y pistas menores que apoyasen las teorías del arqueólogo. Resolvía las dificultades gubernamentales, mantenía a raya a los lobos académicos y usaba sus influencias para conseguirle al profesor visados a cualquier país que quisiera visitar.

Algún día, quizá le dijese a Jordan todo lo que había hecho por él... pero le gustaba la imagen de un Kettridge muerto de pie ante Osiris (si Osiris volvía a hacerse con el control del inframundo), enfrentado a la pluma del Ma'at, recitando la lista de sus logros, siendo interrogado por los dioses acerca de su relación con un hijo de Set llamado Hesha Ruhadze... y dando ingenuamente las respuestas equivocadas.

La línea roja cayó un nivel. Hesha se metió por una chimenea fácilmente practicable, y bajó con cuidado sobre la piedra resbaladiza.

Encontró un camino sin salida.

En un espacio parecido a un cubil del tamaño de una cama doble, el cuerpo de un hombre yacía postrado en la roca. El Setita se preparó para lo que podía ocurrir, y tocó el brazo extendido de la figura. Sus dedos tocaron una carne tan fría como la piedra, pero no rígida. ¿Un cadáver antiguo? Olía a muerto... pero la textura de la piel sugería carne debajo, no la corrupción de la tumba. Un Cainita... dormido... o que había encontrado la Muerte Definitiva de una forma que Hesha no había visto nunca..

El Setita iluminó a su alrededor para examinar el cuerpo. La flaca y consumida forma estaba desnuda de cintura para arriba, y llevaba unos pantalones sueltos, zapatillas y cinturón. Mugre, barro y sangre seca ocultaban el color original de la ropa y cubrían de costras la

mayor parte del cuerpo. Lo que resultaba más significativo era la franja de algo pálido sobre las otras manchas, como una faja. El viscoso rastro amarillo partía de la hinchada y destrozada cuenca ocular izquierda del hombre y bajaba por su cara, cuello y hombro como si hubiese pasado una vela goteando. En algunos puntos brillaba como si todavía estuviese fresco, y había otras gotas de aquella sustancia en el suelo de la cueva, como si alguien hubiese arrancado la vela del cadáver poco tiempo antes.

Hesha se inclinó sobre el cuerpo y cogió la piedra roja: la sostuvo entre sus palmas y se ajustó a ella por un momento, y luego la puso en el cordón que tenía la piedra blanca y el amuleto. Retrocedió sobre sus pasos hasta llegar a la chimenea, dio un par de vueltas y comprendió que tenía un nuevo problema. La piedra blanca era tan buena como un sabueso para rastrear a las rojas. La piedra roja que llevaba al cuello sentía la llamada del Ojo mismo, señalaba un lugar y daba orientaciones generales... pero sólo a vista de pájaro. En los laberintos de una cueva de piedra caliza, Hesha no podía trazar una línea recta hacia la fuente.

El Setita sacó una brújula y su teléfono.

—O el profesor está siendo muy, muy listo —dijo a su equipo— o nos enfrentamos a otra cosa completamente distinta. Algo más peligroso. Hay un Cainita durmiente aquí. El premio ha desaparecido, pero no hay signos de lucha. Cómo puede haberlo conseguido nuestro amigo, no lo sé, pero él tiene el objeto que estamos buscando. Quiero que hagáis venir al equipo de refuerzo para cubrir la entrada de la cueva. No tienen que dejar que entre nadie. Si el sujeto intenta salir, dejad que lo haga, pero informadme de inmediato, haced que le sigan y tenedle bien vigilado. En ningún caso disparéis contra él.

»Mientras tanto, os dividiréis en grupos y empezaréis a buscar a nuestro amigo. Su posición en este momento está al sudoeste de la mía, a una altura de unos veinticuatro metros y a ochocientos de distancia. Desde el punto en que nos separamos, calculo que se encuentra al oeste, doce metros por encima de vosotros y más o menos a un kilómetro y medio. Concentraos en esa zona y marcad vuestra posición. Me pondré en contacto con vosotros si huelo alguno de vuestros rastros o si nuestro objetivo se mueve.

JUEVES, 29 DE JULIO DE 1999, 12:41 AM

ESTADO DE NUEVA YORK

Ron Thompson se deslizó por una pronunciada pendiente. Estaba sembrada de piedras sueltas y era muy traicionera. Él lo sabía porque había pasado la última media hora trepando cuidadosamente por ella para ver si la sombra en lo alto llevaba a alguna parte.

—Es un callejón sin salida —dijo—. Volvamos al cruce y probemos por el camino del centro.

Liz intentó moverse como el Áspid. Luego lo descartó y probó a hacerlo como Pauline Miles, y se sintió mejor. Pisando la roca desnuda —la piedra suelta era peor, ya que hacía resbalar— y evitando los charcos y sitios húmedos, aún podía oírse pero no hacía tanto ruido como las pisadas de Thompson.

El camino del centro tampoco llevaba a ninguna parte, pero lo descubrieron rápidamente: la grieta en la que terminaba era demasiado ancha y profunda para cruzarla; la lógica decía que Kettridge tampoco podía haber pasado por allí, y volvieron al cruce. El primero de los agujeros de la izquierda descendía. Como suponían que aún estaban por debajo del nivel de Kettridge, tomaron el segundo. Una hora después, mentalmente exhaustos por la vasta variedad de escondites que habían explorado, volvieron al camino que bajaba: al menos, era ancho y fácil de seguir.

Parecía que también iba a acabar en un pozo, pero Thompson enfocó su linterna alrededor de la base del túnel, encontrando otra sombra inexplicable, y se metieron por allí. La luz reveló que la sombra era una cornisa. Reptaron por el recodo, y fueron a dar a una chimenea con una escalera casi perfecta que se alzaba a más altura de la que podían alcanzar sus luces.

Thompson se enganchó la linterna al pecho y comenzó el ascenso. Hizo una seña a Elizabeth para que siguiese otra ruta y no permaneciese justo bajo él. Ella apoyó los pies en un saliente y empezó a subir. Paso, escalón, paso, escalón... La linterna le molestaba, se lastimaba los dedos con la piedra... y sus vaqueros no eran tan cómodos para escalar como lo habían sido para caminar. Liz empezó a quedarse atrás. Alzó la mirada hacia Ron, comprendiendo que le sacaba un par de cuerpos. Mientras miraba, el hombre dejó de subir y empezó a auparse por el borde: había llegado a lo alto. Elizabeth sonrió y reemprendió el ascenso. Cuatro metros más, como mucho...

Ruidos desde arriba:

–K...

Spang. Thwack. Thud.

Elizabeth se quedó paralizada.

–Mierda. –Una voz de hombre... familiar, pero no la de Thompson.

–Liz... –Thompson sonaba raro.

Subió rápidamente los dos últimos metros, resbalando un par de veces y asomando la cabeza por el borde sin pensar en las consecuencias. Thompson estaba allí, retorcido sobre un costado, en una posición casi fetal. Su mano izquierda, empapada de sangre, tocaba el extremo romo de una estaca de color marrón dorado clavada en su pecho. Liz movió su luz sobre el borde y vio a otro hombre –Jordan Kettridge– corriendo para arrodillarse junto al cuerpo de su amigo.

–No tienes ni idea de disparar –dijo Thompson, enfadado–. Creo que me has dado en el pulmón...

Jordan se atragantó.

–Creí que vendría él solo. Oh, mierda, Ron... dejé de apuntar cuando vi que eras tú, lo juro por Dios. Pero el gatillo...

–Ahórratelo, Jordan –tosió Ron.

Elizabeth corrió a su lado y le levantó la cabeza del suelo, intentando mantener su cuerpo inmóvil. Las lágrimas corrían por su rostro. Manipuló torpemente su teléfono.

–Espera –gruñó Ron–. No le llames.

Elizabeth se equivocó al marcar y empezó de nuevo.

–Él podría *ayudarte* –dijo–. Me contaste que te curó cuando te mordieron las serpientes...

–Puede que me cure, y puede que me mate. –Thompson la miró, intentando explicarse–. Quiere encontrar un sustituto para Vogel. –Sus ojos se encontraron con los de Kettridge, y el profesor apartó la mirada–. Pensé que quería el puesto. Pero desde entonces... –dijo boqueando, y un poco más de sangre salió de la herida– me he dado cuenta de que no es así. Pero no creo... que Hesha... se limite a... dejarlo sin más...

La mano de Thompson se cerró sobre la de Elizabeth, que dejó el teléfono en su regazo.

–Deja que te diga una cosa –susurró el guardaespaldas–. ¿Crees que se preocupa por ti? No le has visto mintiendo lo bastante. Yo creía que había algo en él, pero vi cómo te manipulaba. Ya no creo en él... y ya no quiero ser como él... –Su voz se fue apagando como la de un niño adormilado, y sus ojos se cerraron por un momento. Después volvieron a abrirse, y Ron preguntó con más fuerza: – ¿Le quieres? –Elizabeth movió los ojos, incómoda–. En realidad no le quieres. Su sangre, la de todos ellos, hace cosas a la gente. Con un trago te preocupas por ellos, con dos los amas. Con tres tragos te convierten en su esclavo. Así fue como me lo explicó *él*, hermanita.

–Yo no he...

–Sí lo has hecho. *Dos veces*. –La voz de Ron se convirtió en un rasposo susurro–. El remedio contra la resaca, aquella noche en Nueva York... –Liz abrió la boca para protestar, pero el moribundo siguió hablando–. Y en Calcuta le vi alimentándote con su sangre mientras estabas en trance, contando historias. Has bebido dos veces, Liz.

»Yo también te he mentado, por supuesto. Cuando estás con él, empiezas a hacerlo... por las mejores razones. Pero soy un mentiroso, Liz. El Áspid es un ladrón y un asesino. Y Hesha es un vampiro, no importa las palabras que use él o la definición que busques. *Es* el monstruo de las películas. Así que no le llames. Primero dame una tumba tranquila.

Thompson rodó un poco hacia Jordan Kettridge, casi con expresión de súplica.

–Aléjala de él –susurró–. Sácala de aquí. Deja el Ojo... no te arriesgues, ni la arriesgues a ella... Llévate a Liz...

Tiró de Elizabeth hacia él, y la joven le abrazó.

–Ron... por favor... llamaremos a una ambulancia...

–¿Van a sacarme en helicóptero de una cueva? –intentó bromear el viejo policía. Tosió de nuevo, y la sangre fluyó de su boca–. No te preocupes, hermanita. Me voy... Mírame correr. Mírame...

Ronald Thompson abandonó la vida sonriendo, con los ojos fijos en el rostro de Elizabeth.

Kettridge cubrió la cara de Ron, y Elizabeth bajó la cabeza, llorando amargamente. Jordan se apartó y la dejó sola durante un buen rato.

* * *

–Señora... señorita Dimitros... –Kettridge se acercó cautelosamente a la mujer arrodillada.

–Sí –respondió ella, embotada.

–Lo siento. Ron y yo... fuimos amigos, hace mucho tiempo. Si él hubiese querido que Hesha...

Elizabeth se volvió para mirarle.

–Eso es fácil de decir ahora.

–Es lo que pienso. –Sus ojos gris verdoso se encontraron con los de ella, y Elizabeth vio sinceridad en ellos.

–¿Y ahora qué?

–Si me lo permite, esperaré a Ruhadze.

–¿Para matarle?

–Sí... Y para destruir el Ojo de una vez. Hay una salida colina arriba desde aquí. Si puedo clavarle una estaca al vampiro, saldré por ella. Si no lo consigo, moriré aquí –dijo tranquilamente–. Puede irse ya, si me asegura que no va a avisarle.

Liz tomó aire y soltó la mano de Thompson, que empezaba a enfriarse.

–Quiero ayudarle.

–¿Está segura?

Elizabeth asintió vigorosamente y se puso en pie. Sacó una pistola de la cadera de Thompson, y Kettridge retrocedió a su pesar.

–Entonces, llámele. Dígale algo... convincente.

Liz miró su teléfono. Marcó el número de Hesha y aguardó respuesta.

–Sí –dijo la sonora y profunda voz que ella recordaba.

Elizabeth miró a Thompson. *Nada de nombres*, pensó. *Podría usar su nombre y advertirle...*

–Hola.

En algún lugar del laberinto, Hesha se detuvo. Que la mujer llamase era... inusual.

–Informa –dijo con cautela.

–Hemos encontrado un campamento. Mi compañero está inspeccionándolo, y creemos que deberías echar un vistazo.

Sin la carga que llevas –añadió, pensando en el saco de lodo del Ganges–. Teme que se mezcle con las bolsas.

–¿Por qué haces tú el contacto?

–El teléfono no funcionaría en la zona. Hay demasiada roca entre tú y él... o puede que el objeto provoque interferencias. Me mandó de vuelta al último cruce para probar.

Elizabeth le dio instrucciones detalladas para llegar y cortó la comunicación. Kettridge le puso una mano sobre el hombro, guiándola tras una esquina y haciendo que se agachase junto a una mochila y un saco de dormir enrollado. *Un campamento*, pensó ella sorprendida. *Bastante cierto*. El profesor arrastró el cadáver de Thompson para que no se viese desde la chimenea, cargó y preparó su ballesta, y se dispuso a esperar.

* * *

Durante casi una hora, ningún sonido llegó de la chimenea.

Después, una débil pisada.

Kettridge apuntó y disparó. *Spang. Thwack. Thud*. Puso otra estaca en la ballesta, y encendió la linterna de Thompson sin el filtro,

enfocando a la figura tenida al borde de la escalera. El cuerpo estaba inmóvil. Elizabeth se reunió con Kettridge, comprobando el color de la piel de Hesha: era más pálida y grisácea que el tono que adoptaba normalmente. De hecho, era el color que ella recordaba del sueño de su muerte, y de la noche en Calcuta cuando dejó que la ilusión se desvaneciera. El tatuaje resaltaba a la luz de la linterna.

Liz se arrastró hasta el cuerpo e intentó levantarlo. Estaba tan rígido como una tabla. Los ojos de Hesha la miraron dolidos, y ella apartó la mirada.

Jordan Kettridge bajó la ballesta y llevó a Hesha hasta el centro de la cámara que había usado como campamento. De una bolsa en su cintura sacó otra de plástico con un cierre hermético: contenía una sustancia blanquecina y un Ojo del tamaño de una pelota de béisbol. Lo dejó a un metro del cuerpo de Hesha.

—Nos vamos. —Señaló la salida a Liz, se puso la mochila y empezó a correr camino arriba. De la misma bolsa donde había llevado el artefacto, sacó una caja metálica de color gris con tres luces y cuatro botones. Kettridge apretó el primer botón y luego el segundo, y miró hacia atrás para ver cómo el fuego y la roca destruían la sala a sus espaldas. Giró por otro pasillo y empezó a correr de nuevo, tirando de la chica cuando ella flaqueaba. Apretó los botones uno y tres, y el pasadizo que acababan de recorrer se vino abajo. Al final del túnel, un pequeño agujero daba a la luz de la luna. Liz se abrió paso por él, y después Kettridge pasó primero su mochila y después él mismo.

La pendiente bajo ellos era empinada y herbosa, y llegaron al valle en unos minutos. Respirando pesadamente, doblado bajo el peso de su mochila, Jordan detonó la última carga, y media colina pareció estremecerse y caer sobre sí misma.

* * *

Más tarde, de camino a Manhattan en un coche alquilado, Jordan miró de cerca a su pasajera. Liz lloró un rato y habló de Thompson, intentando asimilar lo que creía saber del hombre. En otros momentos se puso a despotricar, y aunque gran parte de su ira cayó sobre el propio Kettridge, estaba sobre todo amargada y furiosa con

Hesha. *Le odia*, pensó el cazador. *Definitivamente ha dejado de estar bajo su control*. Con un gran alivio, Jordan se relajó al volante. Hesha Ruhadze había muerto por última vez junto a su víctima, Ron Thompson. Nunca volvería a embrujar a empleadas de tiendas de antigüedades ni a oscuros profesores de antropología de Berkeley.

VIERNES, 30 DE JULIO DE 1999, 2:43 PM

UN ESTUDIO EN RED HOOK, BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK

De nuevo en casa, pensó Elizabeth. Se detuvo por un momento en el umbral: nunca había esperado volver a ver su hogar. Por un instante, le pareció el lugar más hermoso de la tierra. Después se echó una mirada, estremeciéndose y corrió hacia el dormitorio.

Liz se quitó las ropas llenas de sangre seca, las tiró a la basura y se metió bajo la ducha. Primero el agua estaba demasiado fría, después hirviendo... Elizabeth ajustó los mandos, pero en realidad no le importaba: la sangre de Thompson había empapado sus vaqueros. Estaba en su pelo y bajo sus uñas. Se frotó y volvió a lavarse, intentando olvidar que Hesha hubiese llegado a tocarla alguna vez, donde fuese. Después de cuarenta minutos, salió de la ducha, con la piel arrugada por la humedad y enrojecida por la acción de la esponja. Fue a su armario y se dio cuenta de que la mayor parte de su ropa seguía en casa de Hesha... junto con las notas de su tesis... y su vestido favorito... y las joyas de plata de su abuela... Liz se puso una blusa blanca que había comprado para regalársela a su cuñada y unos pantalones de trabajo que de alguna forma habían escapado de ser enviados a Baltimore.

En la cocina, puso en marcha el con testador automático, que le dijo que tenía cuarenta y siete mensajes. Pulsó PLAY mientras abría la nevera. Un viejo novio había llamado para saber si aún existía, y la nevera estaba vacía. Dentro había una nota de Amy explicando que la

había hecho limpiar. Una serie de llamadas correspondían a números equivocados y televendedores. Liz sacó una cena precocinada del congelador y la metió en el microondas. Había llamado su hermano. El museo quería saber si podía contar con ella durante el período sabático de un empleado permanente. Liz hizo zumo con una botella helada de concentrado y se sirvió un vaso. Cogió su cena y se sentó ante la mesita de café para repasar el correo. Más tarde, satisfecha de alguna forma con la vulgaridad de los anuncios, los cupones, las ofertas de tarjetas de crédito y las rebajas –los abrigo de piel y los lavavajillas tenían poco que ver con cadáveres en las montañas –, entró en su taller.

Antonio, el transportista de Rutherford House, había dejado una serie de piezas pequeñas y unas pocas notas. Liz miró las notas y dejó las piezas para más tarde. Vio los vaciados de los ojos todavía en su banco de trabajo, y los tiró rápidamente.

Sleipnir captó su mirada, y ella pasó una mano feliz por el escritorio. Se sentó sobre el pulido tablero y miró por las enormes ventanas. Sus pensamientos se volvieron hacia Amy... sería mejor llamarla al día siguiente, cuando todo se hubiese asentado un poco más. Al pensar en ello, se dio cuenta de que iba a ser difícil contarle algo de lo ocurrido a cualquiera ajeno a ello... incluida Amy. Kettridge le había ofrecido su número de teléfono. Había dejado que ella hablase... Liz había necesitado hablar, y él la había escuchado. Seguía siendo intenso y un poco raro, pero era muy amable. También paranoico, pensó, al recordar cómo había intentado darle consejos sobre la luz del sol y el fuego y cómo conseguir las armas adecuadas si alguna vez las necesitaba. Estaba corriendo asustado y no sabía cómo parar. Elizabeth supuso que algo como Hesha podía hacerle aquello a una persona.

Nueva York estaba bajo un atardecer dorado. La gente salía de sus edificios y cogía autobuses; dejaba los coches abiertos y sin asegurar. Los clientes iban y venían entre las tiendas, y los paseantes se limitaban a pasear. Elizabeth los miró a todos, y una siniestra sensación subió por su espalda. Siguiendo un impulso, cogió un aerosol de uno de los estantes, encontró un mechero junto a las velas de la librería, e hizo un experimento con ambos objetos. Fue

recompensada con una satisfactoria bocanada de fuego. Pasó un buen rato sentada sobre el ancho lomo de Sleipnir, acunando el aerosol junto a su pecho y apretando el mechero hasta que los nudillos de su mano izquierda se pusieron blancos.

El sol empezó a ocultarse. La sombra del almacén se hizo más larga, y las farolas se encendieron una tras otra. De pronto, Elizabeth se sintió llamada a la acción. Recogió todos sus aerosoles, cerillas, mecheros, lámparas de aceite y velas y los dispuso estratégicamente. Comprobó las cerraduras de la gruesa puerta de acero (¡gracias a Dios!) del apartamento, cerró todas las ventanas y apiló varios trastos ligeros y ruidosos frente al panel que daba a la escalera de incendios. Corrió las cortinas y se retiró al sofá, manteniendo sus lanzallamas improvisados al alcance de la mano. Al menor ruido se alargaba para cogerlos, y empezó a hacerlo incluso ante el silencio inesperado. El vampiro le había enseñado a dormir de día... libre al fin de aquello, agotada, Elizabeth comprendió que no cerraría los ojos hasta que ellos lo hicieran por sí mismos.

* * *

Sintió que el hombro izquierdo se le ponía rígido. Dio un respingo y miró a su espalda, segura de que había entrado algo. No había nada. Miró a su derecha... y de pronto la cara de Hesha apareció ante la suya. Sus ojos eran amarillos, con inhumanas pupilas verticales. El corazón de Elizabeth dio un bote al ver aquella aparición. Pensó en el fuego, pero su cuerpo se había vuelto de plomo y se negaba a obedecer. Ni siquiera podía apartar la mirada.

Hesha no dijo nada.

Liz se quedó sentada, quieta como una estatua, en una parálisis tan completa que sus pulmones sólo daban breves alientos... al caer en el pánico, el ritmo se aceleró. El terror clavó sus garras en ella, y los ojos del vampiro atravesaron su cerebro. Se sentía mareada y a punto de caer, pero su cuerpo se negó incluso a eso.

El monstruo habló por fin.

—Buenas noches, Elizabeth. —Alargó la mano para quitarle el aerosol y el mechero—. Ingeniosa, como siempre. Y prestaste atención

durante el tiempo que pasamos juntos. Que hayas fallado no es culpa tuya: no puedes luchar contra lo que no puedes ver. –Le puso las manos sobre el pecho, empujando su cuerpo de vuelta al sofá–. Ponte cómoda.

Barrió el modesto arsenal de la mesita de café con un gesto del brazo. Los botes de aerosol hicieron un ruido espantoso sobre el suelo. Hesha se sentó sobre la mesa, manteniendo los ojos fijos en su prisionera.

–Matarte se ha hecho algo necesario para mí. Supongo que no apreciarás muchas de las razones que tengo para ello. Dar explicaciones no forma parte de mi naturaleza, y si te dijese toda la verdad no podrías entenderla. –Hizo una pausa–. Pero mientras esperamos tu muerte, puede que quieras algo para distraerte de la situación, así que te invito a considerar esto: si no hubieses dejado morir a Thompson... sí, lo sé... ahora yo no estaría aquí para matarte.

»Me traicionaste. Eso lo comprendo, y es culpa mía: no supe manejarte bien desde el principio. Pequé. Casi caí en la compasión. Dejé que el Ojo distrajese mis meditaciones y a mí mismo. Subestimé a un mortal, al mismo mortal, más de una vez. Vi indicios muy claros y los pasé por alto.

»Mataste a Thompson, Elizabeth –murmuró asombrado–, y yo ni siquiera había visto una sombra de eso en ti. Veo muchas cosas... –Los ojos dorados se acercaron hasta que Elizabeth se sintió como si se hundiese en ellos–. ¿Tienes algo que decir? –Los iris de Hesha se oscurecieron poco a poco hasta el negro–. Si te quedas quieta, puedes susurrar.

Elizabeth intentó levantarse y gritar con toda la fuerza de sus pulmones. Hesha enarcó una ceja, con expresión decepcionada.

–¿Cómo supiste lo de Ron? –preguntó ella, casi sin poder oír su propia voz.

–Encontré la cueva de Kettridge al mismo tiempo que vosotros. Él creía que sólo había dos entradas, pero no tuvo en cuenta los agujeros por los que no podía pasar un cuerpo humano. Lo oí todo.

–¿Por qué dejaste morir a Thompson?

–¿Por qué le dejaste tu? –repuso él con genuina curiosidad.

Elizabeth tragó saliva.

–¿Cómo pudiste escapar?

–Me clavasteis una estaca. Pero yo no soy un vampiro: soy un Hijo de Set. No tengo un corazón que Kettridge pueda atravesar, y destruirme es difícil. Se acabaron las preguntas. Se acabaron las explicaciones. ¿Tienes algo que decir?

Elizabeth pensó un momento.

–Mátame rápido.

–No –contestó Hesha, con los ojos dorados de nuevo–. Mueres esta noche en nombre de Thompson –entonó–. Mueres esta noche para que yo me redima en la gracia de mi Señor. Mueres esta noche porque viva eres una tentación para mí. –Inició un cántico en un idioma que ella no entendía, y después siguió hablando: – Estás más allá de mi control. Eres una carga para mi voluntad.

El extraño idioma volvió a fluir por los oídos de Liz. Hesha elevó su voz, repitiendo una frase media docena de veces, y guardó silencio.

Los dedos del Setita siguieron la línea de la mandíbula de Elizabeth. Su mano le echó la cabeza hacia atrás, y los brazos del vampiro se retorcieron como serpientes a su alrededor. Elizabeth vio los terribles colmillos de víbora saliendo desde detrás de los caninos de Hesha. Cerró los ojos y se preparó para el dolor, para la garganta desgarrada y la tráquea cortada; rezó por que la inconsciencia llegase pronto, aunque el monstruo estuviese decidido a hacer que su muerte siguiese algún plan.

Sintió una inesperada suavidad, un tierno beso en su boca, y fue peor que una herida. Hesha fingiendo desearla en una habitación de Calcuta... los labios de él se deslizaron por su mejilla, la besaron de nuevo tras la oreja, y por fin mordieron su vena.

Elizabeth gritó durante lo que le pareció una eternidad, pero fue menos de un segundo; el grito nunca llegó a salir de sus labios. Su aliento se cortó, haciendo que boquease. Lo peor del ataque no era el dolor, sino el desolador éxtasis, dulce y amargo a la vez. Se agarró a Hesha desesperadamente, atrayéndole hacia ella, y se olvidó de todo... se apretó contra él... le dolía el corazón, no bombeaba lo bastante rápido... Frotó su mejilla contra la del hombre y sintió que la piel de Hesha se calentaba a costa de la suya. Se ruborizó por un momento, y sintió que perdía el color a medida que la sangre la

abandonaba. Elizabeth perdió las fuerzas para sujetarle, y se dejó llevar por sus brazos. El tiempo se volvió más lento... o Hesha bebió con más delicadeza... y ella pareció flotar en un mar lujurioso. Sonaban campanas en sus oídos, y las luces brillaban ante sus ojos. En un momento, los sonidos y colores cayeron a su espalda, y no quedó nada salvo el mar... no podía sentir la presión de las manos de Hesha ni el cosquilleo en la punta de sus dedos... sólo había aquel mar de éxtasis, oscuridad, y el tenue recuerdo de un cuerpo... en algún sitio... con un pequeño y punzante dolor a un lado de la garganta. Se demoró un minuto más, mareada y vacilante, pensando no en el final de su vida, sino en el tacto de Hesha perdido para siempre... podía recordar sus brazos...

Entonces no hubo nada. Había durado justo lo bastante para que ella supiera que no había nada igual...

...y una gota de sangre cayó en su boca.

Tenía una boca, tenía un cuerpo. Era una masa de dolor y escalofriante agonía. Atacó con pies y garras algo que no podía ver... aquello respondió, intentando destruir lo poco que quedaba de ella... y el fuego volvió a su boca. Vino, agua clara, fresas, ácido, pasión, leche materna, amarga bilis, vinagre, odio abrasador... culpa... un poder... los recuerdos de otro hombre... deliciosa e inefablemente malo de beber, pero era imposible no tragarlo. Aquello llenó su corazón y fluyó por sus venas, y los agudos dolores desaparecieron. Siguió fluyendo, y la agonía persistió.

Elizabeth abrió los ojos.

Estaba sentada en la vieja silla de despacho de su padre. Hesha la miraba inexpresivo. Sus ojos eran de oro. Sus manos sostenían cadenas y grilletes, y mientras ella intentaba entender por qué no la había matado todavía, cerró los grilletes sobre sus muñecas, pasando las cadenas por el respaldo de la silla y alrededor del pilar de acero en el centro del apartamento.

Después se marchó sin decir una palabra.

...SÁBADO, 31 DE JULIO DE 1999, 3:56 AM

UN ESTUDIO EN RED HOOK, BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK

Elizabeth Dimitros estaba sentada en el centro exacto de su apartamento, esperando. Dejaba pasar el rato recordando. No podía siquiera imaginar cuánta luz sería demasiada... el crepúsculo, o el resplandor previo al amanecer, o los rayos del mediodía... pero no tardaría en saber cuánta hacía falta para matar a un vampiro... lo mortífero que era Ra para el cuerpo de una recién nacida Hija de Set.

De vez en cuando oía pisadas en el corredor. Si alguno de los otros ocupantes pasaba cerca, podría gritar e intentar encontrar un refugio antes del amanecer. Antonio empezaba sus rondas a veces a las cinco de la mañana... ¿sería eso demasiado tarde?. Si Hesha iba a volver (*Hesha no va a volver*, pensó con amargura) usaría la puerta, como había hecho para salir.

El cielo se iba aclarando.

Quizá fuera mejor así...

* * *

Pisadas... acercándose. El corazón de Elizabeth dio un brinco. ¿Debía gritar? No, quien fuese ya se estaba acercando a ella... no había nada más a aquel extremo del corredor. Se dio la vuelta en la silla y miró desesperadamente la puerta que se abría.

No le reconoció al principio... sólo supo que no era Hesha.

El hombre sonrió, la miró de arriba abajo, lentamente, contempló los grilletes y se lamió los labios curvados.

—Hola, dulzura —dijo Khalil Ravana con una sonrisa perversa—. ¿Me has echado de menos?

{Final vol.04}